

**SIMON
BECKETT**

**La voz
de los
muertos**

Lectulandia

Hace ocho años, enterrado en los sobrecogedores páramos de Dartmoor, una interminable y desolada extensión de terreno árido sembrado de formaciones rocosas, apareció el cuerpo medio descompuesto de una chica. A la policía no le cupo duda de que se trataba de una víctima de Jerome Monk, a quien se atribuía la muerte de otras dos jóvenes cuyos cuerpos no habían sido aún hallados. La policía, con el forense David Hunter en el equipo, se sirvió de Monk para encontrar los dos cadáveres, pero el intento acabó en fracaso: los restos de las chicas jamás aparecieron, y el asesino volvió a la cárcel sin haber revelado jamás su paradero.

Hoy, la investigación en el páramo es sólo un lejano recuerdo para David Hunter, cuya vida ha cambiado por completo. Sin embargo, uno de los policías que estuvo en Dartmoor con él se encarga bruscamente de devolver aquel caso a su mente cuando lo avisa de que Jerome Monk ha escapado de la cárcel. Entre los miembros del cuerpo hay el temor de que cuantos formaron parte de aquel equipo de búsqueda puedan ser ahora objetivos de la venganza de aquel gigantesco sociópata, perspectiva que resultará aún más inquietante cuando Hunter reciba una llamada telefónica de otra compañera en aquel caso. A su pesar, David sabe que no le queda otra opción que regresar a los páramos, ese escenario de pesadilla que desearía no haber pisado en su vida.

Lectulandia

Simon Beckett

La voz de los muertos

David Hunter - 4

ePub r1.0

Edusav 11.01.14

Título original: *The Calling of the Grave*

Simon Beckett, 2011

Traducción: Ana Alcaina Pérez

Retoque de portada: Edusav

Editor digital: Edusav

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Hilary

PRÓLOGO

Uno. Dos. Ocho.

Las cifras que marcan los tiempos del proceso de descomposición. La proporción en la que todos los organismos, grandes y pequeños, se biodegradan. En el aire, el agua o la tierra. En las mismas condiciones climáticas, un cuerpo sumergido en agua tardará el doble de tiempo en descomponerse que otro abandonado a la intemperie, en la superficie. Bajo tierra tardará ocho veces más.

Uno, dos, ocho. Es una fórmula simple, y una verdad incontestable.

Cuanto más profundamente se entierra algo, más tiempo sobrevive.

Enterrar un cuerpo significa privarlo de los insectos que se alimentan de carroña y que se multiplican en la carne muerta. Los microorganismos que normalmente digieren los tejidos blandos no pueden sobrevivir sin oxígeno, y la capa fría y aislante que la tierra lóbrega genera a su alrededor retrasa aún más las primeras señales de podredumbre. Las bajas temperaturas entorpecen y frenan las reacciones bioquímicas que, en condiciones normales, desencadenan la putrefacción de las propias células. Un proceso que en otras circunstancias tardaría días o semanas puede prolongarse meses. Años, incluso.

A veces más.

Privado de luz, aire y calor, es posible que un cadáver se conserve casi indefinidamente. Arropado en su fría madriguera, subsiste prácticamente inalterado, indiferente al paso de las estaciones que, una tras otra, se suceden unos metros más arriba.

Sin embargo, aquí, como en cualquier otro lugar, también rige la ley de causa y efecto. Al igual que en la naturaleza nada se destruye en realidad, tampoco se oculta por completo. No importa la profundidad a la que estén enterrados, los muertos todavía pueden hacer sentir su presencia.

Uno. Dos. Ocho.

Nada permanece oculto para siempre.

OCHO AÑOS ANTES

I

—¿Su nombre?

El rostro de la mujer policía era frío, en todos los sentidos. Tenía las mejillas descamadas y enrojecidas, y la voluminosa chaqueta amarilla impregnada con las gotas de humedad que la niebla había traído consigo al posar su manto sobre la tierra. Me miraba con una mueca de disgusto mal disimulado, como si me hiciera responsable del mal tiempo y del hecho de que tuviera que estar allí de pie a la intemperie, en aquel páramo.

—Doctor David Hunter. El inspector jefe Simms me está esperando.

A regañadientes, examinó su portapapeles y luego encendió la radio.

—Vienen a ver al inspector jefe. Un tal señor Hunter.

—Es «doctor» —la corregí.

Por la mirada que me lanzó, era evidente que le traía completamente sin cuidado.

Se oyó el chirrido de las interferencias procedente de la radio y alguien dijo algo ininteligible. Fuera lo que fuese, no contribuyó a mejorar el estado de ánimo de la mujer. Tras dedicarme una última mirada agria y desabrida, se hizo a un lado y me hizo señas para que pasase.

—Todo recto hasta donde están aparcados los otros vehículos —dijo con aspereza.

—Gracias, muy amable —murmuré con sorna, antes de seguir adelante.

Al otro lado del parabrisas, el mundo estaba cubierto de cortinas de niebla. Era un paisaje irregular e impredecible, que tan pronto se levantaba para revelar el páramo húmedo y gris que volvía a envolver el vehículo en su mortaja de gasa blanca. Un poco más adelante, habían designado un improvisado aparcamiento para el dispositivo policial en una zona relativamente llana del páramo. Un agente me indicó que fuese hacia allí y el Citroën avanzó a trompicones por los baches del terreno desigual mientras lo dirigía a un espacio libre.

Apagué el motor y me desperecé. Había sido un trayecto largo, y no me había detenido ni una sola vez a descansar: la expectación y la curiosidad habían sido más intensas que las ganas de hacer un alto en el camino.

Simms no me había dado demasiados detalles por teléfono, sólo que habían encontrado un cuerpo enterrado en Dartmoor y requerían mi presencia allí mientras lo desenterraban. Por sus palabras, parecía una tarea rutinaria, el tipo de caso para el que podían llamarme varias veces al año, pero en los últimos doce meses, pronunciar las palabras «asesinato» y «Dartmoor» en la misma frase era lo mismo que señalar con el dedo a un solo hombre: Jerome Monk.

Monk era un asesino en serie y un violador que, a tenor de los datos de que disponíamos, había confesado el asesinato de cuatro chicas. Tres de ellas eran poco

más que unas niñas y nunca se había llegado a encontrar sus cuerpos. Si aquel cadáver resultaba ser el de una de ellas, había muchas posibilidades de que las demás también estuviesen enterradas en esa zona. Sería una de las operaciones más importantes de recuperación e identificación de cadáveres de la última década.

Y yo quería formar parte activa de ella, desde luego.

—Todo el mundo ha pensado siempre que fue en ese lugar donde se deshizo de sus víctimas —le había dicho esa misma mañana a mi esposa, Kara, en la cocina mientras me preparaba apresuradamente para salir. Llevábamos más de un año viviendo en aquella casa unifamiliar victoriana del suroeste de Londres, pero todavía necesitaba que me dijera dónde estaban las cosas—. Dartmoor es muy grande, pero no puede haber tantos cuerpos enterrados allí.

—David... —dijo Kara, lanzando una mirada elocuente hacia donde Alice estaba desayunando. Hice una mueca con la boca y murmuré «lo siento». Por lo general, nunca se me ocurría hablar de los detalles espeluznantes de mi trabajo en presencia de nuestra hija de cinco años, pero me había dejado llevar por el entusiasmo.

—¿Qué son víc-ti-mas? —soltó Alice frunciendo el ceño, muy concentrada, mientras levantaba una cucharada de yogur de frambuesa que no dejaba de gotear. Los yogures eran su último capricho en cuestión de comida, tras haber decidido que ya era muy mayor para desayunar cereales.

—Son cosas del trabajo de papá, cielo —le contesté, esperando que no insistiera. Tendría tiempo de sobra para descubrir los aspectos más oscuros de la vida cuando fuese mayor.

—¿Por qué están enterrados? ¿Están muertos?

—Vamos, tesoro, acábate el desayuno —le dijo Kara—. Papá tiene que irse pronto y no queremos llegar tarde a la escuela.

—¿Cuándo vas a volver? —me preguntó Alice.

—Pronto. Estaré en casa antes de que te enteres. —Me agaché y la tomé en brazos. Su cálido cuerpecillo era asombrosamente ligero, y aun así su solidez nunca dejaba de sorprenderme comparándola con la del bebé que había sostenido en brazos lo que parecían apenas minutos antes, y no años. «¿Siempre crecen tan rápido?», me pregunté—. ¿Vas a portarte bien mientras estoy fuera?

—Yo siempre me porto bien —repuso, indignada. Todavía tenía la cuchara en la mano, y un pegote de yogur resbaló hasta aterrizar en las notas que había dejado encima de la mesa.

—Vaya... —exclamó Kara, arrancando un trozo de papel de cocina para limpiarlo—. Va a dejar mancha. Espero que no sea importante...

Alice parecía triste.

—Lo siento, papá.

—No pasa nada... —Le di un beso y la solté antes de recoger las notas. En la

primera hoja había quedado una marca pegajosa de yogur; las metí en una carpeta y me dirigí a Kara—. Será mejor que me vaya.

Ella me siguió hasta el salón, donde había dejado el equipaje. La rodeé con los brazos y percibí el olor a vainilla de su pelo.

—Te llamo luego. Entonces sabré con seguridad cuánto tiempo voy a estar fuera. Con un poco de suerte, sólo serán un par de noches.

—Conduce con cuidado —dijo.

Los dos estábamos acostumbrados a mis ausencias. Era uno de los pocos antropólogos forenses del país, y la naturaleza de mi trabajo me exigía acudir a donde se encontrasen cadáveres. En los años anteriores, habían solicitado mi concurso en investigaciones tanto en el extranjero como en todo el territorio del Reino Unido. Mi trabajo solía ser una tarea lúgubre pero siempre necesaria, y me sentía orgulloso tanto de mi capacidad como de mi reputación, en continuo ascenso.

Eso no quería decir que me gustara aquel aspecto de mi trabajo: dejar a mi esposa y a mi hija siempre era un suplicio, aunque sólo fueran unos pocos días.

Salí del coche, pisando con cuidado la hierba embarrada. El aire olía a humedad, a brezo y a gases de combustión. Abrí el maletero y saqué un peto desechable de la caja de material protector que guardaba allí. La policía solía facilitarlos, pero yo prefería llevar los míos. Me subí la cremallera y saqué el maletín de aluminio con mi equipo. Hasta hacía poco me las apañaba con una maleta desvencijada, pero Kara me había convencido de que era mejor parecer un asesor profesional y no un viajante de comercio.

Como de costumbre, mi mujer tenía razón.

Un vehículo se detuvo cuando me abría paso entre los coches patrulla estacionados. La pintura de color amarillo brillante debería haber sido una clara señal, pero yo estaba demasiado absorto en mis pensamientos para prestar atención a ese detalle hasta que alguien gritó.

—Así que ha encontrado el camino.

Me volví y vi a dos hombres que se apeaban del coche. Uno de ellos era menudo y de rasgos afilados. No lo conocía, pero en cambio sí reconocí al hombre que lo acompañaba, más joven. Alto y bien parecido, se desenvolvía con el desparpajo y la confianza natural de un atleta, balanceando la ancha espalda a uno y otro lado con su arrogancia característica. No esperaba ver allí a Terry Connors, pero debería haberme percatado en cuanto vi el coche. El estridente Mitsubishi lo llenaba de orgullo, nada que ver con los habituales vehículos anodinos del departamento de investigación criminal.

Sonreí, a pesar del sentimiento de ambivalencia que experimentaba cada vez que nos veíamos. Aunque siempre era de agradecer encontrar una cara conocida entre la maquinaria impersonal del departamento de policía, por alguna razón siempre había

cierta tensión entre Terry y yo, una tensión que nunca terminaba de desaparecer.

—No sabía que intervenías en la investigación —dije mientras se acercaban.

Terry sonrió, al tiempo que contraía los músculos de las mejillas en torno a la sempiterna goma de mascar. Había perdido un poco de peso desde la última vez que lo había visto, de manera que las facciones de su mandíbula cuadrada parecían más marcadas aún.

—Soy el inspector del caso. ¿Quién crees que te ha mandado llamar?

La sonrisa no abandonó mis labios en ningún momento. Cuando conocí a Terry Connors era agente de la policía metropolitana, pero no fue por cuestiones de trabajo. Su esposa, Deborah, había ido a la misma clínica de preparación al parto que Kara, y las dos se habían hecho amigas. Al principio, Terry y yo nos mirábamos con desconfianza; salvo por la coincidencia en nuestras profesiones, apenas teníamos nada en común. Él era ambicioso, un animal competitivo, un gran deportista cuya carrera como policía sólo era otro campo de batalla donde poder destacar por encima de los demás. En ocasiones, su seguridad en sí mismo y su ego podían resultar arrolladores, pero el éxito de los tres o cuatro casos en los que había solicitado mi intervención no nos había venido nada mal a ninguno de los dos.

Sin embargo, hacía más o menos un año, había sorprendido a propios y extraños al solicitar un traslado del cuerpo metropolitano de policía. Nunca llegué a averiguar la razón. Se decía que Deborah quería estar más cerca de su familia en Exeter, pero para alguien como Terry, cambiar la inyección de adrenalina que propiciaba la labor policial de alto voltaje en Londres por Devon parecía un cambio de rumbo inexplicable en su carrera.

Nos vimos por última vez poco antes de su traslado. Habíamos salido a cenar los cuatro, pero había sido una velada un tanto incómoda. Durante toda la noche se respiró una indisimulada tensión entre Terry y su esposa, de manera que fue un alivio cuando la cena terminó. A pesar de que tanto Kara como Deborah habían hecho los esfuerzos de rigor por mantener el contacto después de aquello, había sido en vano, y yo no había vuelto a ver ni a hablar con Terry desde entonces.

Aunque era evidente que las cosas debían de irle bien si era inspector en una investigación tan importante como aquélla: cabría esperar que semejante responsabilidad recayera sobre alguien con un grado de jerarquía superior al de simple inspector. Teniendo en cuenta la presión a la que debía de estar sometido, no era de extrañar que hubiese perdido peso.

—Ya decía yo... Me preguntaba cómo había conseguido Simms mi nombre — señalé.

Aunque era consultor autorizado para asesorar a la policía, la mayor parte del trabajo me llegaba a través de recomendaciones. Sólo que habría preferido que aquélla en cuestión no hubiese venido de Terry Connors.

—Te he hecho una buena propaganda, así que no me hagas quedar mal.

Contuve la llamada de irritación.

—Haré lo que pueda.

Señaló con el pulgar al hombre más menudo que lo acompañaba.

—Te presento al agente Roper. Bob, éste es David Hunter, el antropólogo forense del que te hablé. Sabe más cosas de los cadáveres en descomposición de las que tú querrías saber.

El agente me dedicó una sonrisa. Tenía manchas de tabaco en los dientes y unos ojos a los que no se les escapaba ni una. Percibí una potente vaharada de aftershave barato cuando inclinó la cabeza para saludarme.

—Pues entonces, aquí se sentirá como pez en el agua. —Hablabla con voz nasal, con el acento inconfundible de un lugareño—. Especialmente, si es lo que creemos que es.

—Pero todavía no sabemos lo que es —le espetó Terry—. Adelántate tú, Bob. Quiero hablar con David a solas.

La forma en que lo había despedido rayaba la mala educación. El otro hombre endureció la mirada, pero la sonrisa no abandonó sus labios.

—Como quieras, jefe.

Terry lo vio alejarse con una expresión sombría.

—Ten cuidado con Roper, el perro faldero del inspector jefe. Simms se lo ha metido de tal manera en el bolsillo que casi podría rascarle las pelotas.

Ese comentario indicaba que se había producido algún que otro choque frontal entre personalidades, pero Terry era de los que siempre tienen fricciones con la gente, y yo no pensaba involucrarme en temas de política interna.

—¿Es que hay alguna controversia con respecto al cadáver?

—No, ninguna. Es sólo que todo el mundo está ansioso esperando que sea una de las víctimas de Monk.

—¿Tú qué opinas?

—No tengo ni idea. Para eso estás tú aquí, para averiguarlo. Y tenemos que hacerlo bien. —Respiró hondo, con gesto tenso—. Bueno, vamos, es por aquí. Simms ya ha llegado, así que será mejor que no le hagas esperar.

—¿Cómo es? —pregunté mientras echábamos a andar carretera abajo hacia un grupo de remolques y barracones.

—Es un hijo de puta sin sentido del humor. Es mejor no cabrearlo. Pero no tiene un pelo de tonto, eso tengo que reconocérselo. ¿Sabes que estaba al frente de la investigación del asesinato original?

Asentí con la cabeza. Simms había saltado a la fama el año anterior por ser el hombre que logró meter a Jerome Monk entre rejas.

—No debió de irle nada mal para su carrera.

Me pareció percibir cierta amargura en la mueca de Terry.

—No, supongo que no. Corre el rumor de que quiere hacerse con el puesto de comisario jefe dentro de unos años. Con lo de hoy, podría garantizarse ese puesto, así que esperará resultados.

«Pues no es el único», pensé sin dejar de mirar a Terry. De su cuerpo emanaba una energía nerviosa casi palpable, nada extraño si era el inspector a cargo de una operación tan relevante como aquélla.

Llegamos a los barracones, instalados junto a una pista que partía de la carretera. Entre ellos serpenteaban unos gruesos cables negros, y el aire brumoso se veía empañado por los gases diésel de los generadores jadeantes. Terry se detuvo junto al remolque donde se había instalado la sala de operaciones.

—Encontrarás a Simms en la fosa. Si vuelvo a tiempo, dejaré que me invites a una copa. Nos alojamos en el mismo sitio.

—¿No vienes? —pregunté, sorprendido.

—Vista una tumba, vistas todas. —Trató de aparentar indiferencia, pero no lo consiguió precisamente—. Sólo he venido a recoger unos papeles. Me espera un largo trayecto en coche.

—¿Adónde vas?

Se dio unos toques con el dedo en el lado de la nariz.

—Te lo diré luego. Pero deséame suerte.

Subió ruidosamente las escaleras que conducían a la sala de operaciones. Me pregunté por qué iba a necesitar suerte, pero en ese momento tenía otras cosas en las que pensar, más importantes que los tejemanejes de Terry.

Me volví y miré al otro extremo del páramo.

Envuelto en niebla, el paisaje yermo se extendía ante mis ojos. No había árboles, sólo retazos de matorrales de tojo oscuro y llenos de púas. El año acababa de empezar, y los arbustos de helechos de un pardo invernal brotaban entre los brezos, las rocas y la hierba gruesa y áspera. Al observar desde la carretera, el terreno descendía en suave pendiente para, acto seguido, ascender de nuevo en una larga cuesta. Asomando a medio kilómetro escaso de distancia, surgía la formación de roca, baja e irregular, que Simms había descrito.

Black Tor.

Dartmoor contaba con *tors* mucho más impresionantes que aquél —afloramientos de roca erosionada que surgían en relieve de entre los páramos como si fueran setas—, pero la silueta de Black Tor, cincelada por el viento, se recortaba de forma inconfundible sobre el horizonte. Descansaba en lo alto de una pendiente baja, una torre ancha y achaparrada, como si un niño gigante hubiese ido apilando losa tras losa una encima de otra. No parecía más negro que cualquiera de los otros *tors* que había visto, así que tal vez el nombre se debiera a algún oscuro suceso acontecido en el

pasado. Sin embargo, era un nombre convenientemente profético, el tipo de detalle que hacía las delicias de los redactores de noticias.

Sobre todo si se trataba del cementerio de Jerome Monk.

Tras la llamada telefónica de Simms me había puesto a navegar por internet en busca de información sobre el caso para documentarme. Monk había sido el sueño de cualquier periodista: un inadaptado y un marginado solitario que complementaba sus míseros ingresos como jornalero con la caza furtiva y el robo, era un huérfano cuya madre había muerto al dar a luz, cosa que había llevado a los tabloides más sensacionalistas a proclamar que la mujer había sido su primera víctima. A menudo lo describían como gitano, pero eso no era cierto. Si bien había vivido la mayor parte de su vida en una caravana en las inmediaciones de Dartmoor, había sido rechazado tanto por la población local como por el resto de la sociedad. Impredecible y con tendencia a sufrir arrebatos de violencia aterradora, su personalidad encajaba perfectamente con su aspecto físico.

Si había alguien idóneo para interpretar el papel de un asesino, ése era Monk.

Descomunamente fuerte, como una especie de monstruo, exhibía un físico grotesco, un fenómeno de la naturaleza. Las fotografías e imágenes del juicio mostraban a una mole de hombre cuyo cráneo completamente calvo albergaba unas facciones hundidas que le conferían una expresión eternamente adusta. Sus ojos negros, como dos botones, brillaban con la intensidad de los ojos de un muñeco, por encima de una boca que parecía encorvada en una mueca permanente. Aún más inquietante era la muesca que exhibía a un lado de la frente, como si alguien hubiese presionado un pulgar gigante sobre una bola de arcilla. Era una imagen turbadora, el tipo de deformidad que era increíble que no hubiese resultado mortal.

Para la mayoría de la gente, era una lástima que no hubiese sido así.

Con todo, lo más impactante no había sido tanto la naturaleza de sus crímenes, a pesar de su gravedad, sino el placer sádico que parecía obtener al escoger a sus vulnerables víctimas, todas de la misma zona de Dartmoor. La primera, Zoe Bennett, era una joven de diecisiete años, morena y muy guapa, una aspirante a modelo que, después de salir de una discoteca de madrugada, nunca regresó a su casa. Tres noches después, desapareció otra joven.

Lindsey Bennett, la hermana gemela de Zoe.

Lo que había sido una investigación rutinaria sobre personas desaparecidas, se convirtió de repente en noticia de primera plana. Nadie dudaba de que el mismo individuo era el responsable, y cuando el bolso de Lindsey apareció en un contenedor de basura, haciendo añicos para siempre cualquier esperanza de que las hermanas estuviesen vivas, estalló la indignación. Ya era suficiente desgracia para una familia sufrir ese tipo de pérdida una vez, pero ¿dos? ¿Y gemelas?

Cuando Tina Williams, una atractiva morena de diecinueve años de edad, también

desapareció, se desató la histeria y las inevitables falsas alarmas. Durante un tiempo, parecía que había una pista definitiva: las cámaras de seguridad de la calle habían captado las imágenes de un sedán blanco y varios testigos aseguraron haberlo visto en las zonas en las que tanto Lindsey Bennett como Tina Williams habían sido vistas por última vez.

Luego Monk se cobró su cuarta víctima y selló su reputación como monstruo para siempre. Con veinticinco años, Angela Carson era mayor que las otras. En contraste con las demás, no era morena ni guapa. Y había otra diferencia significativa: estaba casi completamente sorda y no podía hablar.

Más tarde, los vecinos describieron la risa de Monk mientras la violaba y le daba una paliza hasta dejarla muerta en su propio apartamento. Cuando los dos policías que respondieron a la llamada al servicio de emergencias derribaron la puerta del piso, encontraron a Monk junto al cadáver de la joven, completamente cubierto de sangre y enloquecido. Los agentes eran hombres corpulentos, pero él los había golpeado hasta dejarlos inconscientes antes de desaparecer en las sombras de la noche. Y después, por lo visto, también de la faz de la Tierra.

A pesar de que se trató de una de las mayores operaciones de búsqueda y captura llevadas a cabo en la historia del Reino Unido, no hallaron rastro de Monk, ni de ninguna de las gemelas Bennett ni de Tina Williams. Durante uno de los registros se produjo el hallazgo de un cepillo para el pelo y un lápiz de labios pertenecientes a Zoe Bennett escondidos bajo la caravana, pero no los cadáveres de las jóvenes. Pasaron tres meses hasta que fue visto de nuevo, andando por un lado de la calzada en medio de Dartmoor. Sucio y maloliente, no opuso resistencia en el momento de su detención, ni tampoco negó haber cometido los crímenes. En el juicio se declaró culpable de cuatro acusaciones de asesinato, pero se negó a revelar el lugar donde había permanecido escondido ni lo que había hecho con los cuerpos de las mujeres desaparecidas. Corría el rumor de que las había enterrado en el páramo antes de esconderse él mismo bajo tierra, pero Monk se limitaba a cultivar su sonrisa, cargada de desprecio, y no decía nada.

Con el asesino entre rejas, la historia desapareció de las portadas de los periódicos y las jóvenes pasaron a ser unas víctimas más, cuya suerte y paradero eran desconocidos.

Eso podía estar a punto de cambiar.

Plantada como un faro en el páramo gris se erguía la tienda de color azul brillante para el examen forense. Estaba más o menos a medio camino entre la carretera y la formación rocosa, a escasa distancia, a un lado del accidentado camino de tierra que unía ambas. Me detuve un momento bajo la fina lluvia, respirando el intenso y fecundo olor a turba húmeda mientras me preguntaba qué me iba a encontrar dentro.

Acto seguido, enfilé el camino en dirección a la tienda.

II

Habían abierto un pasillo con cinta policial desde aproximadamente la mitad del camino hasta la tienda. El constante ir y venir de las pisadas había removido el terreno y convertido el páramo en un lodazal de barro negro, y mis botas emitían un sonoro chapoteo al avanzar entre las líneas paralelas de cinta amarilla, que no dejaba de aletear por el viento. Se había acordonado la zona que rodeaba la carpa y un agente adiestrador acompañado de un perro policía montaba guardia en la entrada. Iba desplazando el peso del cuerpo de una pierna a otra para mantener el calor mientras él y el animal, un pastor alemán, me observaban.

—Vengo a ver al jefe Simms —dije, con la respiración jadeante.

Antes de que tuviera tiempo de hablar, alguien retiró hacia atrás la puerta de lona de la tienda y un hombre apareció en el hueco. Debía de tener unos cuarenta años, pero parecía aspirar a aparentar más edad. Llamaba la atención el hecho de que en su rostro no se apreciase una sola arruga, y tal vez para compensar la suavidad de sus rasgos se había dejado crecer un bigote que le daba un aire militar. Por alguna razón, el peto blanco que llevaba no le sentaba nada bien. Se había retirado la capucha protectora, y el pelo negro de debajo había logrado mantenerse tan bien peinado que parecía recién salido de un molde.

—¿Doctor Hunter? Soy Simms.

Lo habría adivinado incluso si no lo hubiera reconocido por la voz, una voz dura, autoritaria y segura, acostumbrada a dar órdenes. Me repasó de arriba abajo con sus ojos claros y en ese momento sentí que, con mejor o peor resultado, acababa de someterme a un rápido examen.

—Lo esperábamos hace media hora —dijo, antes de desaparecer en el interior.

«Encantado de conocerle yo también». El guía del perro se hizo a un lado para franquearme el paso, tirando de la correa del animal con más fuerza, pero mientras pasaba por delante de ellos y entraba incómodo en la tienda no dejé de sentir en ningún momento la mirada fija del pastor alemán clavada en mí.

Después del espacio abierto del páramo, el interior parecía extremadamente reducido y abarrotado de gente, una maraña de cuerpos enfundados en petos de trabajo. La luz difusa de las paredes azules producía una sensación etérea. El ambiente era cargado y pegajoso, con un olor a humedad que, de un modo desconcertante, recordaba el entorno de un camping. También se percibía otro olor, de tierra recién removida y de algo mucho menos inocuo.

La tumba estaba en el centro.

Alrededor habían colocado varios reflectores portátiles que emitían unas leves vaharadas en el aire húmedo, mientras que, a lo largo del perímetro del oscuro rectángulo de turba, habían dispuesto varias planchas metálicas cercadas por una

cuerda. Alguien que supuse debía de ser un agente de la policía científica estaba arrodillado junto a la fosa, un tipo corpulento que sostenía las manos enguantadas en el aire como si fuera un cirujano a punto de operar. Frente a él, un objeto recubierto de barro asomaba a través del suelo de turba. A primera vista, podría haber sido cualquier cosa, desde una piedra a una raíz retorcida, hasta que uno se detenía a examinarlo más de cerca.

Brotando de entre la tierra húmeda, se veían los huesos de una mano, visibles a través de los despojos de carne, en pleno proceso de descomposición.

—Lo siento, pero el patólogo se ha ido justo antes de que usted llegara, aunque volverá cuando el cuerpo esté listo para proceder a su traslado —explicó Simms, desviando mi atención del túmulo—. Doctor Hunter, le presento al profesor Wainwright, el arqueólogo forense que supervisará la excavación. Puede que haya oído hablar de él.

Reparé con más atención en la figura arrodillada junto a la fosa. ¿Wainwright? Sentí que se me encogía el estómago.

Pues claro que había oído hablar de él, desde luego. Catedrático de Cambridge metido a asesor de la policía, Leonard Wainwright era uno de los expertos forenses de mayor reputación del país, una figura destacadísima cuyo nombre daba credibilidad instantánea a cualquier investigación. Sin embargo, detrás de su imagen pública de respetable profesor universitario, Wainwright tenía fama de mostrarse despiadado e implacable con cualquiera a quien considerase un rival. Se mostraba abiertamente crítico con lo que él mismo había dado en llamar la «investigación forense moderna», que comprendía casi cualquier disciplina que no fuese la suya. Había centrado gran parte de su ira en la antropología forense, un campo de estudio nuevo que, en algunos aspectos, se solapaba con su especialidad. El año anterior, sin ir más lejos, había publicado un artículo en una revista científica ridiculizando la idea de considerar la descomposición como un indicador fiable del tiempo transcurrido desde la muerte. «¿Mentira podrida?», se mofaba desde el mismísimo título. Más que molestarme, yo me había reído mucho leyéndolo.

Aunque entonces no sabía que tendría que trabajar con él.

Wainwright se incorporó y las rodillas emitieron un crujido artrítico. A sus sesenta años, era grande como un armario, y el peto manchado de barro se le ceñía tirante sobre el cuerpo gigantesco. Con los guantes blancos de látex, sus dedos carnosos parecían piezas de embutido; cuando se quitó la mascarilla dejó al descubierto unas facciones angulosas que, siendo generosos, podrían haberse calificado de patricias.

Me dedicó una sonrisa neutra.

—Doctor Hunter. Estoy seguro de que será un placer trabajar con usted.

Hablaba con la voz atronadora de barítono propia de los buenos oradores. Acerté

a responderle con otra sonrisa.

—Lo mismo digo.

—Un grupo de excursionistas encontró la tumba ayer por la tarde —explicó Simms, mirando al objeto que sobresalía de la tierra—. A poca profundidad, como puede ver. Hemos inspeccionado el terreno y parece que hay una capa de granito de poco más de medio metro por debajo de la superficie. No es un buen lugar para enterrar un cuerpo, pero por suerte, eso el asesino no lo sabía.

Me arrodillé para examinar el terreno helado y oscuro del que sobresalía la mano.

—Lo de la turba promete ser interesante...

Wainwright asintió con cautela, pero no dijo nada. Como arqueólogo, debería estar aún más familiarizado que yo con los problemas que presentaban los enterramientos en turba.

—Parece como si la lluvia hubiese eliminado la capa superior de tierra hasta dejar la mano al descubierto y los animales se hubiesen encargado de acabar de desenterrarla —prosiguió Simms—. Los excursionistas se encontraron la mano asomando del suelo. Por desgracia, al principio no estaban seguros de lo que era, así que cavaron un poco en la tierra.

—Dios nos libre de los aficionados... —entonó Wainwright.

Tal vez fuera una coincidencia, pero lo dijo mirándome directamente a mí.

Me arrodillé sobre una de las placas metálicas para examinar la mano, expuesta desde los huesos carpianos de la muñeca. La mayoría de los tejidos blandos habían sido roídos y faltaban los dos primeros dedos, los situados en la franja superior, lo cual no era de extrañar, pues los grandes depredadores, como los zorros, e incluso aves como los cuervos o las gaviotas, no habrían tenido ninguna dificultad para arrancarlos.

Sin embargo, lo que me llamaba la atención era que, debajo de las marcas de dientes en el hueso, las superficies fracturadas de las falanges parecían lisas.

—¿Saben si alguno de los excursionistas pisó la mano o la rompió al excavar? —pregunté.

—Ellos aseguran que no. —Simms me miraba con gesto inexpresivo—. ¿Por qué?

—Probablemente no es nada, pero los dedos están rotos. Un corte limpio, por lo que parece, de manera que no pudo ser un animal.

—Sí, ya me había dado cuenta —convino Wainwright, arrastrando las palabras.

—¿Cree que puede ser importante? —preguntó Simms.

Wainwright no me dio oportunidad de responder.

—Es demasiado pronto para decirlo. A menos que el doctor Hunter tenga alguna teoría...

No pensaba dejar que me presionara.

—Todavía no. ¿Han encontrado algo más?

El equipo de la policía científica ya habría limpiado el área del interior de la tienda para obtener posibles pruebas.

—Sólo dos huesos pequeños en la superficie que parecen de un conejo. No son humanos, desde luego, pero adelante, eche un vistazo. —Simms estaba mirando su reloj—. Y ahora, si no hay nada más, tengo una rueda de prensa. El profesor Wainwright le informará sobre cualquier detalle que necesite saber. Trabajaré bajo su supervisión directa.

Wainwright me miraba con una expresión de tibio interés. Aunque sería el patólogo quien tendría la última palabra sobre los restos, lo natural era que, como arqueólogo forense, el principal responsable de la excavación fuese él. Eso no suponía ningún problema para mí, al menos en teoría, pero sabía de casos en que los cuerpos enterrados habían sido dañados debido a la torpeza en los trabajos de excavación e incluso por un exceso de entusiasmo, y en nada facilitaba mi tarea que el cráneo hubiese quedado destrozado por un pico o una pala.

Además, no tenía ninguna intención de que me trataran como el ayudante de Wainwright.

—Me parece bien, por lo que a la excavación se refiere —dije—. Obviamente, espero que me consulten sobre cualquier aspecto que pueda afectar a los restos en sí.

Se hizo un silencio en el interior de la tienda. Simms me estudió con frialdad.

—Leonard y yo nos conocemos desde hace mucho tiempo, doctor Hunter. Hemos trabajado juntos en numerosos casos. Con mucho éxito, por cierto.

—Yo no...

—Viene usted muy recomendado, pero prefiero a la gente que sabe trabajar en equipo. Tengo un interés muy personal en esta investigación y no voy a tolerar ninguna injerencia. De nadie. ¿Ha quedado claro?

Percibí sobre mí la atenta mirada de Wainwright, y estaba seguro de que el arqueólogo se había encargado personalmente de aleccionar a Simms al respecto. Noté que aquella actitud me estaba enfureciendo por momentos, pero como ya había trabajado con bastantes jefes de policía de carácter difícil sabía que de nada serviría discutir con él. Mantuve la expresión del rostro tan estudiadamente neutra como la suya.

—Por supuesto.

—Bien, porque estoy seguro de que no hace falta recordarle lo importante que es esto. Puede que Jerome Monk esté ahora mismo entre rejas, pero en lo que a mí respecta, mi trabajo no habrá terminado hasta que las víctimas hayan sido encontradas y devueltas a sus familias. Si estos restos pertenecieran a una de ellas, tengo que saberlo. —Simms se quedó mirándome un minuto más hasta estar seguro de que me había quedado claro—. Y ahora, si hemos terminado, dejaré que se pongan

manos a la obra con su trabajo, caballeros.

Salió por la portezuela de la tienda. Durante unos instantes, Wainwright y yo no dijimos nada. El arqueólogo se aclaró la garganta con aire teatral.

—Y bien, doctor Hunter, ¿empezamos?

Era como si el tiempo hubiese quedado suspendido bajo el resplandor de los reflectores. La oscura turba se resistía a dejarse arrebatarse el control sobre el cuerpo, aferrándose con su humedad a la carne que poco a poco emergía de debajo de la superficie. El progreso era lento. La forma de la tumba suele definirse fácilmente en las fosas excavadas en la mayoría de los tipos de suelo. La tierra de relleno extraída que ha sido retirada y recolocada de nuevo tiende a estar más suelta y a ser menos compacta que el sustrato de su alrededor, por lo que es bastante fácil identificar los bordes de la fosa. En el caso de la turba, en cambio, la demarcación es menos evidente, pues absorbe el agua como si fuera una esponja, por lo que no suele desmenuzarse como otros tipos de suelo. La forma de la tumba todavía puede delimitarse, pero requiere una actuación más cuidadosa y mayor destreza.

Wainwright poseía ambas cualidades.

Su presencia física dominaba por completo el espacio cerrado que delimitaban aquellas paredes azules suavemente onduladas. Yo casi esperaba que me relegase a un segundo plano, pero inesperadamente, el arqueólogo se había alegrado de que pudiese ayudarlo con la excavación. Una vez que mi orgullo dejó de zaherirme, no tuve más remedio que profesar admiración ante el buen hacer del catedrático. Aquellas manos enormes eran asombrosamente hábiles raspando con sumo cuidado la turba húmeda para dejar al descubierto los restos enterrados, los dedos gruesos tan precisos como los de un cirujano. Trabajamos codo con codo, arrodillados sobre las planchas de metal dispuestas alrededor de la fosa, y a medida que el cuerpo iba aflorando poco a poco de la tierra oscura, me sorprendí reconsiderando mis primeras impresiones sobre aquel hombre.

Llevábamos trabajando en silencio un buen rato cuando Wainwright utilizó una de sus herramientas para recoger dos mitades de una lombriz de tierra seccionada por una pala.

—Unas criaturas extraordinarias, ¿no cree? *Allolobophora*. Un organismo simple, sin cerebro ni apenas sistema nervioso. Eso de que vuelven a crecer cuando las cortas por la mitad es un mito, por supuesto. Lo que demuestra que no debería uno creerse todo lo que le dicen.

Arrojó la lombriz al brezo, soltó la pala e hizo una mueca cuando sus rodillas emitieron un sonoro crujido.

—Este trabajo no se hace más fácil con la edad, aunque ¿acaso hay algo que sí? Pero usted es demasiado joven para saber de nada de eso. Es de Londres, ¿verdad?

—Vivo allí, sí. ¿Y usted?

—No, yo soy de por aquí. De Torbay. Puedo ir y volver en coche, gracias a Dios, así no tengo que dormir en el hotel de mala muerte que habrá buscado la policía. Eso sí que no se lo envidio. —Se frotó la zona lumbar—. Y dígame, ¿qué le parece Dartmoor?

—Bastante gris, por lo que he visto hasta ahora.

—Ah, pero es que no lo está viendo en su mejor momento. Es la tierra prometida, sobre todo para un arqueólogo. Aquí se halla la mayor concentración de restos de la Edad del Bronce en toda Gran Bretaña, y todo el páramo es como un museo industrial. Todavía se pueden encontrar vestigios de las viejas minas de plomo y estaño desperdigados por doquier, como moscas en ámbar. Es algo verdaderamente digno de ver. Bueno, al menos para los viejos dinosaurios. ¿Está casado?

Me costaba seguirle el ritmo.

—Sí.

—Un hombre sensato. Una buena mujer nos mantiene cuerdos. Aunque cómo consiguen bregar con nosotros... eso es otro tema. Mi mujer se merece una medalla, como ella a menudo me recuerda... —Se echó a reír—. ¿Tiene hijos?

—Una niña, Alice. Tiene cinco años.

—Ah... Una buena edad. Yo tengo dos hijas, las dos ya fuera del nido. Disfrute de ella mientras es pequeña. Créame, dentro de diez años estará preguntándose dónde está aquella niña.

Sonreí con gesto diligente.

—Todavía nos quedan unos añitos hasta que llegue a la adolescencia.

—Pues aprovéchelos, aprovéchelos. ¿Me permite un consejo?

—Adelante.

Aquél no era el Wainwright que yo esperaba.

—No se lleve nunca el trabajo a casa. Estoy hablando en sentido figurado, por supuesto, pero separar trabajo y vida personal, distanciarse de él, es esencial en nuestro oficio, sobre todo cuando se tiene una familia. De lo contrario, el trabajo lo exprimirá hasta dejarle seco. No importa lo que llegue a ver, no importa lo terrible y desolador que sea, recuerde que sólo es su trabajo.

Volvió a coger la pala y se volvió hacia los restos.

—Por cierto, hace poco estuve hablando con alguien que lo conoce. Me dijo que antes había estudiado Medicina.

—Me saqué el título de Medicina antes de pasarme a la antropología, sí. ¿Quién se lo dijo?

Frunció el ceño.

—Pues verá, me he estado devanando los sesos tratando de acordarme, pero mi memoria ya no es lo que era. Creo que fue en algún congreso. Estábamos hablando de

las nuevas generaciones, de cómo están dejando su impronta en la profesión. Su nombre salió en la conversación.

Me sorprendió que Wainwright admitiera siquiera haber oído hablar de mí. Sin pretenderlo, me sentí halagado.

—Un cambio radical el suyo, pasar de la medicina a la antropología —continuó, raspando afanosamente la tierra alrededor de un codo—. Tengo entendido que se formó en Estados Unidos. En ese centro de investigación en Tennessee, ¿no? El que se especializa en descomposición.

—El Centro de Investigación Antropológica. Pasé un año allí.

Había sido antes de conocer a Kara, después de haber cambiado de especialidad académica y de dejar de trabajar con los vivos para dedicarme a los muertos. Esperé a que soltara algún comentario desdeñoso, pero no lo hizo.

—Parece un lugar interesante, aunque probablemente no es para mí. Tengo que confesar que no soy un fan declarado de los *Calliphoridae*. Unos bichos repugnantes.

—A mí tampoco me entusiasman, pero hay que reconocer que tienen su utilidad.

Los *Calliphoridae*, o califóridos, eran la clasificación para la familia de la moscarda, cuyo ciclo de vida proporcionaba, con la precisión de un reloj, una determinación clara del proceso de descomposición. Wainwright mostraba un interés evidente por los nombres en latín.

—Sí, supongo que sí. Aunque no en este caso, por desgracia. Demasiado frío. — Señaló los restos con la pala—. Y dígame, ¿cuál es su opinión al respecto?

—Tendré una idea mejor formada una vez que el cuerpo esté en la morgue.

—Por supuesto. Aunque estoy seguro de que ya habrá sacado algunas conclusiones.

Percibí la sonrisa bajo la mascarilla de su rostro. Yo era reacio a aventurar cualquier teoría a sabiendas de lo mucho que podían cambiar las cosas una vez que se hubiesen limpiado los restos, pero Wainwright no era en absoluto el ogro que había imaginado, y allí dentro sólo estábamos él y yo. Dada su aversión hacia la antropología forense, decidí que no estaría de más hacerle saber que él no era el único experto allí.

Me apoyé en los talones para reflexionar sobre lo que habíamos descubierto.

La turba es una sustancia única: formada a partir de restos de plantas, animales e insectos parcialmente descompuestos, supone un ambiente hostil a la mayoría de las bacterias e insectos que normalmente pueblan la tierra bajo nuestros pies. Baja en oxígeno y casi tan ácida como el vinagre, conserva con suma eficacia la materia orgánica, encurtiéndola como si fueran muestras de laboratorio. En los pantanos de turba se han llegado a encontrar colmillos enteros de mamut; incluso cadáveres humanos enterrados hace cientos de años pueden emerger misteriosamente intactos. En la aldea de Tollund, Dinamarca, en la década de 1950, se descubrió el cuerpo de

un hombre que estaba en tan buen estado de conservación que al principio se creyó que era la víctima de un asesinato reciente. Teniendo en cuenta la soga que llevaba atada alrededor del cuello, lo más probable es que hubiese sido asesinado, sólo que más de dos mil años antes.

Sin embargo, las mismas propiedades que hacen de la turba una mina de oro arqueológica también pueden convertirla en la peor pesadilla de un forense. En el mejor de los casos, es difícil determinar con precisión el intervalo de tiempo transcurrido desde la hora de la muerte, pero sin los marcadores naturales que proporciona la descomposición, puede ser una tarea imposible.

En este caso, sin embargo, dudaba de que fuese a suponer un problema. En ese momento, ya había quedado expuesta la mitad del cuerpo, aproximadamente. Estaba tumbado más o menos sobre un costado, con las rodillas un poco contraídas y la parte superior encogida, en posición fetal. Tanto la fina camiseta ceñida al torso, a través de la que se adivinaba el contorno de un sujetador, como la minifalda eran sintéticas y de estilo contemporáneo. Y aunque no me consideraba ningún experto, el zapato de tacón del pie derecho, ahora expuesto, me parecía un modelo relativamente moderno.

La totalidad del cuerpo —el pelo, la piel y la ropa— estaba recubierta de turba viscosa y negra. Aun así, nada podía disimular las terribles heridas que se habían infligido sobre él. Los contornos de las costillas rotas eran claramente visibles bajo la tela impregnada de barro, y unos huesos irregulares asomaban a través de la carne de los brazos y las piernas. Bajo la apelmazada maraña de pelo, el cráneo estaba aplastado y deforme, las mejillas y la nariz completamente hundidas.

—No muchas todavía, aparte de lo obvio —dije con cautela.

—¿Y qué es lo obvio?

Me encogí de hombros.

—Mujer, aunque supongo que cabe una remota posibilidad de que pueda ser un transexual.

Wainwright lanzó un resoplido burlón.

—Vaya por Dios... En mi época eso nunca habría sido un problema. ¿Cuándo empezaron a complicarse tanto las cosas? Siga.

No me costó entusiasmarme.

—Todavía es pronto para determinar cuánto tiempo lleva el cuerpo enterrado. Se aprecia cierto grado de descomposición, pero eso probablemente se explica por lo cerca que estaba de la superficie.

La proximidad con el aire de la superficie permite a las bacterias aerobias descomponer los tejidos blandos incluso en una fosa de turba, aunque sea a un ritmo más lento. Wainwright asintió con la cabeza, mostrándose de acuerdo.

—¿De modo que, por el margen de tiempo, podría concordar con una de las víctimas de Monk? ¿Menos de dos años, por ejemplo?

—Podría ser, sí —admití—. Pero no voy a especular por el momento.

—No, por supuesto. ¿Y las heridas?

—Es demasiado pronto para dictaminar si son heridas ante o post mórtem, pero salta a la vista que recibió muchos golpes. Posiblemente con algún tipo de arma. Es difícil imaginar a alguien capaz de romper los huesos de ese modo empleando las manos únicamente.

—¿Ni siquiera Jerome Monk? —Por detrás de la mascarilla, Wainwright sonrió al percibir mi malestar—. Vamos, David, admítalo. Parece una de sus víctimas.

—Podré hablar con mayor seguridad una vez que el cuerpo haya sido limpiado y pueda ver el esqueleto.

—Es usted un hombre cauto, y eso me gusta. Pero la mujer se corresponde con la franja de edad de las víctimas, eso se ve con sólo mirar la ropa. Ninguna mujer mayor de veintiún años se atrevería a llevar una falda tan corta.

—No creo que...

Soltó una risotada.

—Sí, ya lo sé, ya lo sé, eso no es muy políticamente correcto, pero a menos que se trate de una vieja, o incluso un viejo, vestida de jovencita, estamos ante una adolescente, una joven o lo que sea, brutalmente golpeada y enterrada en el jardín de Jerome Monk. Ya sabe lo que dicen, cuando el río suena...

Su forma de enunciarlo no era la más ortodoxa, pero sólo acababa de formular en voz alta lo que yo mismo estaba pensando.

—Es posible.

—¡Ah, todo un éxito! Yo diría que es más que probable, pero en fin. Lo que deja en el aire la cuestión de cuál de las desdichadas amantes de Monk puede ser ésta. ¿Una de las gemelas Bennett o la joven Williams?

—La ropa podría decírnoslo.

—Cierto, pero eso pertenece más a su terreno que al mío. Y sospecho que ya se ha formado una idea. —Se echó a reír—. No se preocupe, no está en el banquillo de los testigos. Ande, dígame qué piensa.

Era difícil decir que no a aquel hombre.

—En este momento sólo sería una mera conjetura, pero...

—¿Sí?

—Bueno, las hermanas Bennett eran las dos bastante altas. —Lo había averiguado durante mis apresuradas pesquisas después de la llamada de Simms: Zoe y Lindsey tenían la figura esbelta de las modelos de las pasarelas—. Quienquiera que sea, esta mujer es más menuda. Es difícil formarse una idea precisa de la estatura con el cuerpo tan encorvado, pero a partir de la longitud del fémur sí es posible hacer una estimación bastante aproximada. Yo estimaría su estatura en no más de metro cincuenta y cinco, metro sesenta a lo sumo.

Incluso después de retirar la totalidad del tejido blando —aunque no era ése el caso—, el hueso del muslo sólo era un indicador aproximado de la estatura. Sin embargo, yo había desarrollado un ojo clínico para esa clase de cuestiones, y aun con los restos contraídos y recubiertos de barro, estaba razonablemente seguro de que la víctima no podía haber sido lo bastante alta como para ser una de las hermanas Bennet.

Wainwright arrugó la frente mientras examinaba la parte superior de la pierna.

—¡Maldita sea! Debería haberme dado cuenta.

—Sólo es una suposición. Y tal como usted dice, es más mi especialidad que la suya.

Me lanzó una mirada que no transmitía ni un ápice de la jovialidad de hacía unos instantes. A continuación, frunció los ojos y soltó una sonora carcajada.

—Sí, tiene usted razón. Por lo tanto, lo más probable es que se trate de Tina Williams. Muy bien. —Dio una palmada antes de que pudiera decir nada—. Bueno, pero lo primero es lo primero. Acabemos de desenterrarla, ¿le parece?

Recogió la pala y se puso manos a la obra de nuevo, dejándome con una extraña sensación, como si la conversación hubiese sido idea mía.

Después de eso, apenas hablamos, pero sí realizamos grandes progresos. Sólo nos interrumpieron una vez, cuando un agente de la policía científica llegó para cribar la turba de la fosa. Sin embargo, salvo por unos pocos huesos de conejo más, no halló nada de interés.

Había oscurecido ya cuando el cuerpo estuvo listo para su traslado. Se hallaba en el fondo de la fosa enfangada, sucio y patético. Simms había regresado cuando ya estábamos terminando, acompañado del patólogo, quien se presentó como el doctor Pirie.

Pirie tenía un físico un tanto peculiar. No podía medir mucho más de metro cincuenta, por lo que su peto immaculado parecía demasiado grande para su cuerpecillo menudo. El rostro que me miraba desde debajo de la capucha tenía los huesos tan finos que podía haber pertenecido a un niño, sólo que la piel estaba surcada de arrugas y los ojos tras las gafas de media luna y montura dorada eran viejos y experimentados.

—Buenas noches, caballeros. ¿Han conseguido hacer algunos progresos? —dijo con voz precisa y mordaz, acercándose a la fosa.

Junto a la figura descomunal de Wainwright, el patólogo parecía más pequeño que nunca, un chihuahua al lado del gran danés que encarnaba el arqueólogo. Sin embargo, era imposible pasar por alto el aura inconfundible de autoridad que emanaba de él.

Wainwright se apartó para dejarle espacio. «A regañadientes», pensé.

—Ya casi está. Estaba a punto de pasar el testigo a la policía científica para que

terminen.

—Bien. —El patólogo frunció la pequeña boca mientras se agachaba junto a la fosa, de escasa profundidad—. Oh, sí, excelente trabajo...

No estaba seguro de si se refería a la excavación o a los restos. Los patólogos eran famosos por ser una raza de excéntricos; por lo visto, Pirie no era una excepción.

—La víctima es de sexo femenino, probablemente en su adolescencia tardía o recién entrada en la veintena como mucho, a juzgar por la ropa. —Wainwright se había bajado la mascarilla ahora que se había alejado de la fosa. Torció la comisura de la boca con expresión divertida—. El doctor Hunter especulaba con que tal vez fuese un transexual pero creo que podemos descartarlo.

Lo miré con sorpresa. Simms soltó un resoplido desdeñoso.

—Desde luego.

—Puede ver las heridas con sus propios ojos —prosiguió Wainwright con voz atronadora, dejándose de bromas—. Probablemente causadas por un arma contundente, como una porra, por ejemplo, o por alguien con una fuerza prodigiosa.

—Un poco pronto para esa clase de afirmaciones, ¿no cree? —comentó Pirie desde el borde de la tumba.

—Sí, por supuesto. Eso tiene que decirlo la autopsia. —Wainwright se corrigió sin problemas—. En cuanto al tiempo que ha permanecido aquí enterrada, si tuviese que hacer un cálculo aproximado, yo diría que menos de dos años.

—¿Estás seguro? —le preguntó Simms bruscamente.

Wainwright extendió las manos.

—Ahora mismo no es más que una conjetura, pero dadas las condiciones de la turba y el grado de descomposición, estoy bastante seguro.

Me quedé mirándolo, incapaz de dar crédito a lo que acababa de oír. Simms asintió con satisfacción.

—Así que podría ser una de las víctimas de Monk, ¿no?

—Oh, yo diría que es una posibilidad muy real. De hecho, si tuviera que arriesgarme y formular otra conjetura, apostaría a que esta joven podría tratarse de la chica Williams. El fémur es demasiado corto para pertenecer a una víctima de la estatura de las gemelas Bennett, pero si mal no recuerdo, la joven Williams media... mmm, ¿metro cincuenta, metro sesenta? Ésa sería más o menos la altura aproximada. Y las lesiones, desde luego, señalan a Monk, después de lo que le hizo a Angela Carter.

«Carson. Angela Carson, no Carter». Pero yo estaba demasiado enfadado para intervenir: Wainwright se estaba llevando descaradamente todo el mérito a partir de lo que yo mismo le había dicho, y sin embargo, si abría la boca para protestar, me arriesgaba a quedar como el típico colega rabioso e infantil. Pirie levantó la vista desde su posición, junto a la tumba.

—No hay datos suficientes para realizar una identificación, eso desde luego.

Wainwright se encogió de hombros, como restándose importancia.

—Lámelo una deducción razonable. Por lo menos, creo que antes merece la pena confirmar si es la chica Williams.

Miró a Simms enarcando las cejas. El policía parecía haber recuperado el vigor de repente mientras se daba una palmada en el muslo.

—Estoy de acuerdo. Doctor Pirie, ¿cuándo tiempo tardará en confirmar si se trata o no de Tina Williams?

—Todo depende del estado en que se encuentren los restos una vez que se limpien. —El minúsculo patólogo me miró—. Será más rápido si el doctor Hunter trabaja conmigo. Yo diría que los traumatismos óseos entran más bien dentro de su especialidad, ¿no es cierto?

Tenía cierto tono cantarín al hablar. Acerté a asentir con la cabeza, furioso y sorprendido por cómo había actuado Wainwright.

—Lo que haga falta. —Simms ya no parecía estar escuchando—. Cuanto antes podamos anunciar de quién es el cuerpo, mejor. Y si Monk enterró a una de sus víctimas aquí, es razonable suponer que las otras no estarán muy lejos. Un trabajo excelente, Leonard, gracias. Dale recuerdos a Jean de mi parte. Si estáis libres este fin de semana, ¿queréis venir a comer el domingo?

—Será un placer —contestó Wainwright.

Simms se volvió hacia mí como si acabase de recordar que yo seguía allí.

—¿Desea añadir algo, doctor Hunter?

Miré a Wainwright. Su expresión exhibía una curiosidad sana, pero sus ojos reflejaban la satisfacción propia de un depredador. «Bueno, si eso es lo que quiere...»

—No.

—Entonces, les dejo —dijo Simms—. Mañana empezaremos temprano.

III

Aún seguía furioso cuando llegué a la posada que me habían reservado para esa noche. A escasos kilómetros de Black Tor, el lugar se llamaba Oldwich y, según me habían dicho, quedaba a menos de veinte minutos en coche. O bien las indicaciones eran demasiado optimistas o me había equivocado al doblar en alguna curva, porque aún tardé tres cuartos de hora en ver el puñado de luces en la oscuridad que se extendía ante mis ojos.

«Por fin». Había sido un día muy largo, y conducir por el páramo en la oscuridad más absoluta no era mi idea de pasar un buen rato, que digamos. El recuerdo de cómo me había dejado manipular por Wainwright todavía me seguía enardecido. Teniendo en cuenta su reputación, debería haberlo visto venir. Mientras entraba en el aparcamiento del hotel, una llovizna neblinosa salpicaba el parabrisas, cambiando el ángulo de refracción de la luz de mis faros. Fuera había colgado un cartel descascarillado con las palabras «The Trencherman's Arms» casi difuminadas por completo.

Por fuera, la posada no era nada del otro mundo, un edificio alargado y de escasa altura con la fachada de cal desconchada y un techo de paja combado. La primera impresión quedó confirmada cuando, entre chirridos, empujé la desvencijada puerta. Un olor a cerveza rancia impregnaba la moqueta raída y los jaeces baratos colgados en las paredes. El bar estaba vacío, la chimenea apagada y fría, pero me había hospedado en sitios peores que aquél.

O casi.

El dueño era un hombre de rostro agrio de unos cincuenta años, extremadamente delgado salvo por una barriga imponente que parecía dura como la bola de una bolera.

—Si quiere comer algo, cerramos la cocina dentro de veinte minutos —me soltó de malos modos, al tiempo que deslizaba una llave rota por encima de la desgastada barra.

La habitación era tal como me la esperaba, no demasiado limpia, pero no tan sucia como para motivar una queja. El colchón rechinó cuando dejé la bolsa encima, hundido bajo el peso. Me habría gustado darme una ducha, pero tenía hambre y en el baño compartido sólo había una bañera manchada de óxido.

Pero la comida y la ducha podían esperar. Mi teléfono móvil tenía una barra de cobertura, una oportunidad que había que aprovechar. Coloqué la silla junto al pequeño radiador de la habitación y llamé a casa.

Siempre procuraba llamar a la misma hora para que Alice pudiese mantener algo parecido a una rutina. Kara trabajaba tres días a la semana en el hospital, pero su horario le permitía recoger a nuestra hija de la escuela cuando yo no estaba. Era

radióloga, un hecho que había originado no pocas discusiones entre nosotros al quedarse embarazada. No planeábamos tener hijos hasta al cabo de unos años, momento en el que yo esperaba contar con suficientes encargos como asesor de la policía para complementar mi sueldo en la universidad de modo que Kara pudiese quedarse en casa y cuidar del bebé.

Naturalmente, las cosas no habían salido tal como habíamos previsto, pero ninguno de los dos lo lamentábamos. A pesar de que Kara no tenía ninguna necesidad de reincorporarse al trabajo, yo no me opuse a su decisión de que lo hiciera a tiempo parcial cuando Alice empezó la escuela. Le gustaba su trabajo, y el dinero extra no nos venía nada mal. Además, dadas las exigencias de mi propia profesión, yo era el menos indicado para poner objeciones.

—Justo a tiempo —dijo Kara cuando respondió al teléfono—. Aquí hay una jovencita esperando a que llamas antes de irse a la cama.

Sonreí mientras me pasaba el teléfono.

—¡Papá, te he hecho un dibujo!

—¡Qué bien! ¿Es otro caballo?

—No, es nuestra casa, sólo que con cortinas amarillas, porque me gustan más. Dice mamá que a ella también.

Sentí que parte de mi ira y mi frustración desaparecían mientras escuchaba la voz entusiasmada de mi hija. Al final, Kara la mandó a lavarse los dientes y volvió a ponerse al teléfono. La oí sentarse en la silla.

—Bueno, ¿cómo te ha ido? —me preguntó.

De repente, haberme dejado manipular por Wainwright ya no me parecía tan importante.

—Bah... Podría haber sido peor. Terry Connors es el inspector del caso, así que al menos hay una cara conocida.

—¿Terry? Ah, bueno, pues dile que le dé un abrazo a Deborah de mi parte. —No parecía muy contenta—. ¿Sabes ya cuánto tiempo vas a estar ahí?

—Un par de días más al menos. Mañana estaré en el depósito de cadáveres, pero van a empezar a buscar más tumbas, así que depende de cómo vaya.

Hablamos un rato más hasta que llegó la hora de que Kara metiese a Alice en la cama. Deseando poder estar allí para leerle un cuento, me aisé y me cambié de ropa antes de bajar al bar. Había olvidado la advertencia del dueño de que iban a cerrar la cocina, y el plazo de los veinte minutos estaba a punto de extinguirse. El hombre lanzó una mirada elocuente al reloj mientras le pedía la comida, frunciendo la boca con una mueca de desaprobación.

—Dos minutos más y ya sería demasiado tarde —me espetó.

—Justo a tiempo, entonces. Qué suerte he tenido...

Se fue a buscar la comida que le había pedido de mala gana, apretando con fuerza

los labios. En ese momento había ya más clientes en el bar, varios de ellos agentes de policía o relacionados de algún modo con la investigación, supuse. Sólo había una mesa libre, así que cogí mi copa y me dirigí hacia ella. Había una joven solitaria sentada a la mesa contigua, hincando el tenedor en la comida con aire distraído mientras leía el contenido de una carpeta abierta, al lado de su plato. No levantó la vista cuando me senté.

El dueño se acercó con los cubiertos.

—No puede sentarse aquí; esta mesa está reservada.

—No dice que esté reservada.

—No hace falta que lo diga —repuso él con gesto mezquino y triunfante—. Va a tener que cambiarse de mesa.

No me molesté en discutir. Miré a mi alrededor en busca de algún otro sitio donde sentarme, pero el único espacio cercano era la mesa que ocupaba la joven.

—¿Le importa...? —empecé a decir, pero el dueño se me adelantó plantando los cubiertos en la mesa con gran estruendo.

—Tendrán que compartirla los dos —sentenció antes de alejarse.

La joven lo miró primero a él y luego a mí, sorprendida.

Le lancé una sonrisa avergonzada.

—Un servicio estupendo y encanto a raudales. Desde luego, este sitio lo tiene todo.

—Espere a probar la comida. —Cerró la carpeta con fastidio.

—Puedo buscar otra mesa si le supone una molestia —le ofrecí.

Por un instante, vi que mi ofrecimiento la tentaba, pero luego se lo pensó mejor. Hizo un movimiento con la mano señalando la silla.

—No, no pasa nada. Además, de todos modos ya he terminado. —Dejó el tenedor y apartó el plato.

Era una mujer atractiva sin que por ello llamase en exceso la atención. Llevaba unos vaqueros viejos y un jersey holgado, con la espesa melena castaña retirada hacia atrás con una simple diadema. Me pareció una persona a la que no le preocupaba demasiado su aspecto, aunque tampoco tenía por qué hacerlo. Kara era igual: podía ponerse cualquier cosa, que siempre le sentaba bien.

Eché un vistazo a la carpeta que había estado leyendo. Incluso del revés, reconocí lo que parecía un informe policial.

—¿Participa en la investigación? —le pregunté.

La mujer recogió la carpeta deliberadamente y se la guardó en el bolso.

—¿Es usted periodista?

Había escarcha en su voz.

—¿Yo? No, por Dios —exclamé, sorprendido—. Lo siento, me llamo David Hunter y soy antropólogo forense. Formo parte del equipo de Simms.

Se relajó y me dedicó una sonrisa tímida.

—Tendrá que disculparme. Me pongo un poco paranoica cada vez que alguien empieza a hacerme preguntas sobre mi trabajo; y sí, participo en la investigación. — Me tendió la mano—. Sophie Keller.

Su apretón era firme, su mano fuerte y seca. Saltaba a la vista que estaba acostumbrada a sortear las dificultades del camino en el ambiente policial, tradicionalmente masculino.

—Bueno, ¿y qué es lo que hace exactamente, Sophie? ¿O vuelvo a meterme donde no me llaman otra vez?

La mujer sonrió. Tenía una sonrisa agradable.

—Soy especialista en investigación del comportamiento.

—Ah.

Hubo una pausa y Sophie se echó a reír.

—No importa, yo tampoco estoy muy segura de qué es lo que hace un antropólogo forense.

—¿Es como un especialista en perfiles criminales? —aventuré, tratando de mostrarme diplomático, pues no era un campo en el que creyese demasiado, sinceramente.

—Hay un componente psicológico, sí, pero es un poco más amplio que eso. Asesoro a la policía sobre las características y las motivaciones de los criminales, pero también busco estrategias para entrevistar a sospechosos, evaluar las escenas del crimen... cosas así.

—¿Cómo es que no la he visto hoy en la fosa?

—Ha metido el dedo en la llaga. No me he enterado hasta este mediodía, así que voy a tener que conformarme con las fotografías. No es la forma idónea de trabajar, aunque en realidad no me han llamado por eso.

—¿Ah, no?

Vaciló antes de contestar.

—Bueno, imagino que no es ningún secreto. Me han pedido que viniera porque si ésta es una de las víctimas de Monk, puede que las otras estén enterradas por aquí cerca. Quieren que los asesore sobre dónde hay más probabilidades de encontrar las tumbas. En cierto modo, es mi especialidad, buscar cosas que están ocultas. Especialmente cadáveres.

—Y eso ¿cómo se hace?

Estaba intrigado. En los últimos años se habían producido una serie de avances tecnológicos para ayudar a localizar los cadáveres enterrados: desde la fotografía aérea a la geofísica y la imagen térmica. Sin embargo, la localización de tumbas todavía seguía siendo en gran medida una cuestión de suerte, sobre todo en un lugar como Dartmoor, y yo no entendía muy bien cómo podía una especialista en

comportamiento contribuir al éxito de esa tarea.

—Bueno, hay distintas formas de hacerlo —contestó con vaguedad—. Pero ahora ya sabe lo que hace una especialista en comportamiento. Ahora le toca a usted.

Le expliqué en líneas generales en qué consistía mi trabajo y me interrumpí cuando el dueño del hotel apareció con la comida. Dejó el plato delante de mí con un ademán tan brusco que la salsa de la carne salpicó el mantel, o al menos eso era lo que esperaba, que fuese la salsa, porque aquel líquido grasiento y marrón podría haber sido cualquier cosa.

Sophie y yo examinamos el revoltijo de verdura recalentada y la carne grisácea.

—Veo que has preferido esto en lugar del salmón ahumado y el foie gras —dijo al cabo de un momento.

—Sí, ya sabes, es una de esas ventajas que hacen que el trabajo valga la pena... —comenté mientras trataba de ensartar una zanahoria medio deshecha con el tenedor—. Y dime, Sophie, ¿de dónde eres?

—De Bristol, pero ahora vivo en Londres. Aunque solía venir aquí de vacaciones cuando era pequeña, así que conozco Dartmoor bastante bien. Me encanta la sensación de espacio abierto. Me gustaría venirme a vivir aquí algún día, pero con el trabajo... Bueno, ya sabes cómo es. A lo mejor, si algún día me canso de ser una especialista en comportamiento...

—Prefiero reservarme mi opinión sobre Dartmoor de momento, pero conozco un poco Bristol. Los alrededores, el campo es muy bonito. Mi esposa es de Bath.

—Ah, muy bien.

Nos sonreímos mutuamente, conscientes de que habíamos establecido los límites. Ahora que había quedado claro que yo estaba casado, podíamos relajarnos, ya no teníamos que preocuparnos por si emitíamos señales equívocas o no.

Sophie era una compañía magnífica, una mujer lista y divertida. Me habló de su casa y sus planes de futuro y yo le hablé de Kara y Alice. Los dos hablamos de nuestro trabajo, aunque evitamos tratar el tema de la investigación que llevábamos entre manos. Era un caso abierto y ninguno de los dos tenía intención de revelar más información de la necesaria a quien prácticamente era todavía un extraño.

Sin embargo, cuando miré al otro lado de la sala y vi a Terry y a Roper encaminándose hacia mí, supe que eso estaba a punto de cambiar. Terry pareció sorprenderse al vernos a los dos juntos en la mesa y su expresión se tornó cautelosa al acercarse.

—No sabía que vosotros dos os conocieseis —dijo.

Roper se detuvo justo detrás de él.

Sophie dedicó a Terry una sonrisa un tanto aviesa, o al menos eso me pareció.

—Acabamos de conocernos. David me estaba hablando de su trabajo. Es realmente fascinante.

—Pues sí —fue la lacónica respuesta de Terry.

—¿Quieres sentarte con nosotros? —le pregunté, incómodo por el ambiente súbitamente enrarecido.

—No, no queremos interrumpiros. Sólo he venido para darte la noticia. —Se dirigió a Roper hablándole por encima del hombro—. Ve a buscar unas cervezas, Bob.

Roper pestañeó, pero disimuló cualquier rastro de incomodidad porque lo hubiese tratado como a un simple camarero. Cuando se dirigió hacia la barra, dejó tras de sí una leve estela de aftershave.

—¿Has dicho «noticia»? ¿Qué noticia? —pregunté.

Terry se dirigió a mí como si Sophie no estuviera delante.

—Esta mañana te dije que tenía que ir a un sitio, ¿te acuerdas? Bueno, pues fui a la cárcel de Dartmoor para ver a Jerome Monk.

Eso explicaba el secretismo anterior de Terry; con razón estaba tan nervioso. Quise seguir preguntándole, pero Sophie se me adelantó.

—¿Has ido a hacerle una entrevista? ¿Por qué nadie me ha dicho nada?

—Eso pregúntaselo a Simms —repuso él.

Sophie estaba furiosa.

—¡No me puedo creer que lo hayas interrogado sin consultarme antes! ¿Para qué traéis a una especialista en comportamiento si no vais a consultarme? ¡Menuda estupidez!

Traté de disimular mi asombro. Saltaba a la vista que el tacto no era su punto fuerte. El rostro de Terry se ensombreció.

—Estoy seguro de que al jefe Simms le encantará oír lo estúpido que es.

—¿Has dicho que traes una noticia? —dije, tratando de poner en práctica una maniobra de distracción.

Terry fulminó a Sophie con la mirada antes de volverse hacia mí.

—Monk dice que no se acuerda de a quién enterró ni dónde, pero ha accedido a cooperar.

—¿Cooperar cómo?

Terry vaciló, como si ni siquiera él mismo se lo creyese del todo.

—Va a llevarnos a las otras tumbas.

IV

El furgón de la cárcel avanzaba traqueteando por la estrecha carretera, escoltado por varios coches patrulla y motocicletas de la policía con sus luces azules parpadeando. La procesión de vehículos dejó atrás las ruinas cubiertas de maleza de una antigua noria, los restos de las minas de estaño de las que me había hablado Wainwright, y se detuvo en las inmediaciones del claro del páramo donde aguardaba un helicóptero, cuyos rotores giraban con cadencia ociosa. Las puertas de los coches patrulla se abrieron y varios agentes armados se apearon de ellos, los cañones de sus pistolas reluciendo débilmente bajo la llovizna de primera hora de la mañana. A continuación, se abrieron las puertas delanteras del furgón policial y se bajaron dos guardias, que se dirigieron a la parte de atrás. La concentración de uniformes allí detrás ocultaba lo que estaban haciendo, pero un momento después, la puerta se abrió. Un hombre salió de la parte trasera. Los policías y los celadores penitenciarios formaron rápidamente un fuerte cordón alrededor de él, protegiéndolo de todas las miradas. Sin embargo, la enorme cabeza rapada era claramente visible, sobresaliendo como una pelota de fútbol blanca en el centro de las figuras que la rodeaban. Lo hicieron avanzar apresuradamente a través del páramo hacia el helicóptero que lo esperaba, y se encorvó cuando los dos guardias lo empujaron por debajo de las palas giratorias del rotor. Se subió a la cabina con torpeza, como si no estuviese acostumbrado al ejercicio. Cuando ya acababa de subir al aparato, resbaló en el último momento y cayó de rodillas. Unas manos extendidas lo sujetaron desde el interior del helicóptero, agarrándolo del brazo para que no perdiera el equilibrio. Por un segundo, se lo vio completamente, una figura gruesa y amorfa vestida con el uniforme de la prisión.

Al cabo de un momento, desapareció en el interior. Uno de los celadores lo siguió a bordo del aparato y cerró la puerta de golpe. Los rotores ganaron velocidad mientras el otro guardia retrocedía hacia el furgón de la cárcel, sujetándose la gorra con fuerza mientras el vendaval desatado por las palas dibujaba ondulaciones en la hierba. El helicóptero se elevó del suelo, ladeándose ligeramente para virar de dirección, y luego fue alejándose a través del páramo, menguando de tamaño poco a poco hasta convertirse en poco más que un punto negro en el cielo gris.

Terry se quitó los prismáticos cuando el ruido de los rotores enmudeció a lo lejos.

—Y bien, ¿qué te ha parecido?

Me encogí de hombros, con las manos hundidas en los bolsillos del abrigo. El vaho de mi aliento empañaba el aire en la fina llovizna.

—Muy bien, menos cuando se resbaló. ¿De dónde lo has sacado?

—¿Al doble? Es un calvo del equipo de agentes de la jefatura. No se parece en nada a Monk cuando lo ves de cerca, claro, pero era la mejor opción. —Terry se mordió el labio—. Lo de las armas fue idea mía.

—Eso precisamente estaba pensando.

Me lanzó una mirada inquisitiva.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Que me parece una puesta en escena muy elaborada, eso es todo.

—Es el precio que hay que pagar por tener una prensa libre. Así ellos consiguen algo que fotografiar y nosotros podemos seguir adelante con el trabajo sin tener a esos cabrones entrometidos de por medio.

No podía culparlo por emplear aquel tono. A pesar de que se suponía que era información clasificada, se habían producido las inevitables filtraciones y el rumor de la participación de Monk en la búsqueda había llegado a las redacciones de los periódicos. Mantener a la prensa alejada de un espacio abierto como aquel páramo habría sido tarea imposible, por lo que el señuelo distraería su atención mientras la verdadera búsqueda se ponía en marcha. Encontrar una tumba allí fuera ya era bastante difícil como para, encima, tener a los periodistas revoloteando como moscas por todo el páramo.

—Parece que algo se mueve —dijo Terry, mirando a través de los prismáticos.

A casi dos kilómetros de distancia, una hilera de coches y furgonetas se precipitaba por otra carretera siguiendo la misma dirección que había tomado el helicóptero. Terry soltó un gruñido de satisfacción.

—Han mordido el anzuelo. ¡Buen viaje! —Echó un vistazo a su reloj—. Vamos. El verdadero Monk llegará de un momento a otro.

Habían sido necesarios dos días para cumplimentar todos los trámites y gestiones imprescindibles para la salida temporal de la cárcel de Monk, y yo me había pasado la mayor parte de ese tiempo en el depósito de cadáveres. Una vez retirada la espesa capa de turba, la magnitud de las lesiones de la joven era monstruosamente evidente. Era como si ni una sola parte de su esqueleto hubiese quedado indemne: en algunos lugares únicamente los tendones y el tejido blando en descomposición mantenían unidos los huesos. Era el tipo de traumatismo que solía esperarse de un accidente de coche, no unas heridas causadas por un ser humano.

—La autopsia no ha podido determinar una causa definitiva de la muerte —me dijo Pirie, aparentemente imperturbable—. Hay un buen número de lesiones que pueden haber sido responsables. Muchos de los órganos internos y los tejidos blandos están desgarrados, el hueso hioides está roto y hay varias vértebras cervicales fracturadas. Casi con toda seguridad, las lesiones en la cavidad torácica debieron de ser fatales, porque las costillas astilladas penetraron en el corazón y los pulmones. De hecho, las lesiones sufridas por la pobre muchacha son tan graves que seguramente, el propio *shock* habría bastado para causarle la muerte.

La expresión «pobre muchacha» sonaba extrañamente anticuada; remilgada,

incluso. Por alguna razón, sentí un brote de ternura hacia el excéntrico patólogo.

—¿Pero...? —lo animé a continuar.

Fui recompensado con una débil sonrisa.

—Como le dije ayer, los traumatismos óseos son más su especialidad que la mía, doctor Hunter. No puedo descartar la estrangulación, pero los golpes en la cabeza fueron tan fuertes que sus vértebras y el hueso hioides probablemente se habrían roto de todos modos. La agresión tuvo que ser brutal.

—¿Las ha comparado con las lesiones de Angela Carson?

No había recibido una copia del anterior informe de la autopsia hasta esa misma mañana, por lo que no había tenido ocasión de leerlo íntegramente, pero la similitud de las heridas parecía innegable.

—Por desgracia, el tejido blando estaba demasiado deteriorado para detectar señales de agresión sexual. Esperaba que la turba lo hubiese conservado en buenas condiciones, pero los traumatismos y la escasa profundidad de la tumba han obrado en nuestra contra. Una lástima. —Lanzó un suspiro apesadumbrado—. La chica Carson también sufrió traumatismo facial y craneal principalmente, aunque ni mucho menos tan grave como éste. Pero tengo entendido que, en aquel caso, a Monk lo interrumpió la llegada de la policía, lo que tal vez explique por qué estas lesiones son mucho más... marcadas.

Desde luego que lo eran. Sobre el anodino trasfondo gris de la mesa de autopsias, los rasgos apenas parecían humanos. La parte frontal del cráneo había sido aplastada como la cáscara de un huevo, mientras que el resto de la piel y el tejido blando de la cara habían quedado reducidos a una masa informe en los huesos fragmentados de las mejillas y la cavidad nasal.

—Tengo entendido que los psicólogos afirman que este tipo de desfiguración facial es una expresión del sentimiento de culpa del asesino, el intento de borrar la mirada acusadora de su víctima. ¿No es ésa la explicación más aceptada?

—Algo así —admití—. Pero no parece que Jerome Monk sea una persona capaz de sentir esa clase de remordimientos.

—Desde luego. En cuyo caso, o bien tiene un mal genio verdaderamente terrorífico, o desfigura a sus víctimas por placer. —Me miró por encima de la montura de sus gafas de media luna—. La verdad, no sé cuál de las dos opciones es más preocupante.

Yo tampoco lo sabía. Una milésima parte de la fuerza utilizada habría sido fatal de todos modos. Quienquiera que fuese la víctima, no sólo había recibido una paliza mortal: había sido pulverizada. Era un exterminio en toda regla, en un sentido muy literal.

Creía que el patólogo se marcharía para dejarme con un asistente, pero se quedó para ayudarme con la macabra tarea de limpiar los restos: en primer lugar despojando

el cuerpo del tejido blando y después ayudándome a desarticular el esqueleto para poder sumergirlo en detergente. Era un protocolo necesario de mi trabajo, pero en absoluto grato para mí. Sobre todo cuando la víctima era poco más que una niña y yo mismo tenía una hija.

Sin embargo, Pirie no mostraba ningún tipo de reparos.

—Yo siempre estoy dispuesto a aprender técnicas nuevas —dijo, desprendiendo con delicadeza un tendón del hueso al que permanecía unido—. Aunque admito que, en los tiempos que corren, eso probablemente me sitúa en minoría.

Tardé un segundo en darme cuenta de que acababa de hacer una broma.

Al término del examen, confirmar que la mujer muerta era Tina Williams fue relativamente sencillo. La ropa y las joyas con las que el cuerpo había sido enterrado coincidían con las que la joven de diecinueve años llevaba cuando fue vista por última vez, cuando desapareció de Okehampton, un pueblo situado en el extremo norte de Dartmoor, y los registros dentales confirmaron su identidad sin ningún género de dudas. A pesar de que la mandíbula y los maxilares estaban destrozados y los dientes delanteros rotos, quedaban suficientes piezas dentales para proporcionar una identificación positiva. La agresión había sido generalizada, pero no metódica. O bien Monk no pensó que podrían identificar a la víctima a partir de los registros dentales o le traía sin cuidado.

Aunque lo más probable es que creyera que nunca llegarían a encontrar el cuerpo.

Yo no había podido aportar mucho más a lo que ya sabíamos. Tina Williams había sufrido claras lesiones traumáticas de consecuencias terribles. La mayoría de las costillas y la clavícula exhibían fracturas simples causadas por una rápida fuerza descendente, al igual que los metacarpianos y las falanges de ambas manos. A pesar de que en el rostro se apreciaban diversas fracturas LeFort, que se forman cuando la fuerza de un impacto se extiende a lo largo de ciertas áreas de yuxtaposición del cráneo, la parte posterior de aquel cráneo estaba intacta, lo cual sugería que estaba tumbada boca arriba en el suelo blando cuando le fueron infligidas las lesiones.

Sin embargo, no parecía haber hecho ningún intento por defenderse. Por lo general, cuando se levanta el antebrazo para bloquear un golpe, es el cubito el que se lleva la peor parte del impacto, causando una rotura en forma de cuña llamada «fractura de defensa». En este caso, el cubito y el radio de ambos antebrazos exhibían una combinación de fracturas multifragmentarias simples y otras más complejas, lo que apuntaba a uno de dos escenarios posibles: o bien Tina Williams ya estaba muerta o inconsciente cuando se produjo la agresión, o estaba inmovilizada e indefensa cuando Monk le rompió la mayor parte de los huesos del cuerpo.

Esperaba por su bien que hubiese sido lo primero.

Era difícil determinar qué había provocado las lesiones, pero creía poder adivinarlo. Si bien Monk era lo bastante fuerte para haber infligido muchas de ellas

con sus propias manos, el hueso frontal del cráneo de Tina Williams, la frente, mostraba una fractura curva característica. Era demasiado grande para haber sido causada por un martillo, en cuyo caso, de forma más que probable, lo habría atravesado directamente. A mi juicio, parecía una fractura provocada por un zapato de tacón o unas botas.

Monk la había molido a golpes, patadas y puntapiés.

Yo había trabajado en un buen número de muertes violentas, pero la imagen que evocaba aquella posibilidad era especialmente perturbadora. Y ahora estaba a punto de encontrarme cara a cara con el responsable.

El sonido de los rotores del helicóptero ya había desaparecido cuando Terry y yo regresamos al hervidero de remolques, coches de policía y furgonetas que habían cobrado vida alrededor de la pista que conducía al páramo. El tráfico constante estaba convirtiendo el páramo en un barrizal. Habían colocado tablones a modo de pasarelas temporales, pero el lodo negro rezumaba a través de las lamas de madera, por lo que la superficie era peligrosamente resbaladiza.

No creía que fuese a permanecer allí más que unos pocos días, pero el sorprendente ofrecimiento del recluso de enseñarnos dónde había enterrado a Zoe y Lindsey Bennett había trastocado todos mis planes. Aunque Wainwright iba a estar al frente de todas las excavaciones, Terry me había dicho que Simms quería tenerme cerca cuando encontrasen —en el caso hipotético de que así fuera— más cuerpos.

—¿Estás nervioso? Por conocer a Monk en persona, quiero decir —me había preguntado Kara la noche anterior.

—No, por supuesto que no. —Tenía que admitir que ante todo sentía curiosidad—. No se conoce a un individuo como él todos los días.

—Siempre y cuando no te acerques demasiado.

—No creo que haya peligro de que eso suceda. Se supone que todos debemos mantenernos a distancia. Además, yo voy a estar escondido detrás de la policía.

—Eso espero. —Kara no se rió—. ¿Cómo está Terry?

—Está bien, creo. ¿Por qué?

—Anoche llamé a Deborah. Hacía años que no hablaba con ella, así que se me ocurrió llamarla para saber cómo se encontraba. Estaba un poco rara.

—¿Rara cómo?

—No sé. Como distante. Un poco depre. Sin ganas de hablar. No sé si va todo bien entre ellos o tienen algún problema.

Aunque lo tuviesen, Terry no me lo habría dicho. Nunca habíamos tenido esa clase de confianza.

—La verdad es que no he tenido ocasión de hablar con él a solas, pero ahora mismo está bajo mucha presión. Quizá sea sólo eso.

—Puede ser —dijo Kara.

Sea lo que fuese lo que estuviese pasando en el matrimonio de Terry, la tensión del caso empezaba a hacer mella en él. Su aspecto físico, cansado y nervioso por el exceso de trabajo, denotaba falta de sueño y mucha cafeína. No era de extrañar, ya que todo indicaba que Simms estaba delegando en él todo lo relacionado con el caso. Salvo las ruedas de prensa, que insistía en dar él mismo. Se había atribuido el mérito de la identificación de Tina Williams, y cada vez que encendía el televisor para ver las noticias, allí estaban sus facciones de cera, delante de los micrófonos y de los flashes de las cámaras. Habían repetido varias veces una de sus declaraciones:

«Puede que el responsable de la muerte de Angela Carson, Tina Williams y Zoe y Lindsey Bennett esté entre rejas, pero esta investigación aún no ha concluido. No voy a descansar hasta que todas las víctimas de Jerome Monk hayan sido encontradas y devueltas a sus familias».

Las palabras de Simms eran sospechosamente similares a las que había pronunciado en la tienda el primer día. Me pregunté si ya entonces no habría estado ensayando posibles titulares para la prensa. Y mientras su superior coqueteaba con las cámaras y se convertía en el rostro público de la investigación, Terry cargaba él solo con la peor parte de la operación de búsqueda. Aunque, cuando formaba parte del cuerpo de la Metropolitana en Londres, ya había participado en casos de primer orden, nunca nada comparable a aquél.

Yo esperaba que estuviera a la altura.

Consultó de nuevo su reloj con nerviosismo mientras avanzábamos por los tablones.

—¿Va todo bien? —le pregunté.

—¿Por qué no habría de ir bien? Estamos a punto de dejar suelto a uno de los criminales más peligrosos del país y aún no tengo ni idea de por qué ese hijo de puta ha decidido cooperar de repente. Sí, todo va de puta madre.

Lo miré. Frunció el ceño y se pasó la mano por la cara.

—Perdona. No hago más que repasar todos los preparativos, tratando de asegurarme de no haber pasado nada por alto.

—¿No crees que vaya en serio con lo de mostrarnos dónde están las tumbas?

—A saber. Estaría más contento si... Bah, al diablo. Pronto lo averiguaremos. — Se tensó al levantar la vista hacia delante—. Vaya, lo que faltaba...

Sophie Keller había salido del remolque que hacía las veces de cantina móvil con un envase de poliestireno de café humeante en la mano. Arropada en un voluminoso peto, la especialista parecía una niña vestida con la ropa de trabajo de su padre. Llevaba la espesa melena, que la llovizna empañaba con gotas de plata fina, recogida con una cinta discreta. Iba acompañada por un individuo de unos cincuenta años al que no reconocí, fornido y de rostro agradable. Estaba asintiendo mientras escuchaba

lo que le decía, pero al ver a Terry una expresión gélida le ensombreció el rostro.

Ninguno de los dos se había esforzado por disimular su antipatía mutua. Tanto si se debía a algo ocurrido en una investigación anterior o a que, simplemente, no había química entre ellos, lo cierto es que se llevaban a matar. Terry torció el gesto cuando nos acercamos.

Sophie no le hizo el menor caso mientras a mí me dedicaba una cálida sonrisa y apoyaba una mano en mi brazo.

—Hola, David. ¿Conoces a Jim Lucas?

—Jim es nuestro supervisor en las tareas de búsqueda —dijo Terry, ignorándola a ella a su vez—. Ha estado intentando poner un poco de orden en este circo de tres pistas.

El apretón de manos del policía fue tan fuerte que a punto estuvo de romperme los huesos. Su pelo espeso y lleno de canas parecía un estropajo de aluminio.

—Encantado de conocerle, doctor Hunter. ¿Listo para el gran día?

—Se lo diré luego.

—Sabias palabras. Sin embargo, no todos los días alguien como Jerome Monk decide colaborar con el bando de los buenos, ¿verdad?

—Si es eso lo que está haciendo —intervino Sophie, mirando a Terry—. Si me hubieran permitido el acceso a él, me habría hecho una idea más precisa de cuáles son sus verdaderas intenciones.

«Ya empezamos otra vez», pensé mientras veía tensarse los músculos de la mandíbula de Terry.

—Ya lo hemos discutido. Podrás acompañar al equipo con Monk, pero no podrá haber ningún contacto directo. Si no te gusta, habla con Simms.

—No me devuelve las llamadas.

—Por qué será...

—¡Pero es absurdo! Así podría evaluar el estado mental de Monk, calibrar si su cambio de actitud es sincero, pero en vez de eso...

—La decisión ya está tomada. Monk no hablará con nadie y, por el momento, la prioridad es conseguir que nos enseñe dónde están las otras tumbas.

—Querrás decir la prioridad de Simms.

—Quiero decir la prioridad de esta investigación, y si no recuerdo mal, tú todavía formas parte de ella. ¡Si quieres que eso cambie, no tienes más que decirlo!

Las venas del cuello de Terry se hincharon mientras se intercambiaban miradas llenas de ira. Lucas parecía tan incómodo como yo. Fue un alivio cuando Roper se acercó. El agente fue alternando la mirada entre Terry y Sophie, sin perderse nada.

—¿Qué pasa? —interrumpió Terry.

—Acabo de hablar con el transporte. Estarán aquí dentro de diez minutos.

La furia de Terry se aplacó. Enderezó los hombros.

—Perfecto.

—Espera un momento —protestó Sophie—. ¿Qué hay de...?

Pero Terry ya estaba alejándose, sus pasos resonaban en los tablones. Roper vaciló el tiempo suficiente para dedicar a Sophie una amplia sonrisa que dejó al descubierto unas encías pálidas encima de los incisivos.

—No se lo tenga en cuenta, mujer. Es que tiene muchas cosas en la cabeza.

Ella le lanzó una mirada furiosa mientras Roper corría detrás de Terry. Lucas se frotó el puente de la nariz, visiblemente incómodo.

—Bueno, yo también tengo que irme. —Vaciló un instante antes de dirigir a Sophie una mirada incierta—. Oye, ya sé que no es asunto mío, pero no les aprietes demasiado las tuercas. Ahora mismo hay muchas cosas en juego.

—Razón de más para que me dejen hacer mi trabajo correctamente.

Lucas pareció querer añadir algo más, pero se lo pensó mejor.

—Ten cuidado, ¿de acuerdo? Monk es un tipo peligroso. Si quieres saber mi opinión, es mejor que te mantengas bien lejos de él.

Por un segundo pensé que Sophie también iba a soltarle una fresca al asesor, pero entonces esbozó una educada sonrisa.

—Sé cuidar de mí misma.

Lucas se reservó sus pensamientos para sí. Se despidió de mí con un movimiento de cabeza.

—Doctor Hunter.

Lo vimos alejarse. Sophie soltó un suspiro de exasperación.

—Dios, a veces odio este trabajo...

Sophie no había hecho ningún esfuerzo por ocultar su decepción tras haber quedado fuera del proceso de toma de decisiones.

—No hablas en serio —le dije.

—No estés tan seguro. Es que no entiendo por qué, de repente, Monk tiene tantas ganas de ayudarnos, la verdad. Y por favor, no digas que le remuerde la conciencia.

—Tal vez tenga planeado apelar y cree que eso podría ayudarle a obtener una reducción de la condena.

—Le quedan al menos otros treinta y cinco años en la cárcel. No me lo imagino planificando su futuro con tanto tiempo de antelación.

—¿Crees que lo hace con la esperanza de escapar? —pregunté.

No me habría atrevido a mencionarle esa posibilidad a Terry, teniendo en cuenta la presión a la que estaba sometido para que eso no sucediese. La parte más peligrosa de cualquier traslado de prisioneros era durante el transporte, pero todo el mundo era muy consciente de lo que era capaz Jerome Monk. Aun así, costaba trabajo imaginar cómo podría esperar escapar en un lugar así, rodeado de policías y con un helicóptero apostado a escasos minutos.

Sophie se metió las manos en los bolsillos y frunció el ceño con frustración.

—No sé cómo piensa hacerlo, pero estaría más tranquila si nos hubiera dado al menos una maldita pista sobre el paradero de las tumbas. Pero no, insiste en que sólo quiere salir y enseñárnoslas él mismo. ¡Y Simms va y se lo permite! Está tan obsesionado con encontrar a las gemelas Bennett para poder proclamar a bombo y platillo lo brillante que es, que está dejando que Monk le dicte sus propias condiciones. Es una estupidez, pero no consigo que nadie me escuche.

«No será por no haberlo intentado», pensé, pero tuve el buen juicio de no pronunciar en voz alta ese pensamiento.

—Incluso aunque las otras tumbas estuviesen por aquí, nos sería muy difícil dar con ellas sin Monk. Detesto que se interprete como si le diera la razón a Simms, pero ¿qué otra opción le queda?

Sophie arqueó las cejas con exasperación.

—Tal vez hacer lo que le he estado sugiriendo durante los últimos dos días. Ya he elaborado un esquema de cuáles son los sitios más probables, pero sin tener más datos, es como ir dando palos de ciego. Si consiguiera que Monk nos diese aunque fuese una pequeña pista de dónde están enterradas las gemelas Bennett, aunque tan sólo fuese un punto de referencia, podría encontrarlas yo misma.

Contemplé el inhóspito paisaje de helechos muertos, de brezos y de afloramientos de roca que se extendía ante nuestros ojos. Se prolongaba durante kilómetros y kilómetros. No dije nada, pero debí de parecer escéptico. Dos manchas gemelas de rubor florecieron en sus mejillas.

—Tú tampoco crees que pueda hacerlo.

«Oh, mierda...»

—No, es sólo que... Bueno, es un área muy extensa.

—¿Has oído hablar alguna vez del «winthropping»? —Yo nunca había oído hablar de aquella expresión, pero no me dio oportunidad de responder—. Es una técnica desarrollada por el ejército en Irlanda del Norte para encontrar alijos de armas ocultos. Cualquiera que busque un lugar donde esconder algo, o enterrar un cuerpo, sigue automáticamente el contorno del terreno o utiliza puntos de referencia, como un árbol o una roca determinada, para ayudarse a orientarse. La técnica del «winthropping» es una manera de interpretar un paisaje para encontrar zonas con mayores probabilidades de que haya algo escondido.

—¿Y funciona? —dije sin pensar.

—Sorprendentemente, sí —soltó de sopetón—. No es un método infalible, pero es útil en situaciones como ésta. No me importa lo bien que se supone que Monk conoce esta zona; ha pasado un año desde que mató a las hermanas Bennett. A estas alturas, la vegetación ya habrá cubierto por completo sus tumbas y probablemente las enterró de noche de todos modos. Aunque sus intenciones sean sinceras, no lo

imagino capaz de recordar exactamente dónde están. No sin ayuda.

Por regla general, a mí me gustaba la ciencia en su estado más puro, y no la que invadía el terreno de las bolas de cristal, pero su argumento era convincente. Además, de todas formas ya había adquirido rango académico. Ambos permanecimos en silencio mientras veíamos un convoy de vehículos que avanzaba por la carretera a lo lejos, en dirección hacia nosotros.

Monk había llegado.

V

Después de la espectacular entrada en escena del señuelo, la llegada del verdadero Monk fue casi un anticlímax. No había luces parpadeantes ni motocicletas, ni tampoco helicópteros en espera. Sólo una camioneta sin ningún tipo de identificación, escoltada por dos coches de policía. Una quietud absoluta pareció adueñarse del páramo mientras los recién llegados se dirigían hacia donde Terry aguardaba de pie con Roper y un grupo de agentes uniformados. Una agente adiestradora de perros estaba junto a ellos, el springer spaniel en actitud alerta, bien sujeto con la correa. La camioneta y los coches se detuvieron lejos de los otros vehículos. En el silencio que siguió al mutismo de los motores, el aire impregnado de humedad transportó el sonido metálico de las puertas al abrirse. A diferencia de los que acompañaban al «doble» de Monk, ninguno de los policías iba armado: tenía que haber una amenaza real de fuga para que merecieran portar armas. Sin embargo, todos eran tipos grandes y corpulentos, con unas manos que acudieron inmediatamente a las porras que llevaban colgadas de la cintura mientras tomaban posiciones en torno a las puertas traseras de la furgoneta.

—Qué melodramático... —comentó Sophie.

No le respondí. Percibí movimiento en los oscuros recovecos de la camioneta; una sombra redonda y pálida fue tomando cuerpo en la forma de una cabeza calva mientras salía poco a poco a la luz. Una figura agazapada inundó el espacio de la abertura e hizo caso omiso del escalón bajando de un salto del vehículo. A continuación se enderezó y vi por primera vez a Jerome Monk.

Pese a los veinte metros que nos separaban, su descomunal e imponente presencia seguía siendo inconfundible. Llevaba las manos esposadas torpemente por delante, y descubrí con sorpresa que también llevaba grilletes. Era como si ninguna de las dos cosas le molestara, y aquellos hombros encorvados parecían lo bastante poderosos para romper la cadena de las esposas sin dificultad. Su torso era inmenso, pero aun así, la cabeza afeitada seguía pareciendo desproporcionadamente gigantesca.

—Una bestia horrorosa, ¿verdad?

Estaba tan absorto mirándolo que no me había dado cuenta de que Wainwright se había sumado a nosotros. El arqueólogo forense iba vestido con ropa de excursionismo muy usada pero cara, y un pañuelo le rodeaba el cuello dándole un aire entre extravagante y llamativo. No se esforzó lo más mínimo en bajar la voz, y sus palabras retumbaron con toda claridad en la quietud. «¡Ya está!», pensé cuando la cabeza en forma de luna de Monk se volvió hacia nosotros.

Las fotos que había visto no le hacían justicia. La hendidura en la frente parecía mucho peor en vivo, como si lo hubieran golpeado con un martillo y hubiese logrado sobrevivir pese al golpe. Debajo, la tez de su rostro estaba llena de cicatrices. La

costra amarillenta que le cubría parte de la mejilla sugería que al menos una de ellas era reciente, mientras que la boca torcida estaba congelada en la sempiterna media sonrisa que parecía esbozar a todas horas. Era como si reconociese y se burlase a la vez de la repulsión que provocaba su presencia.

Con todo, lo más inquietante eran los ojos: pequeños e inmóviles, estaban vacíos, opacos como un cristal negro.

Sentí un escalofrío cuando los posó sobre mí, pero al parecer sólo suscitó un interés pasajero. Los ojos inertes se desplazaron hasta Sophie, demorándose en ella un momento antes de concentrarse en Wainwright.

—¿Qué cojones estás mirando?

El acento era local, pero la voz fue toda una sorpresa: brusca y asombrosamente suave. Wainwright no debería haberle contestado, pero el arqueólogo no estaba acostumbrado a que le hablaran así. Dio un resoplido burlón.

—¡Dios santo, pero si sabe hablar!

Las cadenas que sujetaban las piernas de Monk se tensaron cuando dio un paso hacia él, y sus pies emitieron un extraño sonido sibilante al pasar rozando la hierba húmeda. Apenas logró dar una zancada antes de que los guardias lo agarraran de los brazos. Eran dos hombres corpulentos, pero parecían mucho más pequeños a su lado. Los vi prepararse para entrar en acción, tensando los músculos con fuerza al tratar de retenerlo.

—Vamos, Jerome, pórtate bien —dijo uno de los guardias, un hombre mayor con el pelo gris y el rostro surcado de arrugas.

El asesino siguió mirando a Wainwright, las manos esposadas colgando a ambos lados del cuerpo. Los hombros y los brazos eran enormes, como si llevara unos bolos metidos en el interior de la chaqueta. Los ojos negros permanecían fijos en Wainwright, sin pestañear siquiera.

—¿Cómo te llamas?

Terry parecía sorprendido ante la repentina interpelación, pero reaccionó dando un paso hacia delante.

—Su nombre no es asunto tuyo.

—No, no importa. Si quiere saber con quién está tratando, se lo diré con mucho gusto. —Wainwright se irguió, imponente en su estatura, para mirar al preso—. Soy el profesor Leonard Wainwright y soy el responsable de la recuperación de los cadáveres de las jóvenes a las que asesinaste. Y si te queda un poco de sentido común, te aconsejo enérgicamente que cooperes.

—Por Dios... —oí a Sophie resoplar a mi lado.

Monk curvó la comisura de los labios.

—Profesor... —pronunció muy despacio en tono desdeñoso, como ensayando la palabra. Sin previo aviso, clavó su mirada en mí—. ¿Quién es éste?

Terry parecía perplejo, así que respondí.

—Soy David Hunter.

—Hunter —repitió Monk—. Con ese nombre, tendrá que estar a la altura...

—Igual que Monk —dije automáticamente^[1].

Sus ojos negros perforaron los míos. Entonces se oyó una especie de sibilancia y me di cuenta de que Monk se estaba riendo.

—Conque eres un listillo, ¿no?

No fue hasta entonces cuando se volvió para mirar a Sophie. Sin embargo, Terry no le dio ocasión a preguntar por ella.

—Bueno, ahora ya nos conoces a todos. —Hizo una seña a los guardias para que se lo llevaran—. Vamos, estamos perdiendo el tiempo.

—Ya has oído al inspector, Risa Floja.

El otro guardia, un hombre corpulento y con barba, trató de empujar a Monk para obligarlo a andar, pero era como intentar mover una estatua. El preso volvió rápidamente la cabeza y le clavó su mirada de basilisco.

—No me empujes, joder.

El ambiente ya era tenso, pero en ese momento se hizo irrespirable. Vi como el pecho de Monk se hinchaba y se desinflaba a medida que se le aceleraba la respiración. Una gota de saliva le afloró en la comisura de la boca. En ese momento, un hombre se abrió paso a través de los agentes que lo rodeaban.

—Inspector, soy Clyde Dobbs, el abogado del señor Monk. Mi cliente ha accedido a cooperar en la búsqueda voluntariamente. No me parece que agredirlo sea la vía de acción más indicada.

Tenía una voz aguda y nasal que lograba sonar aburrida y seductora a partes iguales. No lo había visto hasta entonces. Debía de pasar de los cincuenta y llevaba el escaso pelo canoso peinado hacia un lado, por encima de un cuero cabelludo rosado. Su maletín parecía espantosamente ridículo al lado de las botas de goma y la chaqueta impermeable.

—Aquí nadie va a agredir a nadie —replicó Terry.

Lanzó una mirada de advertencia al guardia de la barba, que soltó el brazo de Monk a regañadientes.

—Gracias —dijo el abogado—. Por favor, prosigan.

Terry tensó los músculos de la mandíbula e hizo una señal con la cabeza a los guardias.

—Traedlo.

—¡Quitadme las putas manos de encima! —gritó Monk, mientras los guardias batallaban por tirar de él.

De repente, sus ojos eran los de un loco. Yo observaba la escena aturdido, incapaz de creer que aquello pudiese torcerse tan rápidamente. Esperé a que Terry hiciese

algo, que se pusiese al frente de la situación, pero parecía paralizado. El tiempo se detuvo en unos minutos eternos, tensos, a la espera de que la violencia estallase en toda su fuerza.

En ese momento, Sophie dio un paso adelante.

—Hola, soy Sophie Keller —dijo con serenidad—. Voy a ayudarle a encontrar las tumbas.

Por un momento no hubo respuesta. Entonces, los ojos negros se desplazaron de Terry hasta ella. Pestañearon mientras la boca de Monk se ponía en movimiento, como si tratase de recordar cómo se formaban las palabras.

—No necesito ninguna ayuda.

—Mejor, entonces será mucho más fácil para todos, pero yo estaré aquí por si acaso, ¿de acuerdo? —Le dedicó una sonrisa. No era una sonrisa coqueta ni nerviosa, sólo una sonrisa normal y corriente—. Ah, y seguramente querrá que le quiten esos grilletes de las piernas. No va a poder caminar muy lejos con esas cosas.

Sin dejar de sonreír, se volvió para incluir a Terry en ese último comentario. Advertí que los otros agentes se intercambiaban unas miradas. Terry estaba rojo como la grana cuando dio la señal a los guardias.

—Sólo las piernas. Dejadle las esposas.

Habló con brusquedad, pero a nadie se le había escapado lo cerca que había estado de perder el control de la situación. Vi a Roper mirarlo con nerviosismo mientras Terry trataba de recuperar la apariencia de autoridad y el resto de los policías se intercambiaban miradas cómplices. De no haber sido por Sophie, era imposible saber qué habría pasado. Su intervención no sólo había distendido el ambiente, sino que también había logrado establecer al menos un vínculo provisional con Monk.

Después del estallido de apenas unos minutos antes, el recluso parecía triste y apagado. Mientras lo conducían por el camino de tierra, la enorme cabeza se volvió para mirar a Sophie.

—Parece que la señorita Keller tiene una nueva mascota —comentó Wainwright mientras los seguíamos, dejando un rastro de aliento humeante en la fría mañana.

—Lo ha hecho muy bien. —Terry no era el único que acababa de perder credibilidad, reflexioné.

—¿Usted cree? —La mirada de Wainwright era hostil mientras los observaba caminar por delante de nosotros—. Esperemos que no se vuelva en su contra.

El páramo parecía hacer todo lo posible por colocarnos un obstáculo tras otro. La temperatura bajó casi al mismo tiempo que empezó a llover. La lluvia doblegaba los tallos de hierba y brezo, un aguacero monótono y aburrido que enfriaba el espíritu además de la carne.

Jerome Monk parecía ajeno a todo. Estaba junto a la tumba vacía de Tina Williams, la lluvia cayéndole a chorros por el cráneo calvo y por unas facciones que bien podrían haber sido las de una gárgola en una iglesia medieval. Parecía no darse cuenta ni importarle lo más mínimo.

No podía decirse lo mismo del resto de nosotros.

—¡Esto es absurdo! —exclamó Wainwright, enjugándose la lluvia de la cara.

El arqueólogo se había puesto un resistente peto de trabajo que hacía que su inmensa figura fuese más descomunal que nunca. Por encima de la ropa y manchado de barro negro, el peto empezaba a parecer tan gastado como su propia paciencia.

Por una vez, me identifiqué con él: el peto también me irritaba las muñecas y el cuello, haciéndome sudar a pesar del frío. El agua me caía desde la parte superior de la capucha con gotas plateadas, y algunas de ellas lograban colarse de vez en cuando en el interior. La cinta policial todavía acordonaba el área, pero ya habían desmontado la carpa de trabajo y la tumba vacía ya se estaba llenando de agua enfangada. En los días transcurridos desde mi última visita, el mal tiempo y el pisoteo constante de las idas y venidas habían convertido el terreno del entorno en un barrizal traicionero. Los agentes soltaban continuamente imprecaciones mientras nos dirigíamos hacia allí; Wainwright resbaló y estuvo a punto de caerse. El arqueólogo me espetó un brusco «estoy bien» cuando le ofrecí la mano para sujetarlo. Hasta el propio Monk parecía tener dificultades, con la desventaja que suponía para su sentido del equilibrio llevar las manos esposadas.

Con la única excepción de su abogado, todo el personal civil —Wainwright, Sophie y yo mismo— nos mantuvimos un poco alejados del grupo que rodeaba al prisionero, una concesión simbólica a nuestras instrucciones de no acercarnos. Nos acompañaba un perro especializado en la localización de cadáveres y su adiestradora. El springer spaniel estaba entrenado para olfatear hasta el trazo más débil de gases producto de la descomposición, pero primero teníamos que encontrar una tumba, y Monk no parecía tener ninguna prisa por ayudarnos en la tarea.

Flanqueado por los dos guardias, se quedó mirando la fosa poco profunda donde había estado enterrada Tina Williams, con los labios fruncidos en su habitual sonrisa burlona, como riéndose de alguna broma que sólo él entendía. Sin embargo, yo había llegado a la conclusión de que, sencillamente, se trataba de la forma natural de su boca: como la escalofriante sonrisa de un tiburón, no parecía tener relación con los pensamientos que discurrían detrás de aquellos ojos redondos como botones.

—¿Esto te trae recuerdos, Monk? —le preguntó Terry.

No hubo respuesta. Por la indiferencia de su reacción, era como si el preso estuviese tallado del mismo granito que las rocas de Black Tor.

El guardia de barba le dio un empujón.

—Ya has oído al jefe, Risa Floja.

—No me pongas las putas manos encima —gruñó Monk sin mirar a su alrededor. Su abogado lanzó un suspiro exagerado cuando el guardia trató de sujetarlo.

—Estoy seguro de que no hace falta que les recuerde que mi cliente ha venido aquí de forma voluntaria. Si van a someterlo a cualquier tipo de maltrato, podemos suspender esto ahora mismo.

—Nadie está maltratando a nadie. —Terry estaba encorvado, pero no por la lluvia: la tensión emanaba de él como si fuera electricidad estática—. Es su *cliente* el que ha querido venir aquí. Tengo derecho a preguntar por qué.

El pelo ralo de Dobbs ondeaba al viento, confiriéndole el aspecto de un pájaro furioso. El abogado aún conservaba el maletín, y me pregunté si contenía algo importante o si simplemente lo llevaba por la fuerza de la costumbre.

—Los términos de la puesta en libertad temporal de mi cliente estipulan claramente que está aquí para ayudar a localizar las tumbas de Zoe y Bennett Lindsey, y nada más. Si desea interrogarlo acerca de cualquier otra cuestión, siempre podemos volver a la cárcel para que pueda realizar una entrevista formal en el entorno adecuado.

—Sí, ya. —Terry no se esforzó en disimular su disgusto—. Se acabó el tiempo, Monk. Ya has hecho bastante turismo por hoy. Ahora dinos dónde están las otras tumbas o puedes volver a tu celda.

Monk apartó los ojos de la fosa y se puso a contemplar el páramo. Las esposas tintinearón cuando levantó las manos para frotarse el cráneo.

—Por ahí.

Todos miramos a donde señalaba, más allá de la carretera y la pista forestal. Salvo por algunos afloramientos de roca ocasionales o pequeñas islas de tojo, no se veía nada más que un llano monótono y cubierto de brezo y hierba.

—¿Dónde? —le preguntó Terry.

—Ya lo he dicho. Por ahí.

—¿No están cerca de donde enterraste a Tina Williams?

—Nunca dije que lo estuvieran.

—Entonces ¿para qué demonios nos has traído hasta aquí?

Era imposible descifrar la expresión en los ojos negros de Monk.

—Quería ver.

Terry tensó los músculos de la mandíbula. Yo nunca lo había visto tan nervioso, pero ahora no podía permitirse el lujo de perder los estribos. Deseé que Lucas estuviera con nosotros; el hombre era una presencia tranquilizadora y cada vez era más evidente que Terry estaba fuera de sí.

—¿A qué distancia? —le preguntó Terry, haciendo un visible esfuerzo por contenerse—. ¿A cincuenta metros? ¿A cien? ¿A un kilómetro?

—Lo sabré cuando llegue.

—¿Recuerda algún punto de referencia cercano? —se apresuró a preguntar Sophie. Una sombra de irritación se apoderó del semblante de Terry, pero no la interrumpió—. ¿Una roca grande, alguna extensión de aulaga... algo así?

Monk la miró.

—No me acuerdo.

Wainwright soltó un resoplido desdeñoso.

—Pues no creo que sea algo fácil de olvidar, digo yo...

Una vez más, el aire húmedo transportó con toda claridad la voz estentórea del arqueólogo. Monk volvió la cabeza hacia él.

—¿Qué es lo que recuerda, Jerome? Tal vez si tratara de... —empezó a decir Sophie, pero Terry la interrumpió.

—Muy bien, terminemos de una vez con esto. Enseñanos las tumbas y ya está.

Sophie parecía furiosa, pero el grupo ya estaba alejándose, una masa de uniformes que rodeaban la figura inconfundible de Monk.

—Esto es ridículo —masculló Wainwright cuando echamos a andar tras ellos, las botas chapoteando en la ciénaga del páramo—. No creo que ese individuo tenga la menor intención de decirnos nada. Nos toma el pelo.

—Tal vez ayudaría si dejaran de mostrarle tanta hostilidad —dijo Sophie, todavía enojada.

—No nos podemos permitir mostrar debilidad ante esa clase de individuos. Necesita saber quién manda aquí.

—¿Ah, sí? —La voz de Sophie era peligrosamente dulce—. Mire, le voy a decir una cosa: no me diga cómo tengo que hacer mi trabajo y yo no le diré cómo cavar sus hoyos.

El arqueólogo la fulminó con la mirada.

—Descuide, me encargaré personalmente de transmitirle su punto de vista al jefe Simms —le espetó, antes de adelantarse unos pasos.

—Será capullo... —masculló Sophie en voz baja, aunque no tan baja como para que él no pudiera oírla. Luego me miró—. ¿Qué?

—No he dicho nada.

Me sonrió con ironía.

—Ni falta que te ha hecho.

Me encogí de hombros.

—Si quieres llevarte mal con el equipo al completo, no soy nadie para impedírtelo.

—Lo siento, pero es que es muy frustrante, joder... ¿Qué sentido tiene que yo esté aquí, si no me dejan hacer mi trabajo? Y en cuanto a Terry Connors... —Suspiró y negó con la cabeza—. Están llevando todo esto muy mal. No podemos dejar que Monk nos guíe simplemente por su olfato, no sin presionarlo para que nos dé alguna

indicación de dónde están las tumbas. ¿Cómo va a volver a encontrarlas si no se acuerda de ningún punto de referencia?

—¿Crees que está mintiendo?

—Es difícil decirlo. Parece indeciso y, un minuto después, dice estar completamente seguro. Ahora actúa como si supiera adónde va, pero es muchísimo trecho para caminar con un cadáver auestas. —Frunció el ceño, mirando al lugar donde la pálida cabeza de Monk se destacaba entre los uniformes oscuros de delante —. Voy a darme una vuelta. Ya os alcanzaré luego.

Retrocedió sobre sus pasos de nuevo hacia el camino que conducía a Black Tor. Yo podía entender sus dudas, pero me sentía incapaz de hacer nada al respecto. A medida que nos adentrábamos en el páramo, cada vez resultaba más difícil avanzar. La turba empapada por la lluvia nos succionaba las botas mientras la hierba y los alargados tentáculos del brezo se nos enroscaban alrededor de las piernas. A Monk le costaba avanzar todavía más, desmintiendo así el mito de que allí, en el páramo, se movía como pez en el agua. Tropezó y se tambaleó varias veces, gruñendo cuando los guardias trataban de sujetarlo para que no se cayera al suelo.

Me di cuenta de que Roper se había quedado rezagado y hablaba por radio. Si bien lo hacía en voz muy baja, a medida que me acercaba a él el viento me traía fragmentos de su conversación.

—... no muy seguro, señor... Sí, sí. Por supuesto. Le mantendré informado.

Colgó el teléfono cuando me vio. Lo de «señor» había sonado un tanto siniestro, y no hacía falta ser un genio para adivinar que había estado informando a Simms. Me pregunté si Terry lo sabía.

—¿Disfrutando del paseo, doctor Hunter? —El agente sonrió y se plantó a mi lado—. Está siendo todo un maratón, ¿no le parece?

Había algo en aquel hombre que me producía cierto rechazo. Él no tenía la culpa de exhibir aquellos dientes de rata, pero su sonrisa era demasiado solícita y aduladora para despertar confianza.

—El aire fresco me sienta bien.

Él asintió con la cabeza, riendo como si yo acabase de contar un chiste.

—Demasiado aire fresco para mi gusto, pero... Bueno, ¿y qué le parece Monk? Todo un personaje, ¿no cree? Tiene la cara de un puto picasso.

«Pues tú tampoco eres ningún guaperas, que digamos», pensé.

—¿Cómo se ha hecho esos moretones? ¿Se ha metido en alguna pelea?

—No exactamente. —La sonrisa de Roper se hizo aún más amplia, pero clavó su mirada perspicaz en la espalda de Monk—. Anoche se lió a golpes con uno y hubo que «frenarlo». Por culpa de eso estuvimos a punto de suspender toda la operación. Por lo visto, montó uno de sus numeritos, cogió una de sus rabetas cuando apagaron las luces. Por eso los guardias lo llaman «Risa Floja». Parece que él es el único que lo

encuentra divertido, porque a nadie le hace maldita gracia. Vaya, ¿qué pasa ahora?

Se había armado un alboroto varios metros por delante. La adiestradora estaba sujetando al spaniel, que no dejaba de ladrar al grupo que acompañaba a Monk. Al principio era imposible ver lo que pasaba debido a la cantidad de uniformes alrededor, pero luego dos de los guardias se hicieron a un lado.

Monk se había caído. Su figura colosal estaba tendida en medio de la hierba enfangada, tratando con todas sus fuerzas de levantarse. Los policías y los guardias se arremolinaban a su alrededor sin saber si socorrerlo o no.

—¡Que me soltéis de una puta vez! —El recluso trataba torpemente de apoyarse en las esposas para hacer palanca y levantarse mientras su abogado se enfrentaba a Terry.

—¿Ya está satisfecho? ¡Esto es totalmente inaceptable!

—No se ha hecho daño... —dijo Terry, pero parecía contrariado y a la defensiva.

—Espero que no, porque como esté herido, lo haré a usted responsable. No hay ninguna razón en absoluto por la que mi cliente deba permanecer esposado. No hay ningún riesgo de fuga, y en este entorno el hecho de ir esposado es peligroso, no hay duda de ello.

—No pienso quitarle las esposas.

—En ese caso, puede llevarnos de vuelta a la camioneta, porque ya hemos terminado.

—Vamos, por el amor...

—No voy a permitir que mi cliente sufra una lesión por culpa de la intransigencia de la policía. O se le retiran las esposas o deja de colaborar con la búsqueda.

Monk seguía tumbado en el suelo, el vaho de su aliento humeando mientras los fulminaba con la mirada.

—¿Quieres probar a caminar con esto puesto? —preguntó, extendiendo las manos esposadas.

Terry dio un paso hacia él, y por un segundo creí que iba a darle una patada en la cara. Entonces se detuvo y puso todo el cuerpo rígido y en tensión.

—¿Quiere que llame al inspector jefe? —preguntó Roper.

Si no lo hubiese oído informar a Simms, podría haber creído que sólo trataba de ayudar. Su sugerencia bastó para que Terry acabara de decidirse.

—No. —Apretando los labios, hizo una seña con la cabeza a uno de los policías—. Quítaselas.

El agente se acercó y abrió las esposas. El rostro de Monk se mantuvo impertérrito mientras se ponía en pie trabajosamente, con la ropa empapada y manchada de barro. Flexionó las muñecas, abriendo y cerrando las inmensas manos como si fueran pinzas gigantes.

—¿Contento? —le preguntó Terry a Dobbs. Sin darle tiempo a contestar, se

plantó delante de Monk. Eran de la misma estatura, pero curiosamente, el prisionero parecía el doble de su tamaño—. ¿Quieres hacerme realmente feliz? Pues intenta algo. Adelante.

Monk no habló. Su boca seguía trazando la misma curva ascendente de su media sonrisa, pero sus ojos negros estaban completamente muertos.

—La verdad, no me parece que... —empezó a decir Dobbs.

—Basta. —Terry no le quitaba los ojos de encima a Monk—. ¿Cuánto falta?

La enorme cabeza del recluso se volvió para mirar hacia atrás en el páramo, pero en ese momento se oyó un grito a lo lejos.

—¡Aquí! ¡Por aquí!

Todos se pusieron a mirar alrededor. Sophie estaba de pie sobre un montículo a cierta distancia, agitando las manos por encima de la cabeza. Su entusiasmo era evidente incluso pese a la lluvia y la niebla.

—¡He encontrado algo!

VI

Un cadáver enterrado siempre deja señales. Al principio, el cuerpo desplazará la cantidad de tierra utilizada para rellenar la tumba, dejando un montículo visible en la superficie. Sin embargo, a medida que avanza el lento proceso de la descomposición, haciendo que la sustancia que compone carne y músculo penetre en el suelo, el montículo empieza a asentarse. Finalmente, cuando termina el proceso y el cuerpo ya sólo es puro hueso, en el terreno quedará una ligera depresión para marcar la ubicación de la tumba.

La vegetación también puede proporcionar pistas muy útiles. Las plantas y las hierbas desplazadas por las maniobras de excavación necesitarán tiempo para crecer de nuevo, aun cuando hayan sido cuidadosamente sustituidas. Conforme pasan los meses y el cadáver empieza a descomponerse, los nutrientes que libera alimentarán a la flora de la fosa, provocando un rápido crecimiento y un desarrollo más exuberante que el de la vegetación de alrededor. Las diferencias son sutiles y muchas veces poco determinantes, pero están ahí si se sabe qué es lo que hay que buscar.

Sophie estaba junto a una pequeña loma en el centro de una profunda hondonada, a unos cincuenta metros de la pista. La extensión estaba cubierta de hierba de pantano, los tallos enredados y nervudos ondeando al viento. Me acerqué con Wainwright y Terry, tras dejar a Roper con Monk y los otros agentes. Los tres tuvimos que dar un rodeo para sortear un matorral de tojo y una extensión infranqueable del pantano para llegar hasta ella. La mujer no hizo ningún intento por reunirse con nosotros, sino que permaneció aguardando con impaciencia junto al montículo, como si temiese que fuese a desaparecer si le daba la espalda.

—Creo que esto podría ser una tumba —dijo sin aliento mientras nos deslizábamos por las laderas de la hondonada.

Tenía razón: podría ser una tumba. O podría no ser absolutamente nada. El montículo medía aproximadamente metro y medio de largo y sesenta centímetros de ancho, con una altura de unos cuarenta y cinco centímetros en el punto más alto. De haber estado en un llano o una zona más verde, habría sido mucho más probable que fuese un dato significativo, pero aquello era un páramo, un paisaje agreste salpicado de depresiones y montículos desperdigados al azar. Además, la hierba que cubría el montículo no parecía diferente de la que crecía por doquier.

—A mí no me lo parece. —Terry se dirigió con aire dubitativo a Wainwright—. ¿Qué opina usted?

El arqueólogo frunció los labios mientras examinaba el montículo. Aquello entraba dentro de su especialidad más que de la mía, o la de Sophie, para el caso. Le dio unas pataditas con el pie con aire despectivo.

—Creo que si nos vamos a entusiasmar con cada bache en el terreno, ésta

promete ser una búsqueda muy larga.

Sophie se sonrojó.

—No estoy entusiasmada. Y no soy idiota. Sé lo que hay que buscar.

—¿De verdad? —Wainwright puso mucho énfasis en sus palabras. Todavía no la había perdonado por el desaire de antes—. Bueno, pues permítame disentir. Aunque claro, yo sólo tengo treinta años de experiencia arqueológica en la que basar mis apreciaciones.

Terry se volvió para regresar sobre sus pasos.

—No tenemos tiempo para malgastarlo en esto.

—No, esperad un momento —dijo Sophie—. A ver, puede que yo no sea arqueóloga...

—Eso es algo en lo que estamos de acuerdo —le soltó Wainwright.

—Pero al menos escuchad lo que tengo que decir. Sólo serán dos minutos más, ¿de acuerdo?

Terry se cruzó de brazos con el semblante sombrío.

—Dos minutos.

Sophie respiró hondo antes de lanzar su discurso.

—El lugar adonde Monk nos está guiando no sigue ninguna lógica. La tumba de Tina Williams estaba exactamente en el sitio donde yo habría esperado que estuviera.

—Eso es fácil decirlo, ahora que sabemos dónde está —intervino Wainwright, lanzando un suspiro.

Ella hizo caso omiso de sus palabras y se concentró en Terry.

—No estaba lejos de la pista forestal, lo que significaba que el acceso hasta allí era relativamente fácil, y seguía el contorno del terreno: cualquiera que dejase la pista a esa altura se encontraría en ese punto de forma natural. Tenía sentido que estuviese donde la encontramos.

—¿Y?

—Y Monk no nos ha dado detalles del paradero de las otras tumbas. Sólo nos lleva más adentro en el páramo, lo que significa que tendría que haber acarreado los cadáveres auestas toda esa distancia a través del páramo, en la oscuridad. No me importa lo fuerte que sea, ¿por qué iba a hacer algo así? Y dice que no recuerda ningún punto de referencia para poder orientarse y regresar al lugar donde las enterró.

Terry frunció el ceño.

—¿Adónde quieres ir a parar?

—Lo lógico sería que recordase algo, por lo menos. Cuando alguien esconde algo, utiliza puntos de referencia para guiarse, ya sea de forma consciente o inconsciente, pero el lugar adonde Monk nos está llevando parece un punto escogido completamente al azar. O se le ha olvidado o nos está guiando deliberadamente en la dirección equivocada.

—O es usted la que podría estar equivocada —señaló Wainwright. Se volvió hacia Terry exhibiendo una sonrisa arrogante—. Estoy familiarizado con las técnicas de Winthrop a las que se refiere la señorita Keller, yo mismo las he empleado en algunas ocasiones, pero sobre todo es una cuestión de sentido común. En mi opinión, están sobrevaloradas.

—Entonces no las está siguiendo de la forma correcta —contraatacó Sophie a su vez—. Volví a la pista para localizar aquellos lugares con más probabilidades de ser escogidos por alguien que transportase un cadáver para abandonarlo allí, lugares por donde sea fácil caminar, no demasiado empinados ni abruptos. Estos días anteriores ya localicé algunos, pero esta vez me he aventurado un poco más lejos.

Apuntó con un dedo hacia la pista, a cierta distancia de donde la habíamos abandonado para encaminarnos a la tumba de Tina Williams.

—Allí hay un punto donde el páramo se aleja de la pista en una pendiente suave. Es un punto natural para acceder al páramo para cualquiera que tenga que soportar el peso de un cuerpo. La pendiente del terreno te conduce hacia esa extensión de tojo. Es más fácil rodear la parte inferior que la superior, y a continuación, te encuentras en un barranco que te trae hasta aquí, a una hondonada que pasa desapercibida y donde, casualmente, hay un montículo de tierra del tamaño de una tumba.

Sophie se cruzó de brazos, desafiando a Terry a que encontrase algún fallo en su argumentación. Los músculos de los pómulos del policía sobresalían cuando miró hacia atrás al montículo.

—Eso es un disparate —bramó Wainwright, sin molestarse ya en disimular su animosidad—. ¡Es pura especulación, no ciencia!

—No, sólo sentido común, como usted ha dicho —replicó Sophie—. Lo prefiero a la cabezonería cerril.

Wainwright se irguió para responder, pero esta vez me adelanté.

—No tiene ningún sentido quedarnos aquí discutiendo. Que el perro rastreador de cadáveres olisque el montículo. Si encuentra algo, entonces tendremos que excavarlo. Si no es así, sólo habremos perdido unos pocos minutos.

Sophie me dedicó una sonrisa mientras que Wainwright nunca había parecido más chasqueado. No pude resistirme a hurgar un poco más en la herida.

—A menos que esté absolutamente seguro de que no hay nada ahí dentro, profesor —añadí, tratando de no disfrutar en exceso con su malestar—. Usted es el experto.

—Supongo que no estaría de más asegurarse... —admitió, como si hubiera sido idea suya.

Terry se quedó mirando el montículo, luego suspiró y caminó hasta lo alto de la hondonada.

—¡Venid aquí! —les gritó a Roper y al resto antes de volverse hacia Sophie—.

Tengo que hablar contigo un momento.

Los dos se apartaron al abrigo de oídos curiosos. No pude oír de que estaban hablando, pero parecía una discusión acalorada. Mientras tanto, Wainwright se paseaba alrededor del montículo, tanteándolo con los pies.

—Definitivamente, la tierra aquí es más mullida —murmuró.

Llevaba un grueso cinturón de cuero, como el que emplean los obreros de la construcción para llevar las herramientas. Sacó de él una vara delgada de metal y empezó a desplegarla. Era una sonda ligera, un tubo extensible de un metro de largo acabado en punta.

—¿Qué está haciendo? —le pregunté.

Fruncía el ceño con el semblante concentrado mientras iba desplegando unas agarraderas cortas, por lo que la herramienta parecía una pala sin la plancha.

—Voy a sondar el terreno, por supuesto.

La tierra removida previamente era, por regla general, menos compacta que el terreno circundante y, a menudo, un indicio de la presencia de una tumba. Pero no era eso a lo que yo me refería.

—Si hay algo ahí enterrado, podría romperlo o causarle algún desperfecto con eso.

—Hay que hacer orificios para el perro de todos modos.

Eso era cierto. Aunque los perros podían olfatear cadáveres en descomposición a través de un sustrato de varios metros, los agujeros les ayudaban a detectar los gases que producía la putrefacción. Pero había medios menos invasivos de practicarlos.

—No me parece que...

—Gracias, doctor Hunter, pero si quiero algún consejo, ya se lo pediré.

Sujetando la sonda por las asas, Wainwright la clavó con fuerza en el montículo. Consciente de que no iba a hacerme ningún caso, mantuve la boca cerrada y apretada mientras él extraía de nuevo la pala y volvía a hincarla en el suelo. Sondar el suelo era una técnica arqueológica básica, pero tenía sus inconvenientes en el contexto forense. Aunque es posible distinguir entre el daño infligido al hueso antes de la muerte y el provocado por una sonda de metal puntiagudo después de ella, era una complicación no deseada, y Wainwright lo sabía tan bien como yo.

Pero entonces sería mi problema, no el suyo.

Sophie y Terry dejaron de discutir cuando Roper y los demás llegaron hasta donde estábamos. Ninguno parecía muy contento. Terry se fue directo hacia Monk y su abogado, que permanecieron en la orilla de la hondonada para poder ver el montículo.

—¿Te suena de algo este sitio?

Monk miró al montón de tierra, dejando colgar las manos en los costados. Todavía tenía la boca contraída en una sonrisa burlona, pero me pareció percibir

cierta desconfianza en sus ojos en ese momento.

—No.

—¿Así que ésta no es una de tus tumbas?

—Ya os lo he dicho, están por allí.

—Ahora, de repente, pareces muy seguro. No hace tanto decías que no te acordabas de nada.

—¡Ya lo he dicho, están allí!

El guardia de barba dejó caer una mano sobre el hombro de Monk.

—No levantes la voz, Risa Floja, que te oímos perfectamente.

—¡Vete a la mierda, Monaghan!

—¿Es que quieres que vuelva a colocarte las esposas?

Monk parecía a punto de estallar, pero Sophie habló antes de que pudiese reaccionar de otro modo.

—Perdón, ¿Jerome?

La experta sonrió cuando la enorme cabeza se volvió bruscamente hacia ella. Esta vez Terry no hizo amago de interrumpirla y supuse que al menos su participación activa en la investigación había sido uno de los temas de la discusión entre ambos.

—Nadie está poniendo en duda sus palabras, Jerome, pero sólo quiero hacerle notar una cosa: seguramente cavó las tumbas de noche, ¿no es así?

Era una apuesta segura: pocos asesinos corrían el riesgo de enterrar los cadáveres de sus víctimas a plena luz del día, pero el abogado de Monk no pensaba ceder ni un ápice.

—No tiene por qué contestar si no lo desea. Ya he dejado claro que...

—Cierra la boca.

Monk ni siquiera lo miró. Los botones que eran sus ojos parecían enturbiados cuando los clavó en Sophie. Después de unos segundos, hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—Siempre de noche.

Yo no estaba seguro de qué había querido decir con eso, y a juzgar por la breve pausa de Sophie, ella tampoco, pero supo disimularlo muy bien.

—Las cosas se confunden en la oscuridad. Es fácil cometer errores, sobre todo cuando se intenta hacer memoria más tarde. ¿Cabe alguna posibilidad de que excavase al menos una de las tumbas aquí? ¿O incluso las dos?

Los ojos de Monk se desplazaron de Sophie al montículo. Se pasó una mano por la calva.

—Podría ser...

Por un instante pareció confundido. A continuación, Terry habló, y lo que creí haber visto en su rostro se desvaneció por completo.

—¡No tengo tiempo para esto! Dilo de una vez: ¿sí o no?

De repente, la furia y la locura regresaron a los ojos del preso. La sonrisa curva parecía la de un maníaco al mirar a Terry.

—No.

—Espere, Jerome, ¿está...? —empezó a decir Sophie, pero su oportunidad ya había pasado.

—Muy bien, pues ya está. Ahora volvamos allí —dijo Terry, empezando a abandonar la hondonada.

—Pero tenemos aquí al perro —protestó ella—. Dale una oportunidad al menos.

Terry hizo una pausa con gesto indeciso. Creo que no le habría hecho caso de no haber sido por Wainwright. El arqueólogo había seguido sondando el montículo durante toda la escena.

—Ya casi he terminado —dijo, introduciendo la sonda en el suelo otra vez—. Aquí la tierra parece menos resistente, aunque como se trata de turba dudo que...

Se produjo un crujido claramente perceptible cuando la sonda golpeó algo. Wainwright se detuvo en seco. Su rostro adoptó entonces una expresión pensativa, evitando mirarme.

—Vaya, pues parece que aquí hay algo.

Terry se acercó.

—¿Qué es? ¿Una roca?

—No, creo que no. —Wainwright hizo una seña a la adiestradora del perro, haciendo valer de inmediato su autoridad—. Empiece con el agujero que acabo de hacer.

La adiestradora, una joven mujer policía con el pelo rojo y la tez pálida y agrietada por el viento, guió al springer spaniel hacia el montículo.

—¡No! ¡No es aquí! —gritó Monk, apretando con fuerza los enormes puños.

—Dígale a su *cliente* que si vuelvo a oír un grito más, le vuelvo a colocar las esposas —le soltó Terry a Dobbs.

El abogado parecía reacio, pero la amenaza surtió efecto. Monk hizo una mueca con la boca mientras echaba la vista atrás para observar la extensión del páramo y aflojaba la presión de los puños.

—No, nada de esposas —murmuró.

El entusiasmo del spaniel prácticamente hacía que se tropezara una y otra vez mientras olisqueaba a uno y otro lado del montículo. Sólo había unos pocos perros localizadores de cadáveres en el país, y yo no había oído más que comentarios positivos sobre ellos. Sin embargo, ahora tenía mis dudas: la turba inhibía la descomposición, y a veces prácticamente la detenía. No importa lo sensible que fuese el olfato de un perro, no podía oler algo que no estaba allí.

Sin embargo, las orejas del spaniel se irguieron tiesas casi inmediatamente. Aullando de emoción, comenzó a escarbar en el último agujero de la sonda de

Wainwright. La adiestradora apartó al animal de inmediato.

—¡Chico listo! —Miró a Terry mientras tiraba del perro—. No hay ninguna duda. Ahí abajo hay algo.

Un sentimiento de expectación recorrió la hondonada. Terry parecía nervioso pero, dada la presión a la que estaba sometido, no me extrañaba. Su carrera podía dar un vuelco en función de lo que encontrásemos ahí debajo.

—¿Qué es lo que quieres hacer, jefe? —preguntó Roper. La solemnidad del momento había borrado la sonrisa nerviosa de su rostro.

Terry parecía dirigirse a sí mismo.

—Echemos un vistazo.

Wainwright juntó las manos con entusiasmo, a todas luces sin sentir ya el menor rastro de su escepticismo anterior.

—Sí, veamos qué hay ahí, ¿de acuerdo?

Un agente de la policía científica llevó a la hondonada una bolsa que contenía azadas, palas y herramientas, y la soltó sobre la hierba con un ruido metálico. Wainwright la abrió y sacó una pala.

—Yo puedo echar una mano —dije, pero era perder el tiempo.

—No, no creo que sea necesario... Si necesito ayuda se lo diré.

Pronunció la palabra «ayuda» como si fuera un desaire. De pronto, el arqueólogo se había hecho dueño y señor de la situación ahora que parecía que habíamos encontrado algo. Si, efectivamente, al final se trataba de una tumba, no me costaba ningún trabajo adivinar quién se iba a llevar todos los laureles.

Los demás no teníamos nada que hacer excepto observar cómo Wainwright utilizaba una pala para delimitar el contorno de un rectángulo estrecho en torno a la totalidad del montículo. Cavar una zanja exploratoria era una forma mucho más eficaz de abrir una posible tumba que excavarla toda a la vez. Así tendríamos una mejor idea de con qué estábamos tratando, nos permitiría ver cuál era la posición exacta del cuerpo y a qué profundidad estaba enterrado antes de que comenzase la verdadera excavación.

Wainwright hacía que pareciese muy sencillo, aunque sabía por experiencia que era todo lo contrario. La hoja de la pala se hundía en la tierra con enérgica eficacia, extrayendo cada vez terrones ordenados y enteros de hierba.

—Hay señales de que la turba ha sido removida —exclamó—. Aquí ha pasado algo.

Miré a Monk. Los ojos inertes del recluso contemplaban la escena en un estado de absoluta inexpresividad. Tan sólo se oía el crujido de la pala y un suave desgarrar de las raíces cada vez que arrancaba el siguiente trozo de turba. Una vez que retiró la superficie de hierba, Wainwright comenzó a cavar más hondo en la zanja. La turba estaba húmeda y fibrosa. Llevaba cavados unos dos palmos cuando de pronto se

detuvo.

—Pásame una espátula.

La orden no iba dirigida a nadie en concreto, pero yo era el que estaba más cerca. «Total, de todos modos tampoco estás haciendo nada...» me dije. Le di la espátula a Wainwright y me quedé de pie al otro lado de la estrecha zanja mientras él se agachaba para retirar la turba de lo que fuese que había encontrado, rascándola.

—¿Qué es? —quiso saber Terry.

El arqueólogo frunció el ceño, acercándose al objeto.

—No estoy seguro. Me parece que puede ser...

—Es un hueso —anuncié.

En el oscuro estrato de tierra se veía un objeto suave y pálido. Sólo era visible una pequeña porción, pero los años de experiencia me habían enseñado a distinguir entre la textura suave y osificada del hueso y la de las piedras o las raíces de los árboles.

—¿Es humano? —preguntó Sophie.

—Todavía no lo sé con certeza, no puedo verlo.

—Pero es un hueso, eso desde luego —afirmó Wainwright.

Por su tono de voz era evidente que se sentía molesto por mi interrupción. El ruido de la espátula reverberó por la hondonada a medida que rascaba la turba que rodeaba el hueso. Todas las miradas estaban fijas en el arqueólogo. Sophie se abrazaba con nerviosismo. Terry estaba de pie con los hombros encogidos y las manos metidas en los bolsillos, como preparándose a oír el veredicto del experto, mientras a su espalda Roper se mordisqueaba el labio. Monk era el único al que todo aquello parecía traerle sin cuidado. Vi que ni siquiera se molestaba en mirar, con la enorme cabeza vuelta hacia el páramo que tenía detrás.

Entonces Wainwright habló de nuevo.

—Aquí hay una especie de tela o algo. Ropa, tal vez... No, un momento, creo que... —Se inclinó hacia delante y tapó lo que fuese que había encontrado. De repente, fue como si la tensión le abandonara por completo—. Está cubierto de pelaje.

—¿Pelaje? —Terry se abalanzó hacia delante para verlo por sí mismo.

Wainwright estaba arrancando la turba con movimientos salvajes.

—¡Sí, pelo de animal! Es un maldito animal...

El hueso que había descubierto era parte de una pelvis fracturada y sobresalía a través de un pelaje hirsuto recubierto de turba.

—¿Qué es, un zorro?

—Un tejón. —Wainwright extrajo todo el barro de una pata completamente enfangada y reveló unas garras sucias y encogidas para cavar en la tierra. A continuación, la soltó—. Enhorabuena, señorita Keller: acaba de encontrar, mediante la técnica del «winthroping», una tejonera.

Por una vez, Sophie se había quedado sin palabras. Cuando todos se acercaron para ver mejor, parecía como si quisiera que se la tragara el propio agujero. El tejón estaba completamente destrozado, con los huesos rotos visibles a través de la maraña de pelo.

—Teníamos que asegurarnos —dije, contrariado—. Podría haber sido una tumba, no lo sabíamos.

Wainwright esbozó una sonrisa glacial.

—Ni la señorita Keller ni usted son arqueólogos forenses, doctor Hunter. Quizá en el futuro...

No vi lo que pasó después, sólo oí el súbito alboroto. Alguien gritó detrás de nosotros y, al volverme, vi a los dos guardias y a un policía tendidos en el suelo.

A sus espaldas, Monk estaba huyendo de la hondonada.

Había esperado el momento perfecto, cuando nadie le prestaba atención. El convicto ni siquiera hizo amago de detenerse cuando otro agente trató de interceptarle el paso y se abalanzó sobre él, sino que lo embistió sin contemplaciones y el policía cayó al suelo como si acabase de pillarle un toro.

A continuación, ya no había nada delante de Monk excepto la inmensidad del páramo.

—¡A por él! —gritó Terry, echando a correr.

La fuerza bruta y el factor sorpresa habían concedido a Monk varios metros de ventaja, pero no iban a ser suficientes. Los exabruptos inundaron el aire mientras las pesadas botas echaban a correr tras él. Luego, el fugitivo se desvió y cambió de dirección, y de pronto, los hombres que habían estado a punto de atraparlo se sorprendieron chapoteando en un pantano cubierto de hierba. Al cabo de unos segundos, se detuvieron tambaleándose mientras el barro engullía sus pies, arrastrándolos al fondo.

Monk ni siquiera aminoró el paso. No quedaba ni rastro de la torpeza que había mostrado poco antes, la que había hecho que le retiraran las esposas. Corría sin vacilar en ningún momento, encontrando tierra firme allí donde no se distinguía de la ciénaga que la rodeaba. Fue entonces cuando caí en la cuenta de por qué había estado mirando todo el tiempo hacia atrás, al páramo, en lugar de observar a Wainwright: había estado planeando su ruta de escape.

—¡Echadle el perro! ¡Echadle el maldito perro! —gritó Terry, tratando de rodear el cenagal.

A la adiestradora no le hizo falta que se lo repitiera. En cuanto liberó al spaniel, éste salió disparado a través del páramo hacia Monk. La suerte o el hecho de pesar menos lo ayudaron a atravesar el barro, y en cuestión de segundos había acortado la distancia entre ellos. Vi la cara pálida de Monk volverse hacia el animal, al tiempo que perdía más ventaja todavía cuando se detuvo a despojarse del abrigo. Pero ¿qué

diablos estaba haciendo?

Lo comprendí al cabo de un momento: cuando el perro estaba a punto de darle alcance, Monk se volvió y sacó un brazo envuelto en el abrigo. Dio un paso atrás justo cuando el animal se abalanzó sobre él e hincó las fauces en el grueso relleno de la prenda. Monk tomó impulso y descargó la otra mano en la parte posterior del cuello del animal. Se oyó un chillido estridente que cesó de golpe y entonces Monk lanzó el cuerpo inerte del perro a un lado y echó a correr de nuevo.

Un grito quebró el silencio que siguió al estupor, cuando la adiestradora del spaniel salió corriendo hacia la figura inmóvil del perro.

—¡Mierda! —exclamó Roper al tiempo que echaba mano de la radio—. ¡Que despegue el helicóptero! No hagas preguntas, joder... ¡Hazlo y punto!

Monk corría a toda velocidad, sorteando el terreno irregular del páramo con la misma facilidad que si se tratara de un parque. La mayoría de los agentes seguían peleándose con la ciénaga, pero Terry ya había logrado superar la peor parte, y el perro había conseguido que Monk perdiera sus metros de ventaja. Desde lo alto de la hondonada, adonde había acudido en auxilio de los policías heridos, sentí que se me aceleraba el pulso cuando vi que Terry estaba a punto de atraparlo.

Sophie se llevó las manos a la boca.

—¡Lo matará!

Tenía razón. Terry era capaz de enfrentarse a casi cualquier hombre, pero acabábamos de presenciar cómo Monk le partía el cuello a un perro policía.

Aun así, Terry también lo había visto. El policía se abalanzó sobre las piernas del recluso en un placaje de rugby y lo golpeó justo debajo de las rodillas. Monk cayó derribado como si acabaran de noquearlo y se estrelló contra el suelo con los brazos de Terry rodeándole todavía las piernas. Ni siquiera pareció inmutarse, sino que se revolvió y empezó a dar zarpazos frenéticos al hombre que se aferraba a sus piernas, tratando de alcanzarlo. Terry agachó la cabeza y resistió. En ese momento, uno de los golpes impactó en su cuerpo y Terry dio una sacudida y se soltó. Monk se liberó entre convulsiones y se puso de rodillas, pero no logró dar otro paso antes de que un policía salpicado de barro arremetiera contra él y se lo llevara por delante, alejándolo de donde Terry estaba tendido en el suelo. Otro agente se abalanzó sobre ellos y, acto seguido, varios uniformes oscuros se arremolinaron en torno al recluso como si fueran hormigas sobre una avispa.

—¡Vamos, cabrones!

El movimiento ascendente y descendente de las porras era incesante mientras Monk arremetía para quitarse de encima a sus atacantes. Sin embargo, el peso mismo del grupo de agentes bastó para derribarlo al suelo. Volvió a ponerse en pie una vez y logró erguirse antes de que una porra le segase la hierba bajo los pies. Tumbado boca abajo, trató por todos los medios de levantarse mientras le sujetaban los brazos a la

espalda. Antes de que pudiera zafarse, le colocaron las esposas y todo terminó.

Aulló como un animal herido cuando la policía lo inmovilizó y le colocaron los grilletes en los tobillos. Luego dieron un paso atrás mientras Monk se revolvía con furia en el suelo, rabioso e impotente. Algunos de los agentes habían acudido a ayudar a Terry, que estaba a cuatro patas en el suelo, todavía aturdido.

Mientras los demás mirábamos, rechazó los ofrecimientos de ayuda y se puso en pie él solo. Estábamos demasiado lejos para oír lo que decía, pero debió de soltar alguna broma, porque los hombres que lo rodeaban estallaron en risas, estridentes y un tanto histéricas.

Sophie se apoyó en mí.

—Dios santo...

La rodeé con el brazo en un gesto automático. Tanto los guardias como el policía a los que Monk había derribado antes de escapar ya volvían a estar en pie. El guardia de más edad tenía el rostro ensangrentado por una fractura en la nariz, pero podía caminar. Pálido y tembloroso, echó la cabeza hacia atrás, restañándose la sangre con los pañuelos de papel que yo mismo le había dado. De los dos guardias, él era el que se había mostrado más humano con Monk, aunque de nada le había servido.

El abogado de Monk, que había guardado un silencio elocuente hasta ese momento, pareció sentirse obligado a hablar mientras nos acercábamos a donde estaban Terry y los demás agentes.

—Obviamente, lo ocurrido supone el incumplimiento del deber de velar por mi cliente por parte de las fuerzas policiales —le dijo a Roper entre jadeos, con el maletín bajo el brazo mientras se esforzaba por no quedarse rezagado—. No deberían haberle permitido escapar. Les anuncio mi intención de presentar una queja formal por cómo se ha llevado todo este asunto.

—Está en su derecho —repuso Roper.

Dobbs interpretó su indiferencia como una invitación a que siguiera hablando.

—Y en cuanto al uso justificado de la fuerza... La forma en que lo han reducido ha sido completamente excesiva, un clásico ejemplo de brutalidad policial.

Roper se volvió hacia él, dejando al descubierto sus dientes de rata en una mueca animal.

—Si no se calla, le voy a meter ese puto maletín por el culo.

El abogado se quedó en silencio después de eso.

Todos los agentes de policía que rodeaban a Monk llevaban las cicatrices de su pelea con él. Manchados del barro del pantano, no había ni uno solo que no estuviese sangrando o exhibiese alguna clase de herida. Al propio Terry le había salido un bulto del tamaño de un huevo en la frente, pero no estaba herido de gravedad. Parecía conmocionado por lo ocurrido, y la adrenalina le confería un aire entre desquiciado y frenético.

—Buen trabajo, jefe —lo felicitó Roper, dándole una palmada en la espalda—. ¿Qué tal la cabeza?

Terry se tocó el chichón con cuidado.

—Sobreviviré. —Lanzó una sonrisa a Sophie—. No afecta para nada a mi atractivo físico, ¿verdad que no?

—Cualquier cosa es una mejora —contestó ella con frialdad. Wainwright se acercó hasta donde Monk yacía maniatado, sobre la hierba y el brezo. El preso respiraba con dificultad y tenía la cara y la boca manchadas de sangre. Había dejado de forcejear, salvo las veces en que se revolvió en el suelo para poner a prueba las ataduras. Las esposas eran de acero templado, y la correa que, a modo de grilletes, le rodeaba las piernas no podía romperse, pero aun así me alegré de no tener que ser yo quien tuviese que llevarlo de regreso a la cárcel.

Con los brazos en jarras y los puños cerrados, Wainwright lo miraba con expresión asesina.

—Dios mío... y pensar que la sociedad malgasta el dinero en mantener a animales como éste con vida...

Monk se quedó inmóvil. La sangre le manchó los dientes cuando levantó la cabeza para mirar al arqueólogo. No había miedo ni ira en sus ojos, sólo frialdad.

—Oh, por el amor de Dios... Déjelo en paz —exclamó Sophie—. No impresiona a nadie.

—Y usted tampoco —se revolvió Wainwright—. Y después de su numerito de antes, tendrá suerte si encuentra otro cuerpo de policía dispuesto a contratarla de nuevo.

—Ya basta —dijo Terry, acercándose. La energía que lo impulsaba hacía unos momentos parecía haberle abandonado—. Aquí hemos terminado. Nosotros esperaremos al helicóptero, pero el resto ya podéis volver.

—¿Y qué pasa con las tumbas? —preguntó Sophie, con voz apagada; las palabras de Wainwright habían hecho mella en ella.

Terry vio a la adiestradora acercarse a nosotros con el cadáver del spaniel, que tenía la cabeza colgando.

—¿Tú qué crees? —dijo, alejándose.

Sophie y yo emprendimos el camino de vuelta hacia la pista forestal. Ella caminaba en silencio, pero no dije nada hasta que la vi enjugarse las lágrimas con furia.

—Olvida a Wainwright. No ha sido culpa tuya.

—Sí, ya.

—Podría haber sido una tumba. Teníamos que comprobarlo.

Mientras pronunciaba aquellas palabras, una lucecilla se encendió en un rincón de mi cerebro, pero no conseguí darle forma concreta. No parecía importante; lo dejé

pasar y me concentré en Sophie.

Me dedicó una sonrisa débil.

—Estoy segura de que Simms lo verá como tú. Dios, he hecho el ridículo, ¿verdad? Ofreciéndome a ayudar a Monk a recordar, tan segura estaba de saber cuál era el problema... Y lo que pasa es que ha estado jugando con nosotros desde el primer momento. Sólo nos dijo que nos enseñaría dónde estaban las tumbas para intentar escapar.

—Tú no podías saberlo.

No me estaba escuchando.

—Pero es que no lo entiendo... ¿Acaso creía que iba a llegar muy lejos? ¿Adónde pensaba que podía ir?

—No lo sé... —Yo también estaba demasiado abatido y descorazonado para hacer un análisis de por qué habían salido mal las cosas—. Lo más probable es que ni siquiera él mismo lo supiese. Sólo estaba improvisando sobre la marcha.

—Yo no lo creo. —Sophie parecía preocupada. Se apartó un mechón de pelo de la cara—. Nadie hace las cosas sin tener una razón para hacerlas.

VII

Llegó la primavera y se marchó. El verano dio paso al otoño y luego vino el invierno. Se acercaban las Navidades. Alice celebró otro cumpleaños, comenzó las clases de ballet y pasó la varicela. Ascendieron a Kara en el trabajo y le dieron un pequeño aumento de sueldo. Para celebrarlo, nos gastamos el dinero por adelantado en un coche nuevo, un Volvo familiar. Algo bonito y seguro para las dos. Yo me desplacé a los Balcanes para trabajar en una fosa común y pillé una gripe en aquel clima glacial. La vida siguió adelante.

Y la infructuosa búsqueda de las víctimas desaparecidas de Jerome Monk fue quedando cada vez más atrás en el pasado.

Lo cierto es que esperaba un mayor escándalo en torno a su frustrado intento de fuga, pero Simms logró mantener la historia al margen de la prensa. La operación continuó después, pero ya había dejado de tener su razón de ser. Simms llevó a especialistas en técnicas geofísicas con la esperanza de que la resistencia eléctrica y el campo magnético del suelo pudiesen revelar la existencia de un cuerpo humano, pero eran medidas desesperadas, que no estaban diseñadas para el duro terreno escabroso de turba del páramo, y todos lo sabían. Unos días más tarde, de forma más bien discreta, la búsqueda se dio por terminada.

Dondequiera que Lindsey y Zoe Bennett estuviesen enterradas, iban a permanecer allí por mucho tiempo.

No me dio pena marcharme. No había sido una buena experiencia y había echado de menos a mi familia. Lo único que lamentaba era no haber tenido ocasión de despedirme de Sophie. Se fue antes que yo, fustigándose todavía por lo que había sucedido. Esperaba que lo superase. Esa clase de incidentes solían atormentarle a uno durante mucho tiempo, sobre todo si el cuerpo de policía estaba buscando a alguien a quien echar las culpas. Sin embargo, Simms tenía otro chivo expiatorio en mente.

Sólo hablé con Terry una vez antes de irme. Fue durante mi última mañana allí, cuando estaba cargando el equipaje en el coche a las puertas del Trencherman's Arms. Cerré el maletero cuando su estridente Mitsubishi amarillo paró a mi lado.

—¿Ya te vas? —dijo, bajándose del coche.

—Es un viaje muy largo. Tienes mala cara. ¿Va todo bien?

Terry parecía cansado. El bulto de la cabeza había empezado a formar costra, haciendo que tuviese peor aspecto que antes. Se apretó los pulpejos de las manos contra los ojos, ya enrojecidos.

—Todo va de perlas.

—¿Cómo te ha ido con Simms?

—¿Con Simms? —Reaccionó con sorpresa, como si por un momento no supiera de qué le estaba hablando—. No piensa proponerme para una condecoración, eso

seguro.

—¿Te hace a ti responsable?

—Por supuesto. No creerás que piensa cargar él con parte de la culpa, ¿verdad?

—Pero él es el inspector jefe. La responsabilidad última era suya.

—Simms es capaz de colgarme si con eso se quita algo de presión de encima. ¿Y acaso crees que no hay gente aquí que se muere por ver cómo le bajan los humos al chico nuevo de la Metropolitana?

Tenía razón. Me pregunté si no debería contarle que había oído a Roper informando a Simms, pero lo cierto es que sólo era una sospecha, y Terry ya tenía bastante.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

Soltó una risa descorazonadora.

—Sólo si sabes hacer retroceder el reloj.

Nunca había visto así a Terry.

—¿Tan grave es?

Hizo un esfuerzo poco convincente por quitarle hierro al asunto.

—Qué va... Es que apenas he podido pegar ojo, eso es todo. ¿Está Sophie por aquí?

—Se fue anoche.

—¿Anoche? ¿Y por qué diablos yo no me he enterado?

—Yo tampoco la vi. No creo que tuviese muchas ganas de quedarse rondando por aquí. Le sabe muy mal haber metido la pata de esa manera.

—Sí, no es la única.

—No fue culpa suya. Seguramente, yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Terry me miró; no había ni una chispa de simpatía en su mirada. De pronto sentí como si no lo conociera.

—¿Por qué la defiendes, así, de repente?

—Sólo estoy diciendo...

—Sé perfectamente lo que estás diciendo. Toda la operación ha sido un fracaso y mi futuro en el cuerpo pende de un hilo, pero a ti te preocupa más salvar el pellejo de la puñetera Sophie Keller. Aunque ya me había fijado en que vosotros dos estabais haciendo muy buenas migas...

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quiero decir... —Se interrumpió—. Olvídalo. Oye, tengo que irme. Dale recuerdos a Kara.

Regresó al coche, cerró dando un portazo y salió disparado, acelerando tan rápidamente que me salpicó las piernas de grava. Me quedé allí parado un rato, dividido entre la ira y el desconcierto.

Pero no me quitó el sueño, ni mucho menos. Pasaban demasiadas cosas en mi

propia vida para dedicarme a pensar en Terry, y lo ocurrido en Dartmoor no tardó en quedar relegado en la memoria. Cada vez que me daba la vuelta, Alice parecía haber dado un nuevo estirón, y Kara y yo empezamos a hablar de darle un hermano o una hermana. Profesionalmente, nunca había estado tan ocupado. Puede que la búsqueda de las tumbas no hubiese sido ningún éxito, pero mi participación en ella no le había venido nada mal a mi currículum. Recibía cada vez más solicitudes de colaboración de las fuerzas policiales, y si alguna vez me detenía a pensar por qué sentía aquel entusiasmo cuando sonaba el teléfono con la noticia de la aparición de otro cuerpo mutilado o en descomposición... Bueno, me decía a mí mismo que era comprensible. A fin de cuentas, era lo que hacía para ganarme la vida. Tenía que mantener mis emociones al margen, mostrarme objetivo y profesional. Pero a nadie le amarga un dulce, y en mi caso era el saber que mi carrera iba viento en popa.

Luego vino la fosa común en Bosnia. Me desplazé hasta allí como miembro de un equipo internacional encargado de la exhumación de los cadáveres y, en los casos en que fuese posible, la identificación de las víctimas. Fue un viaje agotador de un mes, del que pasé tres días en cama con fiebre por culpa de una gripe. Regresé con cuatro kilos menos y horrorizado por la capacidad del ser humano de cometer actos atroces a semejante escala. Nunca me había alegrado tanto de estar en casa, y al principio achaqué el silencio de Kara a que me estaba dejando espacio para que me adaptara. No fue hasta que le hube leído un cuento a Alice en mi primera noche tras volver a casa, mientras estábamos sentados con una botella de vino después de la cena, cuando me di cuenta de que era algo más que eso.

—Está bien, ¿vas a decirme qué te pasa? —le pregunté.

Kara llevaba un buen rato con la mirada perdida. No era propio de ella mostrarse tan reservada, sobre todo teniendo en cuenta que llevábamos varias semanas sin vernos.

—¿Qué? Oh, lo siento, estaba a kilómetros de aquí.

—Ya lo sé. ¿Qué ocurre?

—Nada... De verdad, sólo estoy un poco preocupada. —Sonrió, tratando de quitarle importancia—. Venga, vamos a quitar estos platos de en medio...

—Kara...

Dejó los platos con un suspiro.

—Prométeme que no vas a hacer nada.

—¿Por qué, qué ha pasado?

—Terry Connors vino a casa hace unas noches.

No lo había visto ni hablado con él desde Dartmoor.

—¿Terry? ¿Para qué?

—Dijo que estaba en Londres y que había pensado pasarse por aquí a verte, pero... Bueno, tuve la impresión de que él ya sabía que estabas fuera.

Sentí que un escalofrío me recorría el cuerpo.

—Sigue.

—Había algo... raro en que quisiera venir de visita así, de improviso. Me di cuenta de que había estado bebiendo, olía a alcohol, pero ¿por qué no llamó antes para asegurarse de que te encontraría en casa? Le preparé un café, pero me hizo sentir... incómoda.

—¿Qué quieres decir con incómoda? —Kara se había ruborizado.

—¿Tengo que deletreártelo?

Me di cuenta de que me estaba agarrando inconscientemente al borde de la mesa. Me obligué a soltarlo.

—¿Qué hizo?

—No hizo nada. Fue sólo la forma en que se comportó. Le dije que debería irse, pero... Bueno, me preguntó si estaba segura de que era eso lo que quería. Dijo... dijo que yo no sabía lo que hacías tú por ahí cada vez que te ibas fuera. —Cogió su copa de vino y luego la dejó otra vez, sin darle siquiera un sorbo—. Entonces Alice se despertó y preguntó a voz en grito si ya habías vuelto. La verdad es que fue un alivio. Eso pareció hacerlo entrar en razón, y se marchó.

En ese momento se me nubló la vista, como si me hubiese levantado demasiado rápido, a pesar de que no me había movido.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Porque estabas metido hasta las rodillas en una zanja en Europa del Este. ¿De qué habría servido? Además, no llegó a pasar nada, en realidad.

—¡Dios! Se presentó aquí y...

—David, cálmate.

—¿Que me calme? —Empujé la silla hacia atrás, incapaz de mantenerme quieto por más tiempo—. Lo que dijo de mí... No es verdad.

Kara se puso en pie y se acercó. Me tocó la cara.

—Ya lo sé. Terry piensa que todo el mundo es como él, eso es todo.

—¿Qué quieres decir?

—Seguro que ya sabes cómo es. ¿Las aventuras?

—¿Aventuras? —repetí estúpidamente.

Me dedicó una sonrisa burlona.

—¿De verdad no sabes nada? No sé por qué Deborah lo ha aguantado todo este tiempo. Me contó que hace años que dejó de esperar que le fuera fiel, y que ahora su único deseo es que, al menos, sea discreto. Tuve la impresión de que fue por eso por lo que Terry tuvo que pedir el traslado de Londres: tenía una aventura con alguien del trabajo y las cosas se complicaron.

No tenía ni la menor idea. Sin embargo, eso explicaba la tensión de la última vez que habíamos salido a cenar los cuatro. Hasta yo me había dado cuenta.

—¿Por qué no dijiste nada antes? —le pregunté, abrazándola.

—Porque no era asunto nuestro, y no quería que te sintieras incómodo. Sobre todo teniendo en cuenta que tendrías que trabajar con él.

«Ya no». Kara se retiró hacia atrás para mirarme a la cara.

—Prométeme que no harás nada estúpido.

—¿Como qué?

—Lo que sea. Olvídalo y punto, ¿quieres? Por favor. No vale la pena perder el tiempo con él. —Me deslizó las manos por el hueco de la espalda—. Y la verdad es que no quiero malgastar ni un minuto más de nuestra primera noche juntos después de tu regreso hablando de Terry Connors.

Yo tampoco quería, así que no lo hicimos.

Pero no podía olvidarme del asunto así como así. Terry había ido a mi casa con la intención de seducir a mi esposa, y por si eso no fuese bastante malo de por sí, había tratado de hacerle creer que yo le había sido infiel. Sólo de pensarlo se me encendía la sangre, pero me dije que lo mejor era que no hiciera nada durante un par de días, para darme la oportunidad de calmarme un poco.

La calma me duró hasta la tarde siguiente.

Estaba volviendo a aclimatarme al trabajo después del viaje a los Balcanes y me había organizado para acabar más temprano ese día. Habíamos planeado que yo iría a recoger a Alice a la escuela, pero la ira que sentía hacia Terry me había estado reconcomiendo durante toda la noche. Estuve dándole vueltas en la cabeza un par de horas antes de llamar a Kara al hospital.

—Lo siento, pero ¿puedes ir tú a recoger a Alice?

—Supongo que sí. ¿Por qué, te ha surgido algún imprevisto?

Ya me estaba arrepintiendo de haberla llamado. Kara trabajaba a tiempo parcial y tenía una jornada flexible, y muchas veces cambiaba su turno para ayudar a sus compañeras, pero esta vez se trataba de nuestra hija, y yo acababa de regresar de un viaje. Debería concentrarme en las cosas importantes, y no en salir disparado a enfrentarme con alguien como Terry Connors.

—Oye, no importa. Olvídalo, ya iré yo.

—No, no pasa nada, puedo ir yo. Iba a quedarme porque tenemos reunión de personal, pero así tendré una excusa para no ir. —Imprimió a su voz un tono de cautela—. ¿Por qué, qué ha pasado?

—Nada. Dejemos los planes...

Iba a decir «como estaban», pero se oyó un alboroto de fondo, al otro lado de la línea. Oí el estruendo de voces alteradas y algunos portazos.

—Lo siento, me necesitan —dijo precipitadamente—. Ya iré yo a recoger a Alice, ya me lo explicarás todo más tarde. Adiós.

Cortó la comunicación antes de darme tiempo a decir algo más. Colgué el

teléfono, sintiéndome un poco culpable. Decidí que la llamaría más tarde y le diría que ya recogería yo a Alice. Dejé pasar media hora, pero cuando traté de llamarla, la línea comunicaba, y ya estaba empezando a pensar en Terry otra vez y a dejar que la ira se fuese apoderando de mí de nuevo. No parecía tener mucho sentido volver a molestar a Kara cuando era obvio que estaba ocupada, y para entonces lo más probable es que ya se hubiese organizado para ir a recoger a nuestra hija.

De modo que en vez de llamarla a ella, llamé a Terry.

Ni siquiera estaba seguro de que fuese a contestar al teléfono si veía que la llamada era mía, pero lo hizo. Hablaba con el mismo tono chulesco y despreocupado de siempre.

—¿David? ¿Cómo te va?

—Quiero verte.

Su vacilación fue casi imperceptible.

—Oye, me encantaría que nos viéramos, pero lo tengo un poco complicado ahora mismo. Ya te llamaré cuando...

—¿Prefieres que te espere en tu casa?

No tenía ninguna intención de involucrar a su familia, pero no se iba a librar de mí tan fácilmente. Esta vez la pausa fue más larga.

—¿Es que tienes algo que decirme?

Sí tenía algo que decirle, pero prefería hacerlo en persona.

—Puedo estar en Exeter dentro de un par de horas. Dime dónde quieres que nos veamos.

—No hace falta, puedo ahorrarte el viaje. Todavía estoy en Londres. Incluso puedo invitarte a una cerveza. —Su tono era condescendiente—. Será como en los viejos tiempos.

Traté de mentalizarme para no perder los estribos cuando acudiera a su encuentro. Había sugerido un pub del Soho, y cuando entré vi por qué. Saltaba a la vista que era un bar de policías, pues la mitad de la clientela exhibía la arrogancia indefinible de los agentes fuera de servicio. La decoración era de pleno ambiente navideño, con las mismas guirnaldas y los mismos adornos descoloridos que llevaban desempolvando, obviamente, año tras año. Terry estaba en la barra, riendo, acompañado de un grupo de hombres. Se excusó para venir a saludarme cuando me vio entrar. Lucía la misma sonrisa de siempre en los labios, pero su mirada era de alerta.

—¿Te apetece un trago?

—No, gracias.

—Siéntate. —Con la copa en mano, se apoyó cómodamente en una mesa—. Y dime, ¿dónde está el fuego?

—Mantente lejos de Kara.

—¿De qué me estás hablando?

—Ya sabes de qué te estoy hablando... No quiero que vuelvas a aparecer por mi casa nunca más.

Seguía sonriendo, pero el rubor del rostro se le extendió hasta la raíz del pelo.

—Oye, oye, espera un minuto... No sé qué es lo que te ha dicho ella, pero yo no sabía que estabas fuera...

—Sí, sí que lo sabías. La fosa común apareció en todos los informativos, no hacía falta ser un genio para adivinar que yo estaría trabajando allí. Por eso no llamaste antes por teléfono, porque entonces no habrías tenido una excusa para presentarte.

—Escucha...

—Hasta intentaste hacerle creer que me había estado viendo con alguien. ¿Por qué demonios hiciste eso?

Me pareció intuir un destello de algo parecido a la culpa o al arrepentimiento asomando en sus ojos, pero desapareció tan rápidamente que podrían haber sido imaginaciones mías.

Se encogió de hombros.

—¿Y por qué no?

—¿Eso es todo?

—¿Qué quieres que te diga? Kara es muy guapa. Deberías sentirte halagado.

Me miraba con expresión burlona. «Tranquilo. No dejes que te provoque». Terry se encontraba a sus anchas en aquel territorio. Si perdía los nervios, él me haría morder el polvo y tendría un pub lleno de amigos y testigos dispuestos a declarar que yo lo había empezado todo. No sabía qué le había hecho yo a él, pero ya no me importaba. Y cuando me di cuenta de eso, también me di cuenta de algo más.

—Las cosas no te van muy bien, ¿verdad que no, Terry?

Entrecerró los ojos para mirarme.

—¿De qué estás hablando?

—Por eso estás aquí, ¿no es así? —Señalé con la cabeza hacia el pub—. Rememorando tus días de gloria. Tu reputación debe de haber sufrido un duro golpe después de lo que pasó con Monk.

La sonrisa se había esfumado y me miraba con gesto abiertamente hostil.

—Las cosas me van perfectamente. Sólo me he tomado unos días de descanso.

Pero sus ojos desmentían sus palabras. Terry siempre había sido un poco temerario, lo que formaba parte de su encanto. Entonces vi que también había algo autodestructivo en él. Para ir por la vida, siempre se confiaba a la suerte y a la inercia de las cosas: ambas le habían fallado y ahora se estaba rebelando, emprendiéndola a golpes contra todo, de pura frustración.

Yo sólo había sido otro blanco más de su ira, un blanco cómodo y simple, además.

No tenía ningún sentido permanecer más tiempo allí. Kara tenía razón:

enfrentarme a él y pedirle explicaciones no había servido de nada. Al salir, oí que les decía algo al grupo de la barra. Su risa estridente me persiguió a través de la puerta, luego se cerró a mi espalda y volví a la calle.

Me fui directamente a casa. Era demasiado tarde para ir a recoger a Alice y casi esperaba que hubiesen llegado antes que yo. No estaban, así que me dispuse a preparar la cena. Ya estaba arrepintiéndome de haber ido a ver a Terry, reprendiéndome a mí mismo por hacer que Kara tuviera que ir corriendo a la escuela. Decidí compensarlas a las dos. Ese fin de semana las llevaría a algún sitio, tal vez al zoo, para contentar a Alice, y luego contrataría una canguro para que Kara y yo pudiésemos salir por la noche los dos solos.

Estaba tan ocupado planeándolo todo que aún pasó un buen rato hasta que me di cuenta de lo tarde que era. Llamé a Kara al móvil, pero no obtuve respuesta. Tampoco saltó el buzón de voz, lo cual no era muy normal, pero no tuve tiempo de preocuparme por ello, porque enseguida sonó el timbre de la puerta.

—Como sea algún vendedor de enciclopedias... —murmuré, secándome las manos mientras acudía a abrir.

Pero no lo era. Fuera había dos agentes de policía. Habían venido a comunicarme que un conductor borracho —un empresario ebrio después de un opíparo almuerzo de negocios— había perdido el control de su BMW y se había estrellado contra el coche en el que viajaban Kara y Alice. Lo había empotrado contra un camión contenedor que había aplastado la carrocería del flamante Volvo nuevo como si fuera un barquito de madera. Mi esposa y mi hija habían muerto en el acto.

Y fue así, en un abrir y cerrar de ojos, como mi vida anterior terminó.

EL PRESENTE

VIII

Acababa de salir de la ducha cuando sonó el timbre de la puerta. Solté un exabrupto y cogí el albornoz. Secándome aún el pelo con la toalla, miré el reloj de la cocina mientras me apresuraba hacia el pasillo, preguntándome quién sería a las nueve de la mañana de un domingo.

Me detuve a mirar por la mirilla que había instalado en la puerta principal. Esperaba ver a un par de amables jóvenes con ojos evangélicos y vestidos con unos trajes varias tallas más grandes, con la firme intención de venderme el sueño de la vida eterna, pero sólo vi a un hombre a través de la burbuja distorsionada de cristal. Estaba vuelto de espaldas, mirando hacia la calle, así que lo único que pude ver de él fueron sus anchos hombros y el pelo corto y oscuro. Era más escaso en la coronilla, dejando al descubierto un parche del tamaño de la palma de la mano que había tratado infructuosamente de ocultar peinándose con la raya al lado.

Abrí el cerrojo de la puerta. La policía me había aconsejado que colocase una cadena de seguridad después de la agresión que había sufrido el año anterior, pero nunca encontraba el momento de hacerlo. A pesar de que todavía no habían atrapado a la persona responsable, la mirilla ya me parecía una medida lo bastante paranoica^[2]. Prefería correr el riesgo.

El cielo de estaño proyectaba una luz fría cuando abrí la puerta. Los tilos que bordeaban la calle frente a mi casa habían perdido ya casi todas las hojas, y habían dejado una delgada alfombra de amarillo sobre la acera. Aunque la mañana de octubre era fría y húmeda, el visitante sólo llevaba un traje e iba sin abrigo de ninguna clase. Se volvió y me ofreció una sonrisa débil, deteniendo los ojos en mi albornoz.

—Hola, David. No te pillo en mal momento, ¿no?

Más tarde, lo que más me chocó fue la naturalidad con que se desarrolló la escena. Fue como si nos hubiésemos visto apenas semanas antes y no después de los ocho años que habían pasado.

Terry Connors no había cambiado. Había envejecido, sí; tenía más entradas que antes y la tez de su rostro exhibía una palidez debida al cansancio que delataba las muchas horas pasadas en el interior de un coche y en el despacho. Tenía arrugas alrededor de los ojos, arrugas que no habían estado allí antes. Pero si bien su atractivo físico estaba ahora más castigado, con la mandíbula cuadrada un poco más pesada de lo que yo recordaba, lo cierto es que lo conservaba todavía intacto. Al igual que la chulería, que formaba parte inextricable de su encanto. Todavía miraba al mundo desde su pedestal, en sentido literal y figurado: a pesar de que estaba en el peldaño inferior de las escaleras de entrada a mi piso, sus ojos turbios estaban al mismo nivel que los míos. Lo vi deslizados sobre mí, sin duda advirtiendo los cambios, tal como

hacía yo también. Me pregunté cuánto habría cambiado yo después de todo el tiempo transcurrido.

Fue entonces cuando el impacto de verlo cayó sobre mí como una losa.

No sabía qué decir, no tenía ni idea de cómo manejar aquella situación. Él miró hacia atrás, hacia la calle, como si condujese al pasado que llevábamos a nuestras espaldas. Me di cuenta de que le faltaba el lóbulo de la oreja izquierda, como si se lo hubiera cortado con unas tijeras, con suma pulcritud, y me pregunté cómo habría sucedido. Aunque yo también llevaba mis propias cicatrices desde la última vez que lo había visto.

—Perdón por presentarme así, sin avisar, pero pensé que no debías enterarte por las noticias. —Se volvió hacia mí, mirándome con esos ojos de policía, sin pestañear ni una sola vez, y sin remordimientos—. Jerome Monk ha escapado.

Hacía años que no oía ese nombre. Me quedé en silencio un momento mientras rescataba el nombre de la memoria y recuperaba con él los ecos del sombrío paisaje de Dartmoor y el olor a turba. Luego di un paso atrás y le sujeté la puerta.

—Será mejor que entres.

Terry esperó en la sala de estar mientras yo iba a vestirme. No me di ninguna prisa. Me quedé en el dormitorio, con la respiración agitada, acelerada. Tenía los puños apretados con fuerza. «Tranquilízate. Escucha lo que tiene que decir». Me puse la ropa como un autómatas, abrochándome los botones con torpeza. Cuando me di cuenta de que estaba retrasando el momento de enfrentarme a él, salí de la habitación.

Estaba de pie junto a la librería, de espaldas a mí, con la cabeza inclinada para poder leer los lomos. Habló sin volverse.

—Un piso muy bonito. ¿Vives solo?

—Sí.

Sacó un libro de la estantería y leyó el título.

—*Death's Acre*. Veo que no te gustan las lecturas ligeras, ¿no?

—No tengo mucho tiempo. —Traté de dominar mi irritación. Terry tenía el don de ponerme los nervios de punta. Era una característica más de lo que lo hacía tan buen policía—. ¿Te apetece unté o un café?

—Tomaré un café, siempre y cuando no sea descafeinado. Solo, con dos de azúcar. —Volvió a colocar el libro en su sitio y me siguió a la cocina, observándome desde la puerta mientras yo llenaba la cafetera—. No pareces muy preocupado por Monk.

—¿Es que debería estarlo?

—¿No quieres saber lo que pasó?

—Puede esperar a que haya preparado el café. —Sentía sus ojos clavados en mí mientras ponía la cafetera al fuego—. ¿Cómo está Deborah?

—Estupendamente desde el divorcio.

—Lo siento.

—No lo sientas. Ella no lo siente en absoluto. Y por lo menos los niños tenían edad suficiente para decidir con quién querían vivir. —La sonrisa le arrugó los ojos sin iluminarlos—. Los veo en fines de semana alternos.

No podía añadir mucho más.

—¿Todavía estás en Exeter?

—Sí, sigo en la jefatura.

—¿Ya eres superintendente?

—No. Todavía inspector —lo dijo como retándome a hacer algún comentario.

—El café aún tardará unos minutos —le dije—. Será mejor que nos sentemos.

La cocina era lo bastante grande para hacer las veces de salón comedor. Se estaba más cómodo en la sala de estar, pero yo no quería a Terry allí. Ya era suficientemente incómodo tenerlo en casa.

Tomó asiento delante de mí. Había olvidado lo corpulento que era. Por lo visto, se había mantenido en forma, a pesar de que los signos de la entrada en la mediana edad eran más que evidentes.

La tonsura en la coronilla debía de martirizarlo.

Se hizo un silencio entre nosotros. Yo ya sabía lo que vendría a continuación.

—Ha llovido mucho desde la última vez que nos vimos. —Me miraba con una expresión indescifrable—. Hace mucho que quería llamarte... Después de lo que les pasó a Kara y Alice.

Me limité a asentir con la cabeza. Había estado esperando las inevitables condolencias, de la misma manera que uno se prepara para recibir un golpe. Aun después de todos esos años, las palabras seguían pareciendo un disparate, como si la muerte de mi esposa y mi hija contraviniesen alguna ley fundamental del universo.

Tenía la esperanza de que lo dejase ahí, misión cumplida, pero no había terminado.

—Iba a escribirte o algo así, pero ya sabes qué pasa en estos casos. Luego me enteré de que te habías ido a vivir a otro sitio, que le habías dado puerta a la medicina forense para trabajar como médico de cabecera en algún pueblo perdido de Norfolk. Así que ya no tenía mucho sentido tratar de localizarte.

No, no lo habría tenido. En aquel entonces yo no había querido ver a nadie de mi pasado. Especialmente a Terry.

—Pero bueno, el caso es que me alegro de que estés de nuevo al pie del cañón —continuó, al ver que yo no decía nada—. He oído rumores de que estás haciendo un trabajo excelente. Estás de vuelta en el departamento forense de la universidad, ¿no?

—De momento. —No quería hablar de ello. No con él—. ¿Cuándo se escapó Monk?

—Anoche. Saldrá en las noticias del mediodía. La maldita prensa se va a dar un

buen festín.

Su expresión reflejaba la amargura de su voz. A Terry nunca le habían gustado los periodistas, y era evidente que eso no había cambiado en absoluto.

—¿Qué pasó?

—Sufrió un ataque al corazón. —Sonrió sin chispa de humor—. Nadie habría dicho que ese cabrón tuviese uno, ¿a que no? Pero se las arregló para convencer a los médicos de Belmarsh de que lo trasladaran a un hospital civil. A mitad de camino, rompió sus ataduras, molió a palos a los guardias y al conductor de la ambulancia y desapareció.

—¿Así que todo había sido una farsa?

Terry se encogió de hombros.

—Nadie lo sabe todavía. Tenía todos los síntomas: tensión arterial alta, ritmo cardíaco irregular... lo habitual en estos casos. Así que, o bien lo fingió, no sé cómo, o el infarto iba en serio, pero escapó de todos modos.

En circunstancias normales, habría dicho que las dos opciones eran imposibles. Una prisión de alta seguridad de Belmarsh contaba con un pabellón hospitalario bien equipado, con aparatos para medir la presión arterial y monitores del ritmo cardíaco. Cualquier preso con síntomas de cardiopatía lo bastante graves para ser considerados una emergencia no estaría en condiciones de escapar: el mero hecho de intentarlo sin duda acabaría con su vida. Sin embargo, no estábamos hablando de circunstancias normales.

Estábamos hablando de Jerome Monk.

El café había arrancado a hervir. Tras alegrarme de tener algo que hacer, me levanté y serví el líquido humeante en dos tazas.

—Creía que Monk estaba en Dartmoor, no en Belmarsh.

—Y lo estaba, hasta que las almas sensibles decidieron que Dartmoor era demasiado «inhumano» y lo rebajaron de la categoría A a la C hace unos años. Después de eso, lo pasaron por un par de prisiones de máxima seguridad antes de que Belmarsh fuera la elegida. Por lo que parece, no lo ha ablandado, eso desde luego. Hace unos meses mató de una paliza a otro preso y envió a dos guardias al hospital cuando intentaron reducirlo. —Me miró arqueando las cejas—. Me sorprende que no te enteraras.

Podía haber sido un comentario completamente inocente, pero yo tenía mis dudas. Había estado en Estados Unidos a principios de ese año, y antes de eso, me había estado recuperando de una agresión con arma blanca, así que no había prestado demasiada atención a las noticias. Era imposible saber si Terry estaba al corriente de eso, pero algo me decía que así era. Era muy típico de él tratar de sonsacarme una respuesta, sólo por el placer de hacerlo.

Sin inmutarme, eché dos cucharadas de azúcar en una de las tazas y se la ofrecí.

—¿Por qué me cuentas todo esto?

Terry cogió el café sin darme las gracias.

—Sólo por precaución. Estamos advirtiéndolo a todo aquel con quien Monk pueda tener algún asunto pendiente, por si quisiera ajustar cuentas.

—¿Y crees que eso me incluye a mí? Dudo mucho que recuerde siquiera quién soy.

—Esperemos que tengas razón, pero no me gustaría tener que predecir qué es lo que hará Monk ahora que ha escapado. Sabes tan bien como yo de lo que es capaz...

Eso era innegable. Yo mismo había examinado a una de sus víctimas, había visto de primera mano el daño salvaje que Monk había infligido a una adolescente. Aun así, no conseguía ver qué peligro podía suponer Monk para mí.

—Estamos hablando de algo que pasó hace ocho años —dije—. Yo no tuve nada que ver con su condena, sólo con la operación de búsqueda posterior. ¿No creerás en serio que va a importarle eso?

—Todavía formabas parte del equipo de la policía, y Monk no es de los que hacen discriminaciones. Ni de los que perdonan. Y tú estabas allí al final, cuando todo se fue a la mierda. No puedes haberlo olvidado.

No lo había olvidado, pero tampoco había pensado en ello desde hacía mucho tiempo.

—Gracias por la advertencia. Lo tendré en cuenta.

—Deberías. —Tomó un cuidadoso sorbo de la taza antes de soltarla—. ¿Sigues en contacto con alguno de los demás?

Parecía una pregunta del todo inofensiva, pero yo conocía a Terry demasiado bien.

—No.

—¿No? Creí que tal vez habrías trabajado con Wainwright en otros casos.

—No después de Monk.

—Se jubiló hace ya un tiempo. —Terry sopló el café para enfriarlo—. ¿Qué me dices de Sophie Keller? ¿Has vuelto a verla?

—No. ¿Por qué habría de verla?

—No, no, por nada...

Me estaba hartando de aquello.

—¿Por qué no me dices para qué has venido en realidad?

Ahora tenía el rostro enrojecido, y yo sentí que el mío se teñía del mismo color conforme el viejo antagonismo de siempre se revelaba con toda su furia. «Eso sí ha sido rápido, la verdad», pensé.

—Ya te lo he dicho, es sólo por precaución. Estamos avisando a todos los...

—No soy imbécil, Terry. Podrías haber llamado o hacer que me telefonara alguien. ¿Por qué venir nada menos que hasta Londres para decírmelo en persona?

Ya había perdido todo rastro de amabilidad. Me miró con los ojos glaciales de un policía profesional.

—Tenía otros asuntos que atender en la ciudad. Se me ocurrió pasar por aquí y darte la noticia yo mismo, por los viejos tiempos. Obviamente, ha sido un error.

Pero no me iba a dejar engatusar tan fácilmente.

—Si Monk va a ir por alguien del pasado, ese alguien no seré yo, ¿verdad que no? El rostro de Terry se había ensombrecido por completo.

—He venido aquí para avisarte. Considérate advertido. —Su silla chirrió al arañar el suelo—. Gracias por el café. No hace falta que me acompañes a la puerta.

Se dirigió hacia el pasillo y luego pareció cambiar de opinión. Se detuvo y se volvió. Su boca era una línea amarga mientras me fulminaba con la mirada.

—Creí que tal vez habrías cambiado, pero debería haber sabido que eso es imposible.

Se fue sin volver la vista atrás. Me quedé sentado a la mesa, el pasado tan cerca que casi lo oía susurrándome al oído. «¿Puedes ir tú a recoger a Alice?».

Ahora el piso parecía ligeramente distinto, menos mío. Sin embargo, las manos no me temblaban cuando me levanté a recoger las tazas. No había probado el café, pero ya no me apetecía. Lo tiré por el fregadero y vi cómo el remolino de los posos desaparecía por el desagüe. No sabía cuál era la verdadera razón de la visita de Terry, pero los años no habían cambiado en nada las cosas.

Yo seguía sin confiar en él.

IX

La fuga de Monk fue la noticia principal de los informativos del mediodía, aunque en realidad, la arriesgada fuga de la cárcel de un famoso asesino habría sido noticia de todos modos, daba lo mismo de quién se tratase.

Ahora bien, cuando se trataba de Jerome Monk, la atención mediática estaba garantizada.

Estaban hablando del suceso por la radio mientras me dirigía en coche al laboratorio. Escuché los titulares y luego apagué el aparato. No habría nada que no supiera ya, y a pesar de la advertencia de Terry, la huida de Monk no me concernía directamente. Lamentaba que anduviese en libertad y lamentaba que hubiese hecho daño a más gente durante la fuga, pero Jerome Monk no era mi problema. Ocho años era mucho tiempo, demasiado para que yo le importase. O él a mí.

Sin embargo, pese a lo mucho que me esforzase por aparentar lo contrario, no podía olvidarme de la visita de Terry tan fácilmente. Ya hacía mucho tiempo que había dejado de buscar culpables por lo ocurrido, pero volver a verlo me había hecho revivir recuerdos muy dolorosos, había removido un sedimento emocional en mi interior que se negaba a asentarse de nuevo. Esperaba pasar un domingo tranquilo, tomarme un excepcional día de descanso. Se suponía que debía reunirme con dos colegas y sus esposas para almorzar en Henley-on-Thames, algo que llevaba prometiéndoles varias semanas, pero la reaparición de Terry había trastocado todos esos planes. Consciente de que no iba a ser una compañía demasiado agradable, llamé para disculparme y avisar de que no iba a ir. Necesitaba tiempo a solas para asimilar lo ocurrido, volver a meter mis recuerdos de nuevo en su caja.

Tenía que trabajar.

Al entrar con el coche en el aparcamiento de la Facultad de Ciencias Forenses, el pasado estalló envolviéndome como un vendaval. Cuando tomé la decisión de dejar Norfolk y volver a Londres, me inquietaba la idea de regresar a mi antiguo departamento, pues temía verme superado por las asociaciones del pasado. Sin embargo, al final, no había tenido motivos suficientes. Llevaba trabajando allí los últimos tres años, técnicamente como parte del profesorado, pero con libertad para concentrarme en el trabajo como asesor para la policía. La universidad me había ofrecido una plaza fija como titular, pero hasta el momento me mostraba reticente a aceptarla. Me sentía cómodo con el acuerdo y el tipo de contrato actual, aunque fuese de carácter temporal, y es que no me importaba vivir con eso: la experiencia me había vuelto reacio a echar raíces.

El edificio estaba cerrado los domingos, pero muchas veces acudía a trabajar de todos modos. Tenía mis propias llaves y estaba acostumbrado a estar solo. Aun así, eché un vistazo a mi alrededor, al aparcamiento desierto. Siempre hay algo

inquietante en el hecho de estar solo en un espacio público normalmente abarrotado de gente, y aunque no me preocupase que Monk fuese por mí, sí había otros fantasmas cuyo rencor era más palpable.

Aún llevaba una cicatriz en el abdomen como advertencia contra el exceso de confianza.

El departamento de antropología forense estaba en el sótano de un antiguo hospital Victoriano, y se accedía a él o bien mediante un ascensor viejo y destartado que siempre parecía oler a desinfectante o a través de dos tramos de escaleras. Como siempre, opté por las escaleras. El edificio era una finca catalogada como patrimonio histórico, y el hueco de la escalera todavía conservaba las baldosas originales y los peldaños de piedra. Mis pasos resonaban a medida que iba bajando, su eco solitario subrayaba la quietud del fin de semana.

Sin embargo, una vez atravesadas las puertas del fondo, era como estar de regreso en el siglo XXI. Había varios laboratorios, todos muy modernos y bien equipados. Mi despacho estaba pegado al del final del pasillo. No era demasiado grande, pero sí lo bastante amplio para mis actividades. Abrí con la llave y encendí las luces. Allí abajo no había ventanas, y me detuve en la puerta cuando el tartamudeo brillante de los fluorescentes del techo iluminó la estancia.

Hacía frío en el interior, pues apagaban el sistema de calefacción durante el fin de semana, pero ya estaba acostumbrado. El mío era un despacho eminentemente funcional, la mayor parte del espacio estaba ocupado por los viejos archivadores de acero y por un escritorio. Encendí el ordenador, dejé que se iniciara y me puse la bata blanca que colgaba detrás de la puerta. Luego me dirigí al laboratorio.

Los aspectos más truculentos de mi trabajo —la laboriosa extracción del tejido blando de un cadáver en descomposición, o desengrasar los huesos humanos con detergente— solían llevarse a cabo en los depósitos de cadáveres. La mayor parte de los restos que llegaban aquí ya habían pasado por ese proceso, o llevaban muertos tanto tiempo que el paso de los días y la descomposición ya los había reducido a huesos secos.

El caso en el que estaba trabajando en esos momentos pertenecía al primer grupo. Despojado de la carne y dispuesto ordenadamente en la camilla de aluminio se hallaba el esqueleto parcial de un hombre de unos treinta años. Al menos, ése era mi cálculo aproximado. Había sido relativamente sencillo determinar el género a partir de la forma de la pelvis y del gran tamaño de los huesos; la edad la había calculado por el estado de las vértebras y la cantidad de desgaste evidente en la sínfisis del pubis, la parte de la cintura pelviana donde se unen los dos huesos púbicos.

Sin embargo, aunque el esqueleto normalmente ofrece otros indicadores que ayudan a confirmar la edad y el sexo, así como la identificación, eso no se daba en este caso. El avanzado estado de descomposición sugería que, fuera quien fuese aquel

individuo, había muerto al menos hacía dos años, pero no conseguía ser más preciso. Y ni siquiera podía aventurarme a establecer una causa probable de la muerte. De hecho, lo único que logré afirmar con absoluta seguridad era que había sido asesinado.

En mi dilatada carrera, todavía no me había encontrado ni un solo caso de suicidio o muerte accidental en el que los brazos, las piernas y la cabeza hubiesen sido cortados.

El torso de la víctima había sido encontrado por un albañil, tirado en el interior del pozo de una granja abandonada de Surrey. Las partes del cuerpo que faltaban no habían aparecido ni en el pozo ni en el resto de la propiedad, y sin dientes para compararlos con los registros dentales ni cualquier otra característica notable en los restos de huesos, la identificación iba a ser una tarea harto difícil.

Pese a todo, yo esperaba establecer al menos cómo había sido desmembrado. No detecté ninguno de los traumatismos que indicaban el uso de un hacha o una cuchilla de carnicero, lo que apuntaba a que podía tratarse de un cuchillo o una sierra. Cualquier hoja deja marcas específicas en el hueso, y por el corte limpio de las marcas que había visto hasta entonces, lo más probable era que se tratase de algún tipo de herramienta eléctrica. Habría puesto la mano en el fuego a que era una sierra circular, pero tendría que examinar cada superficie bajo el microscopio para estar seguro. Era un trabajo aburrido y metódico, pero identificar la herramienta utilizada para practicar el corte podía ser el primer paso en el largo camino hacia la captura del asesino.

Cosas más raras se habían visto.

Coloqué la primera placa y traté de concentrarme en lo que tenía que hacer, pero me quedé mirando el fragmento ampliado del hueso en el visor del microscopio sin verlo en realidad. «Un corte limpio, sin signos de fragmentación...» Algo se removía en mi subconsciente, una irritante asociación de ideas a la que no acertaba a poner nombre concreto. Me incorporé en el asiento, intuyendo que la idea estaba a punto de aflorar a la superficie, pero entonces un ruido procedente de mi despacho, el del ordenador acabando de arrancar al fin, distrajo mi atención.

Lo que fuera que había estado tratando de recordar, se esfumó. Suspiré y me rendí ante lo inevitable. «Está bien, quítatelo de encima. Así podrás olvidarte de esto y adelantar un poco de trabajo». Una vez en mi despacho, me metí en internet y visité una web de noticias. Esperaba que la fuga de Monk ocupase todas las portadas, y así era. Lo que no esperaba era el impacto que supondría para mí volver a ver esa cara de nuevo.

La fotografía de Jerome Monk me miraba desde la pantalla, como la imagen fija de una película de terror. La repugnante hendidura en la frente todavía provocaba un intenso desasosiego sólo mirarla, y los ojos...

Los ojos todavía estaban muertos.

Me desplacé por la pantalla hacia las fotografías de sus cuatro víctimas. Las imágenes parecían antiguas, las protagonistas congeladas en el tiempo. Las hermanas Bennett tendrían... ¿qué? Veintiséis o veintisiete años ahora, y Tina Williams veintiocho o veintinueve. Angela Carson, la mayor, tendría alrededor de treinta y cinco. Edad suficiente para casarse, para tener hijos propios. En cambio, sus vidas habían quedado cercenadas, brutalmente segadas.

Y ahora su asesino estaba libre.

Me froté los ojos, sentí el sabor del fracaso tan amargo ahora como hacía tanto tiempo. Una vez más, tuve la sensación de que había algo que necesitaba recordar. La sensación no era tan intensa como antes, sólo una presencia persistente en algún recoveco del cerebro. Empecé a retroceder para releer la historia y pegué un salto cuando el teléfono sonó en mi escritorio.

La imagen de la pantalla se duplicó de tamaño cuando hice clic sin querer en el zoom. Maldiciendo en voz baja, contesté el teléfono.

—¿Diga?

Hubo una breve pausa en el otro extremo.

—¿Hablo con David? ¿David Hunter?

Era una voz de mujer, fuerte y un poco ronca, aunque ahora con un dejo de incertidumbre. Me resultaba vagamente familiar.

—Sí. ¿Quién es?

—Sophie Keller —dijo, y otra pieza del pasado encajó en su lugar—. Trabajamos juntos hace unos años. ¿En el caso de Jerome Monk...?

Formuló la frase como una pregunta, como si no estuviera segura de que fuese a reconocerla. No tenía por qué preocuparse: sólo hacía un par de horas que Terry Connors me había preguntado si había sabido algo de ella.

—Sí, claro, por supuesto. —Hice un esfuerzo por serenarme—. Lo siento, es sólo que justo ahora... Estaba leyendo lo de Monk.

—¿Te has enterado de que se ha escapado?

—Sí.

No estaba seguro de si debía mencionar a Terry, así que no lo hice. Ellos dos nunca se habían llevado bien. A continuación siguió un silencio incómodo.

—He encontrado el número de tu despacho en la web de la universidad, pero sólo llamaba para dejarte un mensaje. No creía que fueses a estar ahí un domingo. Espero que no te importe que te llame.

—No, sólo estoy un poco sorprendido, eso es todo.

—Ya lo sé, y lo siento, llamarte así, de repente, pero... —La oí respirar hondo—. Bueno, ¿podríamos vernos un momento?

El día estaba plagado de sorpresas.

—¿Es por lo de Monk?

—Prefiero decírtelo cuando te vea. Te prometo que no te robaré mucho tiempo. Trató de disimularlo, pero podía oír la tensión en su voz.

—Está bien. ¿Todavía vives en Londres?

Otra pausa.

—No. Ahora estoy viviendo en Dartmoor. En una pequeña localidad llamada Padbury.

Eso me sorprendió. Sophie no me había parecido muy amante de la vida rural, aunque entonces me acordé de que había dicho lo mucho que le gustaba el páramo.

—Así que al final te mudaste.

—¿Qué? Oh... Sí, supongo que sí. —Ahora parecía distraída—. Oye, ya sé que es mucho pedir, pero si me pudieras reservar un par de horas, te lo agradecería enormemente, de verdad. Por favor...

La urgencia en su voz era inconfundible, así como la ansiedad subyacente. No tenía nada que ver con la joven segura de sí misma que yo recordaba.

—¿Es que tienes algún problema?

—No, es sólo que... Escucha, te lo contaré todo cuando nos veamos.

Me dije a mí mismo que no debía involucrarme en un caso antiguo, que remover el pasado sólo me traería sinsabores y no serviría de nada. Sin embargo, el caso ya había dejado de ser antiguo. Ahora que Monk se había escapado, volvía a estar de plena actualidad.

Además, sentía aquel hormigueo persistente en el subconsciente. Hasta ese día, todo cuanto rodeaba aquella investigación había permanecido aletargado durante casi una década. Entonces ¿por qué de pronto tenía la sensación de que era una asignatura pendiente?

—¿Qué tal mañana? —me oí decir a mí mismo. Hoy ya era demasiado tarde, no llegaría allí hasta la noche.

Su alivio era evidente, incluso por teléfono.

—¡Eso sería genial! Si estás seguro...

—Estaré encantado de tener una excusa para salir de Londres.

«¿Estás seguro de que ésa es la única razón?». No hice caso de la voz sarcástica y burlona.

—¿Te acuerdas del Trencherman's Arms, en Oldwich?

Aquel nombre trajo consigo otra nueva ráfaga de la memoria, no del todo buena.

—Me acuerdo. ¿Ha mejorado algo la comida?

Se echó a reír. Había olvidado aquella risa tan vigorosa, desenfadada y exultante. No duró mucho.

—Muy poco, pero es más fácil que hacerte ir a donde yo vivo. ¿Puedes llegar a tiempo para almorzar?

Dije que sí. Quedamos en encontrarnos a la una e intercambiamos los números de móvil.

—Gracias de nuevo, te lo agradezco de corazón —dijo Sophie antes de colgar.

Aunque por el tono de voz, no parecía agradecida. Parecía desesperada.

Colgué el teléfono, pensativo. Había sido un día pródigo en reencuentros: primero, Terry Connors, y ahora Sophie Keller. Fuera cual fuese el motivo por el que quería verme, no podía ser casualidad que coincidiese con la fuga de Jerome Monk, y decidí que tenía que tratarse de algo grave para que se hubiese puesto en contacto conmigo después de tanto tiempo. La Sophie que yo había conocido no era de las que se dejaban dominar por el pánico fácilmente.

Sin embargo, ocho años es mucho tiempo. La gente cambia. Me pregunté si habría cambiado, si todavía tendría el mismo aspecto.

Si se habría casado.

«Basta ya. No sigas por ese camino», me dije, pero sonreí de todos modos. Luego, sin previo aviso, sentí un estremecimiento. Miré al monitor del ordenador, donde la cara de gárgola de Monk inundaba la pantalla. Los ojos negros en forma de botón parecían observarme mientras exhibía su media sonrisa burlona. Apagué el ordenador y la fotografía se desvaneció de golpe.

Sin embargo, aun después de que hubiera desaparecido, seguí percibiendo sus ojos clavados en mí.

X

Unos jirones de púrpura todavía seguían aferrándose al brezo, pero el otoño ya había vertido sus colores sobre el paisaje, envolviendo el páramo en verdes y marrones agonizantes. Se extendía hasta donde alcanzaba la vista, un paisaje sombrío y azotado por el viento. Los mantos de helechos, cuya altura alcanzaba a la rodilla, empezaban a agostarse, por lo que ya nada rompía la monotonía más allá de los peñascos grandes como casas y los matorrales de aulaga espesa e impenetrable.

Un caso reciente me había llevado hasta una remota isla escocesa cuyo paisaje, si es que eso era posible, había sido aún más desolador, pero estaba impregnado de un aire majestuoso e impresionante. A mí aquella parte de Dartmoor me resultaba inquietante y opresiva, aunque debía admitir que no era nada imparcial.

No conservaba buenos recuerdos de aquel lugar.

El cielo amenazaba lluvia, pero por el momento todavía no había caído ni una sola gota. Pese a las nubes bajas, el sol seguía abriéndose paso, iluminando el brezo con una luz asombrosa, antes de ser ocultado una vez más. Había tenido un buen viaje desde Londres, salvo por un atasco en la autopista M5. Era la primera vez en varios años que me desplazaba tan lejos al oeste del país, pero me sorprendí recordando algunas partes de la ruta, reconociendo pueblos que había olvidado hasta entonces. Y de pronto llegué al páramo en sí, y fue como conducir hacia atrás en el tiempo.

Pasé de largo los carteles indicadores de lugares que tenía medio olvidados, puntos de referencia que tocaban algunas fibras oxidadas de la memoria. Pasé junto a las ruinas cubiertas de hierba de la noria de la vieja mina de estaño, adonde el señuelo de Monk se había llevado a la prensa para despistarla. El lugar estaba aún más descuidado y parecía más pequeño de lo que recordaba. Sentí que el pasado se espesaba a mi alrededor, y entonces la carretera se alejó serpenteando por una curva y, a lo lejos, divisé el montículo de rocas de Black Tor.

Reduje la velocidad para verlo mejor. A pesar de que ya lo esperaba, la imagen del conjunto de rocas me devolvió a la niebla fría y a los chasquidos de la cinta policial amarilla ondeando al viento. Cuando me di cuenta, ya había pasado el desvío. Tras sacudirme los recuerdos de encima, me dirigí al encuentro de Sophie.

Oldwich estaba en el límite de la zona de entrenamiento del Ministerio de Defensa, un área de dimensiones considerables del parque nacional que los militares se habían anexionado para sus ejercicios de tiro y de combate. El acceso a la mayor parte seguía estando abierto al público, salvo en los días que tenían lugar las jornadas de entrenamiento.

Ese día no era uno de ellos. Pasé por delante de un cartel de advertencia, pero no había ninguna señal de alerta que indicase que el acceso estaba prohibido. El propio

Oldwich en sí era un lugar extraño que, por lo visto, aún no había decidido si identificarse con una ciudad o con un pueblo. No parecía haber cambiado mucho; había casas nuevas en las afueras, pero el centro seguía siendo tan monótono y poco atractivo como lo recordaba. Las casitas con fachada rústica de guijarros siempre me recordaban a las localidades costeras, con vistas al páramo vacío, como si se tratara de un mar verde y estático.

Conduciendo en paralelo a él, un tren con dos vagones se alejaba con parsimonia, arrastrándose con paso cansino a través del páramo, como si estuviera exhausto. El Trencherman's Arms no estaba lejos de la minúscula estación de tren. La última vez que había estado allí, la posada ofrecía un aspecto ruinoso y deprimente, pero ahora habían reformado el tejado y las paredes estaban recién encaladas. Por lo menos algunas cosas habían cambiado para mejor.

El pequeño aparcamiento estaba en la parte de atrás. Preso de una extraña agitación, aparqué y apagué el motor. Me dije que no tenía por qué estar nervioso y me dirigí a la entrada. La puerta que conducía al interior era baja, y tuve que agacharme para no golpearme la cabeza. Dentro estaba oscuro, pero cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi que no sólo el techo era nuevo: las losas del suelo, ahora a la vista, eran una gran mejora en comparación con la moqueta pegajosa que recordaba, y el papel pintado con relieve de terciopelo había sido sustituido por una capa de yeso muy lucida.

Había varias mesas ocupadas, principalmente por excursionistas y turistas que estaban terminando de almorzar, pero la mayoría estaban vacías. Me bastaron unos instantes para ver que Sophie no estaba allí, pero lo cierto es que era temprano. «Tranquilízate, lo más probable es que esté de camino».

Había una mujer alegre y regordeta detrás de la barra. Supuse que el antipático y ceñudo propietario había seguido el mismo camino que el papel pintado de terciopelo y la moqueta manchada de cerveza. Pedí un café y me encaminé a una de las mesas de madera de pino sin tratar que había junto a la chimenea. Ésta no estaba encendida, pero sí llena de leños recién cortados, y las cenizas del fondo sugerían que no estaban allí sólo de adorno.

Tomé un sorbo de café y me pregunté una vez más qué querría Sophie. Tenía que estar relacionado de algún modo con la fuga de Jerome Monk, pero por mucho que lo intentara, no conseguía establecer la relación. Tampoco entendía por qué se había puesto en contacto precisamente conmigo. Nos habíamos caído bien, pero tampoco habría dicho que nos hubiésemos hecho amigos, y ninguno de los dos había hecho nada por mantener el contacto.

Entonces ¿por qué querría volver a verme después de tanto tiempo?

Mi café se había enfriado. Al consultar el reloj, vi que casi era la una y media. Fruncí el ceño: después de lo desesperada que parecía el día anterior, no esperaba que

fuese a llegar tarde. Sin embargo, no estaba seguro de lo lejos que estaba su casa del pueblo, así que lo más fácil era que se hubiese entretenido por algún motivo. Cogí la carta y la hojeé con nerviosismo, echando un vistazo a la puerta cada pocos minutos.

Dejé pasar otro cuarto de hora antes de llamar al móvil de Sophie. Por lo menos había cobertura, algo que no siempre ocurría. Oí el chasquido de la conexión y luego su voz: «Hola, has llamado a Sophie. Por favor, deja un mensaje».

Le pedí que me llamara y colgué. Tal vez uno de los dos se había equivocado de hora, me dije.

Sin embargo, a las dos todavía seguía sin haber ni rastro de ella. Inquieto, volví a comprobar la hora. Incluso si le había surgido algún imprevisto, lo más normal habría sido tener noticias suyas para entonces. A menos que viniese en tren... Había dado por sentado que vendría en coche, pero no se lo había preguntado. Aparté el café frío a un lado y me dirigí a la barra.

—¿Puede decirme cuándo está prevista la llegada del próximo tren?

La camarera miró al reloj detrás de la barra.

—No tiene que venir hasta dentro de dos horas. —Me lanzó una sonrisa radiante—. Su chica llega tarde, ¿verdad?

Le sonreí educadamente y volví a la mesa, pero no parecía tener mucho sentido seguir esperando. Recogí el abrigo y salí.

El sol se había escondido detrás de un manto elevado de nubes y proyectaba una luz difusa y opalescente mientras cubría los cien metros que me separaban de la estación de tren. Demasiado pequeña para que hubiera un mostrador de venta de billetes, sólo había dos andenes descubiertos unidos por un puente corto. Los dos estaban vacíos, pero había un horario colgado en el tablón de anuncios. La camarera tenía razón: no había ningún tren hasta al cabo de un par de horas. Sólo aparecía otro tren en la lista y debía de ser el que yo había visto salir a mi llegada. Sophie, obviamente, no había llegado en ése.

Entonces ¿dónde estaba?

Un cuervo lanzó un graznido al sobrevolar la zona en círculos, pero por lo demás, reinaba un silencio absoluto. Me situé al borde del andén, mirando la línea del ferrocarril. Las vías estaban completamente oxidadas salvo por la parte más superficial, una prueba más de los pocos trenes que circulaban por ellas. Se extendían en línea recta y desaparecían de la vista dibujando una curva justo antes de llegar al punto de fuga.

«¿Y ahora qué?».

No tenía ni idea. Ni siquiera estaba seguro de qué estaba haciendo allí. Había recorrido más de trescientos kilómetros por una mujer a la que no había visto desde hacía ocho años y, como recompensa, ella me había dado plantón. Y a pesar de que trataba de convencerme a mí mismo de que tenía que haber una explicación muy

sencilla, no acababa de creérmelo. Por teléfono, Sophie parecía desesperada por verme: si sabía que iba a llegar tarde, habría llamado para decírmelo.

Había pasado algo.

Volví al coche y saqué el mapa de carreteras del maletero. El coche disponía de navegador vía satélite, pero un mapa a gran escala me daría una mejor idea de la geografía del lugar. Sophie había dicho que vivía en un pueblo llamado Padbury, localidad que, según el mapa, estaba a varios kilómetros de distancia. Yo no tenía su dirección, pero el pueblo no podía ser muy grande. Sólo tendría que preguntar por ahí hasta dar con alguien que la conociera.

Padbury estaba bastante bien señalizado, pero cada cartel indicador parecía alejarme poco a poco de la civilización. Las carreteras fueron haciéndose cada vez más pequeñas, hasta que me encontré en una pista muy estrecha, de un solo carril, flanqueada por altos matorrales de zarzas. Desnudas salvo por los restos de hojas muertas, se alzaban imponentes sobre el coche, como un laberinto. En épocas de nevadas o heladas el lugar debía de quedar completamente aislado. Mientras reducía la marcha una vez más para maniobrar en una curva con poca visibilidad, me pregunté qué demonios habría llevado a Sophie a un rincón tan apartado del mundo.

Aunque no era la persona más indicada para hablar: yo mismo había tomado una decisión similar en el pasado.

Al cabo de unos dos kilómetros, las zarzas dieron paso a unos matorrales de roble colorado. Parecían absorber los restos de la luz del día, y aunque sólo era media tarde, tuve que encender los faros. Empecé a preguntarme si no me habría pasado de largo, si no resultaría que había dejado Padbury atrás, cuando al doblar una curva topé de bruces con la entrada del pueblo.

Y volví a salir con la misma rapidez. Más que un pueblo, era una aldea, y tuve que proseguir durante casi otro kilómetro hasta lograr encontrar un sitio lo bastante ancho para dar media vuelta.

Todo aquello ya estaba empezando a darme mala espina. Esperaba encontrar al menos algún pub o una oficina de correos donde alguien supiese decirme dónde vivía Sophie, pero a excepción de unas pocas casas de piedra, sólo había una pequeña iglesia, alejada de la carretera. Aparqué, pero dejé el motor en marcha. Ahora que ya había llegado, me sentía como si estuviera haciendo el ridículo. Cada vez estaba más seguro de que, incluso si lograba encontrar su casa, Sophie pensaría que presentarme ante su puerta así, sin avisar, era una reacción absolutamente exagerada.

Sin embargo, allí estaba. Lanzando un suspiro, me bajé del coche y enfilé el camino hacia la iglesia. Lo flanqueaban antiguas lápidas de piedra, muchas de ellas planas sobre los matorrales de hierba crecida; las inscripciones, erosionadas y prácticamente ilegibles. La puerta de la iglesia era de madera, ennegrecida por el paso de los años y dura como el hierro. También estaba cerrada con llave.

—¿Puedo ayudarle?

El acento era enteramente de Devon, sonaba como algo venido de una época más antigua, más sosegada y placentera. Al volverme, vi a una mujer de pie junto a la verja de la iglesia. Llevaba una chaqueta acolchada y una falda de tweed, y tenía una expresión en el rostro tan alerta como cortés.

—Estoy buscando a una mujer que se llama Sophie Keller. Me parece que vive en la aldea.

La mujer se quedó pensativa y luego sacudió lentamente la cabeza.

—No, no me suena.

—Esto es Padbury, ¿verdad? —pregunté, pensando si no me habría equivocado de lugar.

—Lo es, pero aquí no vive ninguna Sophie Keller. —Se le iluminó el rostro—. Pero sí hay una Sophie Trask. ¿Está seguro de que ése es el nombre correcto?

Era posible que Sophie se lo hubiese cambiado —o que se hubiese casado— desde que la había visto por última vez, pero no me había dicho nada de eso por teléfono. Aun así, valía la pena asegurarse. Convine con ella en que tal vez había cometido un error y le pedí indicaciones para llegar a la casa.

—¡No tiene pérdida! —gritó la mujer a mis espaldas cuando regresaba al coche—. Permanezca atento al horno.

¿El horno? Eso no tenía ningún sentido, pero no tardé en darme cuenta de lo que había querido decir. Seguí la carretera que salía de la aldea, pasé por el punto donde había dado media vuelta antes y vi la figura curva a través de los árboles desnudos, aproximadamente a medio kilómetro de distancia. Era un cono, bajo e invertido, construido con los mismos ladrillos de color oxidado que la casa contigua. Cuando me acerqué vi que parecía a punto de derrumbarse. La estructura desvencijada de un andamio se aferraba a uno de los costados, ya fuese para repararlo o para apuntalarlo.

Detuve el coche en el arcén, delante de la valla del jardín de vegetación salvaje. El ocaso se estaba espesando, pero no había luz en las ventanas. Quienquiera que viviese allí, no parecía estar en casa. Había un cartel a todas luces contemporáneo clavado en uno de los postes de madera: «CERÁMICAS TRASK».

Estuve a punto de irme al ver aquello. Por fuerza debía de tratarse de otra persona. Y pese a todo, Sophie había dicho que vivía en Padbury, y de acuerdo con el mapa sólo había uno en Dartmoor. «Ya que has llegado hasta aquí...»

Un camino empedrado conducía a la casa a través de un jardín de vegetación abundante pero cuidadosamente descuidada, siguiendo los cánones modernos. Había un pequeño huerto en un lado, sus manzanos achaparrados ahora despojados de hojas y de frutos. El horno se erguía al otro lado, orgulloso y ligeramente siniestro. Cuando abrí la puerta, advertí que el aire estaba impregnado de un olor otoñal a leña quemada. Experimenté la vaga sensación de ser un intruso junto con la vergüenza por

el mero hecho de estar allí. De nuevo me dije a mí mismo lo ridículo que era todo aquello, pero también experimenté una incómoda sensación de *déjà vu*. Ya había estado en esa misma situación una vez, cuando había ido a ver cómo estaba alguien para convencerme de que no tenía por qué preocuparme.

Esperaba que la historia no fuera a repetirse.

Las hojas del huerto crujían bajo mis pies mientras caminaba por el sendero. Seguía sin haber señales de vida en la casa: sus ventanas, unos cristales negros. Si había alguien dentro, me limitaría a presentarle mis excusas, y si no... Bueno, lo primero era lo primero. Alargué el brazo para llamar a la puerta.

Y vi la madera recién astillada allí donde alguien había forzado la cerradura.

Fue como si todas mis dudas hubiesen cristalizado en ese segundo. La puerta estaba entreabierta, pero no la empujé. Se me pasó por la cabeza la posibilidad de que fuese la casa de un desconocido, de que pudiese haber una explicación perfectamente inocente para la puerta destrozada, pero la rechacé de plano. Miré alrededor, esperando a medias que alguien asomara a mi espalda, pero allí sólo estaba el camino oscuro y las ramas susurrantes de los árboles.

La puerta crujió cuando la empujé con las puntas de los dedos. Se abrió y reveló un pasillo oscuro.

—¿Hay alguien en casa?

El silencio era apabullante. Si entraba, tal vez me estaba exponiendo a toda clase de problemas, pero no vi que tuviera otra opción. Si llamaba a la policía ¿qué les diría? ¿Que había señales de que alguien había forzado la entrada de una casa que podía pertenecer o no a una conocida mía?

«Si alguien acaba de perder la llave para entrar en su casa, vas a hacer un ridículo espantoso», pensé y me adentré en el pasillo. Todo parecía normal, pero entonces vi un viejo armario de pino al pie de las escaleras, con los cajones abiertos y su contenido desparramado por el suelo. Cerca había un jarrón hecho añicos, los pedazos rotos de cerámica como fragmentos de hueso en el suelo.

—¡Sophie!

Corrí adentro y encendí todas las luces. No hubo respuesta. Sabía que tenía que llamar a la policía, pero si lo hacía, me dirían que esperara fuera hasta que llegara un coche patrulla.

Y entonces podía ser demasiado tarde.

Inspeccioné rápidamente las habitaciones de la planta baja. Alguien las había dejado patas arriba, con todos los cajones revueltos y los armarios vaciados, los sofás y los sillones despojados de cojines. No había rastro de nadie, así que eché a correr escaleras arriba. En ese momento reparé en que había manchas húmedas en la moqueta de la escalera, pero no les di importancia cuando me di cuenta de que sólo era agua. Todas las puertas de la planta de arriba estaban cerradas, excepto la del

cuarto de baño, que estaba ligeramente entornada.

A través de la rendija, distinguí un par de piernas desnudas en el suelo.

Me precipité hacia delante. El cuerpo de una mujer yacía tendido en el suelo detrás de la puerta, bloqueando el paso, de manera que tuve que apretujarme en el hueco para poder pasar. Estaba tumbada de espaldas, con un albornoz de rizo entreabierto. Un brazo le tapaba el rostro, y una maraña de pelo todavía húmedo le cubría una parte aún mayor.

«No hay sangre», fue lo primero que pensé, pero cuando me arrodillé junto a ella vi que tenía un lado de la cara hinchado con un vivido moretón. A pesar de eso y de los ocho años transcurridos desde la última vez que la había visto, reconocí a Sophie Keller.

Me coloqué al lado de la cabellera húmeda y le tomé el pulso del cuello. Tenía la piel fría, pero el pulso era firme. Gracias a Dios. La puse en posición de recuperación, tirando suavemente del albornoz hacia abajo para taparla. No había cobertura, así que corrí a abalanzarme sobre el teléfono que había visto en la cocina. Me temblaba un poco la voz cuando llamé al servicio de emergencias.

Corrí de nuevo escaleras arriba y tapé a Sophie con una colcha del dormitorio. Luego, sentado a su lado en el suelo duro, la tomé de la mano y esperé a que llegara la ambulancia.

XI

Tuve que quedarme a prestar declaración mientras la ambulancia trasladaba a Sophie al hospital. La vi desfilar por el camino frente a la puerta principal, sin encender la sirena todavía, aunque la luz azul brillaba con urgencia, con destellos estroboscópicos que se filtraban a través de las ramas oscuras hasta desaparecer al cabo del camino.

Los primeros paramédicos del servicio de emergencias tardaron casi cuarenta minutos en llegar. Yo no me moví en todo ese tiempo, permanecí agachado en el suelo del baño junto a Sophie, hablando con ella constantemente para asegurarle que la ambulancia venía de camino, que todo saldría bien. Yo no tenía ni idea de si podía oírme siquiera, pero hay distintos grados de conciencia, por lo que si Sophie estaba consciente en algún nivel, siempre había una posibilidad.

Tampoco podía hacer mucho más que eso.

Los paramédicos no supieron darme demasiada información. Sus constantes vitales eran estables, lo cual ya era algo. Sin embargo, era imposible saber la gravedad del traumatismo en la cabeza o si tenía lesiones internas. La policía llegó cuando el personal de la ambulancia la estaba bajando por las escaleras. La oscuridad de la noche rural se vio interrumpida por las luces parpadeantes, que conferían a los árboles desnudos del huerto una tonalidad misteriosa y espectral. Me quedé de pie observando con impotencia cómo se llevaban a Sophie a la ambulancia, respondiendo a las preguntas en tono monocorde que me formulaba una mujer policía. Cuando me preguntó cuál era mi relación con Sophie, vacilé antes de contestar.

—Soy un viejo amigo —dije, sin estar seguro siquiera de si eso era cierto.

Mientras esperaba a la ambulancia, había estado reflexionando sobre lo que iba a decir. Me era imposible saber si aquello estaba relacionado con Jerome Monk o no. La casa revuelta y patas arriba ofrecía todo el aspecto de un robo que había salido mal, sólo que parecía demasiada casualidad. Sophie me había llamado pidiendo ayuda poco después de que Terry Connors se hubiese presentado en mi casa para advertirme de la fuga de Monk. Y quienquiera que la hubiese agredido, lo había hecho antes de darle ocasión de hablar conmigo y explicarme qué quería.

Al final, opté por contárselo todo a la policía, dejando que fueran ellos quienes decidieran si debían actuar en consecuencia. El nombre de Monk pareció despertar el interés de la mujer policía, y sus preguntas también se volvieron más acuciantes. Al final, frustrado de tanto tener que repetir «No lo sé», me rendí a lo inevitable.

—Tiene que llamar al inspector Terry Connors —le dije.

Me repateaba tener que implicarlo en el asunto, pero no tenía mucha elección. Sintiéndome como si yo mismo fuera un criminal, me senté en la parte trasera del coche patrulla con el compañero de la mujer policía mientras ésta realizaba la llamada. Al fin, regresó al coche.

—Está bien, puede marcharse.

No era lo que esperaba.

—¿Es que no quiere hablar conmigo?

—Ya tenemos su declaración. Alguien se pondrá en contacto con usted. —Me dedicó una sonrisa no del todo desagradable—. Espero que su amiga se ponga bien.

También yo lo esperaba.

La ambulancia iba a llevar a Sophie al hospital de Exeter. Mientras me dirigía hacia allí, traté de no pensar en el hecho de que la última vez que había estado en aquella carretera, ocho años antes, había sido para ir a la morgue. El hospital había sufrido importantes reformas desde entonces y ahora ofrecía un aspecto más moderno, pero no tanto como para no reconocerlo. La recepcionista de urgencias era una mujer con sobrepeso y un amplio flequillo de pelo gris. Frunció el ceño mientras miraba la pantalla de su ordenador cuando le di el nombre de Sophie.

—No ha ingresado nadie con ese nombre esta noche —dijo—. ¿Está seguro de que éste es el hospital?

Estaba a punto de contestarle cuando me di cuenta de mi error.

—Lo siento. Pruebe con Sophie Trask.

Me miró con extrañeza, pero tecleó el nombre en el ordenador.

—La ingresaron en cuidados intensivos hace una hora.

Aun cuando uno espera oírla, sigue habiendo algo inquietante en la expresión «cuidados intensivos».

—¿Puede decirme cómo está?

—¿Es usted un miembro de la familia?

—No, sólo un amigo.

—No se nos permite dar esa información a menos que sea usted su pareja o un familiar.

Lancé un suspiro, tratando de contenerme.

—Sólo quiero saber si está bien.

—Lo siento. Tal vez si llama mañana por la mañana...

Frustrado, volví a salir a la calle. El hospital ya era un rectángulo negro a mi espalda cuando regresé al coche, los cuadrados brillantes de sus ventanas engañosamente alegres en la oscuridad. «¿Y ahora qué?». Habría llamado a Terry yo mismo, pero no tenía su número de móvil y dudaba que estuviese en su despacho a esas horas de la noche.

Pero no tenía sentido quedarme. No había preparado ninguna maleta para pasar la noche fuera, y si se producían novedades, me enteraría igual de rápido en casa que estando en cualquier otro lugar. Pese a todo, cuando arranqué el motor del coche y dejé atrás el hospital me sentí como si estuviera huyendo. Me detuve en la primera gasolinera que encontré y compré un sándwich y una bebida con cafeína. El primero

era insípido, y la segunda insoportablemente dulzona, pero no había comido ni bebido nada desde el desayuno y todavía me quedaba un largo trayecto de regreso a Londres.

Fui repasando mentalmente los acontecimientos del día mientras conducía. Había ido a ver a Sophie con la esperanza de encontrar, al menos, respuesta a algunas preguntas. Ahora, en cambio, tenía más preguntas que nunca.

Las carreteras estaban desiertas y conseguí avanzar a buen ritmo al principio, pero luego la lluvia arreció y cuando empezó a diluviar, el agua invadió la carretera y la espesa niebla se desparramó por el parabrisas delantero como si fuera vaselina, a pesar de los furiosos esfuerzos de los limpiaparabrisas. Me vi obligado a reducir la velocidad, escrutando atentamente para vislumbrar la calzada mientras las luces traseras de los coches que me precedían quedaban reducidas a manchas opacas rojas. El aguacero amainó cuando llegué a las afueras de Londres, pero no antes de que una cefalea tensional se me hubiese instalado en las sienes y en las cervicales. Entrecerré los ojos para evitar el resplandor de las farolas y de las tiendas de la calle, acentuado por su reflejo en las aceras relucientes por la lluvia.

Fue un alivio cuando al fin doblé la esquina de mi calle y aparqué en la puerta de casa. Era más de medianoche. No se veían luces en las casas contiguas, lo que significaba que mis vecinos estaban durmiendo o habían salido. Abrí la puerta, me agaché para recoger el surtido habitual de facturas y folletos de propaganda, y, al incorporarme, tuve la repentina sensación de que alguien me estaba observando.

Me volví rápidamente, pero la oscura calle estaba desierta. Advertí que estaba conteniendo la respiración, esperando a que algo quebrara el silencio en cualquier momento, y me obligué a relajarme.

«Estás muy cansado y tienes alucinaciones. No es nada».

Sin embargo, cuando cerré la puerta, estaba enfadado conmigo mismo. Hacía más de un año que habían estado a punto de matarme allí mismo, en mi casa: creía haber superado ya la fase de asustarme hasta de mi propia sombra.

Obviamente, me equivocaba.

Entré en el piso y encendí las luces. Todo parecía muy tranquilo, como siempre. Encendí el televisor y automáticamente elegí un canal de noticias, bajando el volumen hasta dejarlo en un discreto murmullo de fondo.

Ya no estaba cansado. La adrenalina había acabado con la fatiga, y sabía que si me iba a la cama en ese momento, me costaría un mundo conciliar el sueño. Me dirigí al aparador del salón y saqué la botella de bourbon con aquella forma tan peculiar, con el caballo en miniatura y el jinete en lo alto. Estaba casi vacía. Me la había traído de Tennessee a principios de ese año, y había estado reservándola para que me durara más.

Sin embargo, en ese momento sentía que me había ganado una copa. Además, la

necesitaba para lo que estaba a punto de hacer.

Me serví una copa generosa y tomé un buen trago. El bourbon estaba áspero y suave al mismo tiempo, y mientras su quemazón me recorría el cuerpo salí de la sala y abrí la puerta del final del pasillo. Técnicamente, era un tercer dormitorio, pero allí a duras penas habría cabido una cama. Mucha gente tiene un trastero, donde guardan y dejan olvidados los muebles y los objetos antiguos, en lugar de tirarlos. Pero en este caso, la descripción no era literal.

La habitación no estaba llena de trastos, sino de cajas.

Encendí la luz. Las cajas estaban apiladas unas encima de otras, un surtido de cajas sencillas de cartón y otras de documentos que llenaban las estanterías del suelo al techo. Todo el mundo tiene un pasado. Bueno o malo, es lo que nos ayuda a ser lo que somos.

Aquél era el mío.

Después de la muerte de Kara y Alice, intenté huir de mi antigua vida. Dejé de ver a mis amigos y a mis compañeros de trabajo, rompí todos los lazos que me unían a cualquier cosa que tuviese relación con lo que había perdido. Había vendido o regalado la mayoría de mis pertenencias, pero con algunas cosas no había sabido qué hacer, y no habría soportado la idea de desprenderme de otras. Las había guardado en un almacén y hecho todo lo posible por olvidarme de ellas, hasta que me sentí capaz de volver y recoger las piezas rotas de mi antigua existencia. Ahora, lo único que quedaba de ella estaba en aquellas cajas: fotografías, diarios, recuerdos...

Trabajo.

Tomé otro trago y dejé el vaso en un estante. Las cajas no estaban colocadas siguiendo un orden concreto, sino que todo lo personal estaba en las cajas más sencillas y desparejadas, pues lo había arrojado en su interior en una nebulosa que recordaba vagamente. Todavía no estaba listo para mirar en ellas. Los archivos de mis investigaciones y mis casos se encontraban en las cajas de documentos, y éstas al menos estaban etiquetadas.

Para cuando localicé la que quería, estaba cubierto de polvo hasta las cejas y empapado en sudor. Me la llevé al salón, la puse sobre la mesita de café y la abrí. El olor seco a papel viejo salió flotando en el aire. Los archivos estaban en orden alfabético, así que no fue difícil dar con el que contenía mis notas del caso Monk. Había varias carpetas de cartón, unidas con una gruesa goma elástica. La goma había sucumbido al paso de los años, y se desintegró en cuanto la retiré. Las propias carpetas ya despertaban los ecos de la memoria, pues eran de un azul característico y hacían unas aguas en la superficie. Recordé que las había comprado en grandes cantidades para ahorrar dinero.

Tras ahuyentar aquel último pensamiento de mi mente, las dispuse sobre la mesa y abrí la primera. De ella cayó resbalando un montón de viejos disquetes,

meticulosamente etiquetados pero de una inutilidad manifiesta para los ordenadores modernos. Dejando a un lado los obsoletos cuadrados de plástico, saqué el resto del contenido de la carpeta. Había una carpeta transparente que contenía las fotos de la tumba dentro de la tienda azul para el examen forense. Las examiné una a una, los restos salpicados de turba captados de forma descarnada por el flash de la cámara. Cada imagen traía consigo un fogonazo de la memoria, pero podían esperar hasta más tarde.

Me concentré en las notas del caso. La mayoría eran hojas impresas, pero mezcladas entre ellas había páginas que había escrito en bolígrafo. Si bien era evidente que aquella letra era la mía, parecía sutilmente distinta. Todo cambia con el tiempo, incluso la caligrafía.

Ni siquiera estaba seguro de que la persona que había escrito aquello todavía existiese.

Una de las hojas de papel estaba emborronada con una mancha oscura. Sólo eran unas notas preliminares, garabateadas a toda prisa, y ya me disponía a apartarla a un lado cuando me di cuenta.

«Kara limpiando el yogur que Alice tiró sobre los papeles. "Lo siento, papá"».

Me sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el corazón.

De pronto, fue como si no hubiese aire en la habitación. Arrojé la hoja manchada sobre la mesa y me precipité hacia el pasillo. El aire frío y refrescante después de la lluvia me acogió en sus brazos cuando abrí la puerta principal. Lo engullí con desesperación, sin importarme ya quién podía estar allí fuera. La calle mojada relucía bajo la luz de las farolas. La noche amparaba el silencio que sigue a la tormenta, acentuado por el goteo y la corriente de agua en las alcantarillas y el lejano rumor del tráfico. Poco a poco, fui recuperando cierta calma. El torbellino emocional volvía a estar a buen recaudo, guardado en el cajón del corazón que reservaba para él, donde permanecería agazapado, esperando.

Hasta la próxima vez.

Cerré la puerta y volví a la sala. La caja con los documentos y los papeles estaba encima de la mesa, donde la había dejado. Cogí la página con el lamparón oscuro y volví a meterla con cuidado en la carpeta.

A continuación, tras tomar un buen trago de bourbon, me senté y empecé a leer.

XII

A la mañana siguiente, cuando oí el ruido del timbre, supuse que no serían buenas noticias. Eran más de las tres de la madrugada cuando me acosté al fin en la cama, tras haber examinado minuciosamente mis viejas notas sobre la investigación de Monk hasta que me picaron los ojos. Estaba seguro de que había pasado algo por alto, que había algún fragmento vital de información escondido entre las páginas reseca. Sin embargo, no habían revelado nada que no hubiera sabido ya. Las heridas de Tina Williams eran terribles, pero en ningún caso fuera de lo común. Había visto casos peores desde entonces, e incluso había trabajado en una investigación sobre un asesino en serie —un caso todavía sin resolver—, que guardaba escalofriantes similitudes. Era deprimente darse cuenta de que había otros asesinos como Monk que aún andaban sueltos por ahí, a la espera de ser descubiertos.

Al final, lo único que conseguí después de tanto esfuerzo fue otro dolor de cabeza y la sensación de que ocho años eran una eternidad y un suspiro a la vez.

Había llamado al hospital a primera hora para ver cómo estaba Sophie, pero sólo me habían dicho que no podían darme ninguna información. Había dejado mi número de todos modos, y luego había estado tratando de decidir qué hacer a continuación. Aunque no por mucho tiempo. Cualesquiera que fuesen las respuestas que necesitaba, no iba a encontrarlas en Londres. Llamé a la universidad para comunicarles que iba a tomarme unos días libres. Me debían días de vacaciones y Erica, la secretaria del departamento, llevaba semanas diciéndome que necesitaba un descanso. Aunque probablemente no era lo que ella tenía en mente.

No sabía cuánto tiempo estaría fuera, así que metí en la bolsa ropa suficiente para ir tirando varios días. Casi había terminado cuando el timbre de la puerta resonó en todo el piso. Me quedé quieto, con un nudo de tensión en el estómago.

Sabía quién era.

Terry tenía aspecto de no haber pegado ojo, y probablemente así era, dado el tiempo que habría tardado en llegar en coche hasta allí. Tenía la cara pálida e hinchada, la mandíbula ensombrecida por la barba de tres días, y ni siquiera la menta del chicle que llevaba en la boca podía disimular el olor a alcohol en su aliento.

—Se está convirtiendo en una costumbre, ¿verdad que sí? —dijo.

Me aparté de mala gana para dejarle entrar.

—¿Alguna noticia sobre Sophie?

—No. Sin novedad.

—Entonces ¿qué haces aquí? Hay un buen trecho desde Dartmoor.

—No seas tan engreído. No he venido hasta aquí sólo para verte. Tengo que hablar con otras personas en Londres.

Entró en la sala de estar sin ser invitado. Mis notas de la investigación de Monk

estaban todavía en la mesa de café, esperando a que las guardara. Terry se acercó y cogió la hoja que encabezaba la pila.

—¿Es que has estado haciendo los deberes?

—Sólo repasando algunas notas. —Se la quité, la guardé en la carpeta y la cerré—. Y dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿No hay café esta vez?

—Estaba a punto de irme.

Eché un vistazo a la bolsa de viaje.

—Ya lo veo. ¿A algún sitio bonito?

—Dime qué es lo que quieres, Terry.

—Quiero que me digas lo que pasó ayer, para empezar.

Eso ya se lo había explicado a la policía varias veces la noche anterior, pero sabía que era inútil discutir. Volví a explicárselo a él, desde la llamada de Sophie al momento en que la había encontrado inconsciente en el suelo del baño. Cuando terminé, Terry siguió mirándome fijamente, sin hablar. Era el viejo truco del policía experimentado, pero yo ya lo había visto demasiadas veces para caer en la trampa. Volví a mirarlo y esperé.

—Creía que habías dicho que no habías mantenido el contacto con Sophie Keller —comentó al fin.

—No lo había mantenido.

—¿Esperas que me crea que te llamó, así, de repente? ¿Después de ocho años?

—Eso es. —Me miró sin inmutarse, machacando rítmicamente el chicle con la mandíbula. Lancé un resoplido, molesto—. Oye, no tengo ni idea de qué problema tenía ni por qué me llamó. Ojalá pudiera decirte algo más, pero no puedo. ¿Has hablado con alguno de los habitantes del pueblo? ¿Con sus amigos, con alguien que pueda saber por qué la agredieron?

—¿Estás tratando de decirme cómo llevar una investigación?

Traté de dominar los nervios.

—No, pero parece una coincidencia que ocurriera tan poco tiempo después de la fuga de Jerome Monk. No quiero decir que fuera él quien la atacó, pero debe de haber alguna conexión.

Terry había dejado de masticar.

—¿Qué te hace estar tan seguro de que no ha sido él?

—¿Por qué habría de tener algo en contra de Sophie? Ella fue la única persona que trató de ayudarlo. ¿Y cómo iba a saber dónde encontrarla?

—¿Es que te crees que no puedes averiguar esa clase de cosas en la cárcel? Madura de una vez. Y si estás buscando una razón, seguramente ella fue la última mujer que vieron sus ojos. Ha pasado años enteros tumbado en la celda, pensando en lo que le gustaría hacer con ella.

Sus palabras invitaban a hacer una pregunta que no había querido formular, pero Terry lo había sacado a la luz.

—¿La han violado?

—No.

La mirada de Terry era glacial.

Tenía que dar gracias por eso, al menos.

—Entonces no parece obra de Monk, ¿no crees? Y no suele dejar a sus víctimas con vida.

—Puede que alguien lo haya interrumpido o asustado.

—¿A Monk? —Era algo tan descabellado que por poco me echo a reír—. ¿Quién?

—Muy bien, puesto que no crees que haya sido él, refréscame la memoria y dime qué hacías tú en casa de Sophie.

—Ya te lo he dicho.

—Ah, es verdad... Alguien a quien no has visto desde hace años te llama para pedirte ayuda, así que te metes en el coche y conduces más de trescientos kilómetros... ¡para ir a almorzar! Y cuando ella no se presenta, te pones a investigar dónde vive, te plantas en su casa y la encuentras inconsciente.

—Eso es justo lo que pasó.

—Eso es lo que tú dices, pero probemos esta otra teoría: vas a su casa y entras por la fuerza. Ella está desnuda debajo del albornoz y tú te dejas arrastrar por las bajas pasiones. ¡Pam! Luego te entra el pánico y llamas a la policía como si la acabases de encontrar.

Lo miré fijamente, horrorizado.

—¡Eso es absurdo!

—¿De veras? Los dos parecíais haberos hecho íntimos durante la búsqueda. Siempre me he preguntado si no habría algo entre vosotros.

Me percaté de que tenía los puños apretados con fuerza. Los abrí, poniendo todo mi empeño en no perder la calma, sabiendo que era eso precisamente lo que él quería.

—No todo el mundo es como tú, Terry.

Él se echó a reír.

—Conque ésas tenemos, ¿no? Me preguntaba cuánto tiempo ibas a tardar en restregármelo por la cara.

—Si no me crees, pregúntale a Sophie. Ella te dirá lo mismo cuando se despierte.

—Si es que se despierta. —Eso me frenó en seco. Terry asintió con la cabeza—. Una lesión en la cabeza como ésa... no hay forma de saberlo. Lo que te coloca en una situación incómoda, ¿no es así?

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Terry sacó una tarjeta de su billetera y la arrojó sobre la mesa del café.

—Si pasa cualquier cosa, llámame. Ahí tienes mi número de móvil. No te molestes en llamarme al fijo de la oficina, nunca estoy allí. —Se dirigió el pasillo y se detuvo, con gesto hostil—. No creas que eres distinto de mí, Hunter. No eres mejor que los demás.

Cerró la puerta con fuerza suficiente para estremecer las paredes. Yo no me moví durante un rato, luego me acerqué a la silla más próxima y me senté. Estaba atónito, tanto por su hostilidad como por su acusación. No nos llevábamos bien, eso no era ningún secreto, pero de ahí a que pudiera creer seriamente que yo era capaz de hacer algo así... ¿De verdad me creía capaz de agredir a Sophie de esa manera?

Por lo visto, sí.

La ira empezó a apoderarse de mí de nuevo. Fui a terminar de empaquetar mis cosas. No iba a servirme de nada amargarme, ni tampoco quedarme allí de brazos cruzados.

Estuve a punto de tirar a la basura la tarjeta de Terry, pero en el último momento me la metí en la cartera. Entonces activé la alarma del piso, puse la bolsa en el maletero del coche y me fui. Si no pillaba un atasco, podía estar en Exeter a media tarde.

Si iba a empezar a hurgar en el pasado, un arqueólogo era un candidato tan bueno como cualquier otro para empezar.

No había vuelto a pensar en Leonard Wainwright desde hacía años. Me habría quedado tan contento si eso hubiese seguido siendo así, pero me parecía sensato hablar con él, al menos. Ahora que Monk había vuelto a asomar su fea cabeza, no estaría de más ver si podía añadir alguna información a lo poco que yo ya sabía.

El tiempo había ido empeorando conforme me aproximaba a Exeter, y para cuando llegué, llovía a cántaros. Me registré en un hotel anónimo no muy lejos del hospital. Era una de esas cadenas anodinas que surgen en la mayoría de los centros de la ciudad o en los pueblos, con hilo musical en los ascensores y cartas de plástico que ofrecen alimentos precocinados. Sin embargo, era barato y estaba bien ubicado, y además de las vistas a un aparcamiento, mi habitación disponía de conexión Wi-Fi gratuita. Saqué el portátil, pedí un sándwich y me puse a trabajar.

Encontrar a Wainwright resultó más difícil de lo que esperaba. No tenía su dirección ni su número de teléfono, y Terry había dicho que se había jubilado. Probé con su antiguo departamento en Cambridge de todos modos, con la esperanza de que alguien pudiera ayudarme. La recepcionista no tardó en sacarme de mi error.

—No podemos revelar datos personales —me espetó con irritación.

Pasé media hora de infructuosa búsqueda en internet antes de que se me ocurriera probar lo más obvio. Años antes, Wainwright había dicho que vivía en Torbay. No había ninguna garantía de que siguiera allí, o de que su dirección figurara en el listín,

pero escribí su nombre en un directorio telefónico en línea y allí estaba: Wainwright, Prof. L. En la entrada aparecía tanto el número de teléfono como la dirección.

«Menudo genio estás hecho», me dije con tristeza, masajeándome el cuello rígido. El teléfono estuvo sonando durante largo rato antes de que alguien contestara.

—Residencia de los Wainwright, ¿dígame?

Era una voz de mujer, entrecortada y eficiente.

—¿Podría hablar con Leonard Wainwright, por favor?

Hubo una pausa.

—¿Quién llama?

—Mi nombre es David Hunter. Trabajé con el profesor Wainwright hace varios años —añadí, sin saber si se acordaría de mí.

La pausa no fue tan larga esta vez.

—No reconozco su nombre. ¿Le conoce de Cambridge?

—No, trabajamos... —Busqué la frase adecuada, pero me rendí—. Trabajaba en una investigación policial. Estoy en esta zona y pensé...

No me dio ocasión a terminar.

—Oh, entiendo. Me temo que Leonard no está disponible, pero soy su esposa. ¿Está por aquí, por la zona, dice usted?

—Sí, pero...

—Entonces ¡tiene que venir a visitarnos! Estoy seguro de que a Leonard le encantaría ver a un viejo colega.

Yo tenía mis dudas de que así fuera.

—Tal vez debería llamar más tarde...

—¡Ni hablar! ¿Está libre para almorzar mañana? Por lo general, comemos algo ligero hacia la una. A menos que tenga otra cita, por supuesto.

¿Almorzar? Eso era lo último que me esperaba.

—Si está segura de que no es molestia...

—No es ninguna molestia, en absoluto. ¡Estupendo! Leonard se pondrá muy contento.

Colgué, perplejo por la invitación y preguntándome qué habría querido decir exactamente con lo de que no estaba «disponible». La posibilidad de almorzar con el arqueólogo y su esposa no era algo que me suscitase demasiado entusiasmo, y dudaba que Wainwright fuese a agradecerse a su esposa. Sin embargo, ya había aceptado. Eso me dejaba el resto de la tarde libre. Estaba preguntándome qué podía hacer cuando sonó el teléfono. Llamaban del hospital.

Sophie estaba consciente.

XIII

Sufrir un traumatismo craneal no es lo mismo que romperse un brazo. Su carácter impredecible dificulta la labor de realizar cualquier tipo de pronóstico, pero en general, cuanto más tiempo permanece inconsciente la víctima, más posibilidades hay de que las lesiones sean graves.

Sophie había tenido suerte. Aunque el golpe en la cabeza le había producido una conmoción cerebral grave, el cráneo no estaba fracturado y las exploraciones no habían revelado ningún indicio de complicaciones, como las hemorragias craneales que podían desarrollarse sin ser detectadas hasta dejar incapacitada a la víctima o provocarle la muerte días después de la lesión.

Sophie había despertado la noche anterior, unas horas después de que me fuera del hospital. Al principio estaba muy aturdida, perdiendo y recuperando la conciencia, pero el hecho en sí de que hubiese despertado suponía una muy buena noticia. Había sido ella quien había insistido para que me llamaran. Ahora estaba sentada en la cama en camisón, con varios almohadones colocados desordenadamente a la espalda. Llevaba la cabellera rojiza recogida con una cinta, de modo que la lesión del rostro era claramente visible. Puede que no hubiese sufrido una fractura en el cráneo, pero era evidente que sí se había fracturado el pómulo. A pesar de que la hinchazón había comenzado a remitir, los moretones se extendían desde la sien hasta la mandíbula en un asombroso caleidoscopio de colores.

—Te agradezco que hayas venido —dijo cuando me senté. Se tocó con aire distraído el brazalete de identificación que llevaba en la muñeca—. No estoy segura de si debo darte las gracias o pedirte disculpas.

—Ninguna de las dos cosas son necesarias.

—Por supuesto que sí. Yo te he causado todas estas molestias, y si no me hubieras encontrado...

—Pero lo hice. Y no me has causado ninguna molestia.

Me lanzó una mirada irónica.

—Sí, ya.

Sonreí, sintiéndome aliviado porque se encontrase bien. Sobre todo después de la visita de Terry. La lluvia tamborileaba contra la ventana, que reflejaba una imagen cruda e invertida del pabellón del hospital bajo las luces fluorescentes. Sophie ocupaba una cama en la esquina, y la que tenía al lado estaba vacía, lo que nos permitía hablar sin temor a que nos oyeran.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté.

Sophie esbozó una sonrisa débil.

—Aparte de como si tuviera la peor resaca del mundo, supongo que estoy igual que mi aspecto.

Teniendo en cuenta por lo que había pasado, su aspecto físico era más que aceptable. Ocho años apenas habían hecho mella en ella. No tenía una sola arruga en la cara, y aparte de los hematomas, no parecía muy cambiada desde la última vez que la vi. Aunque también era cierto que Sophie tenía la clase de estructura ósea que siempre la ayudaría a envejecer bien.

Se miró las manos.

—Supongo que me siento más avergonzada que otra cosa. Y confundida. No sé qué es peor, el hecho de que alguien entrara en mi casa y me hiciera esto, o que no pueda recordar nada al respecto.

La pérdida de la memoria a corto plazo es bastante común después de sufrir un traumatismo craneoencefálico, pero eso no lo hacía menos preocupante.

—¿No te acuerdas de nada en absoluto? ¿No recuerdas para nada al agresor?

—Ni siquiera recuerdo que alguien me agrediera. —Sophie tiró distraídamente del brazalete de plástico—. Me siento realmente estúpida, pero es como le dije a la policía: acababa de ducharme, oí un ruido abajo y... y eso es todo. Que yo sepa, podría haber resbalado y haberme golpeado la cabeza, simplemente.

Una posibilidad más creíble de no ser por la puerta delantera forzada y las habitaciones revueltas. Lo que le había pasado no era ningún accidente.

—Puede que recuperes la memoria dentro de unos días.

—No sé si quiero recuperarla. —Se la veía muy vulnerable vestida con aquel camisón de hospital, no se parecía en nada a la Sophie que yo recordaba—. La policía dice que no... que no fue una agresión sexual, pero es horrible pensar que alguien entró en mi casa y que no puedo recordarlo siquiera.

—¿Tienes alguna idea de quién pudo haber sido? ¿Alguien que te guarde rencor por algo?

—No, ni idea. Ahora mismo no estoy saliendo con nadie, ni he tenido ninguna relación desde... bueno, desde hace suficiente tiempo. La policía tiene la teoría de que probablemente se trate de un ladrón que pensaba que no había nadie en la casa y le entró el pánico cuando se dio cuenta de que estaba en la ducha.

Eso era nuevo para mí.

—¿Has hablado con Terry Connors?

El nombre pareció sorprenderla.

—No. ¿Por qué?

—Vino a verme. —Dudé antes de decírselo, pero tenía derecho a saberlo—. Al parecer cree que fue Jerome Monk quien te atacó.

—¿Monk? ¡Eso es ridículo! —Frunció el ceño, mirándome—. Hay algo más, ¿verdad?

—Me dijo que yo también era sospechoso. Fui yo quien te encontré y, como no recuerdas nada...

—¿Tú? —Abrió los ojos desmesuradamente y desvió la mirada al instante. Sentí como se me formaba un nudo en el estómago, preguntándome si ella misma lo creería, pero cuando volvió a hablar, la ira en su tono de voz disipó todas mis dudas—. Dios... Muy típico de él... ¡Eso es una estupidez!

—Me alegro de que pienses eso. ¿Estás bien? —le pregunté tras advertir lo pálida que se había puesto de repente.

—Un poco mareada... Oye, sé que te debo una explicación, pero ¿puede esperar? No tengo ganas de hablar de eso ahora. Yo... sólo quiero irme a casa.

—Claro. No te preocupes por eso.

—Gracias. —Esbozó otra sonrisa débil, que se desvaneció rápidamente—. Creo...

Buscó a tientas la bandejita en forma de riñón del armario al lado de la cama. La alcancé antes que ella y se la di.

—¿Quieres que llame a una enfermera?

—No, es sólo que sigo sintiendo náuseas. Dicen que se me pasará. —Apoyó la cabeza en la almohada y cerró los ojos—. Lo siento, creo que necesito dormir...

La bandeja se le fue resbalando de los dedos conforme se le apagaba la voz. Me levanté con cuidado de no arañar el suelo con la silla, para no hacer ningún ruido. Devolví la bandeja de las medicinas al armario y me volví para salir.

—¿David? —Sophie no se había movido, pero tenía los ojos clavados en mí—. ¿Vas a volver?

—Por supuesto.

Asintió levemente con la cabeza, satisfecha. Ya se le empezaban a cerrar los párpados de nuevo, y cuando habló, arrastraba las palabras en un susurro casi inaudible.

—Yo no pretendía...

—¿No pretendías qué? —le pregunté, sin estar seguro de haber oído bien.

Pero ella ya estaba dormida. Vi el movimiento regular de su pecho al respirar, y salí en silencio de la habitación.

Mientras echaba a andar por el pasillo, pensé en lo que Sophie había dicho.

Y en lo que se había callado.

Me pregunté qué estaba ocultando.

A la mañana siguiente, las nubes y la lluvia habían desaparecido, cediendo el protagonismo a un cielo azul despejado y un sol brillante. Había pasado la noche anterior repasando los acontecimientos mientras comía una cena solitaria en un restaurante italiano medio vacío. A pesar de que me sentía aliviado en lo que a Sophie respectaba, me había ido a la cama con una extraña sensación de inquietud, convencido de que estaba pasando algo por alto.

Sin embargo, las horas de sueño me habían levantado el ánimo y el luminoso día de otoño hacía que me sintiera casi optimista cuando abandoné el hotel y me dirigí a mi cita para almorzar con Wainwright. En realidad, ya no tenía ninguna necesidad de verlo ahora que Sophie había recuperado la consciencia, pero después de haber aceptado la invitación de su esposa, era demasiado tarde para anularla.

No importaban las ganas que tuviese de querer hacerlo.

El arqueólogo vivía cerca de Sharkham Point, un promontorio en el extremo sur de Torbay. Quedaba a menos de una hora de trayecto en coche, así que elegí una ruta más larga que recorría una mayor parte de la costa. Había unos acantilados imponentes, al otro lado de los cuales se veía el reflejo del sol en el mar embravecido. A pesar del frío, conduje con la ventanilla bajada, disfrutando del frescor de la brisa. Era una parte del país que no conocía demasiado bien, pero me gustaba. A pesar de que sólo estaba a unos treinta kilómetros de Dartmoor, parecía otro mundo, más brillante y menos opresivo. No me extrañaba que Wainwright viviera allí.

No me costó ningún trabajo encontrar la casa, pues no había muchas más por aquella zona. Estaba apartada de la carretera, detrás de una hilera de tilos altos y desnudos, una casa de los años veinte con la fachada rústica revestida de guijarros y atravesada por vigas negras. Un largo camino de gravilla rodeado de tilos en uno de los lados y al otro, una extensa parcela de césped.

Había un Toyota azul brillante aparcado frente al garaje doble. Estacioné junto a él y subí los escalones de la puerta principal. Pulsé el viejo timbre de bronce de la pared y oí el lejano carillón procedente de las entrañas de la casa. «Allá vamos», me dije. Erguí los hombros mientras oía el eco de unos pasos briosos resonando en el interior.

La mujer que abrió la puerta encajaba perfectamente con la voz que había oído por teléfono, y no era otra que la esposa de Wainwright. Tenía menos aspecto de matrona, tal vez, y llevaba un jersey suave de escote redondo con una falda de lana en lugar del conjunto de suéter y chaqueta de punto con el collar de perlas que había imaginado. Sin embargo, el pelo gris perfectamente peinado y el maquillaje bien cuidado eran tal como yo esperaba, al igual que el brillo acerado de sus ojos.

Pese a todo, ahora los había arrugado en señal de bienvenida, y su sonrisa era sorprendentemente cálida.

—Usted debe de ser David Hunter, ¿verdad?

—Así es.

—Yo soy Jean Wainwright. Me alegro mucho de que haya venido a vernos. Aquí vivimos un poco apartados del mundo, pero eso es lo que nos gusta. —Se hizo a un lado, sin dejar de sonreír—. Pase, por favor.

Entré en la casa. El recibidor contaba con un precioso suelo de parqué y paredes con revestimiento de madera. Un gigantesco jarrón de crisantemos blancos ocupaba

la superficie de una consola de época de madera de caoba, y la intensa fragancia de las flores competía con el perfume de la mujer y sus polvos para la cara. Sus tacones bajos resonaban con un ritmo entrecortado mientras me guiaba por el pasillo.

—Leonard está en el estudio. Tiene muchas ganas de verle.

Eso era tan poco probable que de pronto sentí que había cometido un error. ¿Y si al final resultaba que era algún otro Leonard Wainwright? «Ahora ya es demasiado tarde». Su esposa abrió una puerta al final del pasillo y me invitó a pasar.

Después del oscuro pasillo revestido con paneles de madera, la habitación era de una luminosidad deslumbrante. La luz del sol entraba a raudales a través del enorme ventanal que ocupaba casi toda la estancia. Las librerías cubrían las paredes, y un elegante escritorio con cubierta de cuero se situaba en un lateral, vacío salvo por otro jarrón de crisantemos.

Su aroma inundaba la habitación, pero era la vista lo que acaparaba la atención. El ventanal daba a una extensión de césped que alcanzaba hasta el borde del acantilado, más allá del cual sólo había océano. Se extendía hasta el horizonte, por lo que el efecto era casi como estar de pie en la proa de un barco. Era un espectáculo tan impresionante que tardé en percatarme de cualquier otra cosa. Entonces habló la mujer de Wainwright.

—Leonard, David Hunter está aquí. Es un viejo colega tuyo. Te acuerdas de él, ¿verdad?

La mujer se había situado junto a un sillón orejero de cuero. Yo no me había dado cuenta de que hubiese alguien sentado allí. Me hallaba de frente a las vistas del ventanal, y esperé a que Wainwright se levantara. Cuando no lo hizo, me adentré en la habitación hasta ver al otro lado de las orejas del sillón.

No lo habría reconocido.

El gigante que yo recordaba ya no existía. Wainwright estaba encorvado en el sillón, con la mirada perdida en el horizonte del mar. Parecía haberse encogido físicamente, la carne y la masa muscular consumiéndose a ojos vista. Los rasgos patricios apenas eran reconocibles, las mejillas aplastadas y los ojos hundidos en las órbitas, y la antigua mata espesa de pelo apenas era ahora un puñado de briznas finas y grises.

La mujer de Wainwright se había vuelto hacia mí con gesto expectante. La sonrisa radiante de su rostro parecía tan frágil y transparente como el propio ventanal. Me había detenido en seco, estupefacto, pero meforcé a esbozar mi propia sonrisa y seguí andando hacia delante.

—Hola, Leonard.

Era la primera vez que lo llamaba por su nombre de pila, pero cualquier otra cosa habría parecido una reacción extraña. No me molesté en tenderle la mano, pues sabía que no tendría sentido.

—El doctor Hunter ha venido a almorzar, querido —dijo su esposa—. ¿A que es estupendo? Así los dos podréis hablar de los viejos tiempos.

Como percatándose al fin de mi presencia, la enorme cabeza se volvió pesadamente en mi dirección. Los ojos empañados me miraron. La boca de Wainwright se puso en movimiento y, por un segundo, pensé que iba a hablar. Entonces, el momento pasó, y se volvió para mirar de nuevo hacia el mar otra vez.

—¿Puedo ofrecerle una taza de té, doctor Hunter? —dijo Jean Wainwright—. El almuerzo estará listo dentro de veinte minutos.

Tenía la sonrisa paralizada en la boca.

—Un té estaría muy bien. ¿Me permite que la ayude?

—Es muy amable, gracias. No tardaremos mucho, Leonard —añadió, acariciando la mano de su marido.

No hubo respuesta. Con una última mirada a la figura de la silla, la seguí de nuevo al pasillo.

—Lo siento, debería haberle advertido —se disculpó, cerrando la puerta—. Supuse cuando llamó que ya estaba al tanto de la enfermedad de Leonard.

—No, no tenía ni idea —contesté—. ¿Qué le ocurre? ¿Es alzhéimer?

—Al parecer no están del todo seguros. Nunca habría creído que existiesen tantos tipos de demencia, pero claro, hasta que no le toca a uno... La de Leonard se ha desarrollado muy rápidamente, para como son estas cosas. Los dos últimos años han sido... muy duros.

Podía imaginármelo.

—Lo siento.

—Oh, son cosas que pasan. —Hablaba con una naturalidad pasmosa—. Pensé que tal vez ver una cara familiar podría ayudarlo. Nuestras hijas no viven cerca, y no recibimos muchas visitas. Normalmente está mejor por la mañana, por eso le sugerí que viniera para el almuerzo. Leonard suele quedarse traspuesto después de eso. También lo llaman «síndrome vespertino». ¿Está familiarizado con la terminología de la enfermedad?

Le dije que sí. Cuando trabajaba como médico de cabecera había visto como algunos pacientes con demencia estaban más confusos o agitados a medida que avanzaba el día. Nadie conocía a ciencia cierta el motivo.

—Siempre pienso que es una expresión muy bonita para algo tan cruel —continuó su esposa—. Me recuerda a cócteles en un atardecer de verano.

De repente me sentí como un estafador.

—Señora Wainwright...

—Por favor, llámeme Jean.

—Jean. —Respiré hondo—. Su marido y yo... Bueno, para ser sincero, no estoy seguro de si se alegrará realmente de verme.

La mujer sonrió.

—Sí, Leonard a veces podía ponerse un poquitín insoportable, pero estoy segura de que se alegrará de tener compañía. Sobre todo teniendo en cuenta que viene usted desde tan lejos.

—El caso es que no se trataba de una visita de cortesía. Tenía la esperanza de hablar con él sobre la investigación en la que trabajamos juntos.

—Entonces, hágalo, por favor. A veces puede estar muy lúcido, sobre todo en lo que respecta a cosas que sucedieron en el pasado. —Volvió a abrir la puerta del gabinete antes de que pudiera protestar—. Ahora los dos podrán hablar mientras preparo el almuerzo.

Imposible negarme. Esbocé una sonrisa débil y volví a entrar. La puerta se cerró a mi espalda, dejándome a solas con Wainwright. Dios... El cambio en aquel hombre era muy impactante. No pude evitar pensar en el modo en que había presentado mis conclusiones iniciales en la tumba de Tina Williams, como si fueran suyas. Aquel día creí que se debía a una rivalidad descarada, pero ahora no estaba tan seguro. Tal vez ya había percibido cómo las primeras grietas le iban resquebrajando el cerebro y sólo trataba de disimularlas.

No dio señales de haberse percatado de mi presencia. Seguía sentado en el sillón, contemplando el mar a través del ventanal. Me pregunté si sabría siquiera lo que veían sus ojos.

«Ahora estás aquí. Aprovecha el momento». Desplacé la silla del escritorio hasta verlo con claridad y me senté, tratando de pensar en algo que decir. El objetivo de mi visita había desaparecido junto con la mente deteriorada de Wainwright, pero no podía limitarme a quedarme allí sentado. No habíamos congeniado, en absoluto, pero no le habría deseado aquel mal a nadie.

—Hola de nuevo, Leonard. Soy David Hunter. Trabajamos juntos una vez, en Dartmoor.

No hubo respuesta. Proseguí de todos modos.

—Fue en el caso de Jerome Monk. El inspector jefe Simms estaba a cargo de la investigación. ¿Se acuerda?

Nada. Wainwright seguía con la mirada fija en el mar, sin que sus facciones ajadas ofreciesen ninguna pista de si me había oído o no. Suspiré, mirando a mi vez por el ventanal. La vista era espectacular. Las gaviotas volaban en círculos en el frío cielo azul, apenas unas salpicaduras sobre el azul verdoso del movimiento de las olas. Hiciera el tiempo que hiciese, pasara lo que pasase, ellas siempre estarían allí. El deterioro del arqueólogo era sin duda un hecho lamentable, pero había lugares peores donde pasar los últimos años de vida.

—Te conozco.

Me miró con sorpresa. La enorme cabeza se había vuelto hacia mí y ahora

Wainwright tenía los ojos fijos en los míos.

—Sí, sí —le dije—. Soy David Hunter.

—*Calliph...* *Calli...* larvas.

La voz conservaba el mismo tono grave que yo recordaba, aunque ahora era más ronca, como si apenas la utilizase.

—Larvas —repetí.

—Pudre...

Tuve que sonreír. Supuse que con esa palabra podía referirse a la putrefacción del hábitat de las larvas de la moscarda, pero lo dudaba. Con demencia o sin ella, algunas cosas no habían cambiado.

En ese momento empezó a mirar a todas partes con nerviosismo, como si algo dentro de él hubiese empezado a despertarse. Arrugó la amplia frente, como haciendo un gran esfuerzo de concentración.

—Atropello...

Me limité a asentir, pues no tenía ni idea de lo que quería decir. Era evidente que su mente había empezado a desvariar. Me miró y golpeó con la mano el brazo del sillón.

—¡No! ¡Escucha!

Había empezado a tratar de levantarse débilmente de la silla. Corrí junto a él.

—Está bien, Leonard, cálmese.

Luchaba por conseguir ponerse en pie con unos brazos delgados como palillos, y percibí un olor agrio a excrementos procedente de él, pero seguía sujetándome con mucha fuerza de la muñeca.

—¡Atropello! —exclamó con voz sibilante, salpicándome la cara de saliva—. ¡Atropello!

La puerta del gabinete se abrió de golpe y su esposa entró apresuradamente.

—Vamos, Leonard, tengamos la fiesta en paz.

—¡Maldita mujer!

—Vamos, Leonard, pórtate bien. —Volvió a sentarlo en el sillón, delicadamente pero con firmeza—. ¿Qué ha pasado? ¿Le ha dicho algo que haya podido molestarlo?

—No, sólo estaba...

—Bueno, pues debe de haberle ocurrido algo. Normalmente, nunca se pone tan nervioso. —La mujer me miró, acariciándole el cabello a su esposo mientras éste se iba tranquilizando. Seguía mostrándose igual de cortés que antes, pero la expresión glacial en su mirada era inconfundible—. Lo siento, doctor Hunter, pero creo que será mejor que se marche.

Dudé, pero no había nada que pudiese hacer. Los dejé a ambos en el estudio, me dirigí solo a la puerta y regresé al coche. Todavía era un día brillante y soleado, pero el olor empalagoso y dulzón de los crisantemos me persiguió mientras enfilaba hacia

la carretera y me alejaba de la casa.

XIV

No me entretuve demasiado admirando el paisaje de la costa mientras conducía de regreso a Exeter. Le había prometido a Sophie que volvería a visitarla al hospital y esperaba que eso me hiciese olvidar mi desastrosa visita a Wainwright. Ver al arqueólogo en aquel estado degenerativo había supuesto un *shock* para mí. Parecía haberme reconocido, y aunque no era mi intención disgustarlo, quizá eso había bastado para ponerlo en aquel estado de nervios. Hacía años que había hecho el juramento hipocrático de no hacer daño a nadie.

Ese día no había hecho un gran trabajo como médico, precisamente.

Tardé casi tanto tiempo en encontrar una plaza libre donde aparcar en el hospital como el que había tardado para llegar desde Torbay. Cuando llegué al pabellón de Sophie, vi que habían corrido las cortinas que separaban su cama. Me detuve, pensando que tal vez había un médico con ella, hasta que oí el susurro de unas voces que hablaban en voz baja, aunque muy enfadadas.

—¿Hola? —dije vacilante.

Las voces se callaron. Hubo una pausa y luego alguien abrió la cortina.

La joven era una versión sutilmente alterada de Sophie. Tenía el mismo color de pelo, la misma forma de la cara y los mismos ojos, pero aunque sus rasgos procedían sin duda del mismo molde, los de aquella mujer eran más afilados y más redondos que los de Sophie. En esos momentos me miraba con una clara expresión de fastidio.

—¿Sí?

—He venido a ver a Sophie —expliqué—. Me llamo...

—¡David! —exclamó la voz de Sophie—. No pasa nada, Maria.

La boca de la mujer se tensó, pero se hizo a un lado para dejarme pasar. Sophie estaba sentada en la cama, con una bolsa de viaje de cuero abierta a su lado. Iba vestida con un suéter y pantalones vaqueros que, por algún motivo, no acababan de sentarle bien, aunque no habría sabido decir por qué. Todavía tenía aspecto cansado, y el hematoma del lado izquierdo del rostro era aún más vivido que antes, pero aparte de eso, saltaba a la vista que estaba mucho mejor que la última vez que la había visto.

Me obsequió con una sonrisa que dejaba traslucir alivio más que cualquier otra cosa.

—Gracias por venir. David, te presento a mi hermana, Maria.

Ahora que las veía juntas, las diferencias eran más evidentes que las similitudes. La hermana de Sophie parecía mayor. Debía de haber sido espectacularmente guapa a los dieciséis años, pero era el tipo de belleza rollizo al que la edad causaba estragos. Al parecer, los genes responsables de las esbeltas piernas de Sophie, así como de su estructura ósea, se habían saltado a su hermana mayor, y en su rostro empezaban a asomar ya las arrugas que hablaban de una vida de decepciones y una personalidad

impaciente. A modo de compensación, vestía con ropa elegante y cara, y lucía unas manos de manicura perfecta, con las uñas afiladas como cuchillas.

Estuve a punto de ofrecerle la mano, pero rápidamente decidí no hacerlo. La tensión entre las dos mujeres parecía lo bastante fuerte como para estallar en cualquier momento y llevarse por delante a cualquiera que se interpusiese.

—David es un viejo amigo —dijo Sophie, después de un incómodo silencio.

—Muy bien. Entonces espero que consiga hacerte entrar en razón.

Sophie parecía avergonzada.

—Ahora no, Maria.

—Entonces ¿cuándo? No estás en condiciones de solicitar el alta médica, ¡conque mucho menos de quedarte sola en ese agujero!

Sophie lanzó un suspiro exagerado.

—Estoy bien. Y «ese agujero» es mi casa.

—¡Donde alguien entró por la fuerza y te agredió! ¿Y ahora quieres volver? No puedes admitir que cometiste un error yéndote a vivir tan lejos, simplemente. Apuesto a que ni siquiera has pensado en cómo vas a ir, ¿a que no?

—David me llevará —soltó Sophie.

Maria se volvió hacia mí.

—Ya. ¿Y también se va a quedar con ella?

Logré disimular bastante bien mi sorpresa. Por detrás de su hermana, Sophie me miraba con ojos suplicantes.

—Sólo por un tiempo.

—David es médico —explicó Sophie, modulando un poco la verdad—. Ya te lo he dicho, voy a estar bien.

—Podrías haberlo dicho antes. —Maria suspiró, renunciando de mala gana a su enfado—. Bueno, ya veo que estoy malgastando saliva. Espero que tenga usted más suerte con ella, David.

Parecía más seguro no decir nada, así que me limité a sonreír. Esta vez Maria me tendió la mano.

—Encantada de conocerle, de todos modos. Lamento si le he parecido un poco mandona. Sólo es que estoy preocupada por Sophie.

—Eso no es malo. Es lo que hacen las hermanas mayores.

Su sonrisa se esfumó de golpe.

—Ya sabes dónde estoy si me necesitas —le espetó a Sophie.

El taconeo de sus zapatos resonó por el pasillo mientras se alejaba. Me volví hacia Sophie, desconcertado.

—¿Es que he dicho algo malo?

Se había tapado los ojos.

—Maria es dos años más joven que yo.

La cosa se ponía cada vez mejor.

—Vaya por Dios... Tengo que pedirle disculpas...

Pero Sophie se estaba riendo.

—No te preocupes. Se comporta como si fuera la mayor, siempre lo ha hecho, ésa es la mitad del problema.

—¿Y la otra mitad?

—La otra mitad soy yo —respondió, y la risa se le heló en la garganta—. Opina que soy irresponsable e impulsiva. Es difícil rebatírsele, la verdad. Somos distintas. Ella tiene dos niños encantadores y una canguro que cuida de ellos, y le encanta organizar cenas en casa. Y yo no soy así. Ni siquiera nos gusta la misma ropa.

Se miró los vaqueros y el suéter que llevaba. Comprendí entonces por qué la veía tan rara con ellos: eran de su hermana.

—¿Así que has solicitado el alta voluntaria? —pregunté.

—El médico me quiere tener en observación otras veinticuatro horas, pero los resultados de las pruebas son normales y me encuentro bien. Un poco mareada, y sigo sin recordar lo que pasó, eso es todo. Quiero irme a casa.

—Has sufrido un traumatismo grave en la cabeza. Otras veinticuatro horas...

—Me voy a casa —dijo con determinación—. Oye, sólo es una conmoción cerebral. Me lo tomaré con calma, te lo prometo.

Tiré la toalla. No era quién para ponerme a discutir, y si ni la hermana de Sophie ni el hospital habían logrado disuadirla, dudaba que yo fuese a tener más éxito.

—Lo siento, no pretendía ser tan brusca —dijo con torpeza—. Y gracias por cubrirme las espaldas con Maria. No debí ponerte en ese aprieto, pero quería que me fuese a su casa con ellos, y créeme, no sería una buena idea.

Podía imaginármelo.

—Entonces ¿cómo vas a volver a casa?

—Volveré en tren —repuso, como si tal cosa—. No te preocupes, lo de que ibas a quedarte conmigo sólo lo dije para apaciguar a Maria. Y no espero que me lleves.

—No, pero lo haré de todos modos.

—No, no... ¡No puedo permitir que hagas eso!

—No tengo elección. —Sonreí—. Le di mi palabra a tu hermana mayor.

Sophie pasó la mayor parte del trayecto durmiendo. A pesar de su bravuconería, estaba muy lejos de recuperarse por completo, y sus ojos ya se habían cerrado antes incluso de salir del recinto del hospital. Tenía la cabeza recostada en el respaldo del asiento, pero su respiración era fuerte y regular, y su pecho se movía con el ritmo pausado del sueño profundo. Conduje con cuidado para no molestarla. Tenía un montón de preguntas que hacerle, pero podían esperar.

Mientras conducía hacia Dartmoor, con una mujer a la que no había visto en ocho

años durmiendo a mi lado, me sentí extrañamente en paz. Sabía que sólo era algo pasajero, un breve respiro de la vida real. Era evidente que a Sophie le preocupaba algo, y su agresor seguía en libertad, pero todo eso eran problemas para el futuro. Allí, en el refugio traqueteante del coche, con el paisaje desfilando ante mis ojos y la respiración sosegada de Sophie a mi lado, me sentía extrañamente satisfecho.

Ya había caído la tarde cuando aparqué en la puerta de la casa de Sophie. Se despertó cuando apagué el motor.

—¿Dónde estamos? —preguntó, incorporándose y frotándose los ojos.

—En casa.

—Dios mío, no me digas que he estado durmiendo todo el camino.

—Es lo mejor para ti. ¿Cómo te encuentras?

Se quedó pensativa un momento, parpadeando todavía para acabar de despertarse.

—Mejor.

Y parecía estar mejor. Tenía buen color, con excepción hecha del horrible hematoma en la cara. Salimos del coche. Después del asfalto y el cemento de la ciudad, el frío aire otoñal tenía un sabor dulce y fresco. El sol estaba bajo y proyectaba largas sombras sobre el jardín, como una mancha cada vez más extensa. A un lado estaba el pequeño huerto que tan siniestro me había parecido antes. A la luz del día no resultaba tan inquietante, aunque los viejos y retorcidos manzanos parecían muertos y estériles.

Detrás de ellos, casi tan alto como la casa, estaba el cono invertido del horno. Su estado ruinoso era más evidente ahora, con unos ladrillos que, al parecer, y pese a estar desmoronándose, se sostenían aún en pie gracias a los andamios oxidados. Había un montón de postes de madera tirados por allí cerca, cubiertos de hierba y maleza: fueran cuales fuesen las labores de reparación programadas, saltaba a la vista que se habían interrumpido hacía años.

—Es mi motivo de orgullo y alegría —comentó Sophie, cuando le abrí la puerta del jardín—. Es un *kiln* de ladrillo, un horno Victoriano en forma de botella. No quedan muchos.

—¿Todavía funciona?

—Más o menos. Ven, te lo enseñaré.

—No te molestes —le dije, pues no quería que se cansara.

Pero ella ya estaba siguiendo el sendero que conducía hasta el horno. La puerta de madera desvencijada chirrió cuando la empujó.

—¿No lo cierras con llave? —pregunté.

Sonrió.

—Ahora no estás en la ciudad. Además, no creo que a los ladrones les interese lo más mínimo. No hay un gran mercado negro para la cerámica artesanal. Por desgracia.

La seguí al interior. Había un olor rancio y húmedo a yeso viejo. La luz entraba por los ventanucos situados alrededor de las paredes circulares. En el centro del edificio estaba el horno original, una pila gigantesca de ladrillos en forma de chimenea que atravesaba el techo abovedado. Ningún sistema de andamiaje sostenía el pilar de ladrillo, y algunas partes estaban apuntaladas por una estructura improvisada de puntales herrumbrosos y viguetas de madera.

—¿Es seguro? —pregunté sin apartar la mirada de los ladrillos a punto de caerse.

—Lo suficiente. Ya estaba así cuando lo compré. Es una estructura protegida, así que no podría demolerlo aunque quisiera. Que no quiero. El plan es conseguir que el horno original vuelva a funcionar algún día, pero eso tendrá que esperar hasta que tenga dinero. Y no será en un futuro cercano.

A un lado había un horno eléctrico más pequeño y moderno y un torno de alfarero salpicado de arcilla. Había unos bancos de trabajo y varios estantes dispuestos a su alrededor, repletos con un variado surtido de vasijas de barro. Algunas estaban esmaltadas, mientras que otras eran sencillas piezas de barro cocido. Incluso para mi ojo inexperto parecían espectaculares: unas formas naturales tan artísticas como funcionales. Cogí con mucho cuidado una jarra grande cuya forma curva parecía fluir de ella, como si le hubiera crecido de forma completamente natural. Era una figura perfecta al tacto, con líneas suaves y sensuales.

—No sabía que podías hacer estas cosas —dije, impresionado.

—Huy, tengo mil y un talentos ocultos —dijo, pasando la mano distraídamente sobre una gran bola de arcilla seca. La bola estaba en una mesa llena de vasijas a medio terminar y rotas. Sonrió con timidez—. Como habrás advertido, el orden no es uno de ellos. Bueno, espero que sepas guardar un secreto.

Mientras me preguntaba qué habría querido decir con aquello, se dirigió a la pared curva del horno. Extrajo un ladrillo suelto, metió la mano en el agujero y sacó algo.

—Otra copia de la llave de la casa —dijo, sosteniéndola en alto—. Siempre es útil guardar un duplicado.

Hasta entonces no había pensado demasiado en el estado en el que estaba la casa, pero al ver la llave lo recordé con nitidez. «¡Oh, mierda...!».

—Espera, Sophie —dije, corriendo tras ella mientras salía del horno, pero para entonces ya lo había visto por sí misma. Se detuvo de golpe en el camino de entrada.

—¡Oh, Dios mío!

Cuando llegamos, el porche estaba sumergido en las sombras del sol de poniente, que ocultaban los destrozos en la puerta principal, y habíamos centrado nuestra atención en el horno. Ahora estábamos lo bastante cerca para ver la madera astillada y la forma en que la puerta colgaba sobre sus goznes.

Me maldije a mí mismo. «¡Serás idiota! ¡Deberías haberte dado cuenta!».

policía había hecho un torpe intento de calzar la puerta para cerrarla, pero el pasillo estaba mojado allí donde la lluvia había logrado penetrar, y unas huellas de barro atravesaban las alfombras y el suelo de madera pulida. Se respiraba un olor a rancio, como si un zorro o algún otro animal hubiese estado en el interior.

Sophie contemplaba con consternación el contenido desparramado de los cajones y armarios abiertos.

—No es tan grave como parece —dije débilmente, increpándome por no haberlo previsto. Debería haber ido allí en lugar de perder el tiempo en casa de Wainwright—. Creí que la policía te lo habría dicho.

No hubo respuesta. Me di cuenta de que Sophie estaba llorando en silencio, las lágrimas le resbalaban por las mejillas.

—Sophie, lo siento mucho.

—No es culpa tuya. —Se limpió los ojos con furia—. Gracias por traerme a casa, pero creo que será mejor que te vayas.

—Por lo menos déjame...

—¡No! No pasa nada. De verdad. Sólo... sólo quiero estar sola. Por favor...

Vi que si no se derrumbaba, era por pura fuerza de voluntad. No me gustaba la idea de dejarla así, pero no la conocía lo bastante bien como para hacer otra cosa.

—Te llamaré mañana. Si necesitas algo más...

—Lo sé. Gracias.

Sintiéndome impotente, eché a andar de nuevo hacia el coche, arrastrando los pies a través de la hojarasca del camino. Oí el crujido de protesta de la puerta a mi espalda cuando Sophie la empujó para cerrarla. Llegué hasta la puerta del camino de entrada antes de detenerme y apoyar la mano sobre la madera desgastada. Empezaba a oscurecer, y las primeras estrellas perforaban el azul frío y profundo. Las tierras de labranza y los bosques empezaban a perder su identidad entre las sombras alargadas. Aparte de los susurros y los crujidos de las ramas desnudas, no se oía ni un solo ruido, ningún pájaro o animal que quebrara tanta soledad. Era un lugar desolado y solitario.

Di media vuelta y regresé a la casa.

Sophie había intentado ajustar la puerta, pero no cerraba bien sobre los goznes torcidos. La abrí de un empujón. Sophie estaba en el suelo de la entrada. Se abrazaba las rodillas y tenía la cabeza agachada mientras se estremecía entre sollozos silenciosos.

Me puse en cuclillas a su lado sin decir una sola palabra. Enterré la cara en mi hombro.

—Oh... D... Dios... Dios mío... Estoy tan asustada... Tengo tan... tanto miedo...

—Chiss, no pasa nada. Todo irá bien —le dije.

Esperaba tener razón.

Reparé la puerta principal lo mejor que pude, con las herramientas que me dio Sophie. La cerradura estaba rota, pero rescaté un antiguo perno de hierro de la despensa. No era muy bonito, pero sí grande y sólido, y serviría hasta que viniera un carpintero. Ante mi insistencia, Sophie se fue a dar un baño mientras yo limpiaba el resto del desorden. La mayor parte de los destrozos eran superficiales, todas sus cosas estaban tiradas por el suelo, pero pocas se habían roto. Una vez que lo hube limpiado todo y abierto las ventanas para ventilar y eliminar el olor a almizcle de los animales, apenas quedaba testimonio de lo ocurrido.

Fuera ya había anochecido para cuando Sophie volvió a bajar. Se había quitado la ropa de su hermana y se había puesto unos vaqueros limpios y un jersey holgado. Todavía llevaba el pelo húmedo, y se lo había cepillado y apartado de la cara. Aunque ya no tenía la mejilla tan hinchada, la piel se le empezaba a oscurecer con distintas tonalidades de morados y amarillos a medida que los hematomas seguían su evolución.

—He preparado té —le dije cuando entró en la cocina.

—Qué bien. Gracias.

—Lo he limpiado y recogido todo lo mejor que he podido, pero a lo mejor quieres asegurarte de que no echas nada en falta. Joyas u objetos de valor. —Asintió, pero no parecía muy interesada—. ¿Cómo tienes la cabeza?

Sophie se sentó frente a la maltratada mesa de pino, doblando una pierna por debajo del cuerpo con toda naturalidad para sentarse cómodamente encima.

—Todavía me duele, pero no tanto. Me he tomado algunos de los analgésicos que me dieron en el hospital. —Evitó mirarme al ir a levantar la tetera.

—¿La has hecho tú? —le pregunté.

Tenía una forma poco común, funcional pero con líneas limpias y elegantes.

—Sólo es una prueba que hice.

El silencio se impuso. El único sonido era el lento tintineo de la cucharilla mientras removía el té. Ambos observamos el movimiento circular de la cuchara.

—Te vas a marear —le dije.

—Perdón. —Soltó la cucharilla—. Oye, respecto a lo de antes... No suelo desmoronarme de esa manera.

—No te preocupes por eso. Has estado sometida a mucho estrés.

—Aun así, ponerme a llorar así, encima de ti, como... Seguro que te he echado a perder el abrigo.

—Ya te enviaré la factura de la tintorería.

—Sí, por favor.

Lancé un suspiro.

—Sophie, lo digo de broma.

Soltó una risa avergonzada.

—Esto es realmente incómodo, ¿verdad?

—Un poco —admití—. Mira, no tienes que hablar ahora si no quieres. Se está haciendo tarde y debería irme pronto.

—¿Vas a volver en coche esta noche? —Parecía sorprendida—. No puedo dejar que hagas eso. Tengo una habitación de invitados.

—De verdad, no es...

—Me harías un favor. —Me dedicó una sonrisa nerviosa—. Además, se lo prometiste a Maria.

Se estaba esforzando mucho, pero bajo la aparente serenidad yo veía las fisuras de su nerviosismo. Después de lo que había pasado, no la culpaba por estar nerviosa.

—De acuerdo, si estás segura.

Pareció quedarse un poco más tranquila.

—¿Tienes hambre? No hay mucha comida en casa, pero puedo improvisar algo.

Fuera lo que fuese lo que le rondaba por la cabeza, era evidente que Sophie no estaba dispuesta a hablar de ello todavía. Sería mejor darle tiempo para que saliera de ella cuando estuviese preparada. Además, no había comido nada desde el desayuno.

Sonreí.

—Me muero de hambre.

Pese a sus protestas, la hice sentarse mientras preparaba algo de cenar. No estaba exagerando cuando dijo que no tenía mucha comida en casa, pero encontré un poco de queso cheddar y unos huevos y preparé una tortilla. Había una vieja cocina eléctrica, y mientras los huevos chisporroteaban en la sartén, tosté unas rebanadas de pan seco y las unté en mantequilla.

—Dios, qué bien huele..., —exclamó Sophie.

Sin embargo, apenas probó bocado. Mientras comíamos, volvió a instalarse la misma tensión de antes entre nosotros, y fue un alivio cuando terminamos.

—Vamos a la sala de estar —sugirió—. Allí podremos hablar más a gusto.

Era una sala confortable: dos sofás grandes y viejos cubiertos con fulares, alfombras suaves en los tablones de madera pulida del suelo y una estufa de leña. No me opuse a su insistencia de encenderla ella misma, reconociendo en ello una táctica dilatoria.

Cuando la encendió, se sentó en el otro sofá, de manera que estábamos uno frente al otro, delante de una mesita baja de café. Las llamas parpadeaban en la estufa e inundaban la habitación con un olor ahumado a pino quemado. Era un espacio más acogedor y más relajado que la cocina bien iluminada. Sophie y yo nunca habíamos estado solos, de esa manera, y me di cuenta de lo poco que sabíamos en realidad el uno del otro. Estar sentado con ella a la luz del fuego me producía una sensación

extrañamente íntima.

—¿Quieres un coñac o algo así? —preguntó.

—Estoy bien, gracias.

Se aclaró la garganta.

—Oye, hace días que quiero decírtelo... Me enteré de lo de tu familia. Lo siento mucho.

Me limité a asentir con la cabeza. La leña crepitaba en la estufa. Sophie esbozó una sonrisa nerviosa e hizo crujir los huesos de los dedos.

—No sé por dónde empezar.

—¿Y si me cuentas cómo acabaste aquí? Hay un largo camino desde asesora de la policía a alfarera.

Sonrió con timidez.

—Sí, eso es verdad. Ya había tenido suficiente, supongo, de ver sólo el lado oscuro de la vida, todo ese dolor... Y los fracasos. Después del fiasco con Monk perdí buena parte de mi confianza, empecé a dudar de todo lo que hacía. Llegó un punto en el que odiaba tener que levantarme por las mañanas. Así que me fui antes de acabar quemada.

Sophie miró a su alrededor como si viera la habitación por primera vez.

—Llevo aquí cuatro... no, cinco años. Dios... La cerámica era un hobby, así que cuando vi que este lugar estaba en venta pensé ¿por qué no? Siempre me había gustado Dartmoor y quería empezar de cero, algo completamente diferente. ¿Puedes entenderlo?

Sí podía. Probablemente mejor de lo que ella creía.

—Lo primero que hice fue quemar todas mis notas —prosiguió—. Todo. Todos los casos en los que había trabajado. Todo fue a parar a la hoguera. Excepto uno.

—Jerome Monk —dije.

Ella asintió.

—No sé por qué no me deshice de eso también. Tal vez por el hecho de estar aquí, no demasiado lejos de donde sucedió todo... —Juntó las manos sobre el regazo, con tanta fuerza que los nudillos estaban blancos. Por unos momentos el único ruido que se oía en la habitación era el mudo crepitar del fuego en la estufa—. ¿Alguna vez piensas en lo que pasó?

—No hasta que Monk se escapó.

—Yo pienso en ello muy a menudo. —Sophie se miró las manos crispadas—. Tuvimos una oportunidad de oro para encontrar el lugar donde Lindsey y Zoe Bennett estaban enterradas, y la desaprovechamos.

Lancé un suspiro.

—No voy a fingir que hicimos un gran trabajo, pero a veces es lo que pasa. Hicimos lo que pudimos. Lo que pasó entonces no fue culpa de nadie.

Ella negó rápidamente con la cabeza, con el rostro sombrío.

—Deberíamos haber hecho más. Yo debería haber hecho más.

—Monk tenía su propio plan cuando fue allí, y no tenía nada que ver con llevarnos hasta las tumbas. Sólo quería una oportunidad para escapar. —«Y casi lo consigue».

—Pero ahí radica precisamente el problema, que yo no creo que fuese como dices. —Ahuyentó con la mano mi objeción antes de que pudiera intervenir—. Está bien, sí, escapar formaba parte de su plan, probablemente una parte importante, pero no creo que ésa fuese la única razón por la que accedió a ayudarnos. La forma en que reaccionó cuando vio la tumba de Tina Williams, no creo que estuviese fingiendo. Estoy segura de que realmente estaba tratando de recordar.

Me miraba muy seria, deseando que la creyese. Escogí mis palabras cuidadosamente.

—Jerome Monk conocía ese páramo mejor que nadie. Había logrado esconderse en él durante meses sin ser atrapado. Si hubiera querido, podría habernos llevado directamente a las otras tumbas.

—No necesariamente. Ya dije entonces que la búsqueda no sería sencilla, no después de un año, y sobre todo si las había enterrado de noche. Y la gente bloquea recuerdos de su memoria sin querer. A veces son recuerdos dolorosos, o cuando el cerebro tiene que procesar demasiadas cosas y sufre una sobrecarga.

—Eso podría servir en el caso de un hombre normal al que un buen día se le funden los plomos y se vuelve loco, pero estás hablando de Jerome Monk. Es un asesino en serie, un psicópata, un depredador. No tiene conciencia.

—Puede que sí la tenga en cierto nivel —insistió ella—. No estoy defendiéndolo, ni tampoco lo que hizo. Es violento e impredecible, pero eso no significa que no se pueda llegar hasta él. Por eso yo...

Se le quebró la voz y bajó la mirada hacia sus manos. Fuera se oyó el ululato de un búho.

—Por eso tú ¿qué? —le pregunté.

—Por eso yo... he estado escribiéndole todo este tiempo.

—¿Has estado escribiendo a Monk?

Levantó la barbilla en actitud desafiante.

—Desde que llegué aquí. Le escribo una vez al año, en el aniversario del asesinato de Angela Carson. No podemos decir con certeza cuándo mató a cualquiera de las otras víctimas, así que pensé... Bueno, el caso es que le escribo una vez al año y le pido que diga dónde están las tumbas. Y me ofrezco a ayudarlo.

La miré fijamente, horrorizado.

—¡Sophie, por el amor de Dios!

—Nunca me ha respondido, pero lo único que necesito es algún punto de

referencia, alguna pista de dónde pueden estar... Y si necesita ayuda para recordar, lo más probable es que recurra a alguien que no esté relacionado con la policía. ¿Qué puede tener eso de malo o peligroso?

Dios santo... Me froté los ojos.

—¿Escribiste tu dirección en las cartas?

—Bueno, pues... —Apretó los dedos con nerviosismo. Asintió con gesto culpable—. No sabía cómo iba a poder contestarme si no.

—¿Lo sabe la policía?

—¿La policía? No. Yo... Bueno, no me pareció relevante.

—¿Que no te pareció relevante? Sophie, sufres una agresión el día después de que un asesino violador se escape de la cárcel, ¿y no creíste que mereciese la pena mencionar que habías estado escribiéndole a la cárcel?

—Me daba vergüenza, ¿de acuerdo? —Sophie se sulfuró—. Y sí, ya sé que parezco una estúpida, ¡pero al menos he intentado hacer algo! Cada vez que veo el páramo pienso que todavía hay dos chicas, dos hermanas, enterradas allí en alguna parte. Y nadie está haciendo nada al respecto. ¿Cómo crees que se debe de sentir su familia? Yo sé cómo me siento yo, sabiendo que podríamos haber hecho algo al respecto y no lo hicimos.

Percibí el temblor de la emoción en su voz. Me recordé que había estado sometida a una gran tensión. Aquello no podía ser fácil para ella.

—Tienes que decírselo a la policía —le dije con calma—. Puedo llamar a Terry Connors y...

—¡No!

—Sophie, no tienes elección. Y tú lo sabes.

Creí que empezaría a discutir conmigo, pero parecía derrotada, sin energías para seguir mostrándose desafiante. Se quedó mirando el parpadeo del fuego en la estufa.

—Se lo diré a la policía, pero con una condición. Te llamé para pedirte un favor. Eso todavía no ha cambiado.

Con todo lo sucedido, casi había olvidado preguntar el motivo por el que quería verme, y que me había llevado hasta allí la primera vez.

—¿De qué se trata?

Levantó la cabeza. Las llamas de la estufa convertían su rostro en una máscara atigrada, envolviéndolo en luces y sombras.

—Quiero que me ayudes a encontrar las tumbas.

XV

El complejo residencial era un laberinto de casas adosadas. Las viviendas de posguerra habían aspirado en algún momento a formar parte de algo parecido a la clase media, pero ahora empezaban a ofrecer un aspecto ruinoso y desolador. En algunas se apreciaba algún que otro esfuerzo, con modernos y cuidados invernaderos de cristal y ventanas nuevas entre las losas agrietadas y la pintura descascarillada, pero eran las excepciones, ejemplos solitarios de optimismo en un vecindario que había visto días mejores.

—Dobla la siguiente a la izquierda —dijo Sophie.

Aparentemente estaba muy tranquila, cuando en realidad se esforzaba por disimular los nervios que la reconcomían por dentro. Yo aún no sabía adónde íbamos ni por qué, simplemente me limitaba a seguir las instrucciones que me daba mientras conducía.

—¿A qué viene tanto misterio? —le había preguntado yo.

—No hay ningún misterio. Es mejor que esperes hasta que lleguemos, nada más.

No había hecho ninguna objeción. Parecía más fácil estar de acuerdo con lo que fuese que tuviese en mente. Ya sabía que Sophie era tozuda, pero su determinación por encontrar los cuerpos de Lindsey y Zoe Bennett rayaba en lo obsesivo. La noche anterior había tratado de convencerla de que era inútil, que los dos solos, por nuestra cuenta y riesgo, no podíamos esperar conseguir algo cuando toda una operación policial de búsqueda a gran escala había fracasado.

Había sido en vano.

—Pero podemos intentarlo de todos modos —insistió ella.

—Sophie, yo no sabría ni por dónde empezar. No sabemos si Monk enterró a Zoe y a Lindsey cerca de Tina Williams. Y si así fuera, localizar la tumba formaba parte de la especialidad de Wainwright, no de la mía.

Le había contado a Sophie lo de la enfermedad del arqueólogo, aunque no es que hubiese muchas posibilidades de que ella hubiera querido contar con su ayuda de todos modos. Rebatí mi argumentación de un plumazo.

—Wainwright era incapaz de ver más allá de su propio ego. Estaba más interesado en mantener su reputación que en cualquier otra cosa. Incluso en aquel entonces, tú eras tan capaz como él.

—Me halaga que pienses eso, pero aunque fuera verdad, tienes que ser realista. A nadie le gusta el fracaso, pero la última vez hicimos todo lo que se podía hacer.

—No es verdad. No lo acepto.

Me pellizqué el puente de la nariz.

—Sophie...

—Mira, no estoy diciendo que vayamos a ser capaces de encontrarlas realmente,

no con nuestras propias manos. Lo único que quiero es reunir suficientes indicios para que la policía ponga en marcha otro dispositivo de búsqueda. Un día, es lo único que te pido. Dame un día, y si todavía piensas que estamos perdiendo el tiempo, puedes irte sin más.

—Es que no veo cómo...

—Un día. Por favor...

Debería haber dicho que no. No íbamos a conseguir nada en un solo día, y no tenía sentido darle falsas esperanzas. Tenía la negativa en los labios, pero incluso bajo la tenue luz del fuego, vi la necesidad y la súplica en sus ojos. Estaba sentada con las manos apretadas, esperando mi respuesta. «Esto es un error».

—Un día —me oí decir a mí mismo.

Ahora me estaba arrepintiendo. El rostro en el espejo del baño esa mañana se me antojó una versión más vieja, más cansada, de mí. Había dormido muy mal, dando vueltas y más vueltas en la pequeña cama del cuarto de invitados y decidido a no pensar en el hecho de que Sophie estaba acostada en su cama al otro lado de la pared. Cuando al fin me dormí, me desperté de golpe, jadeando y empapado en sudor, convencido de que Monk estaba forzando la entrada. Sin embargo, la casa a oscuras estaba sumida en un completo silencio, y el único ruido que se oía fuera era el ululato de un búho.

Antes de que emprendiéramos el misterioso viaje de Sophie, yo le había dado la tarjeta con el número de móvil de Terry. Ella había prometido contarle a la policía lo de que había estado escribiendo a Monk si yo accedía a ayudarla a encontrar las tumbas, y por mucho que se profesasen un odio mutuo, tenía sentido que lo llamase a él. Yo había fingido que tenía que ir a buscar algo a mi habitación mientras ella realizaba la llamada, y esperé hasta que dejé de oír el murmullo de su voz para bajar de nuevo.

—Me ha saltado el buzón de voz —dijo y me dio la tarjeta—. Le he dejado un mensaje.

Su expresión era estudiadamente neutra. Me guardé la tarjeta de nuevo en la billetera sin decir nada. Tal vez sí había llamado a Terry, pero por el tono, no parecía que le estuviera dejando un mensaje.

Parecía una conversación.

Tuvimos que esperar a que un cerrajero local acudiese a reparar la puerta, así que cuando al fin nos pusimos en marcha, ya era primera hora de la tarde. En el coche se respiraba un ambiente un tanto incómodo, que fue en aumento a medida que nos acercábamos a dondequiera que nos dirigiésemos. Sophie me llevó hasta una calle sin salida donde la carretera se curvaba sobre sí misma.

—Aparca aquí.

Apagué el motor. Las casas adosadas flanqueaban ambos lados de la calzada. La

miré y esperé. Ella me dedicó una sonrisa forzada.

—Tú sígueme, ¿quieres?

«Ya que has llegado hasta aquí...» Cerré el coche y la seguí a través de la verja de hierro forjado de la casa más cercana. Un breve sendero conducía a la puerta de entrada, más allá de una parcela de césped bien cuidado y de varios macizos de flores. El nerviosismo de Sophie era evidente cuando apretó el timbre de plástico de la puerta. El ruido de los cuartos de Westminster resonó en el interior y al cabo de un momento, se abrió la puerta.

La mujer que acudió a abrir debía de tener cuarenta y tantos años, cincuenta incluso, y tenía el pelo rubio y un rostro agradable, aunque ensombrecido por un aire taciturno. Estaba sonriendo, pero la expresión parecía forzada.

—Hola, Cath. Siento llegar más tarde de lo que esperaba —se disculpó Sophie.

La mujer se llevó la mano a la boca al advertir los moretones en el rostro de Sophie.

—No te preocupes... ¿qué te ha pasado? ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien. Me resbalé en el baño —dijo rápidamente—. Cath, te presento al doctor David Hunter. David, ésta es Cath Bennett.

El apellido me impactó como un golpe de agua fría. Bennett. Igual que Zoe y Lindsey. Ahora ya sabía con quién había estado hablando Sophie por teléfono antes, cuando había simulado llamar a Terry.

Me había llevado a que conociese a la madre de las gemelas asesinadas.

La mujer dirigió su frágil sonrisa hacia mí.

—Encantada de conocerlo, doctor Hunter.

Murmuré algo amable. Sophie rehuyó mirarme cuando entramos en la casa, pero por el sonrojo que le subía desde la garganta, ya sabía lo furioso que estaba. Me parecía increíble que hubiese hecho algo así sin advertirme primero. «Nunca, nunca se debe conocer personalmente a las familias. Jamás». Ya era bastante difícil conservar la objetividad sin tener que añadir esa carga emocional. Sophie lo sabía, y a pesar de todo, me había llevado hasta allí.

Me pregunté qué otras sorpresas me tenía reservadas.

Hice un esfuerzo por dominar mi furia mientras avanzábamos por el pasillo. La casa estaba casi obsesivamente limpia, con el aire impregnado de un fuerte olor a lejía y ambientador. Los remolinos de la aspiradora habían quedado grabados en la tupida trama de la moqueta, como los círculos de las cosechas en un campo de trigo.

La puerta susurró sobre ellos cuando Cath Bennett nos condujo a un salón immaculado. Había un sofá con los sillones a juego colocado con precisión clínica, la mesa de café de cristal pulida hasta ofrecer un acabado de espejo. Unas figurillas de cerámica y de animales relucían sobre la repisa de la chimenea, sin una sola mota de polvo.

Las fotografías enmarcadas de las chicas muertas estaban en todas partes.

—Por favor, siéntese —dijo la madre, con una cortesía tensa—. Mi marido está en el trabajo, pero esto no se le da nada bien de todos modos. Todavía no puede hablar de lo ocurrido. ¿Quieren un té o café?

Sophie seguía rehuyendo mi mirada.

—Un poco de té, gracias.

—¿Y usted, doctor Hunter?

Acerté a sonreír.

—Lo mismo para mí, por favor.

La mujer salió apresuradamente, dejándonos a solas con las fotografías de sus hijas asesinadas. Nos sonreían desde todos los rincones del cuarto, las dos idénticamente guapas, con el cabello oscuro. Aparté los ojos de ellas y miré a Sophie.

—No te enfades, por favor —dijo precipitadamente—. Siento la encerrona, pero sabía que, de otro modo, no habrías accedido a venir.

—Tienes razón. ¿En qué diablos estabas pensando?

—Quería recordarte lo que está en juego. De qué va todo esto en realidad.

—¿Es que crees que no lo sé? —Hice un esfuerzo por calmarme—. Sophie, esto está mal. No deberíamos estar aquí.

—Ahora no podemos irnos. Sólo media hora. Por favor...

Opté por morderme la lengua. Seguimos en silencio hasta que Cath Bennett regresó con una bandeja con la vajilla para el té: las mejores tazas y platillos, y también un plato de galletas bien ordenadas.

—Sírvanse el azúcar y la leche a su gusto —dijo, sentándose en el sofá—. Sophie dice que es usted antropólogo forense, doctor Hunter. No estoy segura de qué es eso, exactamente, pero le agradezco lo que está haciendo.

«¿Lo que está haciendo?». Sophie me lanzó una mirada de muda súplica.

—David participó en la búsqueda original en el páramo, hace ocho años —dijo ella rápidamente.

—Ocho años. —Cath Bennett cogió una fotografía enmarcada de la repisa de la chimenea—. Todavía no me acostumbro al tiempo que hace ya. Habrían cumplido los veintisiete este año. En mayo.

Me dio la fotografía. La cogí de mala gana, sintiéndome como si estuviera aceptando un pacto. No era la misma imagen que habían publicado los periódicos y que había visto de nuevo en internet sólo unos días antes, pero parecía tomada hacia la misma época, poco antes de que las dos jóvenes de diecisiete años hubiesen sido secuestradas y asesinadas por Jerome Monk, con menos de tres días de diferencia. Las dos hermanas aparecían en la instantánea muy juntas, cada una un reflejo casi perfecto de la otra. Sin embargo, seguía habiendo una sutil diferencia entre ambas. Aunque las dos estaban riendo, una de ellas sonreía descaradamente a la cámara,

sacando pecho y mirándola con ojos desafiantes. Su hermana gemela, por el contrario, parecía más dócil, con la cabeza un poco más baja y un aire avergonzado.

—El color lo heredaron de su padre —continuó la madre—. Zoe se parecía a Alan en casi todo. Siempre tan extrovertida, incluso de niña. Nos traía de cabeza, ya lo creo. Lindsey era la más tranquila. Puede que fueran físicamente idénticas, pero eran como la noche y el día en todos los demás aspectos. Si hubieran...

Se interrumpió. Le temblaba la sonrisa.

—Bueno. No tiene mucho sentido decir «si hubieran...» Usted lo conoció, ¿verdad? A Jerome Monk.

La pregunta estaba dirigida a mí.

—Sí.

—Ojalá hubiese tenido la oportunidad. Siempre me arrepentí de no ir al juicio. Me habría gustado plantarme delante de él y mirarlo fijamente a los ojos. Aunque no habría servido de nada. Y ahora se ha escapado.

—Estoy segura de que lo atraparán muy pronto —dijo Sophie.

—Espero que lo maten. Sé que se supone que debo perdonar y seguir adelante, pero no puedo. Después de lo que hizo, alguien tan malvado como para ser capaz de eso... sólo espero que sufra. ¿Tiene usted hijos, doctor Hunter?

La pregunta me pilló por sorpresa. Sentí el peso de la foto en la mano.

—No.

—Entonces no puede saber lo que se siente. Jerome Monk no sólo mató a nuestras hijas, también acabó con nuestro futuro. Ver a Zoe y a Lindsey casadas, tener nietos... todo eso ahora es imposible. Y ni siquiera tenemos una tumba donde poder llevarles flores. Al menos los padres de Tina Williams tienen eso.

—Lo siento —dije, aunque no sabía qué era lo que sentía exactamente.

—No lo sienta. Sé que hizo todo lo posible por encontrarlas hace ocho años. Y le agradezco lo que sea que pueda hacer ahora. Los dos se lo agradecemos. Alan... bueno, a él no le gusta hablar mucho de esto. Por eso le dije a Sophie que vinieran durante el día, mientras está trabajando. Nada puede devolvernos a nuestras hijas, pero sería un consuelo para nosotros saber que están en un lugar seguro.

Dejé la foto enmarcada en la mesita de café, pero seguía sintiendo los ojos de las chicas muertas clavados en mí, mirándome desde todas y cada una de las fotografías de aquella habitación triste e inmaculada.

Mientras conducíamos de vuelta a Dartmoor, entre Sophie y yo se abrió un abismo de hielo. Yo estaba furioso con ella, con Monk, conmigo mismo. Y por debajo de la ira, la herida en carne viva abierta por las palabras involuntarias de Cath Bennett.

«¿Tiene usted hijos, doctor Hunter? Entonces no puede saber lo que se siente».

Las calles y las casas dieron paso a los caminos rurales antes de que Sophie

rompiera el silencio.

—Lo siento. No ha sido una buena idea, ¿de acuerdo? —soltó de improviso—. Me puse en contacto con ella hace unos meses y... bueno, pensé que si la conocías...

Pero yo no estaba de humor para absolverla así como así.

—¿Qué? ¿Que entonces no sería capaz de decirte que no?

—Yo no te comprometí en ningún momento, sólo le dije que tal vez, sólo tal vez, podrías ayudar. Debe de haber dado por sentado...

—¿Y se puede saber qué diablos esperabas? ¡Sus hijas fueron asesinadas! No va a levantarse un solo día sin preguntarse si va a ser ése cuando reciba la noticia de que las han encontrado. Alimentar sus esperanzas de esa manera es ser muy cruel.

—¡Sólo intentaba hacer lo correcto! —replicó, furibunda—. Lo siento, ¿de acuerdo?

Me esforcé por contenerme. El coche patinó un poco en un tramo fangoso de la carretera al tomar una curva demasiado rápido.

—Ten cuidado —dijo Sophie.

Aparté el pie del pedal, dejando que la velocidad se redujese por sí sola. Parte de mi enfado se fue con ella. Precisamente yo debería saber mejor que nadie que no podía perder la calma al volante de un coche.

—No debería haberte gritado —le dije.

—Es culpa mía. —Sophie miró por la ventanilla, frotándose la sien—. Tienes razón, no debí hacerlo. Creí que... Bueno, no tiene importancia.

—¿Te duele la cabeza?

—No. —Dejó caer la mano. Nos acercábamos al desvío de Padbury—. Continúa recto —dijo ella cuando se lo señalé.

—¿Es que no vamos a volver a tu casa?

—Todavía no. Hay otro lugar al que me gustaría ir primero. No te preocupes, no hay que ir a ver a nadie más —añadió cuando la fulminé con la mirada.

Había dado por sentado que el intento de Sophie de persuadirme había terminado con la visita para que conociera a Cath Bennett. No fue hasta que pasamos por el terreno lleno de maleza que había albergado la noria de la vieja mina de estaño cuando me di cuenta de adónde nos dirigíamos.

Black Tor.

El lugar donde habían encontrado a Tina Williams.

Tomé la desviación sin que le hiciera falta indicármela. Era como conducir hacia atrás en el tiempo. Pasé por el punto donde la mujer policía me había dado el alto hacía ocho años y aparqué al final del camino de tierra que atravesaba el páramo en dirección al *tor*. La última vez que había estado allí, aquello era un hervidero de remolques, camionetas y automóviles. Ahora, salvo por los rebaños de ovejas a lo lejos, el páramo estaba desierto.

Apagué el motor.

—¿Y ahora qué?

Sophie esbozó una sonrisa débil.

—Pensaba ir a dar un paseo.

Lancé un suspiro.

—Sophie...

—Sólo quiero ir a ver dónde estaba la tumba, eso es todo. No más sorpresas, te lo prometo.

Resignado, me bajé del coche. Una brisa fría me alborotó el pelo. El aire era fresco, impregnado con un tufillo ligeramente sulfuroso procedente del pantano. Mientras contemplaba un paisaje sobre el que hacía casi un decenio que no había puesto los ojos, sentí que el pasado se solapaba con el presente. El páramo se extendía a lo largo de kilómetros y kilómetros, un mosaico invernal de tojo, brezo y helechos muertos. No había señales de ninguna cinta policial, ni de ninguna carpa azul para exámenes forenses. Y sin embargo, pese a todo, me resultaba inquietantemente familiar. Ahí estaba el mismo patrón de montículos rocosos, los mismos peñascos y valles ondulantes. Un paisaje indiferente al paso de los años, que me hacía sentirme vacío al pensar en el tiempo que había pasado desde la última vez que estuve en este lugar.

Y en todo lo que había cambiado en mi vida desde entonces.

Sophie estaba de pie a mi lado, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, escudriñando el páramo con la mirada. Si se sentía intimidada por él, lo disimulaba muy bien.

—Es una larga caminata. ¿Estás segura de que quieres hacerlo? —le pregunté. Venir había aplacado mi enfado. Tal como ella esperaba, tal vez.

—Estoy bien. —Levantó la vista hacia el cielo gris—. Será mejor que nos demos prisa. Pronto oscurecerá.

Tenía razón. La tarde ya se estaba adormilando en la oscuridad del crepúsculo y empezaba a formarse una fina niebla, que se levantaba de la tierra como el vapor de una locomotora. Antes de cerrar el coche, saqué la linterna de la guantera. Debíamos estar de vuelta mucho antes de que anocheciera; ya me había perdido en un páramo de noche una vez, y no era una experiencia que me apeteciese repetir, precisamente.

Echamos a andar por la pista que llevaba a Black Tor. A mitad de camino, Sophie se paró y se volvió hacia la parte del páramo que quedaba a nuestra izquierda.

—Muy bien, aquí era donde la cinta policial señalaba la ubicación de la tumba.

—¿Cómo lo sabes?

Que yo viese, nada de cuanto nos rodeaba parecía distinto de cualquier otra zona del lugar.

Sophie me miró de reojo y arqueó la boca para formar una sonrisa.

—¿Qué pasa? ¿Es que no confías en mí?

—No entiendo cómo puedes acordarte. A mí todo me parece igual.

Se acercó más a mí y apoyó la mano en mi brazo con suavidad mientras señalaba un punto.

—El truco es memorizar puntos de referencia que no van a sufrir cambios. ¿Ves ese otro peñasco allí, a unos tres kilómetros de distancia? Eso debe de estar en ángulo recto con respecto a donde estamos ahora. Y luego, si miras más hacia allá...

Se volvió, pegándose a mi espalda, y me volví con ella.

—Hay una especie de hendidura en el suelo. Si estamos en el lugar correcto, el extremo debería estar alineado con ese montículo, con la roca plana en lo alto. ¿Lo ves?

Asentí con la cabeza, pero no estaba realmente concentrado en lo que me había dicho. Seguía presionando su cuerpo contra el mío. Se retiró un mechón de pelo de la cara cuando nos miramos el uno al otro y luego se apartó.

—Bueno... El caso es que éste también es un punto de entrada natural al páramo —dijo—. Un terraplén muy empinado bordea la mayor parte de la pista, pero el acceso es más fácil por aquí. ¿Vamos?

—De acuerdo.

Me alegré de echar a andar otra vez. «Concéntrate en lo que deberías estar haciendo». Puede que el terraplén que bajaba de la pista no fuese tan pronunciado en aquel punto, pero el terreno era mucho más agreste de lo que recordaba. Me precipité por el terraplén y luego me volví para ayudar a Sophie. Ella bajó a toda prisa y me lanzó una sonrisa avergonzada mientras yo la sujetaba para que no perdiera el equilibrio.

—¿Estás segura de que podrás localizar la ubicación de la tumba sin un mapa? —le pregunté cuando emprendimos la marcha a través del tupido entramado del brezo.

—Estoy segura —afirmó.

El camino era difícil. Incluso cuando el brezo dio paso a los matorrales de espadaña, seguía siendo imposible ver por dónde pisábamos. Mis botas o bien chapoteaban en el barro o amenazaban con provocarme una torcedura de tobillo si tropezaba con alguna roca oculta o un agujero. Sin embargo, Sophie parecía muy segura de saber adónde iba, bordeando las matas de aulagas espinosas y las áreas más cenagosas como si siguiera un camino invisible. Tardé un buen rato en darme cuenta de que ya no estaba leyendo el paisaje simplemente.

—Tú has estado aquí hace poco, ¿verdad? —le pregunté.

Se apartó el pelo de los ojos.

—Una o dos veces.

—¿Por qué?

Allí no había nada que ver, no después de todo aquel tiempo.

—No sé. Casi parece un lugar... sagrado. Sabiendo lo que pasó, el hecho de que alguien fuese enterrado aquí. ¿No lo sientes tú también?

Sentía algo, pero era más bien una molesta sensación de desasosiego. «Como si alguien nos estuviera observando». Era una estupidez, pero también era incómodamente consciente de lo solos que estábamos allí, de lo mucho que nos habíamos alejado de la carretera. Y la luz seguía menguando, con unos jirones de niebla fantasmal que oscurecían las depresiones y las hondonadas. Me sorprendí escudriñando las extensiones más próximas de tojo y rocas.

—¿Cuánto falta? —le pregunté.

—No mucho. De hecho, está justo... —Se calló, mirando directamente al frente.

El páramo estaba plagado de hoyos.

Los habían ocultado la hierba y el brezo y no los descubrimos hasta que estuvimos prácticamente encima de ellos. Conté media docena, cada uno de unos cuarenta y cinco centímetros de diámetro y aproximadamente el doble de largo, cavados bruscamente, con terrones de turba esparcidos alrededor. Parecían haber sido excavados de forma aleatoria, sin seguir ningún esquema o patrón.

Miré a Sophie.

—No habrás...

—¡No, por supuesto que no! ¡No estaban aquí la última vez que vine! —Su indignación era real, no formaba parte de otra de sus sorpresas—. ¿Podría haberlos cavado un animal?

Me agaché junto al hoyo más cercano. Era un poco más pequeño que el resto, como si lo hubieran dejado a medio cavar. Los bordes estaban marcados claramente con cortes verticales, y una lombriz de tierra, seccionada de cuajo, culebreaba a ciegas en el fondo. Era como si estuviera oyendo la voz de Wainwright: «*Allolobophora*. No debería uno creerse todo lo que le dicen».

—Han sido excavados con una pala —dije, incorporándome—. ¿Dónde estaba enterrada Tina Williams?

—Un poco más allá —señaló Sophie.

El trozo de tierra estaba intacto, cubierto de brezo. Los agujeros estaban distribuidos de forma desigual a su alrededor.

—¿Estás segura?

—Lo estoy. La primera vez que volví traje el mapa oficial de la Ordnance Survey en el que había marcado las coordenadas. Después no volví a necesitarlo. —Se desplazó y se puso más cerca—. Ha sido Monk, ¿verdad?

No le respondí: ambos sabíamos que sólo había una persona capaz de haber hecho aquello. Ninguno de los agujeros era lo suficientemente grande para ser una tumba, sino que parecían más bien burdas imitaciones de la zanja que Wainwright había cavado cuando encontramos el tejón muerto.

—No lo entiendo. ¿Por qué habría estado Monk excavando aquí? —preguntó Sophie, mirando alrededor con inquietud.

—Tiene que ser por las tumbas. Tú siempre has dicho que puede que dijera la verdad respecto a que no era capaz de recordar dónde estaban. Tal vez tenías razón.

Arrugó la frente.

—No me refería a eso. No me sorprende que no haya podido encontrarlas después de todo este tiempo, si eso es lo que estaba haciendo. Pero ¿por qué narices querría encontrarlas?

Eso no se me había ocurrido. No era algo inaudito que los asesinos desenterrasen y luego volviesen a enterrar a sus víctimas, en ocasiones más de una vez, pero por regla general, era por puro pánico, por un impulso paranoico de ocultar las pruebas. Eso no tenía sentido en este caso. Monk ya había confesado los asesinatos y nadie había conseguido dar con las tumbas de Zoe y Lindsey Bennett durante todos esos años.

Entonces ¿por qué excavar la mitad del páramo buscándolas ahora?

Me sorprendí mirando a la lombriz de tierra de nuevo, retorciéndose en su obstinado intento de enterrarse en el suelo. Había algo que me resultaba irritante. Entonces me di cuenta.

Las lombrices, incluso seccionadas, no permanecen mucho tiempo en la superficie. O bien vuelven a ocultarse enseguida bajo tierra o algún animal se las come. Sin embargo, aquélla todavía estaba allí, y el agujero en el que estaba era más pequeño que los otros, como si quienquiera que lo hubiese cavado se hubiese quedado a medias o...

—Tenemos que irnos —dije.

Sophie no se movió. Estaba mirando al otro lado del páramo.

—¿David...?

Seguí su mirada. A no más de un centenar de metros de distancia, una figura inmóvil nos estaba observando. Parecía haber salido de la nada: no había arbustos ni rocas cercanas donde pudiese haberse escondido. Bajo la tenue luz crepuscular, era poco más que una silueta, inmóvil en la niebla que se elevaba del suelo. Sin embargo, su estatura y su corpulencia le daban un aire inquietantemente familiar.

De lo alto de los amplios hombros surgía el pálido globo de una cabeza.

Hubo un instante en que todo pareció paralizarse de repente. Entonces la figura se dirigió hacia nosotros. Agarré a Sophie del brazo.

—¡Vamos!

—Dios mío..., es él, ¿verdad? ¡Es Monk!

—Sigue andando.

Pero era más fácil decirlo que hacerlo. El brezo se nos enredaba en los pies como si fuera alambre de espino, y los blancos tentáculos de niebla se extendían a través

del páramo envuelto en sombras como una gigantesca telaraña. En otras circunstancias, tal vez incluso habría admirado aquella imagen, pero ahora, todo eso convertía cada paso en potencialmente peligroso. Si alguno de los dos se caía o se torcía...

«No pienses en eso». Seguí agarrando a Sophie del brazo, empujándola por la espalda hacia la pista. El coche apenas se distinguía en la carretera, una diminuta mancha de color difuminándose en la oscuridad. No quería ni pensar en lo lejos que parecía encontrarse. Sentí la tentación de abandonar la pista y acortar en línea recta atajando a través del páramo, pero a pesar de que era el camino más corto, eso significaba tener que sortear trabajosamente la aspereza de los brezos y las turberas; llevaría aún más tiempo, y bajo la luz escasa, no nos atrevimos a correr el riesgo.

Los dos estábamos ya sin aliento cuando me volví para mirar atrás de nuevo. La figura estaba más cerca que antes, acortando distancias de forma vertiginosa. «No te distraigas. Sigue adelante». Di media vuelta y me concentré en la pista que teníamos por delante. Era inútil llamar por teléfono para pedir ayuda. Aunque hubiese cobertura, no lograrían llegar a tiempo.

Tropezamos con los matorrales de espadaña, chapoteando con las botas en el barro y el agua que se ocultaba debajo. Volví a mirar atrás y vi que la figura ya no nos seguía. En lugar de tratar de atraparnos antes de que alcanzáramos la pista, estaba atravesando el páramo en dirección a la carretera.

Intentaba llegar antes que nosotros al coche.

Sophie también lo había visto.

—David... —dijo, jadeando.

—Ya lo sé. Tú sigue adelante.

La pista estaba desesperantemente cerca, pero cuando al fin la alcanzáramos, aún tendríamos que llegar a la carretera. La figura no tenía que recorrer tanto trecho. Se movía a través del páramo a paso regular, sin prisas. «Dios, no lo conseguiremos...» Cuando llegamos justo debajo de la pista, el terreno se elevaba en una cuesta muy pronunciada. A Sophie le estaba costando un gran esfuerzo trepar por ella, y yo tuve que ayudarla hasta los últimos metros, sujetándome a los puñados de brezo para darnos impulso y tirar de los dos hacia arriba.

Entonces llegamos a la superficie firme de la pista. Me ardía el pecho cuando tiré de Sophie para que nos lanzáramos a una trabajosa carrera.

—¡Vamos!

—Espera... necesito recuperar el aliento... —dijo entre jadeos.

Tenía la cara pálida y pegajosa por el sudor. No debería haberse esforzado de esa manera tan poco tiempo después de salir del hospital, pero no había otra opción.

—Tenemos que correr —le dije.

Ella negó con la cabeza, apartándose.

—No puedo... No puedo...

—Sí, sí que puedes —insistí, sujetándola con más fuerza por debajo de las axilas y llevándola casi a rastras por la pista.

A medida que avanzaba tambaleándome hacia el coche, era como si tuviera las piernas hechas de agua. La figura no podía estar a más de treinta o cuarenta metros de distancia, apartada a un lado y un poco por debajo de nosotros, mientras seguía avanzando trabajosamente por la agreste extensión de tierra. Sin embargo, acababa de empezar a aminorar la marcha. La cabeza pálida se volvió hacia nosotros cuando cubríamos los últimos metros, tropezándonos una y otra vez. Se había detenido, a apenas un tiro de piedra de distancia. Sentía sus ojos clavados en nosotros mientras buscaba nervioso la llave y abría el coche. Sophie se desplomó en el asiento mientras yo rodeaba el vehículo y corría hacia el lado del conductor, consciente en todo momento de la presencia entre las sombras de aquella figura, que nos observaba desde la densa niebla.

«Nos habría alcanzado. ¿Por qué se habrá parado?». No tenía ni la menor idea, y no me importaba. Cerré de un portazo, encendí el motor y pisé a fondo el acelerador. Cuando el coche se alejó, acompañando la marcha con los vociferantes ruidos del motor, miré por el espejo retrovisor.

Tanto la carretera como el páramo que acabábamos de dejar atrás estaban desiertos.

XVI

No reduje la velocidad hasta al cabo de cinco o seis kilómetros. Sólo cuando estuve completamente seguro de que nadie nos seguía, empecé a relajarme. Mi cuerpo comenzaba a reaccionar después de lo ocurrido, y me entró la flojera, con las manos húmedas y frías, mientras dejaba que el coche adquiriese una velocidad normal.

—¿Estamos a salvo? —preguntó Sophie.

Aún respiraba con dificultad. El hematoma ofrecía peor aspecto que nunca en la palidez de su rostro.

—Eso creo.

Cerró los ojos.

—Voy a vomitar.

Paré el coche en el arcén. Sophie salió a trompicones del vehículo casi antes incluso de que nos hubiésemos detenido. Con el motor en marcha, esperé allí cerca, sin dejar de escudriñar la extensión del páramo que nos rodeaba. A pesar de mis palabras, sabía que estaría mucho más tranquilo en cuanto hubiésemos perdido de vista aquel lugar. La oscuridad se hacía cada vez más espesa, y el susurro del viento entre los brezos no hacía sino acrecentar la sensación de soledad. Podríamos haber sido los únicos seres vivos en varios kilómetros a la redonda.

Pero no lo éramos. Mientras esperaba a Sophie, comprobé la cobertura del móvil y descubrí aliviado que había suficiente señal para realizar una llamada. Marqué el número de Terry, deseando con todas mis fuerzas que contestara. Pareció sonar durante largo rato, pero justo cuando pensaba que iba a saltar el buzón de voz, respondió.

—Más vale que sea importante.

Hablaba con dificultad, como si estuviera muy cansado o borracho, pero no me imaginaba a Terry bebiendo en mitad de una investigación como ésta.

—Estamos en Black Tor. Hemos...

—¿«Estamos»? ¿Con quién estás?

—Con Sophie Keller. Solicitó el alta voluntaria del hospital ayer y...

—¿Keller? ¿Qué haces con ella?

—¿Qué importa eso? ¡Monk está aquí!

Eso pareció hacerle reaccionar.

—Te escucho.

Le relaté lo ocurrido en pocas palabras, consciente de que la luz se iba apagando por momentos.

—¿Así que en realidad no has llegado a verlo de cerca? —dijo Terry cuando hube terminado mi relato.

—Era Monk, ¿me oyes? No he visto ningún otro coche, así que no puede haber

ido muy lejos.

Oí el ruido áspero de los pelos como púas de su barba mientras Terry se pasaba la mano por la cara.

—Está bien, yo me ocuparé.

—¿Quieres que nos quedemos por la zona?

—Creo que nos las arreglaremos solos. —Su tono rezumaba sarcasmo—. Si te necesito, ya sé dónde encontrarte.

La línea se cortó. Sintiendo de nuevo aquella familiar irritación a la que Terry me tenía acostumbrado, colgué y me acerqué a Sophie. Me dedicó una sonrisa triste.

—Lo siento. Falsa alarma.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo dolor de cabeza, pero las palpitaciones no son demasiado fuertes. ¿Has llamado a la policía?

—Acabo de hablar con Terry Connors. Él se encargará de ponerlo todo en marcha.

Apretó la boca con fuerza ante la mención de Terry pero, por una vez, no cargó contra él.

—¿Tenemos que esperar aquí?

—Dice que no es necesario.

Creía que tendríamos que esperar hasta que llegase la policía, pero no pensaba ponerme a discutir por ello. Miré hacia el páramo. La luz menguaba a ojos vista, y una nube de niebla emborronaba los bordes de lo poco que todavía podíamos ver. Sophie se estremeció, y supe lo que estaba pensando.

Monk seguía allí, en alguna parte.

La rodeé con el brazo.

—Vamos, te llevaré a casa.

Para cuando llegamos a Padbury, la niebla ya se había espesado e inundaba todos los rincones. Me vi obligado a reducir la velocidad y seguir a paso de tortuga, los faros prácticamente inútiles contra la mortaja blanca de la niebla. Ni siquiera me di cuenta de que habíamos llegado al pueblo hasta que el contorno oscuro de la vieja iglesia se alzó entre la espesura.

Me detuve en el camino al final del jardín de Sophie y apagué el motor. En el silencio opresivo que siguió, bien podríamos haber estado en el fondo del mar. Me descubrí mirando alrededor con inquietud a medida que avanzábamos por el sendero de la entrada, aguzando el oído para detectar posibles movimientos. La niebla nos envolvía por completo, lo que hacía que todo cuanto estaba a poco más de un metro de distancia fuera invisible.

—Deberías instalar luces de seguridad —le sugerí, mientras la sombra cónica del

horno cobraba forma a un lado de la casa, por encima de las ramas espectrales del huerto.

—Aquí fuera no las necesito —dijo Sophie, buscando las llaves en el bolso. Titubeó al darse cuenta de la ironía de sus palabras—. Normalmente, quiero decir.

Pero la puerta estaba intacta, la nueva cerradura instalada por el cerrajero con tranquilizadora solidez. Cuando Sophie abrió y encendió la luz del recibidor, la casa estaba exactamente como la habíamos dejado por la mañana.

No me di cuenta hasta entonces de lo tenso que había estado.

Por el profundo suspiro que lanzó Sophie al echar los nuevos pestillos de la puerta, parecía que ella sentía lo mismo.

—¿Qué tal estás? —pregunté mientras ella se quitaba el abrigo con gesto de cansancio.

—He tenido días mejores. —Su sonrisa era poco convincente—. Oye, respecto a lo que pasó antes con Cath Bennett... Lo siento, debí pensarlo mejor.

Después de lo que había ocurrido, eso ya carecía de importancia.

—Olvídalo. De todos modos, tenías razón. Monk no habría cavado esos agujeros sin una buena razón. Debe de haber al menos otra tumba por allí. La policía tendrá que volver a peinar toda la zona de nuevo.

Parecía como si eso no se le hubiese ocurrido.

—¿Tú crees?

—No veo que tengan otra opción. Monk prácticamente nos ha dicho dónde hay que buscar. Eso es lo que querías, ¿no es así?

—Sí, por supuesto. —Parecía dudosa—. Dios, necesito un trago.

También yo, pero no todavía.

—Creo que sería una buena idea que durmieras en otro sitio esta noche.

Sophie estaba sentada en las escaleras, desatándose las botas llenas de barro. Se detuvo para mirarme con gesto rotundo.

—No.

—Podrías ir a un hotel...

—No iré a ninguna parte.

—Ya te han agredido aquí una vez, y todavía no sabemos quién. Si fue Monk...

—Si hubiese sido Monk, estaría muerta. Lo sabes tan bien como yo. ¡Si quieres salir huyendo, adelante, pero yo no lo haré!

La miré con perplejidad. «¿De dónde ha salido eso?».

Sophie suspiró.

—Lo siento, no te merecías eso. Es sólo que... Estoy asustada y confundida, y ésta es mi casa. Si me voy ahora, nunca volveré a sentirme segura aquí. ¿Es que no lo entiendes?

Lo entendía. Eso no quería decir que estuviera de acuerdo, pero no tenía sentido

discutir.

—De acuerdo.

—Gracias. —Se acercó y me abrazó. La retuve durante unos instantes, sintiendo la cálida presión de su cuerpo antes de que se retirara dando un paso atrás—. A veces puedo ser una bruja, pero te agradezco todo lo que estás haciendo. Y no te culparía si decidieras irte de todos modos.

Acababa de ofrecermela una salida, si quería aceptarla. Podía irme en ese momento, regresar a Londres y dejar que Sophie y la policía se encargaran de todo a partir de ahí.

Pero eso no iba a suceder. Lo que estaba pasando tenía sus raíces en lo sucedido hacía ocho años. Yo había estado involucrado entonces, y aún lo estaba.

Le lancé una sonrisa.

—Has dicho algo de tomar una copa...

Esa noche compartimos la preparación de la cena, consistente en chuletas de cordero a la parrilla, sacadas del congelador, con guarnición de patatas y guisantes congelados. Puede que no fuera alta cocina, pero era sencilla y satisfactoria. Sophie sacó una botella de vino y me la dio para que la abriera mientras ella descongelaba la carne.

—Padbury no se caracteriza por su oferta de vinos de calidad —se disculpó, sirviendo dos copas.

—No importa, seguro que está bueno —dije.

Y así era. El alcohol eliminó el último resquicio de incomodidad entre los dos y no discutí cuando Sophie sugirió dejar la tarea de fregar los platos para la mañana siguiente. Cogimos la botella con lo que quedaba del vino y nos fuimos a la sala de estar. Añadí más leños en la estufa y encendí el fuego con ramas y periódicos viejos de la cesta de mimbre. «Cada día se te da mejor esto».

Unas vigorosas llamas se alzaron por detrás del panel de vidrio ahumado, expulsando el frío de la estancia. Sophie y yo nos sentamos en sendos extremos del sofá. No hablábamos, pero el silencio era cómodo. Tomé otro sorbo de vino y la miré a hurtadillas. Estaba dormitando, acurrucada en el sofá, con las piernas recogidas y la cabeza recostada hacia atrás, de manera que la esbelta línea de la garganta quedaba al descubierto. Su rostro estaba tranquilo y relajado, y la luz del fuego atenuaba el moretón, de forma que podría haber sido una simple sombra. Los años transcurridos se habían portado bien con ella, decidí. No era guapa en el sentido convencional, pero sus rasgos marcados todavía atraerían miradas. Seguiría siendo igual de atractiva después de otros ocho años. O de dieciocho.

Respiraba con el ritmo lento y constante del sueño profundo, la copa de vino casi vacía aún en precario equilibrio en sus dedos. Estaba un poco torcida y descansaba

ligeramente entre sus pechos. No quería molestarla, pero la copa estaba empezando a deslizarse, con cada exhalación se desprendía un poco más.

—Sophie... —le dije en voz baja. No hubo respuesta—. ¿Sophie?

Fue volviendo en sí poco a poco, sus ojos mirándome sin reconocerme antes de pestañear cuando recobró la conciencia.

—Perdona —se disculpó, incorporándose—. Por favor, dime que no he estado babeando.

—Sólo un poco.

Ella sonrió y me soltó un manotazo.

—Serás bobo...

—¿Por qué no te vas a la cama?

—No soy una gran anfitriona, ¿verdad que no? —dijo, pero no protestó. Se levantó y apoyó la mano en mi hombro para no perder el equilibrio al levantarse—. Vaya...

—Tómatelo con calma —dije, poniéndome de pie para ayudarla—. ¿Estás bien?

—Sólo cansada, creo. Debo de haberme levantado demasiado rápido.

Seguía sujetándose a mí. Yo tenía las manos en su cintura, lo bastante cerca para sentir el calor que emanaba de su cuerpo. Ninguno de los dos se movió. Los ojos de Sophie eran grandes y oscuros cuando se inclinó hacia mí. Una sonrisa afloró a su cara.

—Bueno... —dijo, y algo golpeó la ventana con un estruendo.

Nos separamos de golpe. Corrí hacia las pesadas cortinas y tiré de ellas para descerrarlas, acaso esperando ver la monstruosa cara de Monk mirándome, pero la ventana estaba intacta y no había nadie al otro lado. Lo único que se veía tras el cristal era una masa informe de niebla blanca.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sophie, de pie detrás de mí.

—Nada, seguramente.

Era una tontería decir eso, sobre todo cuando mi propio corazón latía desbocado. «Monk no puede habernos seguido hasta aquí. ¿O sí?». Pero no tenía por qué seguirnos, no cuando la dirección de Sophie figuraba en las cartas que ella le había enviado.

—Quédate aquí —le dije.

—¿No pensarás salir afuera?

—Sólo voy a echar un vistazo.

La alternativa era permanecer dentro muerto de miedo toda la noche, preguntándome qué habría golpeado la ventana. Si no era nada, entonces podíamos relajarnos. Si había sido Monk...

Entonces daba lo mismo.

Tomé el pesado atizador de hierro que había junto a la estufa de leña y salí al

pasillo. Sophie corrió a la cocina y volvió con una linterna grande.

—Cierra la puerta detrás de mí —dije, cogiendo la linterna.

—David, espera.

Pero yo ya estaba deslizando los pernos de la puerta principal y saliendo afuera. Allí sólo se veía niebla. El aire era húmedo y olía a barro y a hojas podridas. Empecé a tiritar, deseando haber cogido el abrigo. La niebla absorbió el haz de la linterna. Manteniéndome pegado al costado de la casa, empecé a avanzar hacia la sala de estar. Sostenía el atizador sin fuerzas, y ya estaba empezando a pensar que aquélla no había sido una buena idea. «¿Qué vas a hacer si hay alguien ahí? ¿Y si es Monk?».

Pero ahora ya era demasiado tarde. Un poco más adelante, vi un brumoso destello de luz que debía de ser la ventana del salón. Apreté el paso, con ganas de acabar de una vez con aquello.

Y algo se movió en el suelo, a mis pies.

Me tambaleé hacia atrás, levantando el atizador mientras enfocaba con la linterna. Percibí una nueva ráfaga de movimiento y entonces la luz y las sombras se conjugaron en una sola imagen.

Atrapado en el haz de la linterna, un búho me miraba parpadeando.

Bajé el atizador, sintiéndome como un estúpido. El ave tenía una palidez fantasmal, la cara prácticamente blanca. Estaba agazapado sobre la hierba debajo de la ventana, con las alas extendidas torpemente a los lados. Los ojos oscuros y extraños se cerraron en otro lento parpadeo, pero no hizo ningún intento de moverse.

—Es una lechuza —dijo Sophie detrás de mí.

Me llevé un buen susto, pues no la había oído acercarse.

—Creía que estabas esperando dentro.

—No he dicho que fuese a hacerlo. —Sophie tenía más sentido común que yo, el suficiente como para ponerse un abrigo. Se agachó junto al pájaro herido—. Es una suerte que la ventana no se haya roto. Pobrecilla. La niebla debe de haberla confundido. ¿Qué crees que debemos hacer?

—Seguramente sólo está un poco aturdida —dije. El ave estaba mirando al frente, o bien decidida a no hacernos ningún caso o demasiado aturdida para preocuparse—. No hay que moverla.

—¡Pero tenemos que hacer algo!

—Si se resiste podría lastimarse aún más.

Además, herido o no, el pájaro seguía siendo un depredador. Su pico y sus garras no eran menos afilados.

—No pienso dejarla aquí fuera —dijo Sophie en un tono que estaba empezando a reconocer.

Suspiré.

—¿Tienes una manta o algo así?

La lechuza aleteó un poco mientras la cubría cuidadosamente con una toalla vieja, pero no tardó en rendirse. Sophie sugirió depositarla en el interior del horno, dejando la puerta abierta para que pudiera salir volando cuando se hubiese recuperado.

—¿Qué pasa con las vasijas? —le pregunté.

—Están aseguradas. De todos modos, es una lechuza. Puede ver en la oscuridad.

El pájaro era asombrosamente ligero cuando lo cogí para llevarlo al horno, el rápido palpitar de su corazón retumbando en mis manos. En el interior olía a cerrado y a humedad, además del olor a ladrillos viejos. Mis pasos resonaban mientras depositaba la lechuza en el suelo y le retiraba la toalla. No había encendido la luz, y sus pálidas plumas casi brillaban en la oscuridad.

—¿Crees que estará bien? —preguntó Sophie mientras regresábamos a la casa.

—Esta noche ya no podemos hacer nada más. Si aún sigue allí por la mañana, podemos llamar a un veterinario.

Cerré la puerta y eché el cerrojo, tirando de ella para asegurarme de que estaba bien cerrada. Sophie se estremeció mientras se frotaba los brazos.

—¡Dios, estoy congelada!

Estaba de pie a mi lado, muy cerca. Mirándome. Lo natural habría sido abrazarla.

—Es muy tarde —señalé—. Sube tú, que yo me encargo de recogerlo todo aquí abajo.

Ella pestañeó y luego asintió.

—Es verdad. Bueno pues... buenas noches.

Esperé mientras ella subía y luego fui comprobando las habitaciones una por una, apagando las luces con rabia. Me dije que había hecho lo correcto. Sophie estaba asustada y era vulnerable, y las cosas ya resultaban bastante complicadas de por sí.

Pero no estaba seguro de si estaba enfadado y de mal humor por lo que había estado a punto de suceder o porque no había permitido que sucediese.

Permanecí un buen rato despierto en la cama individual, escuchando el silencio nocturno de la casa y pensando en Sophie. Al final, me quedé dormido, aunque poco después me despertó a medias un ruido procedente de fuera, el chillido agudo de un depredador o de su presa. No volví a oírlo, y cuando el sueño me reclamó, me olvidé del ruido por completo.

XVII

A la mañana siguiente me desperté temprano y bajé las escaleras envuelto en el silencio y el frescor de la casa mientras Sophie seguía durmiendo. Me preparé una taza de té; el cielo se iba iluminando poco a poco, y pensé en las últimas veinticuatro horas. Normalmente, habría encendido la radio para escuchar las noticias o me habría metido en internet, pero no quería molestar a Sophie y la casa no tenía conexión Wi-Fi. En vez de eso, me bebí el té hirviendo sentado a la mesa de la cocina y contemplé el perezoso despertar del día.

El coro matutino de los pájaros me recordó a la lechuza. Después de ponerme el abrigo y las botas, salí de la casa. La niebla se había levantado, aunque todavía había una leve neblina mañanera, en parte lluvia y en parte niebla. Mientras atravesaba andando el césped mojado, vi que la neblina cubría de escarcha las ramas de los manzanos, perlando las telarañas con azogue.

En la ventana del cuarto de estar había una mancha borrosa en el lugar donde la lechuza se había estrellado contra el cristal, pero por lo demás, el único rastro que quedaba del ave eran unas pocas y delicadas plumas claras en el suelo del horno. Puede que se le hubiesen caído a causa del golpe, aunque había otra explicación no tan agradable. Por la zona merodeaban abundantes zorros. Con la puerta del horno entreabierta, el depredador herido fácilmente podría haberse convertido en presa.

Di una vuelta alrededor del horno. Los andamios y los puntales apoyados contra las paredes llevaban allí tanto tiempo que casi podían formar parte natural de la estructura. Algunas secciones de ladrillo habían sido apuntaladas de nuevo con mortero fresco años antes, decenios incluso, a juzgar por su aspecto. Sin embargo, la mayor parte de la edificación parecía a punto de desmoronarse, y supuse que el ladrillo suelto donde Sophie guardaba el duplicado de la llave sólo era uno de tantos. Reformar el horno, por no hablar de conseguir que funcionara de nuevo como ella esperaba, sería una tarea ardua y además, muy cara.

Tendría que vender muchísimas vasijas.

Sin embargo, saltaba a la vista que tenía talento. Las vajillas, los tazones y los jarrones apilados en los estantes eran todos diseños simples pero muy vistosos. Pasé la mano por encima del montículo de arcilla dura del banco de trabajo. Se componía de restos no utilizados que Sophie había juntado y dejado secar, pero incluso eso podría calificarse de pieza de arte abstracto.

Le di una palmadita y regresé a la casa.

Sophie aún no se había levantado, lo cual era buena señal: necesitaba descansar. Sentí hambre y pensé en preparar el desayuno, pero decidí esperarla a ella. Yo era sólo un invitado y no estaba seguro de qué le parecería que me tomase tantas confianzas, como si estuviera en mi casa.

Era tarde cuando la oí moverse en la planta de arriba. Para cuando bajó, yo ya había puesto la tetera a hervir y tenía una taza de té esperando.

—Buenos días —dije, ofreciéndole la taza—. No estaba seguro de si eras de las que prefieren un té o un café a primera hora de la mañana.

Parecía todavía medio dormida y un poco avergonzada. Llevaba un suéter de talla extragrande por encima de los vaqueros, el pelo recogido hacia atrás y todavía húmedo después de la ducha.

—Un té es perfecto. Me reservo mi verdadera dosis de cafeína para cuando ya estoy trabajando. ¿Has dormido bien?

—Estupendamente —mentí—. ¿Cómo te encuentras?

—Aún me duele la mejilla, pero aparte de eso estoy bien.

—¿Ya recuerdas algo de lo que pasó?

—¿Qué? Oh... no, todavía nada. —Se dirigió a la nevera—. ¿Y la lechuga? ¿Todavía sigue ahí?

—No, he ido a mirar antes. Se ha ido.

Ella sonrió.

—¿Lo ves? Ya te dije que estaría bien en el horno.

No le mencioné lo de las plumas en el suelo del horno. Si Sophie quería un final feliz, no sería yo quien se lo estropeará.

—Lo siento, pero no hay pan para tostadas, aunque puedo ofrecerte el beicon y los huevos —dijo, abriendo la nevera—. ¿Revueltos te va bien?

Dije que sí.

—He pensado que me pondré en marcha antes del almuerzo —le dije mientras ella batía los huevos en un bol.

Hizo una pausa, y luego continuó batiendo los huevos.

—¿Es que te vas?

—Ya va siendo hora de que vuelva. La policía tendrá que reactivar de nuevo la búsqueda de las gemelas Bennett ahora que Monk ha estado excavando en el páramo.

Me sorprendía que aún no tuviésemos noticias de la policía. Aunque no hubiesen encontrado a Monk después de que lo viéramos el día anterior, lo lógico habría sido que alguien se hubiese puesto en contacto con nosotros para tomarnos declaración.

—Supongo que sí —dijo Sophie—. Porque, claro, ahora ya nada te retiene aquí, ¿verdad?

Estaba de espaldas a mí. La sartén crepitaba sobre el fogón. El silencio se espesó y se hizo irrespirable.

—Puedo quedarme más tiempo. Si te preocupa quedarte aquí sola, quiero decir.

—¿Por qué? ¿Sólo porque alguien me agredió? —Arrojó las lonchas de beicon sobre la sartén, y la grasa caliente chirrió con un silbido furioso—. Supongo que ya me acostumbraré a la idea. Tampoco tengo mucha elección, ¿verdad que no?

—Probablemente sólo fue un intento de robo que salió mal, como dijo la policía.

—Vaya, pues eso me hace sentir mucho mejor, ¿no? —Clavó un tenedor en el beicon y le dio la vuelta como si él fuera el culpable—. Antes me sentía segura aquí. A pesar de vivir en este rincón perdido, en medio de la nada, ni una sola vez me sentí tan amenazada como cuando vivía en la ciudad. Pero ése es mi problema, no el tuyo.

—Mira, sé cómo te sientes...

—No, no lo sabes.

Vacilé antes de seguir. No era algo de lo que yo hubiera previsto hablar, pero sabía que si Sophie no ponía de su parte para remediarlo, la agresión podría convertirse en un trauma del que nunca se recuperaría.

—Pues la verdad es que sí. Verás, fui apuñalado después de un caso, hará un año. Se volvió para mirarme.

—¿Hablas en serio?

Así que le relaté lo ocurrido en Runa, y cómo Grace Strachan había aparecido en mi puerta meses más tarde, volviendo de entre los muertos para clavarme un cuchillo.

—¿Y no la han detenido? —preguntó Sophie, con los ojos muy abiertos—. ¿Todavía anda suelta por ahí?

—Está en alguna parte. La policía cree que salió del país poco después. Ella y su hermano eran ricos, por lo que probablemente tenía acceso a cuentas bancarias que nadie conoce. Lo más probable es que a estas alturas esté en América del Sur o algún lugar por el estilo.

—¡Eso es terrible!

Me encogí de hombros.

—Mirando el lado positivo, lo más probable es que crea que estoy muerto. Así que no hay razón para que vuelva a intentarlo.

Sentí un supersticioso desasosiego en cuanto hube dicho aquello. «No tientes a la suerte».

Sophie había retirado la sartén del fuego. Se la quedó mirando, preocupada.

—No tenía ni idea. Y ahora yo te he metido en todo esto.

—Tú no me has metido en nada. Y la razón por la que te cuento esto es porque todo apunta a que la agresión es un hecho aislado. Quien lo haya hecho no quería hacerte daño realmente, o si no... Bueno, tendrías algo más que una fractura en la mejilla.

—Supongo. —Se quedó pensativa, pero una sombra aún planeaba sobre su rostro. Desapareció de repente. Volvió a colocar la sartén en el fuego y me lanzó una sonrisa maliciosa—. Bueno, vamos a comernos el desayuno. Luego, antes de que te vayas, puedes enseñarme tu cicatriz.

Pero su buen humor no duró mucho. Volvió a ensimismarse en sus pensamientos, empujando la comida alrededor del plato con indiferencia. Me ofrecí a ayudar a lavar

los platos, pero ella se negó. Tenía la impresión de que quería estar un rato a solas, así que la dejé en la cocina y fui a ducharme y a recoger mis cosas.

Me pregunté si no se acabaría de dar cuenta de que esta vez no iba a formar parte de ninguna operación de búsqueda. Por alguna razón, encontrar las tumbas de Zoe y Lindsey Bennett se había convertido en una cruzada personal para ella, pero Sophie ya no trabajaba como asesora para la policía. A todos los efectos, su participación había terminado en el momento en que encontramos los hoyos excavados por Monk en Black Tor. Ahora la policía se haría cargo y ella no sería más que una espectadora.

Renunciar nunca era fácil.

Llevé mi bolsa abajo. La radio estaba encendida cuando entré en la cocina. Sophie estaba de pie junto al fregadero, con las manos inmóviles en el agua.

—¿Quieres que...? —empecé a decir.

—¡Chiss!

Me hizo callar con un rápido movimiento de la cabeza. Por primera vez presté atención a lo que decían en la radio.

—«... la policía no han dado a conocer la identidad de la víctima, a pesar de que confirman que se trata de una muerte sospechosa. En otro boletín informativo...»

Sophie estaba muy pálida.

—¿Lo has oído?

—Sólo la última parte.

—Se ha cometido un asesinato. No han dicho quién es la víctima, pero está en Torbay. En la zona de Sharkham Point. ¿No es donde...?

Asentí con la cabeza, dándome cuenta de que aún no iba a marcharme después de todo.

Allí era donde vivía Wainwright.

XVIII

Había menos de una hora en coche de Padbury a Sharkham Point. Sophie había insistido en ir hasta allí y yo no había intentado disuadirla. Quería saber quién era la víctima tanto como ella. Había llamado a Terry de inmediato, pero no contestaba al teléfono. No me extrañaba, lo más probable era que hubiesen requerido su presencia en la escena del crimen. Me dije que tal vez no tuviera nada que ver con Wainwright, que ocurrían asesinatos todos los días, y también coincidencias.

Pero no me lo acababa de creer.

Dos días antes, cuando había ido a Torbay con el coche, lucía un sol radiante de otoño y un luminoso cielo azul. En ese momento, en cambio, las nubes grises convertían las extensiones de terreno en un paisaje inhóspito e incoloro. Vimos unos campos mutilados, reducidos a simples rastrojos, o arados con surcos inundados de barro, mientras que las hojas muertas que se aferraban a los árboles desnudos les conferían el aspecto de andrajosos espantapájaros.

Sophie y yo apenas hablamos durante el trayecto: ella lo pasó mirando por la ventanilla, tan absorta en sus pensamientos como yo en los míos. No fue hasta que llegamos a la costa y vimos el abotagamiento del mar a lo lejos, más allá de los acantilados, cuando despertó de su aislamiento. Yo sabía lo que estaba pensando: pronto saldríamos de dudas, para bien o para mal.

Y acto seguido, pasamos por el cartel indicador que anunciaba Sharkham Point. No muy lejos de allí, vimos el efecto estroboscópico de unas luces azules en la carretera.

Sophie se llevó la mano a la garganta.

—¡Oh, Dios! Es la casa de Wainwright, ¿verdad?

Se me hizo un nudo en el estómago.

—Sí.

Un cordón de cinta policial se extendía por la carretera, aleteando al viento. Al otro lado, había varios coches patrulla y remolques estacionados a ambos lados de las puertas, junto con unas pocas furgonetas de prensa y televisión. Una ambulancia aguardaba en el camino de entrada de la casa, pero la ausencia de luces intermitentes o sirenas atestiguaba que ya no había ninguna urgencia.

Aparqué un poco antes del cordón policial.

—¿Qué hacemos? —preguntó Sophie. Su seguridad habitual parecía haberla abandonado por completo.

—Ya estamos aquí. Ahora no tiene sentido que volvamos —dije y salí del coche.

Un fuerte viento soplaba desde los acantilados, a la orilla del mar, imbuido de un leve olor a salitre, contaminado por gases de combustión. Oí el traqueteo de un generador procedente de algún lugar cercano. Un policía con un chaleco reflectante

amarillo se apresuró a bloquearnos el paso cuando nos acercamos.

—El acceso está cortado.

—Lo sé. Me llamo David Hunter. ¿Está el agente Connors aquí? —le pregunté. Nos miró por espacio de unos segundos y luego habló por su radio.

—Tengo aquí a un David Hunter preguntando por...

—El agente Terry Connors —dije cuando me miró para pedirme confirmación.

Lo repitió y esperó. La pausa se hizo eterna y luego se oyó una voz crepitante. Bajó la radio.

—Lo siento.

Sophie se me adelantó.

—¿Quiere eso decir que no está aquí o que no piensa vernos?

El policía le lanzó una mirada glacial.

—Significa que van a tener que irse.

—¿Quién ha muerto? ¿Es el profesor Wainwright o su esposa?

—¿Son parientes?

—No, pero...

—Entonces ya leerán la noticia en los periódicos. Ahora, por última vez: vuelvan al coche.

—Vamos, Sophie —dije, sujetándola del brazo. Conocía suficientemente los entresijos de las operaciones policiales para saber que así no íbamos a conseguir nada.

Ella se zafó de mí y se encaró con el policía.

—Yo no voy a ninguna parte hasta que me digan qué ha pasado.

No sé qué es lo que habría sucedido a continuación, pero justo en ese momento se produjo un torbellino de actividad en el interior de la casa. Un grupo de policías apareció por el camino de entrada capitaneado por un hombre cuyo elegante uniforme y gorra con visera lo distinguían como a un miembro destacado de la jerarquía policial. El uniforme era nuevo, y el pelo y el bigote eran más grises, pero el hielo acerado de sus ojos era el mismo, y las facciones suaves y sin arrugas apenas parecían haber envejecido.

Simms ni siquiera miró en nuestra dirección mientras se encaminaba a un BMW negro sin matrícula oficial, pero sí lo hizo alguien más. Uno de sus acompañantes nos estaba mirando, un hombre de mediana edad, con sobrepeso y alopecia. No fue hasta que vi los dientes prominentes cuando me di cuenta de que era Roper.

Corrió a hablar con su superior. Simms se detuvo, dirigiendo sus ojos claros hacia nosotros. «Ahora es el momento», pensé mientras se acercaba. Roper le seguía a la zaga como un perrito faldero.

El agente que nos había cortado el paso corrió a darle explicaciones.

—Señor, justo estaba...

Simms no le prestó ninguna atención. Sus ojos se posaron sobre Sophie con indiferencia, y sin reconocerla, antes de desplazarse de nuevo hacia mí. Siempre había tenido un aire arrogante, pero ahora era más marcado. Su distintivo lo identificaba como jefe superior de policía, un rango que pocos oficiales del cuerpo lograban alcanzar. No me sorprendió. Si había un hombre nacido para llevar uniforme, ése era Simms.

Roper también parecía haber prosperado. Los trajes arrugados habían sido reemplazados por trajes a medida, y los dientes manchados de nicotina, sometidos a un tratamiento de blanqueamiento artificial. También había engordado, al menos de cintura para arriba. Si bien el torso del agente tenía el aspecto de un hombre bien alimentado, dada su oronda barriga, los pantalones de cintura baja todavía le quedaban demasiado holgados en las esqueléticas piernas.

Ninguno de los dos parecía contento de vernos. Simms llevaba un par de guantes de cuero negro en una mano, y los apretaba y golpeaba con impaciencia contra el muslo.

—El doctor Hunter, ¿no es así? —dijo—. ¿Puedo preguntarle qué hace aquí?

Sophie no me dio oportunidad de responder.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién ha muerto?

Simms la miró un instante y luego se volvió hacia mí de nuevo, con toda la intención.

—Le he preguntado qué hace aquí.

—Hemos oído lo del asesinato y queríamos saber si tiene algo que ver con el profesor Wainwright y su esposa.

—¿Y por qué le interesa, exactamente?

Fuese jefe superior de policía o no, su actitud empezaba a exasperarme.

—Porque creo que Jerome Monk podría haberlos matado.

Roper miró inquieto a Simms. La expresión del jefe de policía no se alteró, pero su mirada era gélida.

—Déjele pasar —le dijo al agente encargado de permitir el paso.

Disimulé mi sorpresa y me agaché para pasar por debajo de la cinta. Sophie se dispuso a hacer lo mismo.

—Sólo el doctor Hunter —dijo Simms.

El policía se puso delante de ella.

—¡Oh, venga ya! —protestó Sophie.

—El doctor Hunter es asesor de la policía. —La mirada desapasionada de Simms se posó por un instante en la mejilla magullada—. Que yo sepa, usted ya no lo es.

Sophie se irguió para encararse con él.

—Te veo luego en el coche —le dije rápidamente, sabiendo que Simms no iba a cambiar de opinión.

Ella me lanzó una mirada furiosa, luego me arrebató las llaves y se dio media vuelta para marcharse carretera abajo.

Simms ya se dirigía hacia la casa, con los lustrados zapatos negros crujiendo sobre el camino de gravilla. Roper echó a andar a mi lado. El viento le tiraba de la escasa cabellera. Todavía abusaba de la loción para después del afeitado, pero como con todo lo demás, ahora usaba una más cara.

—Esto se está convirtiendo en un reencuentro en toda regla, ¿no es así? —Su sonrisa era casi un tic nervioso. Hizo un movimiento con la cabeza señalando a Sophie—. No está muy contenta, por lo que veo. ¿Qué le ha pasado en la cara?

Me sorprendía que no lo supiera, pero lo cierto es que no tenía ni idea de si él y Terry seguían trabajando juntos.

—Alguien entró por la fuerza en su casa y la agredió.

—Necesita colocar mejores cerraduras en la puerta. ¿Cuándo fue eso?

—Hace cuatro días.

La sonrisa abandonó su rostro en cuanto hizo las cuentas: cuatro días era justo después de la fuga de Monk.

—¿Han descubierto quién lo hizo?

No había olvidado la advertencia —o amenaza— de Terry de que yo mismo podía ser un sospechoso. No era un pensamiento demasiado placentero.

—Todavía no. No recuerda qué pasó.

—¿Fue violada?

—No.

—¿Robaron algo?

—No.

Roper lanzó un resoplido, entre divertido e incrédulo.

—Pues menuda suerte, ¿no?

Cambié de tema.

—¿Cuándo ascendieron a Simms a jefe superior de policía?

—Ahora debe de hacer... unos cuatro o cinco años. Alrededor de la misma época en que me nombraron inspector.

Me miró de reojo al decirlo. «¿Roper? ¿Inspector de policía?». Nunca habría dicho que llegaría a ser algo más que un simple agente. Era evidente que pegarse como una lapa a la buena estrella de Simms no le había sentado nada mal a su carrera.

—Enhorabuena —le dije—. ¿Quién es el inspector jefe del caso aquí?

—Steve Naysmith. Es un hombre demasiado ambicioso, no lo nombraron inspector jefe hasta el año pasado. —Por su tono, era evidente que Roper no estaba de acuerdo. Lo interpreté como un punto a favor de Naysmith—. Pero el jefe superior Simms se está tomando un interés muy personal en este asunto. El inspector tiene que

consultarle a él todas las decisiones.

«Y seguro que Naysmith está loco de contento...» pensé con ironía. Aunque lo cierto era que Simms y Wainwright habían sido muy amigos. Seguramente no estaba dispuesto a quedarse al margen de la investigación.

Sobre todo si Monk era el principal sospechoso.

Simms se había detenido a la entrada de la casa, donde habían colocado una mesa de caballete llena de cajas con equipos de protección.

—No contaba con tener que hacer esto otra vez —dijo con irritación, abriendo un paquete cerrado de petos protectores—. No dispongo de mucho tiempo, tengo programada una conferencia de prensa en breve.

«Hay cosas que no cambian nunca». No sabía por qué Simms estaba dispuesto a entrar en la casa de nuevo, pero dudaba que fuese por hacerme un favor a mí. Mientras trataba torpemente de ponerse el peto, pensé que parecía aún más incómodo con él que hacía ocho años, y de repente me di cuenta de por qué. Las facciones suaves eran tan delicadas que únicamente su ropa era la que imprimía carácter a su imagen. Así vestido, todo de blanco, con aquel mono que le cubría todo el cuerpo, parecía un hombre extrañamente sin terminar.

—¿Me necesita para algo más, señor? —preguntó Roper.

Simms ni siquiera lo miró mientras se ponía las fundas protectoras para los zapatos y los guantes.

—Ahora mismo no, pero quédese aquí hasta que el doctor Hunter y yo hayamos terminado.

Sin esperar a ver si yo estaba listo, se metió en el interior de la casa.

La exquisita placidez de la casa que yo recordaba había quedado destrozada. Los agentes de la policía científica, vestidos de blanco, ya estaban recogiendo su instrumental, pero la evidencia de lo ocurrido estaba por todas partes. Todas las superficies estaban recubiertas con una fina capa de polvo para recoger las huellas dactilares, como si la casa llevase años acumulando polvo.

Los cristales de una ventana rota estaban esparcidos por el suelo de parqué entre la tierra desparramada de la maceta volcada de una planta. La casa todavía olía a crisantemos, pero también se percibía un tenue olor a heces y sangre seca, un aroma persistente a muerte violenta.

—El intruso forzó la puerta de la cocina —me explicó Simms, rodeando una hilera de huellas de barro que un agente de la científica estaba fotografiando—. No hizo nada por ocultar sus huellas, como puede ver. También hemos encontrado varias muestras de esputo, que deberían permitir un análisis de ADN.

—¿Esputo?

—Parece que el asesino escupió en el suelo.

Había echado a andar por el pasillo, delante de mí, tapándome la vista. En ese

momento se hizo a un lado y vi a Leonard Wainwright.

La imagen del cadáver del arqueólogo forense era absolutamente turbadora. Vestido con un pijama y un viejo albornoz a rayas, yacía desplomado al pie de las escaleras, entre los restos destrozados de una vitrina de cristal para la vajilla de porcelana. La sangre de los cortes producidos por los cristales rotos estaba ya seca y era muy oscura: había salpicado el suelo alrededor, pero no había una cantidad suficiente para que hubiese muerto desangrado. Tenía la cara tapada por una maraña de pelo gris, a través de la cual se veían sus ojos entreabiertos e inyectados en sangre. Tenía la cabeza vuelta en un ángulo imposible hacia un lado, casi apoyada en el hombro. «Se ha roto el cuello», pensé automáticamente. Por ninguna razón en especial, me sorprendí mirando a los pies descalzos de Wainwright. Eran unos pies callosos y amarillos, y los tobillos que sobresalían de los pantalones del pijama eran los de un anciano, delgados y sin vello.

No habría soportado que alguien lo viera así.

No esperaba encontrar el cadáver todavía allí. No es que no estuviera familiarizado con la escena de un crimen o con las muertes violentas, precisamente, pero aquello era distinto. Apenas cuarenta y ocho horas antes, había estado hablando con Wainwright, y verlo allí, tendido de esa manera en el suelo del pasillo, me pilló desprevenido.

Había una figura diminuta con un mono holgado arrodillada junto al cadáver, tarareando distraídamente para sí mientras realizaba la lectura de un termómetro. La melodía era alegre y familiar: una canción de Gilbert y Sullivan, a pesar de que no recordaba el título. Las manos de guantes blancos eran tan pequeñas como las de un niño, y aunque tenía la cara completamente cubierta por una capucha y una mascarilla, reconocí al instante las gafas de media luna de montura dorada.

—Ya casi está —anunció Pirie sin levantar la vista.

Me sorprendió verlo allí, pues creía que ya se habría jubilado.

—¿Te acuerdas del doctor Hunter, George? —le preguntó Simms.

El patólogo levantó la cabeza. Las cejas le crecían de forma salvaje por encima de las gafas como las patas grises de una araña, aunque su mirada era tan brillante e inteligente como de costumbre.

—Ya lo creo que sí. Un placer, como siempre, doctor Hunter. Aunque en este caso no creía que fuese necesario recurrir a usted.

—Su presencia no tiene carácter oficial —le dijo Simms.

—Ah... De todos modos, si no le importa echar una mano, yo estaría encantado. Recuerdo que usted tuvo la misma cortesía conmigo. Le devolvería el favor con sumo placer.

—Tal vez en otra ocasión. —Le agradecía el ofrecimiento, pero las autopsias no eran mi especialidad—. Creía que a estas alturas ya habrían trasladado el cadáver a la

morgue.

Simms miró hacia abajo, hacia el cuerpo inerte de su amigo, con rostro impassible.

—Tuvimos que esperar a que el doctor Pirie terminara otro trabajo. Para este caso, quería a alguien conocido.

—¿Y la esposa? —le pregunté.

No había señales de Jean Wainwright, y en el boletín informativo sólo habían mencionado una muerte.

—La han ingresado en el hospital. Esperemos que sólo sea por el *shock*, pero no se encontraba demasiado bien, incluso antes de esto.

—¿Así que no ha sufrido ninguna herida?

—Aparte de presenciar el asesinato de su marido, no. La empleada de la limpieza los encontró a los dos esta mañana cuando entró en la casa. Jean estaba... muy confusa. No ha podido decirnos mucho hasta ahora, pero espero que sea capaz de responder a las preguntas después.

—¿Así que no ha dicho quién lo hizo?

—Todavía no.

Pero no creía que hubiese demasiadas dudas. Primero Sophie y ahora Wainwright. Quizá Terry estuviera en lo cierto después de todo...

—¿Ha llegado a alguna conclusión? —le pregunté a Pirie.

El patólogo se quedó pensativo un instante, sosteniendo el termómetro en alto como si fuera una batuta.

—Sólo son primeras impresiones. La lividez y la rigidez post mórtem sugieren que lleva muerto entre ocho y doce horas, y lo mismo indica la temperatura del cuerpo. Eso sitúa la hora de la muerte entre la una y las cinco de la madrugada. Tal como puede ver usted mismo, tiene el cuello roto, lo que en este momento parece ser la causa más probable de la muerte.

—Haría falta mucha fuerza para hacer eso —dije, pensando en cómo Monk había matado al perro policía en el páramo, hacía ocho años.

—Sí, sin duda. Para romper el cuello de un hombre adulto deliberadamente hace falta ser una persona muy fuerte.

—Gracias, George, no te molestaremos más —dijo Simms—. Por favor mantenme informado.

—Por supuesto. —La expresión de Pirie quedaba oculta bajo la mascarilla—. Adiós, doctor Hunter. Y si cambia de opinión, mi oferta sigue en pie.

Le di las gracias, pero Simms ya había echado a andar pasillo abajo. Tan pronto como estuvimos fuera empezó a quitarse el peto, y su uniforme oscuro salió de debajo como un insecto de la crisálida.

—¿Hay otros testigos aparte de Jean Wainwright? —le pregunté, desabrochándome yo también.

—Lamentablemente, no, pero tengo la esperanza de que pueda proporcionarnos un relato detallado muy pronto.

—Pero parece obra de Monk, ¿no cree?

Simms se quitó bruscamente los guantes quirúrgicos y los arrojó a un recipiente grande de plástico ya medio lleno con otros utensilios desechados.

—Eso está por verse. Y le agradecería que no aventurase conjeturas en este momento.

—Pero ya ha oído lo que dijo Pirie sobre la fuerza del asesino. Y escupir en el suelo suena a un signo de desprecio. ¿Quién más podría ser?

—No lo sé, pero por el momento no hay pruebas sólidas que sugieran que Jerome Monk haya tenido algo que ver con esto. —Simms hablaba con ira controlada—. Con un poco de suerte, Jean Wainwright podrá decirnos lo que pasó. Hasta entonces, no pienso tolerar un alarmismo innecesario. Lo último que necesitamos es que la prensa empiece a hacer circular rumores infundados.

—No serían infundados. Es un hecho que Wainwright encabezó el equipo de búsqueda. La prensa no tardará en establecer la conexión entre una cosa y otra.

—Momento en el que esperemos que Monk ya vuelva a estar bajo custodia, así que hasta entonces, o hasta que se demuestre lo contrario, voy a seguir tratando este asunto como haría con cualquier otra investigación por asesinato.

Entonces lo comprendí. Para alguien tan sensible a las cuestiones de imagen y comunicación como Simms, ya era poco menos que una desgracia que Monk hubiese escapado. Lo último que quería era que circularan historias de que el asesino fugado había empezado una especie de *vendetta*. Ésa era exactamente la clase de publicidad de la que un ambicioso jefe de policía podía prescindir.

—Jean Wainwright me llamó hace dos días —dijo Simms—. Me contó que usted había estado aquí, y que Leonard se había alterado mucho con su visita. ¿Le importa decirme de qué se trataba?

Supongo que debería haber previsto que la mujer de Wainwright le hablaría de mi visita.

—Quería hablar con él de Monk. No sabía nada de su enfermedad. Si lo hubiera...

—Jerome Monk no es asunto suyo, doctor Hunter. Y ahora me pone en la embarazosa situación de tener que preguntarle dónde estaba esta madrugada entre la una y las cinco.

Pero esa pregunta ya la esperaba.

—Estaba durmiendo en casa de Sophie Keller. Y no, ella no puede corroborar mi coartada. En cuanto a Jerome Monk, no creerá en serio que no voy a hacer preguntas después de lo que pasó ayer.

—¿De qué está hablando?

—De cuando Monk nos persiguió en el páramo. —Simms me miraba como si estuviera loco. Me quité los guantes y los tiré a la papelera—. Vamos... ¡Terry Connors tiene que habérselo dicho!

Simms se quedó completamente inmóvil. La única señal de emoción en su rostro de cera era la línea apretada de sus labios.

—Terry Connors no participa en esta investigación. Ha sido suspendido.

XIX

Empezó a llover en el trayecto en coche a Black Tor. El agua caía a cántaros, de manera que los limpiaparabrisas trabajaban a toda velocidad para despejar el cristal. Era más temprano que cuando Sophie y yo nos habíamos dirigido hacia allí el día anterior, pero para cuando llegué a la zona abandonada y cubierta de maleza de la mina, el cielo se había oscurecido tanto que parecía casi de noche.

En ese momento, sin embargo, era Roper quien se sentaba en el asiento del pasajero, con su olor a loción aftershave y a cebollas. El plan le fastidiaba tanto como a mí, pero Simms no nos había dejado elección a ninguno de los dos. Me había dicho que Roper sería mi interlocutor oficial en lugar de Naysmith, lo que sugería que no se llevaban demasiado bien. Sophie se había quedado en casa de Wainwright, prestando declaración. O al menos, eso era lo que yo creía, pues no había tenido oportunidad de hablar con ella antes de irnos. Roper me había traído las llaves y me aseguró que alguien se encargaría de llevarla a casa, y luego una procesión de coches había salido hacia Dartmoor.

Delante, los neumáticos del BMW negro del jefe de policía salpicaban con una fina capa de agua las borrosas luces traseras del vehículo. Habían aplazado la conferencia de prensa para que Simms pudiese acompañarnos. Había querido oírlo todo, desde el momento en que Terry se presentó en la puerta de mi casa la mañana de la fuga de Monk. Yo no le había ocultado nada, ni siquiera las cartas de Sophie a Monk. Me sentía culpable por eso, pero la situación había ido demasiado lejos para seguir empecinándose en guardar secretos.

Los ojos azul claro de Simms se habían encendido, pero no fue hasta que le relaté el hallazgo de los hoyos excavados en el páramo el día anterior, y la frenética persecución que siguió después cuando empezaron a llamear con una ira incandescente.

—¡De eso hace veinticuatro horas y me entero ahora! ¡Por Dios santo!

No podía culparlo. Yo mismo todavía estaba intentando asimilarlo. No sólo habían suspendido a Terry de empleo y sueldo, ni siquiera era ya inspector. Simms me había dicho que lo habían degradado a simple oficial de policía el año anterior.

«Terry, ¿a qué demonios estás jugando?». Todavía conservaba la tarjeta que me había dado: «Inspector Terry Connors». Pese a todo, eso explicaba por qué me había dicho que lo llamara al móvil en lugar de a la jefatura. «Nunca estoy allí», había dicho.

Al menos eso era verdad.

En cierto modo, casi podía entender que me hubiese mentido respecto a su rango y su suspensión, pues el orgullo siempre había sido uno de los puntos débiles de Terry. Sin embargo, lo imperdonable era que en lugar de admitir la verdad, había

desperdiciado una oportunidad de oro de capturar a Monk. Y ahora Wainwright había muerto y su asesino seguía suelto.

Y para eso no había vuelta atrás.

A mi lado, Roper reprimió un eructo. Sin demasiado éxito.

—Perdón —murmuró, mostrando los dientes en una sonrisa tímida. Miró hacia el páramo anegado por la lluvia—. Joder, hay que ver cómo llueve... No nos podía haber traído aquí en un día soleado, ¿verdad?

—Ya lo intentaré para la próxima vez.

—Muy buena la ocurrencia —dijo, con una risa burlona. Se quedó mirando la lluvia que golpeaba el parabrisas del coche y suspiró—. Maldito Connors. Esta vez sí que la ha jodido. Y a nosotros.

Sabía reconocer una invitación cuando la oía.

—Simms dijo que lo habían degradado.

—Al muy gilipollas lo pillaron modificando un registro de pruebas. —Sacudió la cabeza con disgusto—. Ni siquiera era nada importante, sólo confundió las fechas. Si lo hubiera reconocido, le habrían echado un simple rapapolvo y eso habría sido todo, pero no, el niño bonito de la Metropolitana no podía admitir que había cometido un error.

No trató de disimular su satisfacción.

—¿Y lo de su suspensión? —le pregunté.

Roper sorbió aire por entre los dientes, como debatiéndose entre decírmelo o no.

—Agredió a una mujer policía.

—¿Qué?

—Nada violento, gracias a Dios. Sólo estaba demasiado cabreado para aceptar un no por respuesta. Típico de Connors, pensaba que era un regalo caído del cielo para las mujeres. Es incapaz de mantener la bragueta cerrada.

Me di cuenta de que estaba apretando el volante con fuerza. «Efectivamente, es incapaz». Me obligué a aflojar la presión.

—¿Así que estaba borracho?

—¿Borracho? Como una cuba, hace años que nunca lo veo sobrio. No me malinterprete, beber una cerveza o dos no tiene nada de malo, yo soy el primero en reconocerlo. —Se palmeó la oronda barriga—. Pero algunas personas pueden controlarlo y otras no. Y Connors no puede. Vivía de prestado incluso antes del golpe que supuso para él ser degradado, y a partir de ahí, todo fue cuesta abajo.

Recordé el tono de Terry al teléfono cuando le había dicho lo de Monk.

—¿Qué va a pasar con él?

—Con suerte, lo expulsarán del cuerpo y ya está, pero podría enfrentarse a cargos criminales por agresión. Maldito idiota. Si yo hubiera tenido las oportunidades que ha tenido él, no las habría desperdiciado, eso seguro. —Era evidente que la lástima que

sentía por él era falsa. Me miró de soslayo—. ¿Cómo es que usted no sabía nada de esto? Creí que eran amigos.

—Nos fuimos distanciando.

—Yo que usted, seguiría así. —Se quedó en silencio. Le oí sorber aire entre los dientes de nuevo. Se detuvo, avergonzado, cuando se dio cuenta de lo que estaba haciendo—. Bueno, cuénteme algo más sobre lo que le sucedió a la señorita Keller.

Le resumí lo sucedido. Roper escuchaba con las manos cruzadas sobre la tripa. Estaba empezando a cambiar de opinión sobre aquel hombre. Terry siempre lo había despreciado, tratándolo como al perro faldero de Simms, pero mi impresión era que Roper podía tener mil y un defectos, pero no tenía un pelo de tonto.

—Así que la policía local cree que fue un robo, ¿eh? —comentó.

—Eso es lo que dicen.

—Seguramente llevan razón. Mujer soltera que vive sola en el campo. Son ganas de meterse en líos, la verdad. ¿Y dice usted que ahora es ceramista? —Sonrió, sacudiendo la cabeza—. Vaya, vaya, vaya...

No teníamos mucho más que decirnos el uno al otro después de eso, pero ya casi habíamos llegado a Black Tor. Había varios coches y una furgoneta de perros esperando al final de la pista cuando llegamos, cerca de donde había aparcado el día anterior, y junto a ellos, un grupo heterogéneo de policías uniformados y detectives de homicidios, con los cuellos de las gabardinas levantados para protegerse de la lluvia. Ninguno de ellos parecía muy contento y algunos estaban fumando un cigarrillo detrás de otro, como si sus vidas dependieran de ello.

Sin embargo, los apagaron apresuradamente y los pisotearon en el suelo en cuanto Simms se bajó del coche, encogiéndose en el interior de un abrigo grueso. Uno de los policías vestidos de paisano se acercó a hablar con él.

—Ese de ahí es Naysmith, el inspector jefe —murmuró Roper cuando nos acercamos.

Naysmith era un hombre de mirada penetrante y de unos cuarenta años, flaco y huesudo. Miró hacia mí, pero Simms no hizo ningún intento de presentarnos. Yo no estaba lo bastante cerca para oír lo que decían, pero Naysmith asintió bruscamente con la cabeza antes de alejarse. Sin tiempo que perder, el grupo se puso manos a la obra mientras se preparaba para adentrarse en el páramo. Unos ladridos quebraron el aire cuando un adiestrador sacó a un pastor alemán de una camioneta y enganchó una cuerda enrollada a su arnés.

Esperaba que tuviera mejor suerte que el anterior.

Roper había ido a hablar con un pequeño grupo de agentes de paisano, por lo que me quedé solo a un lado, sintiéndome fuera de lugar mientras la lluvia me goteaba de la capucha del abrigo.

—Ha pasado mucho tiempo, doctor Hunter.

Me volví a mirar al hombre corpulento que se me había acercado. Llevaba una chaqueta impermeable reflectante y tuve que asomarme a la cara que había dentro de la capucha para reconocer a Jim Lucas, el supervisor en la búsqueda original. Nunca había sido un hombre delgado, y los años transcurridos le habían acentuado el tono rojizo de la nariz y las mejillas, un color que hablaba de trabajo al aire libre o de presión arterial alta.

Sin embargo, su apretón de manos era tan firme como siempre, y sus ojos se arrugaron con la misma calidez que le recordaba.

—No sabía que trabajara en este caso también —le dije, contento de ver una cara amiga.

—Parece ser que tengo que pagar por mis pecados. Lo admito, habría preferido no tener que volver a pisar este lugar dejado de la mano de Dios. —Sus ojos recorrieron el páramo—. Mal asunto lo de Wainwright.

Asentí con la cabeza. No había nada que añadir.

—Cuanto antes volvamos a tener a Monk entre rejas, mejor. He oído que usted y Sophie Keller tuvieron un tropiezo con él ayer.

El recuerdo ya estaba empezando a parecer irreal.

—Eso creo. No lo vimos muy de cerca.

—Si así fuera, no estaría hoy aquí para contarlo. Ninguno de los dos. —Dejó que asimilara sus palabras un segundo y luego sonrió—. ¿Cómo está Sophie últimamente?

—Está bien. —No era el momento de entrar en detalles.

—Lo dejó para hacer vasijas de barro, ¿verdad? Me alegro por ella. Yo me jubilo el próximo año. —Frunció el ceño ante el mal tiempo—. No puedo decir que lo lamente. Me estoy haciendo demasiado viejo para estas cosas. Y el trabajo ha cambiado desde que empecé. Ahora todo es papeleo y burocracia. Hablando de eso...

Miró detrás de mí cuando oyó la voz entrecortada de Simms.

—Cuando esté listo, doctor Hunter.

El superior se había calzado un par de botas de agua nuevas. Las botas le quedaban francamente ridículas con el abrigo a medida y el uniforme, pero no todo el mundo tenía tanta suerte. Vi a Roper mirándose desconsoladamente los zapatos de suela fina mientras echábamos a andar por el camino embarrado. El adiestrador del perro, un hombre moreno con la cabeza afeitada, caminaba unos pasos por delante del resto de nosotros, e iba soltando la cuerda atada al arnés a medida que el pastor alemán olisqueaba el suelo.

—¿Supone la lluvia una dificultad añadida? —le pregunté.

—No, a menos que realmente lo moleste —contestó sin apartar los ojos del perro—. Es la turba lo que va a ser un problema. Absorbe el agua como una esponja, y si la tierra se pone muy cenagosa, no retiene el olor.

—Pues el lugar al que vamos es bastante pantanoso.

Me miró como si hubiera cuestionado la capacidad de su perro.

—Si hay un olor que detectar, lo detectará.

El resto de nosotros esperamos mientras el adiestrador y su perro rastreaban el área donde Monk se había detenido a observarnos mientras Sophie y yo nos alejábamos con el coche. O por lo menos lo más cerca del lugar que yo podía recordar: no encontraron nada y, al final, Naysmith los llamó para que volvieran. Tal vez fuese mi imaginación, pero me pareció ver que lanzaban alguna que otra mirada más bien fría en mi dirección, después de eso. A medida que seguíamos avanzando por el camino, empecé a preguntarme si no habríamos reaccionado exageradamente el día anterior.

«Dios, por favor, que no esté haciendo perder el tiempo a toda esta gente».

A lo lejos, la lluvia oscurecía el montículo achaparrado de Black Tor, de forma que los peñascos hacían honor a su nombre. Abandonamos la pista casi en el punto exacto en el que Sophie y yo nos habíamos desviado el día anterior y emprendimos la caminata por el páramo. Lucas llevaba brújula y un mapa, pero o bien su sentido de la orientación no era tan bueno como el de Sophie o toda la zona se había anegado de agua durante la noche, porque esta vez me parecía mucho más difícil avanzar. Oteé al frente con ansiedad, en busca de cualquier signo de los hoyos, pero el páramo parecía intacto, un mar de verdes grises y marrones que empecé a sentir como si se burlara de mí.

Entonces, al igual que había sucedido el día anterior, el brezo y la hierba en torno a nosotros apareció salpicado de repente de cráteres de barro.

Sentí un alivio irracional: casi había empezado a pensar que no iba a encontrarlos. Todos se detuvieron. El único sonido era el goteo y el golpeteo de la lluvia sobre las chaquetas, y entonces uno de los policías rompió el silencio.

—Menudo pedazo de lunares que tienen por aquí.

Nadie se rió. Naysmith indicó al adiestrador del perro que siguiera adelante. El pastor alemán continuó avanzando en línea recta, con el hocico pegado al suelo. Casi de inmediato, salió corriendo detrás de algo.

—Ha captado un rastro —gritó el adiestrador, pero mientras lo hacía, el animal cambió de dirección y se puso a zigzaguar sin rumbo entre los agujeros—. Está por todas partes.

—Ya sé que alguien ha estado aquí. Quiero saber adónde ha ido —le espetó Simms.

El adiestrador lanzó a Naysmith una mirada inquieta. El inspector asintió.

—Trate de encontrar un rastro que se aleje.

Cuando el adiestrador se alejó, Simms se dirigió al hoyo más próximo.

—Doctor Hunter, ¿puede decirme si ha podido haber algo enterrado en uno de

estos agujeros?

Los agujeros eran demasiado pequeños para haber albergado un cuerpo humano, pero aparte de eso, me era imposible saberlo.

—No. Lo dudo, pero tal vez debería hacer que un perro especializado los revise de todos modos.

—Bueno, parece que las otras tumbas deben de estar por aquí cerca. —Naysmith se agachó junto a uno de los agujeros—. De lo contrario, no tendría mucho sentido que Monk se haya puesto a cavar como un perro por un hueso.

—Ya rastreamos toda la zona la última vez sin éxito —dijo Roper—. Podría haber escondido un alijo de dinero en metálico o algo así. Tiene más sentido que querer desenterrar unos cadáveres que llevan más de ocho años bajo tierra sin que nadie los descubra.

Llevaba parte de razón, pero Simms no opinaba lo mismo.

—Monk no habría enterrado dinero. Eso requiere planificación con vistas al futuro, y el cerebro de Monk no funciona así. No, esto tiene que ver con la localización de las chicas Bennett. Doctor Hunter, ¿dónde estaba Monk la primera vez que lo vio?

Escudriñé el páramo. Sin la espesa niebla, todo se veía diferente y no había puntos de referencia que me ayudasen a señalar dónde había visto la figura por primera vez. Ésa era la especialidad de Sophie, no la mía, pero la sabia decisión de Simms había impedido que ella estuviese con nosotros.

Aun así, estaba razonablemente seguro cuando señalé con el dedo.

—Por ahí. A un centenar de metros de distancia.

La lluvia le goteaba por la visera de la gorra cuando Simms miró con gesto dudoso a la anodina extensión del páramo que acababa de señalarle. No había mucho que ver, ningún *tor* ni montículos grandes donde alguien tan corpulento como Monk pudiera haberse ocultado.

—No puede haber aparecido de la nada. ¿De dónde salió?

—Estaba allí de pie cuando lo vimos. Eso es lo único que puedo decirle.

Simms tamborileó con los dedos enguantados sobre su pierna, como un gato inquieto rascándose la cola.

—Traed al perro —ordenó, y empezó a caminar.

El páramo se iba haciendo cada vez más pantanoso a medida que nos adentrábamos en él, y unas extensiones de barro negro y viscoso formaban unos charcos de agua oleaginosa. Tuvimos que desviarnos varias veces y sortear los lugares demasiado cenagosos, mientras Roper mascullaba sin cesar, deslizándose con sus zapatos de ciudad. En dos ocasiones el perro pareció captar un rastro de olor más bien esquivo, pero en ambas su adiestrador negó con la cabeza después de haberlo perdido otra vez.

No fue hasta que nos acercamos al lugar donde había visto a Monk cuando me di cuenta de que estábamos volviendo sobre nuestros pasos de hacía ocho años. Allí era donde había afirmado que estaban las otras tumbas, antes de que el hallazgo del tejón por parte de Sophie nos distrajese. Estuve a punto de mencionarlo, pero Simms ya se mostraba lo bastante escéptico sin mis comentarios. «No tienes a la suerte».

Me detuve y miré alrededor, tratando de calcular hasta dónde habíamos llegado.

—¿Y bien? —exclamó Simms.

—Fue por aquí en alguna parte, pero es difícil decir dónde con exactitud. —Era incómodamente consciente de que todo el mundo me estaba mirando—. Por ahí, creo.

Aquella zona del páramo no parecía diferente de cualquier otra. Sólo había hierba y brezo, temblando ligeramente con los embates de la lluvia. No había ninguna señal de que alguien hubiese estado allí.

—Usted dijo que los persiguió. ¿Por dónde se fue? —quiso saber Simms.

Traté de recordar la imagen en mi mente, pero no era fácil desde esa nueva perspectiva.

—Para empezar, nos siguió hacia la pista, pero luego acortó camino a través del páramo para interceptarnos en la carretera.

Naysmith hizo una señal al adiestrador del perro.

—A ver si puede encontrar algo.

El adiestrador empezó a dar vueltas con el perro tratando de percibir el rastro de Monk, pero era una labor abocada al fracaso, pues las patas del pastor alemán se hundían sin remedio en el barro negro. El perro se retorció y gemía mientras el adiestrador lo rescataba, pero momentos más tarde quedó de nuevo atrapado.

—Está demasiado húmedo —gritó, guiándolo de nuevo a la extensión de terreno más firme—. Esto es un auténtico barrizal.

—Siga intentándolo —le ordenó Simms.

El rostro del adiestrador dejaba bien claro cuál era su opinión al respecto. Las patas del perro se hincaron profundamente en el barro blando, hundiéndolo hacia abajo. Tuvo que ser rescatado varias veces más, hasta que perro y adiestrador quedaron cubiertos de barro de pies a cabeza y sin aliento. Al final, pareció detectar un rastro en un tramo de tierra firme. Las orejas se le pusieron tensas de repente y se dispuso a seguirlo para, acto seguido, emitir un gemido y retroceder sobre sus pasos.

—¿Y ahora qué? —preguntó Simms mientras el perro estornudaba y se daba zarpazos con la pata en el hocico.

—Es amoníaco —dijo el adiestrador, olfateando con cara de asco. El acre olor químico ya era bastante desagradable para los humanos, conque para el sensible olfato de un perro tenía que ser directamente doloroso. El hombre acarició al pastor alemán y lanzó a Simms una mirada de reproche—. La lluvia ha eliminado parte del rastro, pero alguien nos estaba esperando. Nosotros aquí ya hemos terminado.

Simms parecía a punto de insistir, pero Naysmith intervino entonces.

—Pronto oscurecerá. Podemos traer más perros mañana, organizar una búsqueda en condiciones. Por esta noche, no podemos hacer mucho más.

Se quedó mirando inexpresivamente a su superior mientras éste lo fulminaba con la mirada. Simms se dio unos golpecitos impacientes en el costado antes de asentir a regañadientes.

—Está bien. Pero mañana a primera hora...

—¡Por aquí!

Era Lucas quien había gritado. Mientras el perro se afanaba trabajosamente con el barro, el asesor se había alejado del grupo. Estaba de pie encaramado sobre un montículo bajo, mirando hacia algo que había al otro lado, en la vertiente oculta. Las botas de Simms le golpeaban las piernas mientras echaba a andar hacia él, nosotros siguiéndole detrás.

Por detrás del montículo, el terreno descendía en pendiente, por lo que era más bajo de lo que parecía en un principio. La vertiente oculta estaba camuflada con arbustos de tojo, salvo allí donde las rocas asomaban por entre la vegetación en el talud como el cuero cabelludo de un calvo.

En el interior del ángulo formado por varias rocas apuntaladas entre sí había un agujero completamente negro de menos de un metro de diámetro.

—¡Dios santo! ¿Es una cueva? —preguntó Naysmith.

Lucas estaba estudiando el mapa.

—No hay cuevas en esta parte del páramo. Están todas en la piedra caliza, más lejos, como las de Buckfastleigh. Por aquí es todo granito. —Dobló el mapa—. No, es una galería.

—¿Una qué? —preguntó Simms.

—La entrada de una vieja mina. Éstas eran tierras de minas de estaño hasta hace unos cien años. Minería a pequeña escala, principalmente. La mayoría de los túneles se han rellenado o sellado, pero no todos. Algunos todavía están ahí.

Me acordé de la noria cubierta de vegetación y las instalaciones mineras que había cerca del desvío de Black Tor. Era una parte más del paisaje del páramo. Yo había pasado por delante miles de veces sin llegar a reparar en ella realmente.

O sin pensar en qué podía ocultarse bajo la superficie.

Naysmith se inclinó sobre la abertura.

—Parece profunda. ¿Alguien tiene una linterna? —Hubo murmullos e intercambios de miradas—. ¡Oh, por el amor de Dios, alguien tiene que haber traído una!

—Yo tengo esto. —Un detective de homicidios ofreció tímidamente una linterna pequeña.

Naysmith sacudió la cabeza con impaciencia mientras la cogía. Enfocó con ella la

abertura y miró dentro. Su voz sonaba hueca.

—No se ve nada. Es un túnel muy largo.

—Traed al perro aquí —ordenó Simms.

El adiestrador fruncía la boca con fuerza cuando llevó al pastor alemán allí delante. Su pelaje estaba negro por el barro y unas vaharadas de vapor le emanaban de la lengua, que llevaba colgando, pero ya se había recuperado del amoníaco. Cuando se acercó a la abertura, las orejas se le pusieron tiesas bruscamente. Olfateó las rocas a conciencia y luego se lanzó sobre el agujero abierto. Arañaba la abertura con las patas mientras el adiestrador tiraba de él hacia atrás.

—Está bien, buen chico. —Lo toqueteaba y lo acariciaba mientras miraba a Simms—. No hay más misterio: o salió de este agujero o desapareció por él. O ambas cosas.

Hubo un silencio mientras asimilábamos el significado de aquellas palabras. Roper fue el primero en hablar.

—Bueno, ahora sabemos por qué Monk quería venir hace ocho años. Y por qué es tan escurridizo y se hace tan difícil encontrarlo. —El inspector exhibía su prominente dentadura en una sonrisa que casi parecía un gruñido—. A ese hijo de puta se lo ha tragado la tierra.

XX

Las luces estaban encendidas cuando aparqué delante de la casa de Sophie. Apagué el motor y permanecí en el interior del coche, sentado en la oscuridad y disfrutando de unos insólitos momentos de paz. Había dejado de llover cuando todavía estaba conduciendo, pero aún se acumulaban charcos en la carretera, de tal manera que los neumáticos arrancaban constantes salpicaduras de agua del asfalto.

Recosté la cabeza en el asiento y me tomé un momento para disfrutar de la tranquilidad antes de entrar. No había tenido más remedio que volver. Para empezar, mi bolsa de viaje todavía seguía en la casa, teniendo en cuenta que después de oír la noticia del crimen habíamos salido a toda prisa hacia Sharkham Point, y había olvidado cogerla. Pero además, yo quería ver a Sophie de todos modos: no había tenido oportunidad de hablar con ella desde que nos separamos en casa de Wainwright.

Y habían ocurrido muchas cosas desde entonces.

En el camino de regreso a los coches, Lucas me había dado más información sobre las minas. Naysmith había apostado a dos policías a la entrada de la galería por si Monk reaparecía por allí, a pesar de que no era muy probable. Podían encontrarse restos de las antiguas minas de estaño por todo Dartmoor. No todos los túneles había sobrevivido, y los que sí lo habían hecho no siempre eran seguros, ni para los espeleólogos más expertos. Las entradas más accesibles estaban selladas por medio de puertas y barras de acero, pero todavía jalonaban el páramo galerías como la que habíamos encontrado, cubiertas de maleza y prácticamente invisibles a menos que alguien supiese lo que tenía que buscar.

Y era evidente que Monk lo sabía.

—Sabíamos lo de las minas, pero no las considerábamos una opción seria —me contó Lucas—. Monk era un ser solitario que pasaba mucho tiempo en el páramo, pero que nosotros supiéramos, no tenía ninguna experiencia como espeleólogo, y créame, esas minas son lugares terroríficos. Nadie querría bajar ahí abajo a menos que sepa lo que se hace.

—¿Así que nadie las inspeccionó?

—Sólo lo suficiente para descartarlas. Efectuaron un registro en las más grandes después de la desaparición de las chicas, por si Monk había arrojado allí los cadáveres, pero no nos adentramos mucho, y después de eso sólo hicimos que los perros olfatearan alrededor de las entradas principales. No encontramos nada, así que eso fue todo. —El asesor hinchó sus mejillas de aire—. Si Monk las ha estado utilizando, a saber dónde estará. Algunas de esas minas tienen un par de cientos de años, y apostaría a que no todas las antiguas galerías figuran en los mapas. Monk podría bajar por un agujero y reaparecer en la superficie Dios sabe dónde.

Era una posibilidad inquietante.

—¿Hay minas cerca de Padbury?

—¿Padbury?

—Ahí es donde vive Sophie.

—Echemos un vistazo, ¿de acuerdo? —Lucas desplegó el mapa, recorriendo el trazado de la zona con el dedo rechoncho mientras lo consultaba—. No hay nada cerca de allí. Lo más cercano sería la mina de Cutter's Wheal, a unos cinco kilómetros de distancia, pero está clausurada.

Me alegré de eso, al menos. Cerré el coche, abrí la puerta chirriante y eché a andar por el sendero de entrada a la casa. Después de la lluvia el aire era fresco y olía a tierra, perfumado con el aroma a hierba mojada. La luz de las ventanas hacía que, en comparación, el horno contiguo pareciera más oscuro. Me detuve en la puerta, respiré hondo y acto seguido, llamé.

No hubo respuesta durante unos instantes, pero justo cuando estaba a punto de intentarlo de nuevo oí como alguien accionaba los cerrojos desde dentro. Se abrió la puerta, con su cadena de seguridad recién instalada, y Sophie se asomó por la rendija. No dijo nada. Cerró la puerta y luego oí ruido metálico mientras quitaba la cadena y abría la puerta de nuevo.

Sin decir una palabra, se volvió por el pasillo. Oí el ruido que hacía al trocear las verduras mientras cerraba la puerta y echaba el cerrojo de nuevo. «Esto no pinta bien».

Me quité las botas llenas de barro y colgué el abrigo antes de seguirla a la cocina.

Ella estaba de espaldas a mí, la melena tapándole la cara. El cuchillo repiqueteaba sobre la tabla de cortar.

—Roper dijo que alguien te llevaría a casa —dije.

Sophie respondió sin volverse.

—Y lo hicieron. Hace unas dos horas.

—¿Cómo te fue? La declaración.

—Como cabía esperar.

La línea de su espalda estaba rígida e inflexible. Traspasó las zanahorias cortadas a una cacerola y comenzó a cortar las patatas.

Respiré hondo.

—Oye, lo siento. Le conté a Simms lo de tus cartas a Monk. No tenía otra opción.

—Lo sé.

Lo dijo con indiferencia absoluta, cuando yo había estado preparándome para una reacción mucho más hostil.

—No estaba seguro de cómo te sentaría.

—Yo misma se lo conté a la policía también. No soy idiota, sabía que no podía mantener el secreto. Incluso les imprimí copias del ordenador.

—Entonces ¿estás bien?

—¿Por qué no habría de estarlo? No es ilegal escribir cartas a alguien. Ni siquiera a Monk.

No se volvió a mirarme. El cuchillo seguía su movimiento ascendente y descendente, un *staccato* sobre la tabla de madera.

—Entonces ¿qué te pasa?

—¿Que qué me pasa? —Dio un golpe con el cuchillo en la superficie de la mesa—. Que se me llevaron como si fuera... ¡como si fuera una delincuente! ¡Nadie me decía nada! Ni siquiera sabía que te habías ido hasta que una agente con cara de pocos amigos me dijo que me iba a llevar a casa. ¡Me sentí como una inútil!

—Lo siento.

Lanzó un suspiro y sacudió la cabeza.

—No, si ya sé que no es culpa tuya. Primero fue el *shock* por el asesinato de Wainwright, y luego... luego fue como si me cerraran la puerta en las narices. En realidad, es la primera vez que me dejan bien clarito que ya no soy asesora del cuerpo, que sólo soy una civil. ¡Detesto que me dejen al margen! Pero no debería tomarla contigo.

—No te preocupes por eso. Ha sido un día difícil para todos.

—Eso no es excusa. —Apoyó la mano en mi brazo y de repente hubo un chispazo de tensión entre los dos, que se rompió cuando Sophie bajó la mano y volvió de inmediato a la superficie de trabajo—. ¿Qué pasó después de que me fuera?

Le conté lo de Wainwright, y lo de la galería que habíamos descubierto.

—La policía enviará a un equipo de espeleólogos, pero Lucas no cree que Monk siga allí. Teniendo en cuenta que lo vimos ayer, se habrá dado cuenta de que encontraríamos la mina.

O al menos, esa mina. A tenor de lo que Lucas había dicho, había muchísimas más.

—Así que por eso dijo que nos llevaría a las tumbas. Sólo quería estar cerca de la mina para poder escapar. —Hablaba con amargura—. Dios, verdaderamente, hice un ridículo espantoso, ¿no?

—No podías saberlo. Y hay algo más. —Le conté lo de Terry.

—¿Lo han suspendido de empleo? —Sophie me miraba atónita—. No tenía ni idea.

—No tenías por qué saberlo. Por lo que parece, él mismo se niega a creerlo. Tiene un problema con la bebida y su carrera está a punto de irse a pique. Simms quiere que si volvemos a tener noticias de él se lo digamos a Roper, pero después de lo que le pasó a Wainwright, no creo que se atreva.

—No creerás...

—¿El qué?

—Nada. No importa.

Pero adiviné lo que había estado a punto de decir.

—¿Te estás preguntando si Terry puede haber tenido algo que ver con lo de Wainwright?

—Sé que es absurdo, pero teniendo en cuenta todo lo que ha hecho... —Parecía asustada.

—No, eso es imposible. Admito que Terry quizá haya perdido el norte, pero no puede tener ningún motivo para hacer algo así. Tal vez Simms no quiera admitirlo, pero no creo que haya ninguna duda de que ha sido Monk.

«¿Estás seguro?». Ya no podía seguir fingiendo que sabía de lo que Terry era capaz, pero la brutalidad de la muerte de Wainwright, incluso el esputo que había dejado desdeñosamente en el suelo, llevaba el sello característico del recluso.

Lo que me llevaba a otro problema.

Respiré hondo.

—Creo que deberías reconsiderar la opción de alojarte en otro lugar hasta que todo esto haya terminado.

Sophie torció la boca con una mueca tozuda.

—Esto ya lo hemos hablado.

—Eso fue antes de que Wainwright fuera asesinado.

—Todavía no sabemos a ciencia cierta que el asesino sea Monk, y aunque lo fuera, ¿por qué iba a querer hacerme daño? Yo no le he hecho nada.

«No tienes por qué haberle hecho nada. Eres una mujer atractiva». Para ser una especialista en comportamiento, podía ser muy obtusa cuando le convenía.

—Y el único delito de Leonard Wainwright fue insultarlo hace ocho años, pero ahora está muerto —dije, haciendo un esfuerzo por no perder la paciencia—. No sabemos qué es lo que impulsa a Monk. Quizá Terry tiene razón y va por los miembros del equipo de búsqueda original, pero aunque no fuera así, llamaste su atención comunicándote por carta con él. No vale la pena correr el riesgo.

Todavía tenía miedo, eso saltaba a la vista, pero había alzado la barbilla en una clara actitud desafiante que ya me resultaba familiar.

—Es mi decisión.

—Sophie...

—Esta tarde le he dicho a la policía exactamente lo mismo, que puedo cuidar de mí misma. Nadie te está pidiendo que te quedes.

Dios, qué mujer tan exasperante... Por un momento, sentí la tentación de hacerle caso. Ya tenía la bolsa preparada, y no me hacía ilusiones respecto a mis posibilidades si a Monk le daba por aparecer por allí, pero sabía que no iba a dejarla sola. No porque fuera una mujer atractiva, ni siquiera porque era muy consciente de la chispa que había entre nosotros. No, tenía una razón mucho más sencilla que todo

eso: tenemos que ser capaces de vivir con nosotros mismos.

Suspiré.

—No pienso irme a ninguna parte.

Me lanzó una sonrisa cansada.

—Gracias.

—Pero prométeme que lo pensarás, al menos.

—Te lo prometo —dijo, y me vi obligado a conformarme con eso.

La cena consistió en un curry de verduras, con los escasos ingredientes que pudimos rescatar de la despensa y la nevera de Sophie, y transcurrió en el ambiente apagado que cabía esperar de la situación. Yo era muy consciente de lo aislados que estábamos y, a pesar de su bravuconería, creo que Sophie también. Los últimos días le habían pasado factura. Ella insistía en que el dolor de cabeza que había mencionado se debía a los nervios, pero parecía agotada. Cuando le dije que ya me encargaría yo de recoger mientras ella se iba a la cama, no opuso demasiada resistencia.

—Si estás seguro... Sírvelo lo que quieras. Hay coñac y whisky en la sala de estar.

Yo también estaba cansado, pero sabía que si me iba a la cama, sólo conseguiría desvelarme, y oíría hasta el último crujido de la vieja casa. Cuando Sophie hubo subido, lavé y sequé los platos, y luego fui en busca de una copa. El whisky era de una marca cualquiera, pero el coñac resultó ser un armañac de quince años cuya botella estaba prácticamente sin empezar.

Me serví una copa generosa, eché otro leño en la chimenea y me desplomé de nuevo en el sofá. Pensé en encender el televisor para ver las noticias, pero dudaba que hubiese alguna novedad sobre la investigación que no supiera ya.

En lugar de eso, permanecí sentado en silencio, mirando fijamente las llamas y escuchando su discreto crepitar. Incluso sin ella, la presencia de Sophie inundaba la habitación. Sus piezas de cerámica acaparaban la mesa baja, con un par de jarrones grandes en el suelo, y tanto los muebles de pino sin tratar como las alfombras destilaban el mismo estilo sin pretensiones del que ella misma hacía gala. Percibí un leve rastro de su perfume en los cojines. Me bebí el armañac, dándole vueltas de nuevo a su tozudez...

El timbre del teléfono me despertó. Me levanté de golpe y dejé la copa a un lado. El supletorio estaba en un mueble con cajones, y lo descolgué antes de que pudiera sonar de nuevo, consultando la hora. Las dos y media de la madrugada.

Nadie llamaba a esas horas para dar buenas noticias.

—¿Diga?

No hubo respuesta. «Anda y que...» pensé, irritado. Cuando estaba a punto de colgar, oí un ruido en la línea. Nasal y trabajoso, era el jadeo de la respiración de

alguien.

De repente supe quién había al otro extremo: Monk. Se me erizó el vello de los brazos. Acerté a encontrar mi voz.

—¿Qué quieres?

Nada. Seguí oyendo la misma respiración. El momento se eternizó en el tiempo y luego se oyó un suave clic cuando se cortó la conexión.

En ese instante me di cuenta de que había estado conteniendo la respiración. Colgué el auricular. En la casa no se oía ningún ruido: había contestado al teléfono antes de que pudiera despertar a Sophie. Corrí a la cocina para buscar lápiz y papel en los cajones antes de mirar en el visor del aparato el número desde el que había llamado y anotarlo.

Por el código, parecía un teléfono fijo local. Me quedé mirando el pedazo de papel, recuperándome lentamente de la inyección de adrenalina. Aturdido, llamé a Roper y le dejé un mensaje en el buzón de voz. No tenía ninguna prueba de que fuese Monk, y una llamada telefónica anónima no iba a impresionarlo.

Pero yo lo sabía.

Me aseguré de que la puerta seguía cerrada con el cerrojo y luego fui de habitación en habitación para comprobar las ventanas. Parecían viejas y endebles. Los marcos de madera no iban a disuadir a nadie que tuviese intención de entrar, pero al menos oiría el ruido si entraba por allí. Volví a la sala de estar y avivé las brasas de la estufa antes de añadir más leña. Mientras las llamas la envolvían, cerré la puerta de la estufa y dejé el atizador al alcance de la mano.

Entonces me dispuse a esperar que amaneciera un nuevo día.

XXI

A pesar de que le había dejado un mensaje a Roper, en otras circunstancias no habría sido él mi primera elección, pero no tenía el número de móvil de Naysmith, y dudaba que el inspector jefe fuese a estar sentado a su escritorio en plena noche.

Esperé hasta una hora razonable antes de tratar de localizarlo, pero sólo conseguí que transfiriesen mi llamada a otro servicio de contestador. Le expliqué brevemente lo sucedido y le di el número de Sophie en lugar de confiar en la deficiente cobertura del móvil.

Después de haber hecho todo cuanto estaba en mi mano, me empleé a fondo en tratar de despertarme. Pese a mis mejores intenciones, me había quedado dormido en el sofá cuando el coro de pájaros empezó a cantar al otro lado de la puerta. La hora de descanso inquieto me había dejado medio atontado y con un calambre en el cuello. Dejando dormir a Sophie, me puse bajo el chorro de agua caliente de la ducha hasta que empecé a sentirme un poco más humano.

Cuando bajé, ella ya estaba en la cocina, envuelta en un grueso albornoz de rizo de algodón.

—Buenos días. Hoy ya sólo nos quedan cereales. De verdad, tengo que ir a hacer la compra luego, más tarde.

—Los cereales están bien.

Se frotó los ojos.

—Dios, estoy destrozada... Y apuesto a que también tengo pinta de estarlo.

Yo estaba pensando justo lo contrario. Incluso con el pelo alborotado por el sueño y el albornoz anudado de cualquier manera, había algo en ella que le daba un aire entre armonioso y natural. Me pilló mirándola.

—¿Qué pasa? —preguntó, sonriendo.

El brusco timbre del teléfono me trajo de vuelta a la realidad como un cubo de agua helada. «Maldita sea...» Esperaba poder contarle a Sophie lo de la llamada anónima antes de que Roper o Naysmith llamaran.

—Podría ser para mí —dije rápidamente, pero ella ya se me había adelantado.

—Sí... Ah... —Hizo una mueca de disgusto y me miró para articular «Roper» en voz baja—. Sí, está aquí. Un segundo.

Me lanzó una mirada inquisitiva cuando me pasó el auricular. Su presencia a mi lado mientras le hablaba a Roper sobre la llamada telefónica me incomodaba profundamente.

—¿Qué le hace pensar que era Monk? —me preguntó él.

—El hecho de que no hablara, para empezar. La gente suele pedir disculpas si llaman a un número equivocado, y además... —Me interrumpí, mirando a Sophie.

—¿Y además? —me insistió Roper.

«Oh, mierda...» Percibí como Sophie me perforaba con la mirada.

—Sólo fue una impresión, pero yo diría que estaba... sorprendido. Como si no esperara que yo fuese a contestarle.

—¿Y ha deducido todo eso de una llamada en la que el otro no ha dicho una sola palabra? —Captaba el escepticismo en su voz, pero había tenido mucho tiempo para pensarlo mientras esperaba que amaneciera—. ¿Cómo sabe siquiera que era un hombre quien había al otro extremo?

—La respiración era demasiado profunda para ser la de una mujer. Y le oía resollar, como si se hubiese quedado sin aliento o fuese asmático.

—Conque resollando, ¿eh? ¿Está seguro de que no era una simple llamada telefónica de ésas... algún perverso?

Apreté el aparato con fuerza.

—Monk estaba sufriendo un amago de infarto cuando se escapó. Tal vez no estuviera fingiendo.

Me parecía increíble que ni siquiera alguien tan fuerte como Monk pudiese haber escapado si el infarto había sido real, pero algo debía de haber convencido a los médicos de la prisión. Oí un ruido extraño al otro lado de la línea mientras Roper meditaba sobre mis palabras: se estaba golpeando los dientes con un lápiz.

—Supongo que no estaría de más comprobar el número —apuntó—. ¿Sabe qué le digo? Ahora mismo saldré para allá y le tomaré declaración yo mismo.

—No se moleste —le dije, con el estómago encogido.

Roper soltó su risa nasal.

—No, si no es ninguna molestia, doctor Hunter. Estoy por la zona. Y el jefe quiere que les eche un ojo a usted y a la señorita Keller.

Lo cual podía interpretarse de dos maneras distintas, pensé al colgar el teléfono. Sophie me miraba furiosa, con los brazos en jarras.

—¿Monk llamó aquí por teléfono? ¿Y no me has dicho nada?

—Fue en plena noche. No quería molestarte.

—¿Y no crees que me habría gustado saberlo?

Yo también estaba a punto de perder los nervios.

—¡Muy bien! ¡Si vuelve a llamar, le diré que se espere un momento mientras voy a buscarte!

—¡Sabes muy bien lo que quiero decir! ¡Ésta es mi casa, y no necesito protección!

—No estaba... —Pero me contuve: no tenía sentido discutir—. Mira, lo siento. Estaba a punto de decírtelo cuando ha llamado Roper. Y lo de que fuera Monk sólo es una suposición.

—Dios... —Se pasó las manos por el pelo, angustiada—. ¿Podría haber sido Terry Connors?

—No lo creo. Si era Terry ¿por qué no dijo nada?

—¿Y por qué actúa de esa manera? —dijo con voz débil, frotándose la sien. Hizo un conato de sonrisa—. Terry Connors o Jerome Monk. Difícil elección...

—Y aún hay más buenas noticias. Roper va a venir más tarde.

Sophie me miró y luego se echó a reír.

—Muy bien, pues ahora, sólo por eso, te encargas tú de hacer el desayuno.

Roper llegó a media mañana. Estábamos en el horno, pues Sophie había decidido que tenía que trabajar.

—Llevo un montón de días sin hacer nada. Se supone que a finales de mes debo haber terminado un pedido para un restaurante.

Vi cómo Sophie ponía en marcha el torno de alfarero. Llevaba un mono de trabajo de hombre, desgastado y manchado de barro. Manejaba el torno con manos fuertes y habilidosas, manipulando la arcilla con tanta facilidad que parecía que aquél formaba figuras por voluntad propia.

—¿Quieres probarlo? —preguntó.

—No, gracias.

—¡Cobarde!

Recortó los bordes sueltos de la orilla del plato que acababa de moldear y los arrojó sobre la bola grande de arcilla que había en el banco de trabajo.

—¿Qué es eso? —le pregunté.

—¿Esto? —Soltó una risa avergonzada y alisó la porción de arcilla que acababa de añadir con el pulgar—. Nada. Sólo una mala costumbre. Antes solía tirar todos los restos a un contenedor, pero luego empezó a darme pereza, y la cosa ha ido creciendo, supongo. Pero me gusta bastante. No intenta ser nada en especial, y se transforma constantemente. Además, es terapéutico.

Golpeó la masa de arcilla con la palma de la mano y luego se limpió las manos en un trapo que había colgado en el extremo de uno de los postes del andamio.

—Bueno, y ahora tengo que adelantar un poco el trabajo.

Capté la indirecta, la dejé en el horno y volví a salir al jardín. Una fina capa de niebla y llovizna flotaba en el aire. Atajé por la hierba húmeda para dirigirme al pequeño huerto. Los árboles tenían los troncos nudosos y eran muy viejos, probablemente tanto como la propia casa. Había una o dos frutas arrugadas colgando aún, como adornos de Navidad olvidados en aquellas ramas desnudas, olvidados y abandonados. Debajo, la hierba estaba salpicada de manzanas caídas, que endulzaban el aire con el aroma a sidra de su podredumbre.

El zumbido lejano de un motor de coche quebró la quietud. Esperé a que apareciera a medida que el ruido se iba haciendo cada vez más fuerte, un sonido engañoso en la niebla. Un destello de gris apareció por entre los setos calle arriba, y

acto seguido, el coche ya estaba aparcando al fondo del jardín.

Roper salió del vehículo retorciéndose por detrás del volante, lanzando un gruñido.

—Creía que no iba a llegar nunca —rezongó, abriendo la puerta de fuera—. No es un lugar fácil de encontrar, ¿verdad?

—Creía que había dicho que estaba por la zona.

Desnudó sus dientes en una sonrisa, pero ya estaba recorriendo con los ojos la casa y los alrededores.

—Relativamente, doctor Hunter. ¿Dónde está la señorita Keller? ¿O debería decir Trask, ahora?

Hice caso omiso del tono burlón.

—En el horno.

Examinó con aire dubitativo el andamio oxidado que sobresalía de la vieja construcción de ladrillo.

—¿Es seguro?

—Siempre y cuando no estornude.

Nos dirigimos hacia la entrada, pero Sophie salió antes de que la alcanzáramos, secándose las manos en el paño.

—Buenas tardes, señorita Keller —la saludó Roper, mirando por detrás de ella hacia el horno—. Tiene aquí montado un lugar de trabajo interesante.

Cerró la puerta mal ajustada a su espalda, impidiendo que siguiera curioseando con la mirada.

—Ahora mismo estoy ocupada. ¿Es sólo con David con quien tiene que hablar?

—En realidad, con los dos. —La sonrisa de Roper se esfumó—. Ha habido novedades.

Deduje que la visita no se debía únicamente a la llamada telefónica.

—¿Qué ha pasado?

El inspector parecía incómodo.

—La esposa de Wainwright nos ha proporcionado una descripción del hombre que mató a su marido. Fue Monk.

—¡No pienso irme de aquí!

Sophie estaba en la cocina, con los brazos cruzados. Todavía llevaba el mono de trabajo, y había tres tazas vacías junto a ella esperando el agua de la tetera. No creía que alguien fuese a llenarlas hasta al cabo de un buen rato, pero ése era ahora el menor de nuestros problemas.

Roper tenía la expresión tenaz de un hombre al límite de sus fuerzas.

—Sólo serán unos días. Podrá regresar en cuanto Monk vuelva a estar bajo custodia.

—La última vez tardaron tres meses en atraparlo —repuso Sophie—. Si creen que voy a poner mi vida en suspenso hasta que eso pase, ya pueden irlo olvidando.

Roper parecía tentado de estrangularla con sus propias manos, y por una vez, no podía culparlo del todo. Jean Wainwright se había recuperado suficientemente del *shock* para contar lo sucedido. Se había despertado en plena noche por culpa de un alboroto en el interior de la casa. Ella y su marido dormían en habitaciones separadas, la clase de información de carácter personal que imaginaba que ella odiaría tener que revelar. Pensando que su marido estaba deambulando por la casa, algo que muchos enfermos de demencia eran propensos a hacer, se había puesto una bata y salido al descansillo. Había encendido la luz y se había encontrado a Wainwright tirado en el suelo al pie de las escaleras, entre los añicos de la vitrina de la vajilla.

De pie, a su lado, estaba Monk.

La mujer se había desmayado y todavía seguía semiinconsciente cuando llegó la empleada de la limpieza. Los resultados preliminares de las pruebas forenses corroboraban su historia. Las huellas dactilares de Monk estaban por toda la casa, y el ADN del esputo hallado en el suelo también coincidía con el del recluso. Era difícil interpretar aquello como otra cosa que no fuera una clara declaración de desprecio. Monk no había hecho ningún intento por tapar sus huellas.

Había ido más allá de eso.

Nada de lo ocurrido hubiera involucrado a Sophie, salvo por la llamada anónima a su casa. Había sido realizada desde una solitaria cabina telefónica de las afueras de Princetown, un pequeño pueblo rodeado de páramos abiertos y de una elevación considerable. También era la ubicación de la cárcel de Dartmoor, donde Monk había pasado los primeros años de su condena. Eso podría calificarse de coincidencia, pero había una razón más convincente por la que podría haberle interesado aquella ubicación.

En las inmediaciones había una vieja mina de estaño.

El equipo de espeleólogos que había bajado por la galería había informado de que, al igual que ocurría en la mina más grande de Black Tor, estaba completamente inundada y era intransitable después de las últimas lluvias. Aun así, todavía había que inspeccionarla.

—No me sorprendería que el cabrón hubiese hecho la llamada desde allí deliberadamente, sabiendo que perderíamos el tiempo. Nos engañó para que lo sacáramos al páramo para buscar las tumbas, por lo que no es tan estúpido como parece —dijo Roper—. Aunque sólo puede bajar a un número muy reducido de minas, y ahora que sabemos lo que se propone, se está escondiendo para nada. Atraparlo es sólo cuestión de tiempo. La pregunta es cuánto daño puede hacer antes de que eso suceda.

Y ésa era la verdadera razón de su visita. Después de lo que le había ocurrido a

Wainwright, se estaban tomando en serio el intento de Monk de ponerse en contacto con Sophie. Tan en serio que Simms lo había organizado todo para que Sophie se alojara en una casa segura de la policía. O tal vez era más preciso decir que lo había ordenado, directamente.

A partir de ahí, la conversación había ido de mal en peor.

—No recomendamos estas cosas por gusto —insistió Roper—. Es por su propio bien.

—Ya decidiré yo qué es lo que más me conviene, por mi propio bien, gracias. No pienso ir a ninguna maldita casa refugio por culpa de una... de una estúpida llamada telefónica sin que nadie sepa siquiera con certeza si fue de Monk o no. ¡Ésta es mi casa!

—Pues eso no impidió que alguien se presentara aquí como si tal cosa y la dejara inconsciente hace unos días. —Roper levantó las cejas con simulada actitud interrogadora—. Por cierto, supongo que todavía no ha conseguido recordar nada de lo que pasó ese día, ¿verdad que no?

Sophie se llevó la mano involuntariamente hacia el moretón en la cara y luego la bajó.

—¿No cree que se lo habría dicho si lo hubiera hecho? Además, Monk no tuvo nada que ver en eso. La policía dijo que era un robo.

—Sí, eso tengo entendido. Sólo que no ha denunciado que le hayan robado, ¿a que no?

Sophie abrió la boca y luego la cerró.

—Sólo me faltaba algo de dinero que había dejado ahí a la vista y algunas joyas baratas. No me pareció que valiese la pena presentar una denuncia por ello.

Eso era nuevo para mí, no me había dicho que le faltara nada. Roper la miró fijamente un momento.

—Mire, amiga mía...

—¡No soy su «amiga»! Y no voy a irme. No puede esperar que lo deje todo así como así, ¡tengo que ocuparme de mi negocio!

—Debería haber pensado en eso antes de escoger a un asesino como amigo por correspondencia —le espetó Roper—. Para alguien como Monk, eso equivale a una invitación en toda regla.

Sophie se cruzó de brazos.

—No pienso irme.

Roper suspiró y me miró como diciendo, «¿Y bien?».

—Tiene razón —le dije a ella—. No tiene por qué ser una casa de seguridad. Como he dicho, podemos ir a un hotel unos pocos días. O podrías quedarte con tu hermana...

Eso fue un error.

—¡No! Ni hablar.

—Sólo sería por...

—No. Prefiero enfrentarme a Monk. —Se volvió hacia Roper—. Siento que haya hecho el viaje en vano. Y ahora, si no le importa, tengo cosas que hacer.

Sophie salió como un torbellino por la puerta y Roper la siguió con la mirada.

—Bueno, pues nada, ya está.

—¿No puede hacer nada más? —le pregunté.

Se tiró del labio con frustración.

—Supongo que podría hacer que le instalasen un botón de alarma, aunque no es que vaya a servir de mucho, teniendo en cuenta el tiempo que tardaría en llegar el equipo de respuesta.

—¿Y no podría enviar a algunos agentes para labores de protección y vigilancia de la casa?

—No somos un servicio de seguridad privada. Ya le hemos ofrecido una casa de seguridad, pero si se empeña en esconder la cabeza como el avestruz, allá ella. —Se puso en pie, negando con la cabeza—. Al jefe no le va a gustar nada.

—Le gustará aún menos si Monk hace daño a alguien más.

Roper me lanzó una mirada afilada.

—Estoy seguro de que lo tendrá usted en consideración, doctor Hunter.

Lo acompañé a la puerta y, tras verlo alejarse con el coche, me puse el abrigo y me dirigí al horno. El zumbido del torno de alfarero se oía ya desde la puerta. Sophie estaba sentada detrás, absorta en moldear un cuenco a partir de un pedazo de arcilla húmeda.

—No voy a cambiar de idea —dijo, sin levantar la vista.

—Lo sé. Sólo quería ver si estabas bien.

—Estoy bien.

El cuenco del torno era desigual, pero no parecía darse cuenta.

—No me habías dicho nada de que hubieses echado en falta dinero y joyas.

—No era nada de valor. No valía la pena ni mencionarlo.

Esperé. Seguía manteniendo la atención en el torno.

—Si hay algo que quieras decirme...

—Sólo necesito estar a solas un rato, ¿de acuerdo?

El cuenco había empezado a tambalearse y deformarse. Ya era una pieza irreparable, pero Sophie seguía insistiendo como si, por arte de magia, fuese a arreglarse sola. Sin saber qué más decir, me fui. El aire húmedo y brumoso se quedó atrapado en mi garganta mientras me dirigía de vuelta a la casa.

No entendía por qué Sophie se mostraba tan testaruda, aunque lo cierto era que, en el fondo, no la conocía. «Entonces ¿por qué te quedas aquí? ¿Sólo por ella?». Eso era así en parte, a pesar de que también había otra razón, una que llevaba

hostigándome desde que me había enterado de la fuga de Monk, tal vez incluso más tiempo, algo que había permanecido latente en mi interior, pero que se remontaba a ocho años atrás, a la búsqueda infructuosa del páramo: quería respuestas.

Acababa de llegar a la casa cuando un sonido del móvil me anunció la llegada de un mensaje de texto. La cobertura en aquella zona era poco fiable, sujeta a los caprichos del clima y la geología, pero al parecer, había conseguido recibir algo. Lo saqué y vi que, efectivamente, había recibido un SMS. Era breve e iba al grano.

«Trencherman's Arms, 14.00 horas».

Era de Terry.

XXII

A medida que me aproximaba a la elevación del terreno de las inmediaciones de Oldwich, la niebla se fue diluyendo, pero acaso para compensar, la llovizna se tornó aguacero. Era el tipo de lluvia monótona que parecía que iba a durar siempre, transformando el páramo en un paisaje sin vida bajo el cielo incesantemente gris.

El aparcamiento del Trencherman's Arms estaba vacío salvo por otro coche más. No sabía si era el de Terry o no, pero la pintura sucia y el interior lleno de basura y desperdicios me hicieron dudar. Aunque el Mitsubishi amarillo debía de pertenecer ya al pasado, Terry siempre había sido tan exigente con el aspecto de su coche como con el suyo propio.

Sin embargo, cuando entré en el bar y vi que él era el único cliente me di cuenta de que el coche debía de ser suyo, al fin y al cabo. Estaba sentado a una mesa apartada en un rincón. Llevaba la ropa arrugada y andrajosa, e incluso desde el otro lado de la sala se veía el rostro descuidado y sin afeitar. Se quedó mirando el vaso de cerveza medio vacío, con una expresión en la cara que no le había visto antes. Una expresión que no asociaba con Terry.

Parecía perdido.

Entonces se percató de mi presencia y la expresión se esfumó. Irguió los hombros cuando me acerqué. Se recostó hacia atrás, mirándome con algo más parecido a su antigua arrogancia.

—No estaba seguro de que fueras a venir.

Había estado a punto de no hacerlo. Lo sensato habría sido decírselo a Roper, o hacer caso omiso del mensaje, directamente. Había barajado las dos opciones, pero fuera cual fuese el lío en el que Terry se había metido, era un asunto disciplinario más que criminal, y me costaba mucho salir corriendo a contárselo a Simms.

Además, quería oír lo que tenía que decirme.

Acerqué una silla y me senté frente a él. Un olor agrio a sudor y alcohol no metabolizado llegó flotando hasta mí por encima de la mesa.

—¿Para qué querías verme?

—¿Es que no vas a tomar una copa siquiera?

—No me voy a quedar mucho tiempo.

Le había dicho a Sophie que iba a comprar comida. No era ninguna mentira, pues de camino hacia mi cita me había detenido en un supermercado local para comprar provisiones. No me gustaba la idea de dejarla sola en la casa, pero después de la visita de Roper, los dos necesitábamos un poco de tiempo para nosotros mismos. Sin embargo, no tenía intención de permanecer fuera más tiempo del estrictamente necesario.

—Creo que ya hemos tenido esta conversación antes. —Terry se bebió un trago

de su vaso—. ¿Le has dicho a alguien adónde ibas?

—No.

—¿Qué hay de Sophie? —Su sonrisa era aviesa—. No me digas que entre vosotros dos no hay confianza. Un hombro sobre el que llorar y todo eso... ¿O todavía estáis fingiendo ser sólo buenos amigos?

—¿Por qué no me dices lo que quieres, Terry?

—Más que amigos, ¿eh? Qué rapidez... —Me puse en pie para irme y él levantó las manos—. Está bien, está bien. Joder, sólo estaba bromeando...

Me senté de nuevo.

—O me dices qué es lo que pasa o me voy.

—De acuerdo. —Apuró el resto de la cerveza y dejó el vaso—. Me he enterado de lo de Wainwright. Monk no se anda con tonterías, ¿verdad?

—¿Cómo lo has sabido?

En las noticias de mediodía no habían mencionado el nombre de Monk como posible sospechoso, así que supuse que Simms todavía estaba tratando de ganar tiempo.

—De la misma forma que se que se esconde en las minas. Todavía me quedan algunos amigos en el cuerpo. —Terry hablaba con acritud—. Supongo que habrás hablado con Simms.

—Me contó que te habían suspendido de empleo y sueldo.

—¿Y te dijo por qué?

—No, pero Roper sí.

Eso le provocó una sonrisa amarga.

—Claro, ya me imagino. Ese cabronazo hipócrita.

—Me dijo que abusaste de una mujer policía.

—No abusé de ella, sólo pasamos un buen rato. Está bien, puede que llevara un par de cervezas o tres encima, pero a ella no le importó. No hasta que la gente empezó a decirle que yo había abusado de sus derechos. ¡De sus derechos! Por Dios...

Pero a mí no me interesaban las excusas de Terry.

—Dejaste que creyera que formabas parte de la investigación. Y Sophie también, incluso después de que alguien entrara en su casa y la dejara malherida. ¿Por qué?

Cogió el vaso antes de recordar que estaba vacío. Lo siguió reteniendo, como si el hecho de tenerlo en la mano le hiciera sentirse más cómodo.

—Es difícil de explicar.

—Inténtalo.

Frunció el ceño, sin apartar la mirada del vaso.

—Lo he jodido todo. Mi matrimonio, mi familia, mi carrera... Todo. Todas las oportunidades que tenía antes... todo se ha ido a la mierda. La última vez que hice

algo de lo que me sentí orgulloso fue cuando me abalancé sobre Jerome Monk en el páramo. ¿Te acuerdas de eso?

Su boca se contrajo en una sonrisa al recordarlo. Pero no duró mucho.

—Cuando se escapó... bueno, eso fue como revivir un montón de cosas de nuevo. Suspendido o no, sigo siendo un oficial de policía. No podía quedarme en casa de brazos cruzados escuchando las noticias. Y sé cómo funciona la mente de Simms. Se hizo famoso por meter a Monk entre rejas y no va a permitir que nada ni nadie empañe eso. Tiene su propia estrategia.

—¿Estás diciendo que no quiere que atrapen a Monk? —Simms no me caía bien, pero no podía creer algo así, ni siquiera de él.

—No, sólo que su prioridad va a ser cubrirse las espaldas. Sobre todo ahora que Wainwright ha sido asesinado. Se va a armar un buen follón, y puedes apostar lo que sea a que hará todo lo posible para que la mierda no le salpique. Puede que intente disfrazarlo diciendo que no quiere que los medios interfieran con la investigación, o lo que sea, pero eso sólo son las gilipolleces del departamento de comunicación.

Se parecía mucho a lo que el propio Simms ya me había dicho. Terry esbozó una media sonrisa.

—Ya has tenido esta misma conversación con él, ¿verdad? Entonces sabes que tengo razón. Wainwright y Simms eran amigos, todo lo amigo que pueda llegar a ser un hijo de puta como él. Y sería muy mal visto que un jefe superior de policía ni siquiera fuera capaz de proteger a sus viejos amigos. Sobre todo si la gente empieza a preguntarse por qué Monk fue tras Wainwright, en primer lugar.

—Tal vez se acuerda de cómo lo trató Wainwright. —«Y pensar que la sociedad malgasta el dinero en mantener a animales como éste con vida»—. Tú mismo dijiste que podría guardar rencor contra cualquier persona involucrada en la búsqueda. ¿O eso también te lo estabas inventando?

—No, pero tiene que haber algo más que eso. Monk es un violador, y ha estado encerrado en la cárcel los últimos ocho años. ¿Crees en serio que no tiene cosas más importantes en mente que cargarse a un arqueólogo senil que una vez hirió sus sentimientos?

—Entonces ¿por qué lo mató?

—Para vengarse de Simms. —Terry se inclinó hacia delante, muy concentrado—. Piénsalo. Simms no sólo puso a Monk entre rejas, sino que hizo de ello una cruzada personal. Bueno, pues ahora se ha dado la vuelta a la tortilla, salvo que Monk sabe que nunca logrará acercarse a él, no con toda la protección de la que goza Simms. Así que en vez de eso, está tratando de humillarlo, yendo tras objetivos fáciles, como Wainwright, para remover toda la mierda posible antes de que le echen el guante. Sabe que nunca volverá a salir de la cárcel, no después de matar a otro preso a principios de este año, así que ¿qué tiene que perder?

Todo aquello tenía una lógica perversa, supuse. Yo mismo me había preguntado si Monk no habría matado a Wainwright por alguna *vendetta* retorcida. Sin embargo, había alguna pieza que no acababa de encajar.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Qué puedo hacer yo al respecto?

—Para empezar, puedes alejar a Sophie de su casa. Yo no he estado allí, pero me imagino que estará en un lugar bastante aislado. —Eso era quedarse muy corto, pensé, mientras él continuaba hablando—. Ahora que Monk ha matado a Wainwright, la cosa se va a poner aún más fea. De un modo u otro, esto terminará en los próximos días, pero más gente saldrá herida antes de que todo termine. Llévala a un lugar seguro hasta que Monk vuelva a estar entre rejas. O muerto.

—Ya lo he intentado. No sé si es porque no quiere abandonar la casa o el trabajo, o simplemente porque es terca como una mula.

—¿El trabajo? —Terry me miró sorprendido, como si no se le hubiera ocurrido—. Ah, sí, claro... Sus malditas vasijas.

—Simms envió a Roper para que la convenciera de instalarse unos días en una casa refugio de la policía, pero ella se niega a hacerle caso. He solicitado protección policial en su casa, pero no parece muy probable que vayan a destinar a nadie.

Terry parecía un poco ausente, pero en ese momento su boca se curvó con desprecio.

—Simms debe de estar muy acojonado si ha llegado incluso a ofrecer una casa refugio. Es un animal político, le preocupa la apariencia de las cosas, lo que piense la opinión pública. Si empieza a poner a gente bajo protección policial, eso sería como admitir lo que está haciendo Monk. Sería como quedar expuesto a las acusaciones de que debería haber hecho algo antes de que Wainwright fuera asesinado. Para Simms, esto ya ha dejado de ser una simple persecución, ahora se ha convertido en una operación de limitación de daños. Lo único que puede hacer es presentar el asesinato como un hecho aislado y esperar a que Monk sea detenido antes de que mate a alguien más.

Sonaba plausible, pero lo cierto es que a Terry se le daban muy bien esas cosas.

—¿Y por qué no me dijiste nada de esto desde el principio? ¿Para qué tanta pantomima?

—¿Qué, acaso crees que iba a presentarme en tu puerta y admitir que me habían degradado a un simple oficial de policía? Ya fue muy duro para mí ir a verte como lo hice, pero tenía una idea aproximada de cómo iba a ir todo esto y quise avisarte. Pensé que te debía eso al menos. —Terry se miró el vaso vacío—. Ya he cometido suficientes errores. No quería cometer otro más.

Me miró, casi como desafiándome a que dudara de él, pero lo conocía desde hacía demasiado tiempo para dejar que se me metiera en el bolsillo tan fácilmente.

—Si tanto te preocupa atrapar a Monk, ¿por qué no les dijiste a Naysmith o a

Roper que lo habíamos visto en el páramo? Si lo hubieras hecho, esto ya podría haber terminado.

—Fue una mala decisión, lo admito. Creía que estabas exagerando. Supongo que también es posible que hubiese bebido un poco más de la cuenta. —Lanzó un suspiro—. Te aseguro que lo he estado lamentando desde entonces.

Negué con la cabeza.

—Buen intento, Terry.

—¿Qué quieres decir?

—No estás haciendo esto por la preocupación que sientes por el bienestar de Sophie. No sé qué es lo que pretendes, pero Simms no es el único que tiene una estrategia, ¿acaso me equivoco?

Trató de quitarle hierro riéndose a carcajadas.

—Joder, pero qué desconfiado eres, ¿no? Vamos, dame un respiro. Todo el mundo merece una segunda oportunidad. Incluso yo.

«No, no todo el mundo. A menos que se la hayan ganado». No dije nada, sino que me limité a mirarlo. Su expresión no se alteró, pero los rasgos de su rostro se endurecieron. Me lanzó una sonrisa tensa.

—De manera que así están las cosas, ¿eh? Pensé que a estas alturas tal vez ya se te habría pasado, pero veo que me equivoqué.

Yo no pensaba perder el tiempo discutiendo. Había ido allí con la esperanza de obtener respuestas, pero obviamente no iba a conseguir nada. Empujé mi silla hacia atrás y me encaminé hacia la puerta, pero Terry no había terminado.

—¡Dale recuerdos a Sophie de mi parte! —me dijo a voz en grito—. Y no te dejes engatusar con su numerito de la chica vulnerable. ¡También lo utilizó conmigo!

Fuera hacía frío y estaba lloviendo, pero apenas me di cuenta. Arranqué el motor, y me alejé del pueblo sin pensar adónde iba. Cuando llegué a una carretera estrecha, decidí seguirla. Un poco más adelante había una puerta rodeada de vegetación salvaje que vallaba un campo donde unos potros de Dartmoor pastaban bajo la lluvia. Me acerqué y detuve el coche.

¿Sophie y Terry?

Pero si ni siquiera se caían bien... En la operación de búsqueda apenas se habían dirigido la palabra, y cuando lo habían hecho, tenían que hacer un gran esfuerzo para ser civilizados.

«¿Y tú por qué crees que se comportaban así? ¿Porque no había nada entre ellos?».

Me sentí como si el mundo acabase de sufrir una sutil transformación. No me servía de nada tratar de convencerme de que Terry estaba mintiendo. Lo había dicho con un triunfo burlón en la voz, como si hubiera estado esperando aquel momento. El pasado de Sophie no tenía nada que ver conmigo. No tenía ningún derecho a juzgarla,

y mucho menos a sentir celos... Pero esto era diferente. Estábamos en mitad de una investigación por asesinato, y no era un hombre cualquiera.

Era Terry Connors.

Uno de los potros se había aproximado a la puerta, al lado del coche, un animal recio y lleno de barro. Inclino la cabeza entre los barrotes, mirándome con ojos oscuros y llenos de curiosidad. Tenía una mancha blanca en la frente, un poco desplazada del centro. Tuve una leve sensación de familiaridad, hasta que me di cuenta de que estaba más o menos en el mismo lugar que la hendidura en el cráneo de Monk.

«Deja ya de darle vueltas. Tienes cosas más importantes en que pensar». Puse el motor en marcha y me alejé. No había estado prestando atención a la dirección que había tomado, y tuve que conducir un buen trecho hasta que vi un cartel y me di cuenta de dónde estaba. Me había estado alejando de Padbury y tuve que retroceder unos metros a través de Oldwich para dar con el camino correcto.

Pasé por delante del pub sin volverme a comprobar si el coche de Terry seguía allí.

La niebla comenzó a espesarse de nuevo cuando dejé atrás la elevación del páramo. No tardó en convertirse en una tupida cortina blanca que me nublabla la visión como si tuviera cataratas, obligándome a reducir la velocidad. Para cuando llegué a casa de Sophie, ya estaba oscureciendo, y las ventanas brillaban como faros entre la luz crepuscular.

Había otro coche aparcado detrás del de Sophie, en la entrada.

Dejé las provisiones que había comprado en el maletero del coche, eché a andar apresuradamente por el camino de entrada y quise abrir la puerta principal. Estaba cerrada con llave. La golpeé y esperé, aguzando el oído por si percibía algún movimiento en el interior. Oí que alguien accionaba los pernos y luego la puerta se abrió.

—Hay un coche en la entrada... —me interrumpí.

La cadena estaba echada, pero era la cara de un hombre la que me miraba a través de la rendija.

—Seguramente es el mío. ¿Puedo ayudarle? —dijo.

Antes de que pudiera responder, se oyó la voz de Sophie a su espalda.

—Está bien, Nick, déjelo entrar.

El hombre miró por detrás de mi espalda, escudriñando el camino y el jardín antes de cerrar la puerta y correr la cadena. Abrió y dio un paso atrás, un hombre de aspecto atlético de unos treinta años, vestido con pantalones vaqueros y una camiseta descolorida. No apartó los ojos del camino mientras me dejaba pasar. En cuanto hube entrado, cerró la puerta y echó la cadena de nuevo.

Sophie estaba en el pasillo, sonriendo. Había una mujer rubia y atractiva a su

lado, baja, pero con la musculatura compacta de una gimnasta. Toda ella emanaba una discreta actitud alerta y vigilante, y cuando el hombre terminó de cerrar la puerta, vi como apartaba la mano de su cadera.

Llevaba una pistola enfundada.

—David, te presento a Steph Cross y Nick Miller. —La sonrisa de Sophie se ensanchó—. Son mis guardaespaldas.

XXIII

Si no me hubieran dicho que Miller y Cross eran policías, nunca lo habría adivinado. Ambos eran agentes especializados en armas de fuego, entrenados de forma específica para labores de protección personal, pero no había nada en su apariencia o su actitud que sugiriese algo así. Vestidos con aquel atuendo informal, podrían haber sido maestros o médicos.

A excepción de las armas, por supuesto.

—¿Qué es lo que ha hecho cambiar de opinión a Roper? —pregunté.

Estábamos en la cocina, sentados alrededor de la mesa mientras Sophie sacaba de las bolsas las provisiones que había descargado del coche y se disponía a preparar la cena.

—¿Roper? —Miller estaba masticando una tira de pimiento crudo.

—El inspector Roper. Forma parte del equipo del jefe superior.

—Demasiado alto y poderoso para nosotros, entonces —dijo Miller—. Nuestras órdenes vinieron de Naysmith, pero no puedo decir mucho más. Nos dijeron que hiciéramos las maletas para un viaje al campo, así que aquí estamos. Nosotros nunca preguntamos por qué ni cómo ni nada de eso.

Él era el más extrovertido de los dos, campechano y de sonrisa fácil. Tenía el pelo corto prematuramente gris pero, por alguna razón, no le hacía parecer más viejo. Cross era unos años más joven, probablemente todavía en la veintena. A pesar de que era más reservada que su compañero, tenía un aire de persona competente y serena que resultaba tranquilizador.

Al menos Naysmith se estaba tomando la seguridad de Sophie en serio.

—¿Cuánto tiempo se quedarán? —les preguntó ella, echando cebolla picada en la sartén.

No me había dado cuenta de lo tensa que había estado hasta ese momento. La llegada de la pareja de policías parecía haberle quitado un peso de encima, de manera que casi parecía embriagada de alivio.

—El suficiente —dijo Miller, mirando a la salsa boloñesa que Sophie estaba preparando—. No se preocupe, no vamos a molestarla. Usted ocúpese sólo de darnos de comer y de beber y ni siquiera sabrá que estamos aquí. Aunque es posible que tenga que saltar un poco más la cebolla antes de añadir la carne.

Sophie soltó el cucharón, haciéndose la indignada.

—¿Quiere hacerlo usted?

—No, cocinar no forma parte de mi trabajo. Pero llevo sangre italiana en las venas, sé de estas cosas. Y yo no me pasaría mucho con la sal, dicho sea de paso.

Sophie interpeló a Cross.

—¿Siempre es así?

La policía rubia pareció sonreír, a pesar de que su boca no llegó a moverse. Sus ojos de color azul aciano eran serenos y vigilantes.

—Al final se aprende a no hacerle ni caso.

Miller parecía herido.

—Es una opinión, eso es todo.

Casi era posible olvidarse de la razón por la que estaban allí, lo cual probablemente era el objetivo. Era más fácil proteger a alguien si ese alguien estaba relajado en lugar de saltar a la primera de cambio.

Y desde luego, era evidente que Sophie se había relajado. Al menos su objeción a alojarse en una casa refugio no se había extendido a otros tipos de protección, de lo cual yo me alegraba infinitamente, aunque el encuentro con Terry seguía reconcomiéndome por dentro. Había llamado a Roper para comunicárselo, y había sentido un gran alivio al ver que me saltaba directamente el buzón de voz. Le había dejado un breve mensaje, sin entrar en detalles. Si quería saber más información, podía devolverme la llamada.

Sin embargo, aún no había tenido ocasión de hablar con Sophie al respecto. Miller y Cross debieron de captar algo en el ambiente, ya que al cabo de un rato, pretextaron una excusa y nos dejaron a solas. Sophie estaba tan animada que ni siquiera entonces se dio cuenta.

—Son muy simpáticos, ¿verdad? Nada que ver con los polis armados que solía conocer —dijo sin dejar de remover la salsa para la pasta a fuego lento. La cocina olía a ajo y tomate—. Aparecieron una hora o así después de que te fueras. No suelo tener muchos clientes que paren con el coche, así que al principio creí que se habían perdido, o que querían venderme algo. Luego me enseñaron sus placas de identificación y dijeron que los enviaba Naysmith. ¿Tú sabías que iba a hacerlo?

—No.

Sophie se interrumpió para mirarme.

—Pensé que estarías contento. ¿Te pasa algo?

—He visto a Terry Connors esta tarde.

Se quedó inmóvil y luego volvió a concentrarse en la sartén.

—¿Qué mosca le ha picado ahora?

—Dijo que quería darme una explicación.

—Ah.

—No sabía que había habido algo entre vosotros.

Ella estaba de espaldas a mí, con el rostro vuelto. El único sonido era el cucharón golpeando la sartén.

—No tenías por qué saberlo.

—¿No crees que deberías haberlo mencionado?

—No es algo de lo que me guste hablar. Fue un error... Hace mucho tiempo.

Yo no dije nada. Sophie soltó la cuchara y se volvió para mirarme.

—Oye, no tiene nada que ver con lo que está pasando ahora.

—¿Estás segura de eso?

—Forma parte del pasado, ¿entendido? —exclamó, furiosa—. Además, de todos modos no es asunto tuyo. ¡No tengo por qué decírtelo todo!

Tenía razón, no tenía por qué hacerlo. Pero se equivocaba en lo de que no era asunto mío. Había pasado a serlo en cuanto me pidió ayuda, y fuera cual fuese el juego al que Terry estaba jugando, nos afectaba a ambos. La salsa emitía estallidos y burbujeaba en la sartén.

—Tienes que remover esa salsa —dije y me fui a la planta de arriba.

Tenía la bolsa en la habitación. Metí en ella el resto de mis cosas. Lo último que me apetecía era un largo trayecto de vuelta a Londres en coche, pero Sophie estaba a salvo con Miller y Cross. Ya no había ninguna razón para quedarme, y estaba harto de sentirme utilizado.

Había terminado de recoger mis cosas cuando oí un ruido en la puerta. Sophie me estaba observando.

—¿Qué haces?

Cerré la cremallera de la bolsa.

—Ya va siendo hora de que me vaya.

—¿Ahora? —Parecía sorprendida.

—Tienes a dos policías armados en casa. Estarás bien.

—David... —Cerró los ojos, frotándose las sienes con los dedos—. ¡Dios! ¡Es increíble que Terry Connors aún pueda causarme problemas después de todo este tiempo! Está bien, sé que debería habértelo dicho, ¿de acuerdo? Lo siento. Iba a hacerlo, sólo que... no todavía. No es algo de lo que me sienta orgullosa. Estaba pasando por una mala racha y... sucedió, sin más. No duró mucho, no fue más que una aventura, de verdad. Me dijo que estaba separado, que estaba esperando a que saliese la sentencia de divorcio. Tan pronto como me di cuenta de que me estaba mintiendo, terminé con él. Y eso es todo.

Me miraba nerviosa, con expresión sincera.

—¿Os habíais estado viendo últimamente? —le pregunté.

—No, te lo juro. —Se acercó, pero se detuvo justo en frente de mí—. Quédate esta noche. Si aún quieres irte mañana, entonces te prometo que no intentaré detenerte. Pero no te vayas así. Por favor...

Vacilé, y luego solté la bolsa. Sophie me abrazó, apretando su cuerpo contra el mío.

—No siempre soy una buena persona —dijo, con voz ahogada.

Por una vez, no quería creerla.

La cena fue asombrosamente relajada, en buena parte gracias a Miller. Siguió haciendo una broma tras otra, por lo que parecía más una velada social que parte de su misión de vigilancia. Cross hablaba más bien poco, sonriendo ante las gracias de su compañero y contentándose con dejarle a él la parte de la conversación. Sophie había abierto una botella de vino para acompañar la lasaña que había cocinado —sin hacer caso de prácticamente ninguna de las sugerencias de Miller— a pesar de que sólo ella y yo bebimos un poco. Los agentes de policía rehusaron beber sin hacer aspavientos y me fijé en que ninguno de los dos comió mucho tampoco. Estaban allí para hacer un trabajo, y tener el estómago lleno equivalía a ser lento de reflejos.

Tenía la esperanza de que no llegaran a necesitarlos.

Naysmith había llamado antes para interesarse por cómo iba todo. El inspector se mostró directo y profesional cuando Miller me pasó el teléfono para que hablara con él.

—¿Hay alguna noticia sobre Monk? —le pregunté.

—Todavía no.

—Me preguntaba si había pasado algo para que hayan decidido poner a Sophie bajo protección personal. El inspector Roper no parecía muy entusiasmado con la idea.

—El inspector Roper no es el inspector jefe a cargo de la investigación, soy yo —dijo—. Hemos encontrado huellas de Monk en la cabina de teléfono, lo que confirma que ha intentado ponerse en contacto con ella. En lo que a mí respecta, eso justifica tomar todas las medidas necesarias.

—No me estoy quejando. Sólo me sorprende que Simms lo haya aprobado.

Hubo una pausa.

—Como ya he dicho, soy el inspector a cargo de la investigación. El jefe superior está demasiado ocupado para que se le moleste con todos los detalles operativos.

En otras palabras, la decisión había sido de Naysmith, no de Simms. Las tensiones entre el inspector y su superior inmediato no eran una novedad en ninguna investigación, pero esperaba que no se interpusiesen en el camino.

—Los acompañan dos oficiales de policía excelentes —prosiguió Naysmith—. Tienen órdenes de no correr ningún riesgo, así que hagan todo lo que les digan. Sin discusiones, sin debates. ¿Está claro?

Le dije que sí.

No se mencionó el nombre de Monk durante la cena, pero a pesar de los esfuerzos de Miller, la presencia del recluso planeaba sobre la mesa como un invitado indeseado. Los policías habían registrado toda la casa y cerrado todas las cortinas para que nadie pudiera ver nada desde fuera. Y me percaté de la forma en que habían distribuido sutilmente los asientos en la mesa para flanquear a Sophie, con Miller más cerca de la puerta y Cross entre ella y la ventana.

No fue hasta un buen rato después, cuando ya habíamos apilado los platos vacíos en el fregadero, cuando abordamos la verdadera razón de su presencia allí.

Sophie cogió la botella de vino. Negué con la cabeza cuando quiso volver a llenarme la copa, se sirvió lo que quedaba en la suya y dejó la botella en la mesa con un golpe brusco.

—¿Cuánto tiempo llevan haciendo esto? —preguntó, tomando un sorbo.

—Demasiado —contestó Miller. Cross se limitó a sonreír.

—¿Siempre trabajan juntos, en equipo?

—No siempre. Depende del trabajo.

—Ah. —Sophie se tambaleó un poco al ir a dejar la copa. De repente, parecía ebria. Yo no había estado prestando atención, pero debía de haber tomado más vino del que yo creía—. Y entonces, ustedes dos son... ya saben... ¿pareja?

Por una vez, Miller parecía haberse quedado sin palabras. Fue Cross quien respondió.

—Sólo trabajamos juntos.

—Ah. Colegas. —Sophie señaló con la mano las pistolas que llevaban enfundadas en las caderas—. ¿Y no están incómodos llevando eso encima?

Miller había recobrado la compostura, pero un ligero rubor le teñía las mejillas.

—Uno se acostumbra.

—¿Puedo echar un vistazo?

—Mejor que no.

Lo dijo en un tono lo bastante cordial, aunque era obvio que no le hacía ninguna gracia. Cross miraba a Sophie con su calma habitual, estilo zen, los ojos azules ilegibles. Pero el ambiente en torno a la mesa había cambiado bruscamente.

Sophie parecía ajena a todo.

—¿Las han utilizado alguna vez?

—Bueno, en el cuerpo les gusta que sepamos por qué extremo salen las balas.

—Pero ¿alguna vez han disparado a alguien?

—Sophie... —empecé a decir.

—Es una pregunta legítima. —Se encalló con la palabra «legítima»—. Si Monk entrara aquí, ahora, ¿podrían matarlo?

Miller intercambió una rápida mirada con Cross.

—Esperemos no tener que llegar a ese extremo.

—Sí, pero si se diera el caso...

—¿Quién quiere café? —ofrecí.

Miller aprovechó la ocasión.

—Buena idea. Estoy listo para una dosis de cafeína.

Sophie pestañeó, como si estuviera luchando por mantenerse despierta.

—¿Café? Oh, sí... claro, lo siento.

—Iré a prepararlo —dije.

—No, ya lo hago yo. —Se puso en pie, pero se agarró la mesa cuando, de repente, se tambaleó—. Caramba...

Alargué la mano para sujetarla.

—¿Estás bien?

Había palidecido, pero trató de sonreír al incorporarse.

—Dios... ¿qué había en ese vino?

—¿Por qué no te vas a la cama? —le dije.

—Sí, creo... creo que será lo mejor.

Subí con ella.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté cuando llegamos a la habitación.

—Sólo un poco mareada. —Todavía estaba pálida, pero tenía mejor aspecto que antes—. Es culpa mía. Beberme todo ese vino cuando apenas he comido en todo el día.

Seguramente, la reacción ante lo sucedido tenía tanta culpa como el vino. Lo que ella había tenido que pasar era suficiente para afectar a cualquiera, pero yo sabía que aún se estaba recuperando de la conmoción cerebral.

—¿Seguro que estás bien?

—Estoy bien. Tú baja. —Me sonrió con cansancio—. De verdad, soy una pésima anfitriona.

Bajé a la cocina. Oí el murmullo de las voces, pero se acallaron mientras me acercaba. Miller estaba junto a la ventana, la cortina bajo el efecto de un suave balanceo, como si alguien la hubiese corrido. Cross estaba apoyada en la mesa, la tela de sus vaqueros prieta contra sus musculosas piernas. Me miraban con gesto profesionalmente inexpresivo.

—¿Cómo está? —preguntó Miller.

Reparé en que tenía la radio en la mano.

—Sólo cansada. ¿Ha pasado algo?

—No, sólo estoy haciendo una comprobación de rutina. —Guardó la radio—. ¿Sigue en pie la oferta de un café?

Puse la cafetera a hervir y serví una cucharada de café instantáneo en tres tazas.

—Para mí, no, gracias —dijo Cross.

—Steph no toma té ni café —explicó Miller—. La cafeína es veneno, por no hablar ya del azúcar refinado. Dos cucharadas en el mío, por favor.

Aquello sonaba a vieja discusión que ninguno de los dos se tomaba muy en serio. Cross se levantó de la mesa mientras yo vertía agua hirviendo en dos tazas.

—Es hora de hacer las rondas.

La vi salir y luego me volví hacia Miller.

—¿No irá a salir ella sola?

—No, sólo va a comprobar que todo está cerrado.

—Creía que ya lo habían comprobado.

—Nunca está de más asegurarse.

Lo dijo con toda naturalidad, pero vi que era por si Sophie o yo habíamos abierto algo. No dejaban nada al azar.

Le pasé una taza.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Dispare.

—¿Qué pasa si aparece Monk?

Sopló el café para enfriarlo.

—Pues que entonces nos ganamos nuestro sueldo.

—¿Saben lo peligroso que es?

—No se preocupe, ya nos han informado. Y hemos oído las historias que circulan sobre él.

—No son historias.

—No lo subestimaremos, si es eso lo que le preocupa. Si intenta algo, lo que sea, se lo impediremos. Así de simple.

Esperaba que lo fuera. Miller tomó un sorbo de café e hizo una mueca al comprobar la elevada temperatura.

—Si es Steph la que le preocupa, no tiene por qué. Ella puede cuidar de sí misma.

—Estoy seguro de que sí.

—Pero ¿habría preferido que fuésemos dos hombres?

No me gustaba admitirlo, pero tenía razón. No me consideraba un machista pero el recluso hacía dos veces el tamaño de Cross.

—No han visto a Monk en persona. Yo sí.

—Y es un violador y un monstruo y todo lo demás. Ya lo sé. —El desparpajo habitual de Miller había desaparecido—. Steph tiene mejor puntería que yo, es más rápida y podría ganarme en una pelea en cualquier momento. Cuando patrullaba las calles, un adicto al crack tumbó a su compañero una noche y a ella le sacó una navaja. He visto el informe. Medía metro ochenta y cinco y pesaba ochenta kilos. Le arrebató la navaja, lo derribó al suelo y lo esposó sin ningún tipo de refuerzos. Y eso fue antes de llegar a su tercer dan en karate.

Una media sonrisa había aflorado a su rostro mientras hablaba, pero no me parecía que fuese consciente de ello. Me acordé de que se había ruborizado cuando Sophie le preguntó si él y Cross eran pareja. Tal vez no lo fueran, pero saltaba a la vista que eran algo más que colegas.

Al menos por parte de Miller.

—No estamos aquí para detener a Monk, nuestro trabajo es proteger a Sophie —prosiguió—. Al primer indicio de posibles problemas, los sacaremos de aquí cagando

leches. Y si eso falla... Bueno, no me importa lo grande que sea, no está hecho a prueba de balas.

La alegre sonrisa le arrugó las comisuras de los ojos. Tal vez porque esperaba encontrarla, entonces vi la dureza que se escondía tras ellos.

—¿Quiere que le eche una mano con los platos? —me preguntó.

No tardé mucho en irme a la cama yo también. Dejé a Miller y a Cross sentados a la mesa de la cocina, cómodos en la compañía del otro. La única habitación libre era la que ocupaba yo, pero Miller me aseguró que ninguno de los dos iba a dormir esa noche.

Me alegraba de que estuvieran allí, pero me parecía extraño irme a la cama y dejarlos abajo. Me detuve frente a la habitación de Sophie, pensando en si llamar a la puerta para ver si se encontraba bien, pero no se oía nada en el interior, así que supuse que estaba dormida.

Me fui a mi habitación y me dirigí a la ventana sin encender la luz. La niebla convertía aquella noche sin estrellas en doblemente impenetrable. Traté de distinguir las formas en ella, hasta que el frío que irradiaba el cristal me hizo correr la cortina.

Estaba cansado, pero no me veía capaz de dormir. Había demasiada adrenalina circulando por mi torrente sanguíneo. Debería sentirme relajado con los dos policías armados en la planta baja, pero lo cierto es que estaba preocupado e intranquilo. Como esperando que fuese a suceder algo de un momento a otro.

«Si sucede, todo habrá terminado antes de que te enteres». Miller tenía razón: no importaba lo peligroso que pudiese llegar a ser Monk, no estaba hecho a prueba de balas.

Aun así, en vez de desnudarme, me tumbé en la cama con la ropa puesta. «Dios, menudo día...» Me quedé mirando el techo oscuro, pensando en Monk, en Simms y en Wainwright. Y también en Sophie y Terry. A medida que mis párpados se iban haciendo cada vez más pesados, me parecía como si ahí mismo, delante de mis narices, hubiese una conexión que no conseguía llegar a ver del todo, un tenue vínculo que se empeñaba en darme esquinazo y en volverme la espalda de forma frustrante...

Alguien me estaba zarandeando. Me desperté presa del pánico y encontré a Miller de pie junto a mi cama, con una linterna en la mano. Si le pareció extraño verme allí acostado completamente vestido, lo disimuló muy bien.

—Levántese, tenemos que irnos.

Los últimos jirones de sueño se desvanecieron. Pestañeando para protegerme los ojos de la luz de la linterna, bajé las piernas de la cama.

—¿Qué ha pasado?

No quedaba ni rastro del Miller risueño. Su rostro era sombrío mientras nos

dirigíamos de nuevo al descansillo.

—Monk viene hacia aquí.

XXIV

Corrí tras él. La luz de la linterna daba un aspecto extraño al descansillo y las escaleras en la oscuridad.

—¿Qué quiere decir?

—Viene de camino. —Miller no se detuvo—. Coja su abrigo, pero no encienda ninguna luz. Nos vamos dentro de dos minutos.

Mientras se encaminaba a la ventana del fondo del descansillo, la puerta del cuarto de Sophie se abrió y de ella salió Cross.

—Se está vistiendo —dijo.

Miller asintió con la cabeza, descorriendo la cortina para mirar por la ventana mientras ella bajaba.

Me estaba costando entender de qué iba todo aquello.

—¿Cómo saben que viene hacia aquí?

Habló sin volverse, escaneando con la mirada la oscuridad de la niebla espesa.

—Ha vuelto a llamar.

—No he oído el teléfono.

—Desconectamos la extensión de arriba para que, si sonaba, pudiéramos contestar nosotros. —Miller dejó caer la cortina—. Estamos tratando de localizar la llamada, pero eso va a llevar tiempo. Así que vamos a sacarlos a los dos.

—¿Sólo porque ha vuelto a llamar?

—No, porque pensaba que Steph era Sophie. Le ha dicho que estaba en Padbury y que venía de camino.

—¿Y por qué habría de advertirla?

—Ni idea... Podría ser un farol, pero no nos vamos a quedar para averiguarlo. —Me dio la linterna—. Vaya a buscar a Sophie. Treinta segundos más y nos vamos de aquí, tanto si está vestida como si no.

Todavía tenía el cerebro embotado. «¡Vamos, despierta!». Corrí a la habitación, esperando encontrar a Sophie vestida y lista, pero a la luz de la linterna, la encontré sentada en el borde de la cama, envuelta con el edredón mientras se sostenía la cabeza entre las manos.

—Vamos, Sophie, tenemos que irnos.

—No quiero irme. —Hablaba con voz pastosa y soñolienta—. No me encuentro muy bien.

Empecé a buscar su ropa por todas partes.

—Podrás descansar luego. Monk podría llegar en cualquier momento.

Se protegió los ojos de la linterna.

—Dios, ¿cuánto vino bebí?

—Sophie, tenemos que irnos. —Le di la ropa que había reunido—. Ya sé que no

quieres, pero no tenemos otra opción.

Casi esperaba que se negara de nuevo y entonces volveríamos a enzarzarnos otra vez en la discusión sobre la casa refugio, pero aceptó la ropa dócilmente y se levantó, dejando caer el edredón. Llevaba una camiseta, pero miré hacia otro lado cuando empezó a vestirse.

Cross apareció en el umbral.

—¿Lista?

—Casi.

Nos esperó mientras Sophie terminaba de vestirse. Miller estaba esperando junto a la puerta principal cuando bajamos, el pasillo aún sumido en la oscuridad. Le devolví la linterna.

—Ahora nos vamos a ir todos andando al coche, tranquilamente y sin hacer ruido —dijo, mientras yo me calzaba las botas, me ponía el abrigo y luego ayudaba a Sophie a abrocharse el suyo—. Yo iré primero, y luego ustedes dos. Con paso firme y enérgico, pero sin correr. Steph irá justo detrás de ustedes. Súbanse a la parte de atrás del coche y cierren las puertas, ¿entendido?

Sophie asintió vacilante con la cabeza, apoyándose en mí. Miller trató de deslizar los cerrojos sin hacer ruido, pero aun así sonaron como disparos en la quietud de la noche. Sacando su pistola, abrió la puerta con un solo movimiento suave.

El aire frío y húmedo se coló por el pasillo. Fuera, todo estaba negro como boca de lobo. El haz de luz de la linterna de Miller rebotó en la espesa niebla que se había cerrado en torno a la casa. Sentí la mano de Sophie apretar la mía.

—No se separen —dijo Miller y echó a andar por el sendero.

La niebla lo cubría todo. Incluso el propio Miller era apenas una forma oscura, recortada contra el resplandor de la linterna mientras nos guiaba hacia la puerta del jardín. La niebla parecía engullir el ruido, además de la luz. Sólo el roce de nuestros pasos amortiguados me decía que aún seguíamos en el camino. Cuando me volví a mirar a Sophie, apenas podía distinguir su rostro, a pesar de que la tenía justo detrás de mí.

La puerta chirrió cuando Miller la sujetó abierta, y entonces llegamos a la carretera. El contorno borroso de su coche se materializó ante nuestros ojos, con luces que destellaron con un graznido electrónico mientras lo desbloqueaba.

—Está bien, suban.

El interior del coche estaba frío cuando me deslicé en el asiento trasero junto a Sophie. Cross cerró la puerta detrás de mí y subió al asiento del copiloto mientras Miller arrancaba el motor. Hubo un ruido sordo cuando los seguros de las puertas se accionaron y, acto seguido, ya nos estábamos alejando, los faros mostrándonos un muro de niebla gris.

Nadie hablaba. Cross susurró un breve murmullo a su aparato de radio y luego se

quedó en silencio de nuevo. Miller iba inclinado hacia delante en su asiento, tratando de distinguir el camino. Padbury quedaba detrás de nosotros, pero era imposible hacernos una idea de dónde estábamos. Era como conducir en el fondo del mar. La niebla se arremolinaba como una masa de plancton en los faros, con formas que emergían a medias brevemente antes de desaparecer de nuevo.

Pese a todo, Miller avanzaba a una velocidad constante, con los hombros encorvados por la concentración. Al cabo de unos kilómetros, la sensación de tensión en el coche empezó a menguar.

—Bueno, ha sido divertido —comentó Miller—. ¿Todo bien ahí atrás?

—¿Adónde vamos? —preguntó Sophie. Por la voz, parecía exhausta.

—De momento vamos a llevarlos a una casa refugio. Sólo será una solución temporal, pero podremos organizar mejor las cosas a partir de mañana.

Obviamente, tenían un plan alternativo. Esperé a oír las objeciones de Sophie, pero parecía no importarle. En la oscuridad del coche, logré atisbar a duras penas como se frotaba la cabeza.

—Sophie, ¿estás bien? —le pregunté.

—Yo no... —empezó a decir.

Pero entonces Miller gritó:

—¡Mierda!

Una figura acababa de materializarse ante nosotros, entre la niebla.

Atisbamos unos brazos extendidos y un abrigo que aleteaba al viento, entonces Sophie se abalanzó sobre mí cuando Miller frenó y dio un volantazo. Pero no lo hizo a tiempo. Alcanzamos a la figura de lleno, pero en lugar de oír el ruido sordo del impacto, la figura se desintegró en una ventisca de fragmentos y de tela. El coche viró, catapultándome con fuerza contra la ventanilla lateral mientras Miller hacía todo lo posible por recuperar el control del vehículo.

Casi lo consiguió. Nos salpicaron unos añicos de cristal cuando se hizo un agujero a través del parabrisas, por el que entró una ráfaga de aire frío. Por un momento, el coche pareció estabilizarse, el tiempo suficiente de pensar «Gracias a Dios». A continuación, percibí un crujido y una sacudida y el mundo se inclinó hacia un lado. El coche parecía flotar ingrávido, y entonces algo se estrelló contra mí. Todo a mi alrededor se convirtió en una oscura maraña de oscuridad y ruido. Fui dando vueltas sin ningún sentido de lo que estaba arriba o estaba abajo.

Y luego, sólo silencio.

Poco a poco, los sonidos y las sensaciones empezaron a cobrar vida de nuevo. Un débil tictac, el goteo constante de la lluvia... Podía sentirlo contra mi cara, junto con el aire frío, pero todo estaba demasiado oscuro. Yo estaba sentado en posición vertical pero en un ángulo. Algo me constreñía el pecho, lo que me dificultaba la labor de respirar. Me lo palpé a tientas con unas manos que parecían de plomo,

torpes. Estaba recubierto de un polvillo fino: el residuo de los airbags. Ahora ya se habían desinflado, flácidos como lenguas pálidas. Sin embargo, el cinturón de seguridad todavía me mantenía en el sitio, atravesándome el torso con la férrea tirantez de una banda de hierro. Traté de desabrochármelo, apartando trozos de cristales rotos que parecían guijarros, y me deslicé por el asiento cuando al fin logré quitármelo.

—¿Sophie? —Traté de distinguirla en la oscuridad y sentí una oleada de alivio que se apoderaba de mí cuando percibí que se movía—. ¿Estás herida?

—Tengo... Tengo ganas de vomitar... —Parecía aturdida.

—Espera.

Percibí movimiento delante de nosotros mientras forcejeaba con el cinturón de seguridad de Sophie. Oí gemir a Cross.

—¿Están los dos bien? —preguntó.

—Eso creo. —Tiré del enganche del cinturón de seguridad de Sophie—. ¿Con qué hemos chocado?

Pero Cross lanzó un grito y empezó a encaramarse por el asiento hacia donde estaba Miller.

—¿Nick? ¿Nick?

Estaba desplomado en su asiento, inmóvil. Me apresuré a desabrochar el cinturón de Sophie.

—¿Puedes salir ahora?

—Eso... eso creo.

La puerta de mi lado estaba atascada. Las bisagras protestaron con un chirrido cuando le di una patada para abrirla. Las piernas me flaqueaban cuando me bajé del coche. Me apoyé en él para no caerme, mareado y con todo el cuerpo dolorido. El coche se había detenido en el fondo de un terraplén de poca profundidad. Estaba en posición vertical, pero inclinado a un lado, con la carrocería llena de rascaduras y abolladuras. Tenía un faro destrozado y el otro sólo emitía un resplandor enfermizo, brillando tristemente sobre el suelo como un ojo ciego. La niebla estaba contaminada con el olor a gasolina, pero no había rastro de fuego.

Los fragmentos transparentes de los cristales rotos crujían bajo mis pies cuando me dirigí cojeando hacia el lado del conductor, deslizándome sobre la tierra y la hierba devastadas. El coche se había llevado allí la peor parte. El techo se había hundido, combando la puerta y bloqueándola. Traté de forzarla para abrirla, pero era inútil: habría que cortarla antes de que alguien pudiera acceder a Miller.

Cross seguía en el interior del coche a su lado, hablando atropelladamente por la radio. Había apoyado una linterna en lo que quedaba del salpicadero, y vi a Miller recostado lánguidamente en su asiento, sujeto únicamente por el cinturón. La sangre, negra y brillante a la luz de la linterna, le cubría toda la cara y le apelmazaba el pelo.

Introduje el brazo por el agujero irregular donde había estado la ventanilla y busqué la arteria carótida en el cuello. Tenía pulso pero era débil.

—¿Está bien?

Sophie había salido del coche e iba avanzando con paso cauteloso hacia mí.

—Hay que llamar a una ambulancia —dije. Aunque hubiésemos podido sacarlo del coche, moverlo nosotros mismos podría resultar aún más perjudicial para él—. ¿Y tú?

Sentí como le temblaba el cuerpo cuando la rodeé con el brazo. Se apoyó en mí.

—Estoy un poco mareada, y me va a estallar la cabeza.

Habría seguido preguntándole, pero en ese momento el coche emitió un crujido cuando Cross forcejeó para salir.

—La ambulancia viene de camino —dijo, mirándonos por encima del techo. Había recuperado parte de la serenidad. Tenía sangre en la cara, ya fuese la suya propia o la de Miller—. Van a intentar enviar un helicóptero médico, pero no creo que pueda llegar hasta nosotros.

Yo tampoco lo creía. La niebla era más espesa que nunca, y aunque hubiese algún sitio donde el aparato pudiese aterrizar, dudaba que fuese a intentarlo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sophie. Todavía parecía aturdida—. Dios mío, ¿hemos atropellado a alguien?

En la confusión del accidente, me había olvidado de eso.

—Voy a averiguarlo.

—No. —La voz de Cross era firme—. Que nadie se mueva. Vamos a esperar a que lleguen los refuerzos.

Vi con sorpresa que había desenfundado su pistola, pero yo ya estaba rememorando las imágenes inconexas de la figura deslumbrada por los faros, recordando cómo se había desintegrado cuando nos la habíamos llevado por delante. Era como si el contenido del abrigo que había visto saltar por los aires no estuviese hecho de carne y hueso, sino más bien de... ramas.

Un espantapájaros.

—Tiene razón —le dije—. Debemos permanecer aquí.

—Pero ¿no podemos dejarlo ahí tirado si hemos atropellado a alguien! —protestó Sophie.

Cross estaba mirando en la oscuridad, pero en ese momento se volvió para mirar a Sophie, al otro lado del coche.

—Sí podemos. Si quiere hacer algo, hay una manta... —empezó a decir, y justo entonces una sombra surgió de entre la niebla y se abalanzó sobre ella.

Miller no había exagerado cuando me habló de lo rápida que era. El haz de luz de la linterna salió despedido en espiral cuando ella cayó de un salto hacia atrás. La figura estaba prácticamente encima de ella, pero la agente atacó con una patada

lateral al mismo tiempo que apuntaba con la pistola hacia arriba. Oí el ruido sordo de la patada al hacer contacto, pero su atacante arremetió con un revés salvaje que le dio a Cross en toda la cara. El golpe le impactó en la carne y el hueso, y la mujer cayó al suelo como un juguete roto.

El grito de Sophie me sacó de mi estado de *shock*.

—¡Corre! —grité, rodeando el coche para, acto seguido, abalanzarme contra la figura.

Fue como golpear una pared de ladrillo. El movimiento de un brazo me estrelló contra el coche. Me quedé sin aliento, pero antes de que pudiera gritar, una mano me atenazó la garganta. Unos dedos callosos se clavaron en mi cuello, inmovilizándome contra el capó mientras las estrellas me nublaban la vista.

A la luz de la linterna olvidada en el suelo, me encontré mirando de frente los rasgos de película de terror de Jerome Monk.

Él me miraba con ojos inertes y negros. Forcejeé con él, pero el brazo bajo la chaqueta grasienta era tan sólido como el tronco de un árbol. Tenía la mandíbula inmovilizada por su mano de hierro. Su hedor llegaba hasta mí con una claridad repugnante, sucio y salvaje como la jaula de un animal. Tenía la cabeza a punto de estallar. Estaba perdiendo la visión por momentos, la niebla espesándose por completo a mi alrededor. Vi a través de ella cómo se volvía para mirar por encima del hombro, y oí el torpe chasquido de las ramas mientras Sophie se alejaba a trompicones.

«¡Dios, no!», traté de gritar, pero no podía respirar. Monk sacudió el brazo con el que me sujetaba, golpeándome de nuevo contra el coche. Me quedé sin aire en los pulmones cuando algo me golpeó el estómago. De pronto, la presión desapareció de mi garganta y sentí que me iba cayendo poco a poco.

Entonces me desplomé en el suelo y la niebla me envolvió por completo.

XXV

Perdí el conocimiento, aunque sólo durante unos segundos. Me desperté en el barro, los ojos anegados en sangre y la cabeza palpitándome mientras trataba de recuperar el aliento. Sentí un zumbido en los oídos.

Además del zumbido, como si viniese de muy lejos, oí el grito de Sophie.

Traté de levantarme, pero mi cuerpo no me obedecía. «¡Arriba! ¡Vamos, muévete!». Me puse a cuatro patas, el barro y el agua empapándome la ropa. Pero estaba recobrando la vista por momentos, la niebla de rojo sangre empezaba a disiparse. Vomité cuando se me contrajo el diafragma. Con la respiración entrecortada, jadeante, me apoyé en el coche para arrastrarme y ponerme en pie.

Di un paso y volví a agarrarme al coche cuando las piernas me fallaron de nuevo. La linterna de Cross había ido a parar rodando hasta un neumático delantero, proyectando una luz blanca y plana a través de la hierba. En el haz de esa luz vi a la mujer policía. Yacía despatarrada en la hierba, en la misma postura rota en la que había caído. El impacto del puño de Monk sobre su mandíbula había ido acompañado de una horrible sensación de golpe definitivo.

No había nada que pudiera hacer por ella, ni por Miller. Recogí la linterna y abrí el maletero del coche. La luz de cortesía estaba rota, pero el tenue resplandor amarillo podía servir de guía para cuando llegasen los refuerzos. Me entretuve el tiempo suficiente para coger la manta del interior y arrojarla sobre Cross.

Luego me fui detrás de Sophie y Monk.

Sólo tenía una idea más bien vaga de hacia dónde podían haber ido. El coche se había estrellado a la entrada de un bosque, y los árboles retorcidos me obstaculizaban el paso cuando eché a correr a trompicones. El terreno bajo los árboles era un amasijo de rocas cubiertas de musgo y hierba de pantano sobre el que resbalaba y caía una y otra vez. Me detuve, enfocando alrededor con la linterna.

—¡Sophie!

La niebla ahogó mi grito. No hubo ningún grito de respuesta, y tampoco señales de lucha. El único sonido era mi propia respiración ronca y el crujido de las ramas húmedas, que seguían goteando. Monk había planeado todo esto, pensé con tristeza; o bien había estado vigilando la casa y sabía que Sophie tenía protección policial, o lo había previsto. Había hecho aquella llamada telefónica para alejarnos de Padbury y atraernos hacia donde él nos estaba esperando. Incluso la niebla se había aliado a su favor, ocultando el espantapájaros o el muñeco que había colocado en la carretera hasta que estuviéramos justo encima.

Y todavía seguía siendo su aliada, haciendo imposible ver más allá de unos pocos metros. Busqué desesperadamente cualquier señal para saber por dónde se habían ido, pero a mi alrededor todo era un laberinto de sombras y árboles torcidos.

Los había perdido.

Me quedé allí mientras asimilaba la cruda realidad. Era inútil. No tenía ningún sentido continuar, no cuando cada paso podría estar llevándome más lejos, en la dirección contraria. Ahora, lo único que podía hacer era volver junto a Miller y a Cross y esperar que llegasen los refuerzos.

Preso de un insoportable sentimiento de derrota, empecé a volver sobre mis pasos en las rocas cubiertas de musgo. Ni siquiera estaba seguro de dónde estaba el coche, pero a la luz de la linterna vi las huellas de barro que había dejado en el musgo suave. Empecé a seguir las casi sin darme cuenta. Con el corazón desbocado, desplacé el haz de luz de un lado a otro, describiendo un amplio arco en el suelo.

A un lado, apenas visible en la niebla, otro rastro de barro surcaba la tierra blanda.

No podía saber si eran las huellas de Monk y Sophie, pero dudaba que mucha gente se pasease por allí. El musgo cubría las rocas como algas en una marea baja cuando eché a andar en aquella nueva dirección. Quienquiera que hubiese pasado por allí, se había resbalado igual que yo, descubriendo la oscura piedra mojada de debajo. Si era Monk, no estaba haciendo ningún esfuerzo por ocultar sus huellas.

O no esperaba que nadie lo siguiera o le traía sin cuidado.

Un poco más adelante, la hilera de árboles terminaba abruptamente. Me encontré en un sendero cubierto de maleza, un camino que, obviamente, utilizaban los excursionistas. El suelo estaba revuelto y encharcado en barro negro en ambas direcciones. Me quedé mirándolo, jadeando. «Vamos, ¿por dónde?».

A menos que me hubiese desorientado por completo, la carretera quedaba a la izquierda. Si Monk había robado un coche, sería allí a donde se habría dirigido. Sin embargo, no había oído el ruido de ningún motor, y en medio de tanto silencio, forzosamente habría percibido el sonido incluso en el espesor de la niebla.

Eché a correr cojeando y seguí el camino que se internaba en el bosque.

La luz de la linterna cabeceaba en todas direcciones mientras mis botas chapoteaban en el lodo. De pronto, como si la niebla estuviera solidificándose, una pared escarpada de roca se alzó frente a mí. La luz cayó sobre una verja con barrotes de hierro encima de la enorme boca de una cueva. No, no era una cueva, advertí.

Era una mina.

Lucas había mencionado una vieja mina de estaño a pocos kilómetros de Padbury, aunque según él estaba sellada. «Pues ya no lo está». La puerta oxidada estaba abierta, medio colgando, con el candado roto semienterrado en el barro pisoteado.

Agarré la puerta. Los barrotes de hierro estaban fríos y ásperos. Se oyó un gemido metálico cuando la abrí y enfoqué el interior con la linterna.

Un túnel excavado en la roca recorría la oscuridad.

Mi aliento trazaba remolinos en la niebla mientras permanecía allí, inmóvil. «¿Y ahora qué?». Me dolía todo el cuerpo. Había perseguido a Sophie y a Monk sin

pensar en qué haría si los encontraba, pero no esperaba aquello. La visión de la oscura abertura en la roca hacía que aflorase en mí un miedo primitivo y ancestral que me erizaba el vello de la nuca.

Pero no tenía elección. La pantalla azul de mi teléfono se encendió como un faro en la oscuridad, mostrándome lo que yo ya había adivinado: no había cobertura. Y ya había perdido demasiado tiempo. Saqué mi cartera y la tiré junto a la puerta para que la policía supiera adónde había ido. «Eso esperas, al menos».

Me enjuagué el sudor pegajoso de las manos, sujeté la linterna con fuerza y empecé a bajar por la mina.

El pozo inclinado ni siquiera era lo bastante alto para poder ponerme completamente en pie. El aire tenía el olor frío y húmedo de una antigua bodega. El agua goteaba de las vigas del techo y corría en pequeños arroyuelos por el suelo en pendiente. Mis pasos retumbaban mientras avanzaba arrastrando los pies por él. El túnel empezó a descender de forma más pronunciada, un tosco agujero perforado por unos mineros que llevaban muertos mucho tiempo. Se extendía por delante de mí, desapareciendo más allá del alcance de la linterna.

Llevaba cinco minutos caminando cuando el suelo comenzó a estabilizarse. El túnel se abrió, duplicando su altura mientras las paredes se retiraban a cada lado. Sin embargo, justo delante, la linterna alumbraba un montículo semiderruido de roca y pizarra. En algún momento, en el pasado, todo el techo se había venido abajo: unos tablones irregulares de madera sobresalían de entre las losas de granito como si fueran huesos rotos.

La mina estaba bloqueada.

El agua había formado un charco de escasa profundidad allí donde el desprendimiento había embalsado las corrientes subterráneas que se escurrían por el tiro. Me arrojé al charco, salpicándolo todo a mi alrededor, enfocando con la linterna en todas direcciones con la esperanza de encontrar un camino al otro lado. No había nada. No lo entendía: estaba seguro de que Monk había llevado a Sophie allí abajo, pero no había visto que saliese ningún túnel de la galería principal, y el derrumbe era infranqueable.

O tal vez no lo fuera... Enfoqué una vez más con la linterna la galería bloqueada. Las sombras de las rocas y los maderos daban sacudidas en el haz, pero el derrumbe parecía muy sólido. Luego volví a desplazar la linterna de sitio y me quedé sin aliento.

Una sombra no se desplazó con el resto. Estaba en el ángulo donde las rocas más altas se unían al techo, una zona de oscuridad impenetrable. Cogí una piedra y la lancé. En lugar de hacer ruido, se coló silenciosamente en su interior.

No era una sombra. Era un agujero.

Tenía sentido. Monk no iba a dejarse encajonar, y con la boca de la mina sellada y

la galería principal bloqueada durante décadas, cabía la posibilidad de que nadie supiera que aquello estaba allí. Mientras la puerta permaneciese cerrada con el candado, Monk podía hacerse el amo y señor del lugar.

Pero ¿qué había al otro lado?

Palpé la roca que tenía más cerca. No se movió. Tampoco ninguna de las otras. La luz de la linterna proyectó unas sombras angulosas mientras tomaba impulso para encaramarme con cuidado. Busqué otro asidero y sentí que algo cedía bajo mi pie.

Se oyó un fuerte crujido.

Me quedé inmóvil. Tras comprobar que nada sucedía, enfoqué con la linterna hacia abajo. Uno de los tablones de madera podrida que sobresalía de las rocas se había roto. Dios... Me detuve un momento para aplacar mi ritmo cardíaco y luego fui dándome impulso el resto del camino. En ese momento vi qué era lo que había provocado el agujero. Una losa de granito se había fracturado en la parte superior del túnel, dejando un vacío en lo alto, en el ángulo entre el techo y la pared. Completamente invisible desde el suelo, era como una boca sin dientes de aproximadamente un metro de ancho y medio de alto.

Pese al frío que hacía, yo estaba sudando cuando enfoqué el interior con la linterna. El agujero se extendía durante varios metros antes de que el rayo se desvaneciera en la oscuridad. Era lo suficientemente amplio para recorrerlo a gatas, aunque no para dar media vuelta. La única manera de volver sería haciéndolo del revés, con los pies por delante.

Y rezando para no quedarme atascado.

Bajé la frente hasta el borde del agujero. El granito estaba granuloso y frío al tacto. «No puedo hacerlo». Pensé en el peso de la roca ancestral suspendida a escasos centímetros por encima de mí. El techo ya se había derrumbado una vez. Aunque no acabara aplastado, no tenía ni idea de lo que había al otro lado. Si me aventuraba a rastras por el túnel, tal vez no podría volver. «Has hecho todo lo que has podido. Deja que baje aquí la policía con un equipo de búsqueda en condiciones». La parte más cobarde de mí mismo me susurró que era lo mejor. Nadie me echaría la culpa: yo ni siquiera sabía a ciencia cierta si Monk se había llevado a Sophie por allí. Y aunque así fuera, ¿qué podía hacer? Lo más sensato sería volver para pedir ayuda.

«¿Y qué pasará con Sophie entonces? ¿Qué le está pasando ahora mismo, mientras tú estás aquí perdiendo el tiempo?».

Sin pensarlo dos veces, me metí por el agujero. El granito áspero me arañaba la piel como si fuera papel de lija mientras retorció el cuerpo para deslizarme por el túnel, el frío de la pared de roca golpeándome a través de la ropa. Había más espacio del que creía, pero evidentemente, tenía que haber el suficiente para que pasara Monk. «Si es que lo ha hecho. Todavía no lo sabes con certeza». Pero ahora ya había ido demasiado lejos. Mi aliento se condensaba a la luz de la linterna, mientras me

arrastraba con torpeza a lo largo de la roca oscura. Me pareció una eternidad hasta que llegué al otro extremo. Jadeando, enfoqué con el haz en la oscuridad.

Había salido a la parte superior de una cueva alargada y baja. Se inclinaba en pendiente a un lado, y terminaba en una bajada desde la que se oía el murmullo del agua. Fuera lo que fuese, no creía que formara parte de la mina. El lugar era poco más que una grieta horizontal en la roca, apenas lo bastante alto para que pudiera ponerme en pie. «Bueno, tú querías ver qué era lo que había aquí: ahora ya lo sabes».

Salir del agujero entrañaba cierta dificultad. Había recorrido el túnel con la cabeza por delante, por lo que tuve que hacer varias contorsiones para sacar las piernas y liberarlas. Arañé la roca con las botas y luego bajé de un salto al suelo inclinado. El techo bajo hizo que tuviera que agacharme mientras sostenía la linterna delante de mí. La amplia extensión de la cueva cobró vida ante mis ojos, las poderosas sombras prolongándose más allá de los límites del haz de luz.

—¡Sophie! —la llamé—. ¡Sophie!

Mi grito retumbó por las paredes hasta perderse en el olvido. La única respuesta fue el canturreo del arroyo subterráneo, invisible en las sombras. Dirigí la linterna hacia la oscuridad en el otro extremo y me puse en marcha.

Tuve que doblarme a la altura del estómago. Según Lucas, no había cuevas en aquella parte de Dartmoor; sin embargo, ésta era, obviamente, una formación natural, no artificial. «Pues parece que se equivoca», pensé. En ese momento me golpeé la cabeza contra un afloramiento de roca y me tambaleé hacia atrás, más asustado que herido.

Y solté la linterna.

«¡No!». Quise atraparla en el aire, pero fallé. Resonó al caer contra la roca, y la luz parpadeó al hacer impacto. Traté de retenerla con el pie, pero se fue rodando, deslizándose y rebotando por la pendiente hacia la bajada. El haz de luz proyectaba dibujos enloquecidos mientras echaba a correr a trompicones tras ella, pero rodaba demasiado rápido. Luego llegó a la orilla y, como si alguien acabase de accionar un interruptor, me quedé sumido en la oscuridad más absoluta.

No me moví. La gravedad de lo que acababa de pasar me había dejado paralizado. Miré fijamente el punto de la oscuridad por donde había desaparecido la linterna, con la esperanza de ver un débil resplandor. No había nada. La oscuridad era tan densa, que parecía tener peso y profundidad. Ahora que ni siquiera podía verla, la inmensidad de las rocas a mi alrededor se me hacía aún más opresiva.

Sólo el leve chapoteo del agua invisible interrumpía el sofocante silencio. «Que no cunda el pánico. Piensa qué puedes hacer». Me temblaba la mano cuando la metí en el bolsillo para sacar el móvil. Lo sujeté con fuerza mientras lo extraía y pulsaba una tecla.

Un resplandor azul ahuyentó a la oscuridad cuando la pantalla del teléfono cobró

vida. «Gracias a Dios». No iluminaba tanto como la linterna, pero en ese momento me parecía una luz preciosa. Sosteniéndolo como si fuera un farol en miniatura, empecé a desplazarme hacia la bajada por la que había caído rodando la linterna. Tal vez, con la caída, sólo se hubiera aflojado algún contacto: si lograba encontrarla tal vez pudiera hacerla funcionar de nuevo.

Sólo había dado unos pasos cuando la luz azul se apagó de improviso.

Sentí una punzada de pánico cuando la oscuridad me engulló de nuevo. Sin embargo, la pantalla simplemente se había puesto en modo de espera, y se encendió de nuevo al presionar una tecla. Con las piernas temblándome de alivio, seguí adelante. El sonido de la corriente subterránea se hizo más intenso, humedeciendo el aire con un frío líquido. Tuve que doblarme de nuevo sobre mi estómago cuando el techo se hizo aún más bajo, pero ya no me quedaba mucho trecho por delante.

Ya casi estaba llegando cuando sonó el teléfono.

El penetrante pitido fue asombrosamente fuerte. Por un instante sentí una punzada de esperanza, hasta que me di cuenta de que nadie podía llamarme. Lo que había oído no era el tono de llamada.

Era la advertencia de que se me estaba agotando la batería.

Llevaba varios días con la intención de cargar el teléfono. La última vez había sido antes de ir a Dartmoor, pero con tantos problemas de cobertura, apenas lo había usado. No me había parecido importante cargarlo.

Ahora sí.

«Oh, Dios...» Me quedé mirando el icono parpadeante de la batería. Encima, como reafirmandose, la pantalla volvió a apagarse. Me temblaban los dedos al pulsar una tecla. El teléfono se iluminó, pero sonó de nuevo casi de inmediato. No había manera de saber cuánto tiempo iba a durar la batería, y usar la pantalla la gastaría aún más rápido.

Eché un último y angustioso vistazo hacia la bajada. Sólo quedaban unos pocos metros de distancia, pero no había ninguna garantía de que fuera a recuperar la linterna. Ni de que todavía funcionara si lo conseguía. Ya no tenía ningún sentido seguir. Tenía que salir a buscar ayuda mientras todavía pudiese. Una vez que estuviese de vuelta en la mina, el pozo llevaba directamente a la superficie. Podría seguirlo aunque se me muriera el móvil. Pero si me fallaba antes...

«No pienses en eso».

Traté de relajarme y respirar hondo, resistiendo el impulso de echar a correr a ciegas de nuevo hacia el agujero. Avancé lo más rápido que pude, pero me dolía la espalda después de permanecer tanto rato encorvado y progresaba con una lentitud exasperante. La pantalla del teléfono se apagó dos veces más mientras retrocedía de nuevo como un cangrejo por la pendiente. Me iba parando a cada rato, sin atreverme apenas a respirar mientras presionaba una tecla para devolver la pantalla a la vida.

Estaría ya a mitad de camino cuando la pantalla se apagó por quinta vez. Rápidamente, pulsé una tecla. No pasó nada. Apreté otra, y otra más. La pantalla no reaccionó. La oscuridad pareció espesarse mientras aporreaba el teclado con desesperación, rezando por tan sólo unos segundos más de luz.

Pero no hubo milagro. Era como si la oscuridad me presionara los párpados. Bajé el teléfono.

No iba a ir a ninguna parte.

XXVI

Hacía frío. Empecé a tiritar instantes después de que el teléfono dejara de funcionar. El aire era gélido y húmedo, y en cuanto dejé de moverme, el frío de la cueva no tardó en traspasarme la ropa. Había hallado acomodo en la superficie de la roca, primero poniéndome de cuclillas y sentándome luego, cuando se me agarrotaron los músculos. Hiciese frío o no, no me atrevía a aventurarme más lejos, cuando no podía ver nada. Ya me había perdido una vez de noche en una isla escocesa. En aquel momento, había creído que era la peor experiencia de mi vida.

Esto lo superaba.

Mi primera reacción fue tratar de seguir el camino a tientas hacia el agujero por el que había entrado en la gruta. Sabía que la abertura tenía que estar exasperantemente cerca. Franquear el derrumbe a oscuras no iba a ser tarea fácil, pero cuando estuviese de vuelta en la mina, las posibilidades de llegar a la superficie serían mucho mayores.

Si hubiera sido capaz de memorizar la ubicación del agujero, podría haberlo intentado, pero eso sería ir a ciegas, sin poder ver los derrumbes ni los salientes de roca. Aunque no me abriese la cabeza, sería muy fácil desorientarse. Y si encontraba una abertura, no tendría forma humana de saber si era la correcta: corría el riesgo de acabar, sin darme cuenta, internándome más aún en el entramado de cuevas interconectadas.

Me gustara o no, mi única opción era quedarme donde estaba. La policía encontraría la puerta rota y mi billetera, y entonces sólo era cuestión de tiempo que registrasen la mina de arriba abajo. Si yo había podido encontrar la abertura que llevaba hasta allí, seguro que ellos también.

«¿Y si no la encuentran?».

Tarde o temprano, si no aparecía nadie, tendría que tomar una decisión, pero todavía no estaba mentalizado para pensar en eso. Volví a probar el móvil, con la esperanza de que la carga residual iluminase la pantalla durante unos segundos. No reaccionó. Ahora que tenía tiempo para pensar, bajar por allí me parecía una idea increíblemente estúpida. Aun cuando hubiese conseguido dar alcance a Sophie y Monk, ¿qué habría hecho? ¿Luchar contra él? La idea era ridícula. No se me había ocurrido llevarme la pistola de Cross, y aunque lo hubiera hecho, no habría sabido cómo usarla. No, debería haberme quedado en el coche y hacer lo que estaba en mi mano por ella y por Miller hasta que llegaran los refuerzos. En lugar de eso, me hallaba atrapado bajo tierra en una cueva cuya existencia nadie conocía, mientras que Monk y Sophie...

No podía soportar siquiera pensar en ello.

Enterré la cabeza en las rodillas, envolviéndolas con los brazos para retener el poco calor que pudiera emanar de mi cuerpo. El frío me zahería los huesos, pero

apenas si me importaba. Ni siquiera tenía forma de saber cuánto tiempo llevaba allí abajo. No podía ver la esfera del reloj, y en la oscuridad había perdido la noción del tiempo.

Agazapado y tiritando, agucé el oído para tratar de oír cualquier señal que indicara que la ayuda estaba en camino. Una vez me pareció que así era: el eco de un ruido vagabundeaba a través de la gruta. Grité en la oscuridad hasta quedarme ronco y con la garganta dolorida, pero cuando me paré a escuchar, el único sonido era el murmullo del fluir del agua invisible.

Sintiéndome más impotente que en toda mi vida, cerré los ojos y traté de descansar.

En algún momento, debí de quedarme dormido. No lo habría creído posible, pero tenía todo el cuerpo dolorido y estaba agotado. Sin ser consciente de ello, fui entregándome a un sueño intranquilo.

Y entonces, de repente, me desperté. Durante unos segundos, no tenía idea de dónde estaba. Presa del pánico, a punto estuve de darme un golpe en la cabeza contra el techo bajo de roca cuando me ponía en pie con movimiento tambaleante. Volví a agacharme sobre la piedra fría cuando asimilé la crudeza de la situación.

Tenía las piernas entumecidas. Primero estiré una y luego la otra, masajeándome los músculos para aliviarlos.

Fue entonces cuando oí el ruido.

Sonaba como el golpeteo lejano de una piedra al caer. Me quedé inmóvil, aguzando el oído. Al cabo de un momento, el ruido se repitió y esta vez no cesó. Se intensificó, el inconfundible eco de los pasos de alguien acercándose.

—¡Aquí! —grité—. ¡Estoy aquí!

Me olvidé del calambre de las piernas mientras miraba en la oscuridad, el alivio y la adrenalina acelerándome el corazón. Se me hizo una eternidad hasta el momento en que al fin surgió una luz en la oscuridad.

«Gracias a Dios».

—¡Aquí!

La luz comenzó a moverse en mi dirección, el haz amarillento y oscilante de una linterna. No fue hasta que aumentó de tamaño cuando me di cuenta de que procedía de la dirección contraria. Fuera quien fuese, se estaban acercando desde el otro lado de la cueva, y no desde el brocal del pozo de la mina. Y sólo había una luz en lugar del macizo de linternas que formaban los grupos de rescate.

El grito murió en mi garganta. Una angustiosa sensación de resignación se apoderó de mi cuerpo a medida que la linterna se iba acercando. Más allá del resplandor, distinguí una figura voluminosa y la pálida bóveda de una cabeza calva, encorvada y encogida bajo la roca hinchada. Se detuvo a unos metros de distancia. El hedor era insoportable y animal.

Monk bajó la linterna. La mugrienta chaqueta militar parecía demasiado pequeña en aquellos hombros y brazos enormes. Los ojos de botón me observaban mientras inflaba y desinflaba los pulmones con cada inspiración, acompañada de un silbido bajo.

—Levántate.

La red de cuevas interconectadas era un laberinto subterráneo, pero Monk parecía saber exactamente adónde iba. Se escurría a través de las grietas más estrechas y avanzaba a gatas por pasadizos llenos de goteras que se inclinaban y serpenteaban abriéndose paso por entre la roca. No vacilaba, deslizándose a través de unas brechas por las que nunca me habría atrevido a arriesgarme yo solo. A pesar de su tamaño, no se quedó atrapado ni atorado ni una sola vez. Puede que en la superficie fuera un bicho raro, un monstruo, pero allí abajo, en los túneles subterráneos, estaba en su elemento.

No había vuelto a hablar después de darme aquella brusca orden. Haciendo caso omiso de mis ansiosas preguntas sobre Sophie, se había limitado a dar media vuelta y regresar por donde había venido, como si no le importara si lo seguía o no. Desconcertado, me quedé donde estaba. Sólo cuando la cueva volvió a sumirse en la oscuridad de nuevo, apresurándose en llenar el vacío que había dejado la linterna al desaparecer, me obligué a mí mismo a moverme.

Monk no llegó siquiera a mirar alrededor, aunque debía de haberme oído. Me sentía completamente perdido. Nada de aquello tenía sentido, ni el hecho de que hubiese vuelto ni por qué —o adónde— me estaba guiando. Me horrorizaba la idea de adentrarme aún más en las cuevas, pero ¿qué otra cosa podía hacer? Podía haberme matado ya si era eso lo único que quería.

Y tenía que encontrar a Sophie.

El pasadizo donde estábamos se abrió de improviso a un espacio más amplio, lo bastante grande para caminar erguido. Monk echó a andar sin detenerse un instante, y yo tuve la oportunidad de alcanzarlo.

—¿Dónde está ella? —pregunté, jadeando.

No me respondió. Era evidente que acusaba el esfuerzo, pues cada vez que respiraba emitía un ruido ronco y húmedo, pero no aminoró el paso. Cuando lo agarré del brazo, parecía un pedazo de madera de teca bajo la tela mugrienta.

—¿Qué has hecho con ella? ¿Está herida?

Se zafó de mí sacudiendo el brazo. Parecía que no se hubiera esforzado en absoluto, pero me tiró al suelo. Caí tendido sobre las manos y las rodillas encima de la roca, lo bastante fuerte para rascarme la piel.

—Cállate de una puta vez.

Su voz era un murmullo ronco. Se volvió para seguir adelante, pero se dobló

sobre su estómago cuando le sobrevino un ataque de tos. Se apoyó contra la pared de roca, los hombros descomunales temblándole por la virulencia de los espasmos. Sonaba como si tuviera los pulmones llenos de líquido mientras escupía esputos de flema en el suelo. Respirando con dificultad, se pasó una mano por la boca antes de continuar como si no hubiera pasado nada.

Al cabo de un momento, fui tras él, pero entonces pensé en la respiración entrecortada que había oído por teléfono, y en el esputo que la policía había encontrado en la casa de Wainwright. Todos habíamos dado por sentado que se trataba de un gesto de desprecio, pero yo ya no estaba tan seguro.

Monk estaba enfermo.

No es que eso lo hiciese menos peligroso, ni que lo obligase a ir más lento. Tuve que esforzarme para mantener el ritmo, sabiendo que si no lo hacía me quedaría rezagado. Lo único que podía hacer era clavar la mirada en la amplia espalda de Monk, recortada contra la luz de la linterna, y confiar en que todo aquello tuviese un propósito.

Iba detrás de él, chapoteando con el agua hasta los tobillos que corría por los lados del estrecho pasillo de una cuesta hacia arriba, cuando de repente la luz se apagó. Me detuve de golpe, tratando de no dejarme dominar por el pánico, preguntándome si todo aquello no habría sido más que una jugarreta sádica para abandonarme allí abajo.

Entonces oí un ruido sordo procedente de algún punto cercano, y al mismo tiempo vislumbré un débil resplandor en un lado del pasadizo. Me acerqué a él y me encontré en una hendidura en la roca. Por detrás de ella se oían los gruñidos y bufidos de Monk, afanándose trabajosamente por seguir avanzando, y acerté a atisbar el haz de luz titilante de su linterna.

La hendidura ascendía en un ángulo muy pronunciado. Tuve que impulsarme hacia arriba, encaramándome para seguir la luz que se alejaba cada vez más. Caminé todo lo aprisa que pude, pero seguía haciéndose cada vez más tenue. La aspereza de la roca me rasguñaba el abrigo, presionándome poco a poco. Pronto ya no vería ninguna luz en absoluto, o ni lo oiría siquiera. Traté de tragarme el miedo y la bilis que me subía a la garganta. «Tranquilízate. Sigue adelante». Entonces el pasaje se torció en una esquina y vi un resplandor más adelante. Al seguirlo, me encontré en una pequeña cavidad natural de la roca, una cámara. Me detuve, deslumbrado después de tanta oscuridad por la luz tenue de un farol que había en el suelo. El aire era hediondo y amargo, la humedad mineral mezclada con un olor animal. Un calentador portátil de gas emitía, acompañado de un ruido sibilante, un calor que se me antojó insoportable después del frío de las cuevas. Cuando mis ojos se habituaron a la luz, vi un revoltijo de bolsas, botellas y latas esparcidas por el suelo. Monk estaba agachado sobre una manta arrugada, mirándome con esa media sonrisa suya y los

ojos inertes.

Acurrucada lo más lejos posible de él estaba Sophie.

—Oh, Dios... ¡D... David...!

Me echó los brazos al cuello cuando me arrodillé a su lado. Le acaricié el pelo mientras enterraba la cara en mi hombro, percibiendo el temblor de su cuerpo a través del abrigo.

—Chiss, tranquila... Todo saldrá bien.

Todavía estábamos muy lejos de que eso fuese realmente así, pero el alivio que sentí al verla borró todo lo demás. Tenía la cara pálida y surcada de lágrimas, la contusión aún evidente. Percibí algo más en ella, algo no muy bueno, pero estaba demasiado emocionado por haberla encontrado para dar pábulo a esa impresión aún a medio formar. Inclino la cabeza para secarse los ojos y olvidé por completo la inquietante sensación.

—¿Estás bien? ¿Te ha hecho daño? —le pregunté.

—No, no me ha hecho daño... Estoy... estoy bien.

No lo parecía, ni por su aspecto ni por la voz, pero sentí que mi alivio aumentaba por momentos. Fuera lo que fuese lo que Monk tuviese planeado, Sophie había salido mucho mejor parada que sus otras víctimas.

Hasta ahora.

Todavía estaba sentado en la manta, mirándonos, con las enormes manos colgando de las rodillas, llenas de costras y magulladuras. La luz baja y amarilla de la linterna convertía la hendidura de su frente en un pozo sombrío. Allí, en cuclillas, podría haber sido el testimonio de una época más primitiva, un simio pálido y lampiño agazapado en su cueva.

Pero parecía aún más enfermo de lo que creía. Tenía los colosales hombros caídos de puro agotamiento, y la piel tirante sobre los poderosos huesos del rostro, teñido de un tono enfermizo y amarillento. Abría la boca al respirar, y emitía una sibilancia con cada movimiento del pecho. Era evidente que padecía una infección respiratoria grave, tal vez incluso neumonía, y que vivir en aquellas condiciones no lo habría ayudado. Monk parecía un hombre al final de sus límites físicos.

Sólo que Monk no era un hombre normal, y enfermo o no, los oscuros ojos nos observaban brillantes y sin pestañear.

Me obligué a sostenerle la mirada: era como mirar a un perro de presa.

—No necesitas dos rehenes. Déjala ir.

—No quiero ningún rehén —repuso con voz ronca. Torció la boca en una mueca de desprecio—. ¿Crees que no te recuerdo de antes? Ahora ya no te haces el listillo, ¿eh?

«No, de listo nada».

—Entonces ¿por qué nos has traído aquí?

—La traje a ella. Tú nos has seguido.

—Entonces ¿por qué viniste a buscarme?

Monk volvió la cabeza para examinar un rincón de la cámara con mirada de halcón, y luego se hundió recostándose en la roca de nuevo. Su respiración era ahora más regular, pero aún sonaba como un soplo de aire escapándose de un fuelle roto.

—Pregúntale a ella.

Me volví hacia Sophie. Percibí como temblaba apoyada en mi cuerpo.

—Yo... te oímos gritar. El sonido llega hasta aquí. Cuando dejamos de oír tu voz, pensé... pensé que... —Me lanzó una mirada llena de desesperación. Una vez más, sentí una repentina inquietud que nada tenía que ver con Monk, que sus siguientes palabras se ocuparon de sofocar—. Le dije... Le dije que tú podrías ayudar.

—No lo entiendo.

Sophie miró hacia él con nerviosismo.

—Él dice... dice que no puede...

—No, él no lo dice, ¡yo no digo nada, joder! ¡Es que no puedo! —Su grito resonó en la pequeña cámara—. Lo intento, ¡pero no puedo! ¡No hay nada ahí! ¡Antes no importaba, pero ahora sí!

Monk se pasó las manos callosas por encima del cráneo, raspándose con ellas el vello incipiente que había empezado a crecer allí. Movi6 la boca como si le estuvieran arrancando las siguientes palabras.

—Quiero saber lo que hice.

El tiempo parecía haberse detenido en el reducido espacio de la cámara. En algún momento, se me había roto el reloj y la esfera se había hecho añicos, de modo que el vidrio estaba completamente resquebrajado. Debajo, las manecillas estaban inm6viles, paralizadas entre las dos y las tres. Aunque no es que hubiese mucha diferencia allí abajo. La luz del farol confería al reducido espacio una luminosidad de otro mundo, intensificado por el calor soporífero del sibilante calentador portátil. Los gases no iban a sentarle bien a los pulmones de Monk, pero allí abajo había la suficiente corriente de aire para que la concentración no llegase a ser tóxica.

Me senté en una lona de plástico arrugada, con la espalda apoyada en la roca y Sophie acurrucada contra mí. Monk se había calmado después de su arrebato. Parecía exhausto, encorvado hacia delante con la cabeza colgando entre las rodillas encogidas, rodeándolas con las manos con aire protector. La postura le hacía parecer extrañamente vulnerable. Llevaba bastante rato sin moverse, y el silbido constante de la respiración me hacía pensar que estaba dormido, pero seguí observándolo atentamente mientras acercaba la cabeza a la de Sophie.

—¿Qué ha querido decir? —susurré.

—No... no lo sé.

Seguí hablando en voz baja, sin apartar los ojos de Monk.

—Tiene que haberte dicho algo. ¿Por qué quiere ayuda? ¿Ayuda para qué?

—¡No lo sé...! Me encuentro muy mal, y esa luz brilla demasiado.

Me moví para protegerla del farol con mi cuerpo.

—Sophie, esto es importante. Tienes que decírmelo.

Se masajeó las sienes, mirando temerosamente a Monk.

—Dice... dice que no logra acordarse de haber matado a esas chicas. No sólo no se acuerda de dónde las ha enterrado, ¡no se acuerda de nada! Él quiere... cree que puedo ayudarle, porque dije que podía ayudarle a encontrar las tumbas, aunque hubiese olvidado dónde estaban. ¡Pero yo no quería decir que pudiese ayudarlo a recuperar la memoria! ¡Oh, Dios, esto no puede estar pasando...!

Noté como se echaba a temblar. La abracé contra mi pecho.

—Sigue.

Sophie se secó los ojos.

—Por eso estaba cavando alrededor de la tumba de Tina Williams. Él pensaba... pensaba que si encontraba las tumbas, si veía los cadáveres de nuevo, eso lo haría recordar. Por eso nos persiguió cuando nos vio aquí, sabía que tenía que ser yo. Pero yo... ¡yo no puedo hacer nada de eso, no es eso lo que quise decir!

—Chiss... Lo sé. —Le acaricié la espalda, mirando con recelo a Monk—. ¿Qué ha querido decir con eso de que antes no importaba, pero ahora sí?

—No lo sé... no lo sé. Pero le dije... Le dije que tú podrías ayudar. Cuando te oí gritar, fue lo único que se me ocurrió. Dios, lo siento mucho... ¡todo esto es culpa mía!

La abracé mientras lloraba hasta que se quedó dormida de puro agotamiento. Yo también estaba destrozado, con los huesos cansados y doloridos, pero tenía que mantenerme despierto. Miré el bulto inmóvil de Monk, tratando desesperadamente de pensar en algo. Todos habíamos dado por sentado que mentía cuando dijo que no recordaba dónde había enterrado a las hermanas Bennett. Ahora ya no estaba tan seguro.

No es que eso cambiase las cosas. Aunque Monk realmente padeciese algún tipo de amnesia, no había nada que Sophie pudiera hacer. Ella era especialista en el comportamiento, no psiquiatra. No podía ayudarlo a recuperar sus recuerdos, y yo tampoco. Tarde o temprano se daría cuenta de ello, y cuando llegase ese momento...

Tenía que sacarla de allí.

Monk aún no se había movido, y si el ritmo profundo y jadeante de su respiración era indicador de algo, estaba profundamente dormido, aunque yo dudaba de que su sueño fuese lo bastante profundo para poder escabullirnos sin que se diese cuenta. «Entonces ¿qué? ¿Le das un golpe en la cabeza mientras duerme?». Aun suponiendo que yo fuese capaz de hacer algo así, a sangre fría —y que él no se despertase y me

hiciese picadillo—, no tenía ni idea de cómo volver a la superficie.

Miré alrededor de la cámara, con la esperanza de ver algo que pudiese servirnos. El suelo estaba repleto de botellas de agua vacías y envoltorios de comida, pilas y botes de gas gastados. Algunos de ellos tenían años, probablemente llevaban allí desde la última vez que Monk se había escondido en las cuevas. A mi lado tenía un directorio telefónico hecho jirones y un montón de cajas más recientes, abiertas y con el contenido desparramado aquí y allá: jarabes para la tos, envases de antibióticos y pequeños frascos de color marrón que reconocí como sales aromáticas, obviamente sustraídos de alguna farmacia. Las sales aromáticas me dejaron perplejo, hasta que hice la conexión con el perro adiestrado que había intentado detectar su rastro unos días antes.

Las sales aromáticas contenían amoníaco.

La única otra cosa que había cerca era una bolsa de plástico llena de tierra maloliente. El olor a almizcle me resultaba familiar, pero no podía ubicarlo. Sin desviar los ojos de Monk, traté de ver qué más se ocultaba entre los escombros. Aparté con delicadeza una caja y me quedé paralizado al ver lo que había detrás de ella.

El cilindro negro de una linterna.

Estaba justo a mi alcance. No tenía forma de saber si estaba rota o no, y aunque no lo estuviera todavía tendríamos que conseguir sortear a Monk para poder usarla, pero al menos ofrecía un pequeño soplo de esperanza, y en ese momento la necesitaba toda. Con cuidado de no perturbar el sueño de Sophie, me incliné hacia la linterna, alargando el cuerpo hasta donde pude. Mis dedos estaban a sólo unos centímetros de distancia cuando sentí que algo se movía en la cámara. Los pelos de los brazos se me pusieron de punta, como si el aire se hubiese electrizado de repente. Levanté la vista.

Monk me estaba mirando.

Sólo que no me estaba mirando, no del todo. Tenía los ojos fijos en un punto, justo a un lado. Me humedecí la boca, tratando de pensar en algo que decir. Antes de que pudiera hacerlo, él sacudió la cabeza espasmódicamente a la derecha, contrayendo los labios con una mueca en un solo lado de la boca.

Y entonces empezó a reír.

Era una risa extraña, llena de flema. Se hizo cada vez más fuerte, subiendo de tono hasta que los hombros le temblaban por la fuerza de las carcajadas. Me estremecí cuando, de repente, blandió un puño lleno de costras y golpeó con él, de costado, la pared áspera que tenía al lado. Si se hizo daño, no lo demostró. Sin dejar de reír, volvió a golpear la roca con el puño de nuevo. Y luego otra vez.

Sophie se movió y lanzó un gemido inquieto. Sin apartar los ojos de Monk, puse la mano sobre su hombro, tratando de hacer que no se moviera. Ella se calmó,

demasiado cansada para despertarse del todo mientras la risa maníaca de Monk empezaba a extinguirse. Esperaba que en cualquier momento dirigiese los ojos inertes hacia nosotros, pero era como si ni siquiera estuviéramos allí.

La última burbuja de risa escapó de su pecho y su respiración volvió aacompanarse con las reposadas sibilancias de antes. Se tranquilizó y se quedó quieto, la sangre le goteaba de la mano con la que había estado golpeando la pared, la boca entreabierta, como si estuviera drogado.

«Dios santo...» No tenía ni idea de lo que acababa de suceder. Sabía que Monk era un desequilibrado, pero esto... esto era otra cosa. Había parecido un acto involuntario, como si ni siquiera él mismo fuese consciente de lo que hacía. O incluso como si ni siquiera estuviese verdaderamente consciente. De pronto, me vino a la memoria algo que Roper me había dicho años antes: «Anoche se lió a golpes con uno [...]. Por lo visto, montó uno de sus numeritos, cogió una de sus rabetas cuando apagaron las luces. Por eso los guardias lo llaman "Risa Floja"».

Monk estaba empezando a moverse, parpadeando despacio como si estuviera despertándose. Sufrió otro acceso de tos. Cuando se le pasó, se aclaró la garganta y escupió en el suelo. El movimiento pareció dejarlo agotado. Se pasó una mano por la cara, la misma con la que había golpeado la pared. Frunció el ceño cuando vio la sangre en ella, y entonces se percató de que lo estaba mirando.

—¿Se puede saber qué cojones miras?

Aparté la mirada rápidamente. Tratando de aparentar indiferencia, recogí uno de los envases de antibióticos que había en el suelo.

—Esto no te va a servir de nada para tu infección respiratoria.

—¿Cómo lo sabes?

—Soy médico.

—Vete a la mierda.

Dejé caer las tabletas de nuevo al suelo.

—Muy bien, no me creas, pero son para infecciones de la vejiga, no para las vías respiratorias.

Los ojos oscuros de Monk destellaron. Bajó la mirada hacia donde Sophie tenía la cabeza apoyada en mi regazo.

—¿Esto qué es? —le pregunté rápidamente, empujando la bolsa llena de tierra con el pie. Fue lo primero que me vino a la cabeza.

Parecía debatirse entre responder o no, pero al menos había conseguido desviar su atención de Sophie.

—Meados de zorro.

—¿Meados...?

Levantó una bota.

—Es por los perros.

Eso explicaba parte del hedor que despedía su cuerpo. Los zorros utilizaban su orina acre para marcar su territorio: Monk debía de haberse embadurnado él mismo con la tierra de una madriguera, con la esperanza de enmascarar su propio olor corporal. Una vez más sentí que había algo que debía recordar, pero estaba demasiado ocupado para preocuparme de ello.

—¿Y los engaña? —Yo sabía que no era así, pero no estaba dispuesto a decírselo.

—A los perros no. Pero sí al adiestrador.

Lo había subestimado. Los perros policía serían capaces de seguir su rastro independientemente de las tretas que utilizase, pero si un adiestrador novato percibía el olor característico de un zorro, podía pensar que el perro seguía el rastro equivocado.

—¿Qué es este lugar? —le pregunté—. Pensaba que no había cuevas por aquí.

—Todo el mundo lo piensa.

«Incluida la policía».

—¿Es aquí donde te escondiste la última vez?

Levantó la cabeza.

—¡Yo no me escondo! Siempre he bajado aquí.

—¿Por qué?

—Para alejarme de la gente como tú. Y ahora, cállate la boca.

Rebuscó entre la basura en el suelo y sacó una chocolatina. Desgarró el envoltorio y se abalanzó sobre ella como si estuviera muerto de hambre. Cuando se la hubo comido, hizo girar el tapón de una botella de agua e inclinó la cabeza hacia atrás para beber. Advertí que yo también tenía la garganta reseca mientras veía cómo le bajaba y subía la nuez por la garganta.

Monk arrojó la botella vacía a un lado. Señaló con la cabeza hacia abajo, a Sophie.

—Despiértala.

—Necesita dormir.

—¿Quieres que lo haga yo?

Extendió la mano ensangrentada hacia Sophie. Actué instintivamente, apartándola de un manotazo. Monk se quedó muy quieto, perforándome con ojos encendidos.

—Está malherida —dije—. Si quieres que te ayude, necesita descansar. Acaba de tener un accidente de coche, por el amor de Dios.

—No sabía que saldría dando vueltas de campana. —Parecía hosco. Miró a Sophie, esta vez fijándose en el hematoma desvaído de la mejilla—. ¿Qué le ha pasado en la cara?

—¿No lo sabes? Alguien irrumpió por la fuerza en su casa y la agredió.

Fue como si algo parpadeara en aquellos ojos oscuros. Unas arrugas profundas surcaron la frente amplia.

—Todo estaba destrozado... Ella no estaba allí... Yo no... No puedo...

Cruzó las manos sobre su cabeza rapada, reduciendo su voz a un murmullo inaudible.

—No puedes... ¿qué? —lo presioné, olvidando toda precaución.

—¡No puedo acordarme de nada! —El grito resonó en el interior de la pequeña cámara. Se golpeó los lados de la cabeza con las palmas de las manos, como si tratara de atravesarlos—. Lo intento una y otra vez, ¡pero no hay nada! Se supone que tú eres médico, ¿qué es lo que me pasa?

No sabía ni por dónde empezar a responder a esa pregunta.

—Yo sólo era médico de cabecera, pero hay especialistas...

—¡A la mierda los especialistas! —exclamó, salpicándolo todo de saliva—. Capullos con batas blancas, ¿qué sabrán ellos...?

Esta vez tuve el suficiente sentido común para quedarme callado. Fue como si parte de su cólera le hubiera abandonado. Abría y cerraba las enormes manos mientras miraba a Sophie. Ella no se había despertado, ni siquiera entonces.

—Tú y ella... Es tu novia.

Estaba a punto de decir que no, pero algo me detuvo. Monk no parecía esperar una respuesta de todos modos.

—Yo tenía una novia. —Juntó las manos alrededor de la parte posterior de la cabeza. Movi6 la boca—. Y la maté.

XXVII

Para cuando cumplió los quince años, Monk ya era carne de cañón. Huérfano de nacimiento, había crecido doblemente excluido: rechazado por sus defectos físicos y temido por su monstruosa fuerza. Las pocas familias que acogieron al chico raro y huraño no tardaron en devolverlo, conmocionados por la experiencia. Para cuando llegó a la pubertad, era más fuerte que cualquier hombre adulto, y la violencia y la intimidación se habían convertido en algo completamente natural para él.

Entonces comenzaron las ausencias.

Para empezar, él no se daba cuenta. La mayoría le ocurrían de noche, por lo que de aquellos episodios tan sólo conservaba un sentimiento de confusión y letargo al día siguiente, los inexplicables moretones o las manos ensangrentadas. El problema no salió a la luz hasta que lo ingresaron en una institución para menores delincuentes, cuando su comportamiento nocturno aterrorizaba a los otros internos. Monk montaba un auténtico escándalo, riendo como un loco y reaccionando ante cualquier intento de someterlo con una violencia exacerbada y frenética. A la mañana siguiente, no recordaba nada de lo ocurrido.

Al principio, creía que las acusaciones y los castigos posteriores no eran más que nuevos métodos de tratarlo injustamente. Reaccionó volviéndose más reservado y agresivo. No se le ocurrió pedir ayuda, y la habría rechazado si se la hubieran ofrecido. Aunque nadie lo hizo nunca. Los psicólogos de la cárcel hablaban de conducta antisocial, trastornos de control de impulsos y tendencias sociópatas. Bastaba echarle un vistazo para confirmar las peores sospechas: era un engendro, un monstruo.

Era Monk.

A medida que se fue haciendo mayor, le dio por vagabundear por el páramo. El paisaje ancestral, con sus *tors* rocosos y los espinosos matojos de aulaga, ejercía un poderoso efecto tranquilizador sobre él. Lo que aún era más importante, le permitía ir a su aire. Un día se tropezó con un agujero exageradamente grande en una ladera. Se trataba del brocal del pozo de una vieja mina, aunque él eso no lo sabía en ese momento. Le abrió, literalmente, un mundo nuevo. Comenzó a explorar las antiguas minas y cuevas que serpenteaban bajo la superficie de Dartmoor, rastreándolas e incluso durmiendo en ellas cada vez que podía. Pasaba tanto tiempo en los fríos y oscuros túneles como en la caravana destartada a la que llamaba hogar. Eran una constante tranquilizadora, indiferentes al día o a la noche y ajenos al clima o las estaciones. Lo hacían sentirse seguro. Aplacado.

Incluso los temidos episodios de las ausencias ya no eran tan frecuentes.

Una noche, iba de camino al páramo cuando se tropezó con la pandilla. Hacía casi una semana entera que no se acercaba por allí, pues había estado trabajando en una

obra a cambio de dinero contante y sonante. Ahora, con dinero en el bolsillo, la necesidad de volver le provocaba un hormigueo en la piel, una comezón insoportable. Era como si, por dentro, alguien estuviera arañando una pizarra con las uñas, y sentía una especie de mareo que solía ser el preludio de uno de sus ataques.

Al principio hizo caso omiso de los jóvenes encapuchados acurrucados bajo una farola rota. Rodeaban algo en el suelo, lo tenían atrapado como si fueran una manada de animales. Monk no sentía ningún interés, y habría pasado de largo de no haber sido por su risa. Malévola y cruel, le palpitaba por detrás de los ojos como un eco de la infancia. La pandilla se había dispersado después de que derribara de un puñetazo a dos o tres de ellos, dejando una figura solitaria en el suelo. Le dolían los tendones de las manos ante la necesidad de seguir golpeando, pero la chica allí tendida levantó la mirada hacia él sin miedo. Le lanzó una sonrisa tímida.

Se llamaba Angela Carson.

—¿Tú la conocías?

La pregunta salió de mi boca antes de que pudiera detenerla. Según los informes que había leído, varios testigos habían visto a Monk merodeando por el barrio de su cuarta víctima antes del asesinato, pero se suponía que simplemente la había estado acechando. No había nada que indicara que ya conocía a Angela Carson, y menos aún que hubieran tenido algún tipo de relación.

La mirada en los ojos de Monk respondió de sobra a mi pregunta.

Después de ese primer encuentro fortuito, la pareja se había sentido atraída mutuamente. Ambos se sentían solos. Ambos, a su manera, eran unos marginados de la sociedad. Angela Carson estaba casi completamente sorda, y era más fácil para ella comunicarse mediante el lenguaje de signos que hablar. Monk no sabía cómo, pero los dos se las habían arreglado para comunicarse a pesar de todo. En aquella joven feúcha, por fin encontró a alguien que no estaba aterrorizada ni sentía repulsión hacia él. En cuanto a ella, no era difícil imaginar que había encontrado seguridad en la reconfortante fuerza bruta de él. Monk empezó a ir a visitarla a casa por las noches, cuando había menos posibilidades de que los vecinos lo vieran.

No pasó mucho tiempo hasta que ella le pidió que se quedara a pasar toda la noche.

Las crisis de ausencias habían sido menos frecuentes desde que se conocieron. Estaba más tranquilo, menos tenso. Incluso se había permitido creer que los episodios habían terminado para siempre. Aun así, no había sido su intención quedarse dormido.

Pero se había dormido.

Aseguraba no tener ningún recuerdo de lo que pasó esa noche, sólo que, de pronto, se encontró de pie junto a la cama. Oyó unos golpes en la puerta cuando la policía trató de entrar por la fuerza. Todo era ruido y confusión. Tenía las manos

llenas de sangre, pero ni una sola gota era suya.

Miró hacia abajo y vio a Angela Carson.

Fue entonces cuando Monk perdió el poco control que le quedaba. Cuando la policía irrumpió en la habitación, se abalanzó sobre ellos con una furia frenética. Luego echó a correr hasta que le fallaron las piernas, tratando inútilmente de escapar de las imágenes de aquella habitación cubierta de sangre por todas partes.

Sin pensarlo dos veces, se había ido al páramo.

Y luego se había metido bajo tierra.

Ni siquiera se le pasó por la cabeza que la policía pudiera estar buscándolo: él estaba tratando de huir de sí mismo, no de ellos. El frío y el hambre lo sacaron a la superficie al cabo de unos días. Había perdido la noción del tiempo, y ya era de noche cuando salió. Robó ropa y comida, y todo el equipamiento que necesitaba, y ya estaba de vuelta en su santuario antes del amanecer.

Durante los tres meses siguientes, pasó más tiempo en su refugio subterráneo, bajo el tojo y el brezo de Dartmoor, que en el mundo exterior. Sólo salía al aire fresco y la luz del día para desplazarse a otra red de túneles, o para robar o buscar más provisiones y comprobar las trampas que había colocado para los conejos. La superficie le recordaba quién era y lo que había hecho, mientras que debajo de la roca oscura, podía enterrarse a sí mismo para siempre.

Y olvidar.

Puesto que su propia integridad física le traía sin cuidado, logró descubrir lugares y adentrarse por túneles por los que nadie más se atrevería nunca a entrar. Hasta dos veces tuvo que desenterrarse a sí mismo, con sus propias manos, cuando el techo se le derrumbó encima, y en otra ocasión casi se ahogó cuando la red de cuevas en la que estaba quedó inundada después de unas intensas lluvias. Una vez permaneció escondido, sin ser visto, agazapado entre las sombras mientras un grupo de espeleólogos pasaba por delante de él haciendo mucho ruido, a apenas unos metros de distancia. Los dejó marchar, pero después buscó un refugio más apartado.

Siguió sufriendo crisis de ausencias, pero allí abajo sólo era vagamente consciente de ellas. A veces se despertaba en una gruta o un túnel distinto del que recordaba, sin saber cómo había llegado hasta allí. Se acostumbró a dormir con una linterna en el bolsillo para cuando eso sucediera.

Hasta que un día se encontró caminando por la carretera a pleno sol. Estaba confuso, sus pensamientos tan enfangados como su ropa, sin tener ni idea de dónde estaba o de qué estaba haciendo. Fue así como lo encontró la policía.

La primera vez que oyó hablar de Tina Williams o Zoe y Lindsey Bennett fue cuando lo acusaron de los asesinatos.

—Entonces ¿por qué te declaraste culpable? —le pregunté.

Monk se frotó distraídamente un punto entre dos nudillos de la mano, con la

mirada perdida de sus ojos de botón. Yo siempre había creído que estaban vacíos; ahora me preguntaba cómo no había percibido el dolor que se veía en ellos.

—Todo el mundo decía que lo había hecho. Encontraron sus cosas en mi caravana.

—Pero si no podías recordar...

—¿Es que te crees que me importaba una mierda?

Me fulminó con la mirada, pero incluso hacer eso, al parecer, fue demasiado esfuerzo. Empezó a sufrir convulsiones cuando tuvo otro ataque de tos. Era aún más violento que el anterior, y cuando se le pasó, se quedó sin aliento.

Sin pensar, extendí la mano hacia su muñeca.

—Trae, déjame que te compruebe el pulso...

—Como me toques, te parto el brazo.

Bajé la mano. Monk estaba recostado contra una roca, mirándome con recelo.

—Si eres médico, ¿cómo es que desentierras cadáveres? ¿Es que te crees que puedes devolverles la vida?

—No, pero puedo ayudar a encontrar a quien los mató.

Deseé no haber dicho aquellas palabras en cuanto las hube pronunciado, pero ya era demasiado tarde. Cuando empecé a oír las sibilancias de Monk de nuevo, creí que era otro ataque de tos, hasta que me di cuenta de que se estaba riendo.

—Sigues siendo un listillo de mierda —dijo, gruñendo.

Pero se calló de inmediato. Cada respiración iba acompañada de un silbido entrecortado, y unas gotas de sudor le perlaban el rostro. Los ojos negros parecían hundírsele en las cuencas, presionando a través de la piel amarilla.

—El ataque al corazón no era simulado, ¿verdad? —dije.

Monk se pasó la mano hacia delante y hacia atrás por la cabeza, y vi con desconcierto como el pulgar encajaba a la perfección en la depresión del cráneo. Pareció calmarse.

—Fue la coca.

Tardé un momento en comprender de qué me estaba hablando.

—¿Te metiste una sobredosis de cocaína? ¿Deliberadamente?

La enorme cabeza asintió. Seguía acariciándosela con la mano.

—¿Cuánta?

—Suficiente.

Eso explicaba cómo había engañado a los médicos. Además de subir la presión arterial por las nubes, una sobredosis de cocaína puede provocar taquicardia, por lo que los latidos de su corazón debían de haber sido peligrosamente rápidos e irregulares. Los síntomas podían confundirse fácilmente con un amago de infarto, y resultar igual de fatales. A juzgar por el estado de Monk, supuse que por lo menos habría sufrido una lesión cardiovascular, quizá incluso una insuficiencia cardíaca. Si

añadíamos a ello la infección respiratoria, era un milagro que no estuviese muerto. Con razón habíamos logrado escapar de él en Black Tor.

Estaba demasiado enfermo para atraparnos.

—Podrías haberte matado —dije.

Torció la boca.

—¿Y qué?

—No lo entiendo. Esperaste ocho años, ¿por qué escapar ahora?

Su boca se curvó en lo que al principio confundí con una sonrisa. Entonces vi la mirada en sus ojos y me percaté de que era todo lo contrario.

—Porque los hijos de puta me hicieron cargar con el mochuelo. Todo fue un montaje. Una trampa.

Había estado a punto de creerlo hasta entonces. Incluso de compadecerme de él, válgame Dios... Monk era capaz de muchas cosas, pero el teatro no era lo suyo. Y sin embargo, aunque habría jurado que el extraño episodio que había presenciado era genuino, lo que acababa de decirme era pura paranoia. Debió de leerme el pensamiento.

—Crees que estoy zumbado, ¿no?

—No. Yo...

—¡No mientas, joder!

Me miraba con ojos asesinos, la enorme cabeza adelantada. «Cuidado», me dije.

—¿Por qué crees que te tendieron una trampa? ¿Que todo fue un montaje?

Me miró fijamente durante un rato más y luego se examinó las costras de los puños. Aún le salía sangre del que se había golpeado contra la roca, pero no parecía importarle.

—Me enteré de que había un pringado, un preso nuevo, que iba diciendo por ahí que había visto a alguien hurgando debajo de mi caravana antes de que la registrara la policía. Le enseñaron una placa y le explicaron que se trataba de un asunto policial. Le dijeron que se largara de allí y que si se lo decía a alguien, lo meterían en el trullo por pederasta y lo encerrarían con los putos pervertidos. Le dijeron que se hiciera un favor a sí mismo y mantuviese la boca cerrada. Y eso hizo. Nunca le dijo nada a nadie hasta que lo mandaron a Belmarsh y quiso hacerse el gallito con los tipos duros. —Monk volvió la cabeza y escupió—. Como si yo no fuese a enterarme.

Aquella no era la diatriba paranoica que yo esperaba. Había sido el hallazgo del pintalabios de Zoe Bennett y su cepillo para el pelo debajo de la caravana lo que había confirmado la culpabilidad de Monk. Eso él ya lo sabía, por supuesto, pero aun así...

—Ese preso... —dije.

—Walker. Darren Walker.

—¿Te dijo el nombre del policía?

—Me dijo que era un cabrón llamado Jones. Un inspector.
Ese nombre no me decía nada, pero tampoco tenía por qué.

—Podía haberte mentado.

—No me mentía. No después de lo que le hice. —El rostro de Monk no dio muestras de compasión. Volvió a torcer los labios en un gruñido—. Debería haber hablado antes.

Terry me había contado que Monk había matado de una paliza a otro preso cuando me comunicó la noticia de su fuga. «Envió a dos guardias al hospital cuando intentaron reducirlo. Me sorprende que no te enteraras». Quise tragar saliva, pero tenía la boca tan seca que necesité varios intentos. Señalé un paquete de botellas de agua sin abrir.

—¿Puedo beberme una?

Encogió uno de sus hombros descomunales. Abrí una de las botellas, consciente de que me temblaban las manos, pero el agua alivió mi garganta reseca, y el hecho que me hubiese permitido beber agua ya era algo.

Me bebí la mitad, guardando el resto para cuando Sophie se despertara.

—¿Cómo encaja Wainwright en todo esto? —le pregunté, tapando la botella de nuevo—. ¿Por qué lo mataste?

Casi esperaba que Monk contestase que no recordaba eso tampoco. Rescató un esputo de sus pulmones y lo escupió al suelo antes de responder.

—Yo no lo maté.

—Su esposa te ha identificado, y tu ADN está por toda la casa.

—Yo no he dicho que no estuviera allí, he dicho que no lo maté. Se cayó por las escaleras. Ni siquiera lo toqué.

Era posible, supuse. El cadáver de Wainwright yacía tendido al pie de la escalera: podía haberse roto el cuello al caer. Encontrarse a Monk en su casa habría sido aterrador para cualquiera, y mucho más para alguien con demencia.

—Pero ¿por qué fuiste a su casa de todos modos? No creerías que Wainwright podía tener algo que ver con la trampa que te tendieron...

Monk tenía las dos manos entrelazadas en la cabeza mientras miraba a Sophie. Ella se removió mientras dormía, frunciendo el ceño como si pudiera percibir la mirada de él sobre ella.

—No sabía qué otra cosa hacer cuando no pude dar con ella. Pensé que a lo mejor él sabía dónde estaba. O darme alguna información. Intenté excavar unos hoyos en el páramo como lo vi hacer a él, para ver si eso me ayudaba a recordar, pero no esperaba que tú y ella apareciérais por allí. —Esbozó una sonrisa cadavérica—. Aunque vosotros tampoco me esperabais a mí, ¿a que no? Estabais tan asustados que casi podía olerlos. Si no fuese porque estaba hecho polvo de tanto cavar esos agujeros de mierda, os habría atrapado fijo.

Así que en vez de eso, frustrado, esa noche había ido en busca de la única persona que se le ocurrió que podía ayudarlo. Alguien fácil de encontrar, porque su nombre figuraba en el listín telefónico.

—Wainwright estaba enfermo. No podría haberte ayudado.

Monk levantó la cabeza de golpe.

—Pero yo no lo sabía, ¿no? ¿Te crees que lamento su muerte? ¡Ese cabrón estirado me trató como escoria, eso no lo he olvidado! ¡Le habría roto el cuello a ese hijo de puta de todos modos!

—Yo no... —empecé a decir, pero era como si alguien hubiese accionado un interruptor.

—¡Esos cabrones me tendieron una trampa! ¡Durante ocho años pensé que estaba demasiado zumbado para recordar lo que hice! ¡Ocho putos años!

—Si no mataste a las otras chicas...

—¡Me importan una mierda! Pero si eso fue un montaje, ¡puede que lo otro también lo fuera! ¡Lo de Ange! —Tenía un brillo febril en los ojos oscuros, enloquecido. Empezó a dar sacudidas con la cabeza, contrayendo inconscientemente la mandíbula—. ¡Esos hijos de puta podrían haberme engañado, hacerme creer que también la maté a ella! ¿Te das cuenta? Puede que no fuera yo quien lo hizo, y necesito recordar... ¡Mierda!

Cualquier esperanza que hubiese albergado hasta entonces de razonar con él murió en ese momento. A Monk no le interesaba recuperar los recuerdos perdidos, sólo absolverse a sí mismo de la culpa por el asesinato de Angela Carson. Pero eso no iba a suceder. Fuera cual fuese la suerte de las otras víctimas, tanto si había sido involuntaria como si no, la había matado él.

Y nada de lo que Sophie dijese podía cambiarlo.

—Mira, sea lo que sea lo que hicieras, si ocurrió durante una crisis de ausencia, entonces no eres totalmente responsable —le dije—. Hay ciertos trastornos del sueño que...

—¡Cierra la puta boca! —Se puso en pie, con los puños apretados—. ¡Despiértala!

—No, espera...

Se movió tan rápido que no lo vi venir. Fue poco más que un revés con el puño, pero me volvió la cabeza hacia un lado como si me hubieran golpeado con un tablón. Caí sobre los escombros desparramados por el suelo mientras Monk zarandeaba a Sophie.

—¡Vamos! ¡Despierta!

Sophie gimió débilmente, con el cuerpo todavía inerte. Me abalancé sobre él, sujetándole el brazo cuando lo estaba retirando hacia atrás para darle una bofetada. Me apartó de un empujón y me estampé contra la roca.

Pero Monk no volvió a intentar pegar a Sophie. Estaba mirándose el puño como si en ese instante acabara de percatarse de que lo tenía levantado. Era el mismo que había golpeado contra la roca, y al ver la sangre, la rabia lo abandonó con la misma rapidez con la que se había apoderado de él.

Bajó el brazo mientras Sophie se desperezaba.

—¿David?

—Estoy aquí.

Me sangraba la boca, y sentía palpitaciones en la mandíbula y los dientes al acercarme a ella. Esta vez Monk no intentó detenerme.

Sophie se frotó la cabeza, la frente arrugada de dolor.

—No me encuentro muy bien —dijo, arrastrando las palabras, y luego vomitó.

La sujeté hasta que los espasmos remitieron. Emitió algo a medio camino entre un gruñido y un sollozo, protegiéndose los ojos de la luz del farol.

—La cabeza... me duele mucho la cabeza...

—Mírame, Sophie.

—Me duele...

—Lo sé, pero mírame.

Le aparté el pelo de la cara. Ella entrecerró los ojos, parpadeando al abrirlos de nuevo. Un sudor frío me recorrió todo el cuerpo. Mientras que su pupila izquierda era normal, la derecha estaba dilatada, enorme. «Dios mío...»

—¿Qué le pasa? —preguntó Monk. Parecía receloso, como si pretendiéramos hacerle alguna jugarreta.

Inspiré hondo mientras Sophie trataba de escabullirse de la luz. «Mantén la calma. No pierdas ahora los nervios».

—Creo que es un hematoma cerebral.

—¿Un qué?

—Una hemorragia. Está sangrando dentro del cráneo. Tenemos que llevarla a un hospital.

—¿Crees que soy idiota? —exclamó Monk y la agarró del brazo.

—¡No la toques! —solté, apartándolo.

O al menos lo intenté; era como empujar una mole de carne. Pero se detuvo, mirándome fijamente, sin pestañear. Era la misma actitud de tensa calma que había presenciado antes, la sensación de un inminente arrebato de violencia apenas contenida.

—Se le está acumulando la sangre en el interior de la cabeza —le expliqué, con voz temblorosa—. Podría deberse al accidente de coche o tal vez ya lo tuviera antes, pero si no se libera la presión... —«Morirá.»—. Tengo que sacarla de aquí. Por favor...

Monk torció la boca en señal de frustración, su respiración sibilante cada vez más

irregular.

—Tú eres médico. ¿No puedes hacer algo?

—No, necesita cirugía.

—¡Mierda! —Golpeó la mano contra la pared. En el reducido espacio, resonó como el disparo de una pistola—. ¡Mierda!

No le hice caso. Sophie se había desplomado encima de mí.

—¿Sophie? Vamos, tienes que mantenerte despierta.

Si se quedaba inconsciente, nunca lograría sacarla de allí con vida. Se removió débilmente.

—No quiero...

—Vamos, necesito que te incorpores. Nos vamos de aquí.

Monk me puso la mano en el pecho.

—¡No! ¡Ella dijo que me ayudaría!

—¿Te parece que así puede ayudar a alguien?

—¡Ella se queda aquí!

—¡Entonces morirá! —Yo estaba temblando, pero ahora de ira—. Lo único que ha hecho es tratar de ayudarte. ¿Quieres tener más sangre en las manos?

—¡¡Cállate de una puta vez!!

Vi venir su puño, pero no tenía ninguna posibilidad de evitarlo. Me estremecí cuando pasó rozándome la cara y percibí también el roce de la manga de su chaqueta cuando lo estampó en la roca que había encima de mi cabeza.

Me quedé inmóvil. Sólo se oía la respiración sibilante de Monk. Su aliento hediondo me daba en la cara. Dejó caer el brazo entre jadeos y dio un paso atrás. Le sangraba la mano. Esta vez le había dado de lleno a la roca, tenía que habérsela roto.

Pero si le dolía, no lo demostró en ningún momento. Se miró los nudillos hinchados como si no fueran suyos y luego miró a Sophie. A pesar de su tamaño descomunal, había algo patético en él. Derrotado por la vida.

—No podría haberme ayudado de todos modos, ¿verdad que no? —preguntó él—. No habría cambiado nada.

Traté de pensar en una respuesta segura, pero me rendí.

—No.

Monk agachó la cabeza. Cuando la levantó de nuevo, su rostro de gárgola era impenetrable.

—Vamos a sacarla de aquí.

Usé uno de los frascos de sales aromáticas para despertar a Sophie. Gimió en señal de protesta, tratando de apartar la cabeza. El amoníaco sólo era una solución temporal en el mejor de los casos, pero no empeoraría su estado. Y yo la necesitaba lo más consciente posible.

No nos quedaba mucho tiempo.

Siempre había riesgo de hematoma tras un traumatismo craneoencefálico. Algunos se desarrollaban muy rápidamente, otros podían tardar semanas, cuando la hinchazón de las venas de la zona intracraneal iba aumentando lentamente la presión sobre el cerebro. El de Sophie debía de llevar latente varios días. O bien era demasiado pequeño para ser detectado por los escáneres del hospital o ella había solicitado el alta voluntaria antes de que alguien pudiera darse cuenta de su estado.

En cualquier caso, debería haberlo advertido. Tenía todos los signos delante de las narices y no les había hecho el menor caso. Había atribuido su dificultad para hablar al alcohol y el cansancio, e interpretado su dolor de cabeza como una simple resaca.

Ahora podía morir por mi culpa.

Sophie apenas si era consciente de dónde estaba. Podía caminar, pero no sin ayuda. Para cuando Monk me ayudó a sacarla de la cámara, se hizo evidente que no íbamos a poder volver por el mismo camino por el que habíamos venido, con sus túneles estrechos y sus agujeros.

—¿Hay otra salida? —pregunté mientras ella se desplomaba contra mí.

A la luz de la linterna, Monk ofrecía un aspecto aterrador, pero ahora yo tenía más miedo por Sophie que por él. Su respiración nunca había sonado tan mal.

—Sí, pero...

—¿Qué?

—No importa —contestó, y echó a andar por el pasadizo.

El mundo quedó reducido a las paredes de roca áspera que había por encima de mí y a uno y otro lado, y a los anchos hombros de Monk, delante. Me había llevado la linterna que había en el suelo de la cámara. El haz de luz era débil, pero al menos mantenía la oscuridad a raya, lo suficiente para ver adónde íbamos. Si me caía en ese momento, arrastraría a Sophie al suelo conmigo.

La tenía rodeada con el brazo, cargando con el máximo de su peso posible. Lloraba de dolor, su voz débil y pastosa mientras me suplicaba que la dejara tumbarse y dormir. Cuando empezaron a flaquearle aún más las piernas, le acerqué las sales aromáticas a la nariz, tratando de no pensar en qué pasaría si se desplomaba allí abajo. Ni en que las vidas de ambos dependían de un asesino en quien no teníamos ninguna razón para confiar.

Fuera del calor hermético de la cámara, hacía un frío glacial. Me castañeteaban los dientes de frío y Sophie temblaba en mis brazos. El agua circulaba por la superficie irregular del pasadizo. Pensé en las historias que había oído sobre los espeleólogos que morían ahogados en túneles inundados. Había llovido mucho las semanas anteriores, pero me dije que Monk sabía lo que se hacía.

Las paredes del pasillo cedieron el paso a una gruta abovedada, donde una niebla fina y fría inundaba el aire con un sabor mineral. En el reducido espacio, el sonido

del agua al caer era ensordecedor. La luz de la linterna la mostraba resbalando por las paredes de roca, cayendo en cascada antes de precipitarse en el remolino de un charco. Casi toda la cueva estaba inundada, pero Monk se abrió camino a través de un saliente de pizarra que bordeaba el filo. En el otro extremo, la roca estaba dividida por una estrecha fisura vertical, justo por encima del nivel del agua. El corazón me dio un vuelco cuando se detuvo junto a ella.

—Hay que pasar por aquí.

Tuvo que levantar la voz para que lo oyéramos con el ruido del agua. Sujetando a Sophie, enfoqué la fisura con la linterna. Cuanto más se internaba en la roca, más estrecha se hacía la fisura.

—¿Adónde va a parar?

—Sale a un pasadizo que lleva a la superficie.

Pese al estruendo de las salpicaduras de agua, oía el desgarró húmedo de la respiración de Monk. Bajo la luz de las linternas, los huesos deformes de su cara le hacían parecer un cadáver andante.

—¿Estás seguro?

—Querías otra salida, ¿no? Pues ahí la tienes.

Y acto seguido, dio media vuelta y echó a andar por el filo de esquisto, chapoteando por la orilla del agua.

—¿No irás a abandonarnos aquí? —grité a su espalda.

No hubo respuesta. La luz de la linterna cabeceaba mientras atravesaba la cueva inundada. El nivel del agua había aumentado mientras estábamos ahí parados.

—David... ¿qué...?

Sophie apoyaba todo el peso de su cuerpo contra mí. Me tragué el miedo que me atenazaba la garganta.

—No pasa nada. Ya no queda mucho.

No tenía ni idea de si era verdad o no, pero no nos quedaba otra opción. Iluminando el camino con la linterna, la abracé para que se aferrara a mí y me adentré de lado en la estrecha abertura. Por encima de nuestras cabezas se perdía en la oscuridad, pero no podía haber más de cincuenta centímetros de ancho entre las dos paredes de roca. Contuve un ataque de claustrofobia cuando me pareció que, con cada paso que daba, más se cerraban ambas.

A la débil luz de la linterna, mi aliento se materializaba en vaharadas de vapor. La escasa luz mostraba el punto en el que la fisura doblaba una esquina y desaparecía de la vista un poco más allá. Al cabo de unos metros, me volví para mirar hacia atrás, pero la caverna inundada ya no se veía. Aunque de todos modos tampoco habríamos podido volver sobre nuestros pasos. No había espacio para dar media vuelta, y no podía retroceder teniendo a Sophie colgada del brazo. Prácticamente la llevaba a rastras, tratando con todas mis fuerzas de sujetarla mientras daba un paso detrás de

otro.

«¿Cuánto faltará?». Me dije que no podía estar lejos. La fisura se estrechaba cada vez más, los costados cerrándose conforme nos internábamos. La percibía con todos los sentidos, sólida e inflexible, aplastándome el pecho, cortándome la respiración. «No pienses y sigue adelante». Pero incluso eso era cada vez más difícil. El suelo de roca irregular amenazaba con hacerme tropezar y la brecha seguía reduciéndose. No había espacio suficiente para que pasáramos los dos, no mientras siguiese sosteniendo a Sophie.

Me obligué a mí mismo a mantener la calma.

—Sophie, necesito dejar este brazo libre. Tienes que mantenerte en pie tú sola unos segundos.

Mi voz retumbó con un eco extraño, amortiguado por la roca. Ella no respondió.

—¿Sophie? ¡Vamos, despierta!

Pero Sophie no se movió. Ahora que me había parado, era un peso muerto sobre mí, y cada vez me resultaba más difícil sostenerla en posición vertical. De no ser por las paredes de la fisura, que la mantenían erecta, dudo que hubiese podido. Busqué a tientas con una sola mano el frasco de sales aromáticas que llevaba en el bolsillo, tratando desesperadamente de que no se me cayeran, ni las sales ni la linterna. Abrí el frasco con los dientes, los ojos llorosos por el olor a amoníaco, aun conteniendo la respiración; a continuación, intenté rodear a Sophie con el brazo para colocárselas debajo de la nariz. «Vamos. Por favor...»

No hubo reacción. Insistí un poco más, y luego me rendí. «Bueno, que no cunda el pánico. Piensa en algo». La única opción era colarme a través de la estrecha sección y primero y, de algún modo, tirar de ella para que pasara después de mí, pero si la soltaba y se caía al suelo...

«No tiene sitio para caerse, y no puedes quedarte aquí. ¡Hazlo y punto!». El brazo se me estaba entumeciendo. Empecé a intentar sacarlo de debajo de sus axilas. «Puedes hacerlo. Así, con cuidado...» Me arañé la manga del abrigo con la roca áspera, pero el peso de Sophie me impedía cualquier movimiento. Por mucho que lo intentara, no conseguía soltarme. Me retorcí para poder darme más impulso y sentí como las paredes rocosas se cerraban alrededor de mi torso como una tenaza. Por un segundo, no pude moverme, y entonces volví a mi posición original, despellejándome de paso los nudillos.

«¡Oh Dios...!». Cerré los ojos, tratando de respirar. No parecía haber suficiente aire. Unas estrellas me nublaban la vista. Traté con todas mis fuerzas de recobrar el resuello, percatándome de que estaba empezando a hiperventilar. «Por el amor de Dios, ¡no te desmayes!». Poco a poco, mi corazón se fue sosegando. Abrí los ojos. Iluminada por la linterna desde abajo, la pared de la roca estaba a escasos centímetros de mi cara. Veía su textura granular y olía su dureza húmeda y salada. Me humedecí

los labios resecos. «¡Vamos, piensa en algo!». Pero había agotado todas las opciones. Era como si tuviera el brazo completamente muerto. Sophie estaba inconsciente, encajada firmemente contra mí. No podía avanzar más, ni tampoco retroceder, no con ella bloqueándome el camino.

Estábamos atrapados.

Vi relumbrar un destello a un lado. Miré por encima de la cabeza de Sophie y vi como la luz de una linterna iluminaba la grieta por detrás de nosotros, proyectando las irregularidades de la roca en singular relieve. Oí un ruido, como si alguien estuviera raspando las paredes, acompañado del ruido jadeante de alguien con dificultades para respirar.

En ese momento apareció la figura de Monk. Estaba aplastado, de lado, contra las paredes de la estrecha abertura, la boca retorcida mientras se abría paso hasta nosotros con suma dificultad. El reducido espacio ya resultaba insoportablemente apretado y asfixiante para mí; no podía ni imaginar cómo debía de ser para él.

No habló hasta que llegó junto a Sophie. Sosteniendo aún la linterna, una enorme mano apareció serpenteando y la agarró del hombro.

—La tengo...

Monk emitió el gemido de alguien haciendo un esfuerzo sobrehumano, pero sentí como la mayor parte del peso de Sophie se desprendía de mí. Deslicé el brazo por detrás de ella, dejándome en la roca aún más pellejos de los nudillos, y al cabo de un momento, quedé libre. Flexioné los dedos, apretando los dientes mientras el brazo me palpitaba al recuperar la circulación sanguínea.

—Adelante —jadeó Monk.

Mantuvo a Sophie derecha mientras yo pasaba apretujándome con fuerza entre las paredes de roca. Mi abrigo se quedó enganchado mientras las paredes me aplastaban con más fuerza si cabe, y luego pasé rascando la superficie y la fisura se ensanchó. Inspiré hondo, mareado de alivio cuando volví a enfocar con la linterna a Monk y Sophie.

El recluso tenía la boca abierta en un rictus, su respiración agonizante mientras la roca constreñía su descomunal pecho, pero no dijo nada cuando alargué el brazo por la angosta sección de roca y agarré un trozo del abrigo de Sophie con una mano mientras le protegía la cabeza con la otra.

Las paredes cerradas de la fisura nos sirvieron de ayuda en ese momento, sosteniendo a Sophie en pie mientras Monk la empujaba por un lado y yo tiraba de ella a través de la fisura desde el otro. Pasando su brazo alrededor de mis hombros de manera que su cabeza quedase acunada contra mí, cargué con todo su peso y me incorporé. Entonces volví a iluminar de nuevo a Monk con la linterna.

Había avanzado aún más por la fisura para ayudarme con Sophie. Ahora estaba encajado de manera imposible en el reducido espacio, aplastado entre las paredes de

roca. Movía los labios como un pez boqueando fuera del agua mientras luchaba por respirar.

—¿Puedes volver atrás? —le pregunté, jadeando. Era imposible que pudiera seguir avanzando por la grieta.

Era difícil saberlo, pero me pareció verlo sonreír.

—Atascado... como la última vez...

Era como si el mero hecho de hablar ya le resultase doloroso. «Dios, no va a poder salir de ahí».

—Oye, puedo...

—Cállate... Sácala de aquí.

Dudé, pero sólo un segundo. Monk había sobrevivido perfectamente ahí abajo sin mi ayuda, y Sophie era mi prioridad. Empecé a llevarla medio a cuestas, medio a rastras. Me volví a mirar atrás una vez, pero sólo vi la oscuridad. No había ni rastro de Monk ni de su linterna.

Debía de haber vuelto, pero yo no tenía tiempo para pensar en él. Allí el espacio se agrandaba un poco, pero Sophie era un peso muerto, no podía hacer más que sostenerla. Ahora, el agua fluía por la base irregular de la fisura, encharcándome las botas y haciéndome imposible ver por dónde pisaba. Tropecé varias veces, nuestros abrigos se quedaban enganchados a la pared de roca, que aún seguía aplastándonos. Seguí adelante, plenamente consciente de que si nos quedábamos atrapados, nadie podría ayudarnos.

A continuación, las paredes se ensancharon de repente. Jadeando, iluminé con la linterna un pasadizo bajo. Apenas era un poco más alto que mi cabeza, pero sí lo bastante amplio para que pudiésemos situarnos los dos de lado. Si Monk estaba en lo cierto, ése debía de ser el camino que llevaba a la superficie.

Subía cuesta arriba en un ángulo muy pronunciado. Eché a andar, pero el peso de Sophie me hacía caminar encorvado, y sentía que no podía levantar las piernas, temblorosas y pesadas como si fueran de plomo. No podía seguir avanzando, no sin descansar antes. La bajé al suelo, me arrodillé a su lado y le aparté la maraña de pelo de la cara con delicadeza.

—Sophie, ¿me oyes?

No hubo respuesta. Le comprobé el pulso. La frecuencia cardíaca era muy elevada. Cuando le examiné los ojos, el derecho estaba más dilatado que nunca. No se alteró cuando se lo enfoqué con la linterna.

Traté de levantarla de nuevo, pero me había quedado sin fuerzas en las extremidades. Di unos pasos vacilantes y estuve a punto de caermé. Bajé a Sophie de nuevo al suelo. «Esto es imposible». Incliné la cabeza, al borde de la desesperación. No tenía ni idea de cuánto quedaba todavía, pero no podía llevarla más lejos. Si quería que tuviera alguna posibilidad de sobrevivir, sólo podía hacer una cosa.

Tenía que dejarla atrás.

«No pierdas más tiempo. Hazlo». Me quité el abrigo, colocándole las mangas con suavidad por debajo de la cabeza y envolviendo el resto alrededor de su cuerpo. De inmediato percibí las dentelladas del frío, pero no me importaba. Bajé la vista hacia ella y empecé a dudar de mi determinación. «Dios, no puedo hacer esto». Pero no tenía otra opción.

—Volveré, te lo prometo —le dije, con la voz temblando de frío.

Entonces di media vuelta y la dejé en la oscuridad.

El pasadizo empezaba a ascender cuesta arriba en una pendiente aún más pronunciada, y no tardé en tener que recurrir a las manos para trepar por él. Las paredes y el techo fueron reduciendo su tamaño, hasta convertir el espacio en un minúsculo túnel. La linterna apenas revelaba un agujero negro rodeado de roca. Parecía interminable. El agotamiento hacía que sintiese como si fuera a marearme de un momento a otro. Mis sentidos empezaron a jugarme una mala pasada, de tal forma que creía estar yendo hacia abajo, adentrándome a rastras hacia las profundidades de la tierra en lugar de ascender hacia la superficie.

Entonces, algo me arañó la cara. Me aparté de golpe, sin poder reprimir un grito cuando algo me enganchó el pelo. Lo iluminé con la linterna y vi unas ramas espinosas. «¿Plantas?», pensé, aturdido. Sentí el agua goteándome sobre el rostro, pero no fue hasta que percibí el azote del viento frío sobre las mejillas cuando me di cuenta de que era lluvia.

Estaba fuera.

Reinaba la oscuridad más absoluta. A la luz de la linterna, vi que el pasadizo iba a dar a un macizo de tojo que se aferraba a una ladera de roca inclinada. Tuve que arrastrarme por debajo de las ramas llenas de espinas, bajo los goterones de lluvia, tratando de zafarme de los pinchos que se me clavaban en la piel y la ropa. Me deslicé los últimos metros y caí chapoteando, con los pies delante, sobre una corriente de agua helada.

Tiritando de frío, enfoqué con la linterna alrededor mientras me incorporaba. La niebla se había disipado, pero la lluvia caía en una cortina de agua constante y hostil. Estaba en el páramo, a los pies de un pequeño *tor* cubierto de matorrales de tojo que ocultaba por completo la boca de la cueva. Había luz en el horizonte, pero no tenía ni idea de si señalaba el despuntar del día o el ocaso, ni dónde estaba. Traté de obligar a pensar a mi mente adormecida. «¿Por dónde tienes que ir? ¡Vamos, decídetelo!».

El viento transportó consigo un ruido débil hasta donde yo estaba. Ladeé la cabeza, tratando de captar de qué dirección provenía. Se desvaneció, y por un momento temí que sólo fuese producto de mi imaginación. Entonces lo oí de nuevo, más fuerte esta vez.

Era el zumbido distante de un helicóptero.

Trepé por la ladera del *tor*, olvidándome de la fatiga y el frío mientras agitaba la linterna por encima de la cabeza.

—¡Aquí! ¡Por aquí!

Grité hasta quedarme ronco, ajeno a los agujijoneos del tojo a medida que iba encaramándome hasta la cima del *tor*. Ya veía las luces del helicóptero, unas manchas brillantes de color a un kilómetro aproximado de distancia. Durante unos angustiosos segundos, creí que iba a pasar de largo, pero luego viró y vino hacia mí. Cuando las luces aumentaron de tamaño pude distinguir la insignia del cuerpo de policía en los laterales, y al verlo, me abandonó el último vestigio de fuerzas. Me fallaron las piernas y me dejé caer sobre la piedra fría, deseando que el aparato volase aún más deprisa.

XXVIII

Tengo la sensación de haber pasado una parte desproporcionada de mi vida en los hospitales. Estoy demasiado familiarizado con el lento discurrir del tiempo en las sillas de plástico rígido, conviviendo con la ansiedad y la frustración.

La espera.

Las últimas veinticuatro horas parecían irreales, como un mal sueño del que no podía despertarme. Eso se debía en parte a la hipotermia que había desarrollado, nada grave, pero sí lo bastante severa para experimentar una sensación de frío constante y sentirme ligeramente distante, como si todo lo que ocurría ante mis ojos estuviera sucediéndole a otra persona. La pálida luz en el cielo que había visto al salir de la cueva había sido el anuncio del alba. Era como si hubiera estado bajo tierra varios días, cuando en realidad sólo habían transcurrido unas horas desde el accidente de coche.

En el helicóptero de la policía, me habían arropado con una manta y me habían dado chocolate y té caliente del termo del piloto. Para entonces ya estaba temblando incontrolablemente, pero me negué en redondo a que me llevaran a un hospital. Estaba desesperado por regresar bajo tierra a buscar a Sophie, pero eso no podía ser. Cuando llegó el equipo de rescate, hubo unos momentos de pánico al ver que no lograban encontrar la cueva. Me pareció una eternidad hasta que alguien gritó al fin, desde las profundidades de la espesura de tojo, y anunció que habían localizado la entrada.

La siguiente hora fue una de las más largas de mi vida. Sentado en la abarrotada cabina del helicóptero, aturdido por el cansancio y sintiendo náuseas por el olor a combustible, tuve tiempo de volver a reproducir mentalmente todo lo ocurrido. En la fría luz del amanecer, todo lo que había hecho, cada decisión que había tomado, ahora me parecía equivocada.

Sophie estaba viva pero inconsciente cuando la sacaron. Para entonces, los matorrales de tojo que rodeaban la entrada de la cueva ya habían sido arrancados de cuajo, y la boca del túnel estaba suficientemente despejada para trasladar la camilla al helicóptero médico que estaba esperando. Fui con ella, guardándome muy bien de hacer preguntas a los auxiliares médicos, preguntas que no podían responder. Cuando el helicóptero aterrizó en el hospital, un equipo de médicos y enfermeras se la llevaron rápidamente, agazapándose bajo las palas de los rotores giratorios.

A mí me llevaron con más calma a urgencias, donde me dieron una bata y me pusieron el goteo intravenoso. Me limpiaron los cortes y las abrasiones, y me vendaron los de peor aspecto con gasas con olor a antiséptico. Relaté mi historia una y otra vez a una sucesión de agentes de uniforme y luego a los oficiales de homicidios. Por fin, después de que me trasladaran a un box con cortinas, me dejaron

solo. No recuerdo haber sentido nunca tantísimo cansancio. Estaba loco de preocupación por Sophie, pero ninguno de los agentes que me había interrogado parecía saber nada. Con la intención de descansar sólo un momento, recosté la cabeza hacia atrás y me quedé dormido al instante.

Me despertó el ruido de las cortinas al abrirse. Me incorporé, desorientado y con todo el cuerpo dolorido cuando Naysmith entró en el box.

El inspector jefe tenía la garganta salpicada de rasguños por el reciente afeitado, y los ojos rojos y ojerosos por el cansancio, pero parecía tenso y alerta.

—¿Cómo está Sophie? —le pregunté antes de que pudiera hablar.

—Todavía sigue en quirófano. Tiene una acumulación de sangre en el cerebro y deben aliviarle la presión intracraneal. Aparte de eso, no sé nada más.

A pesar de que ya me lo esperaba, el impacto de la noticia me dejó destrozado. Había diferentes tipos de hematoma, pero la recuperación —y la supervivencia— dependía de la rapidez con que se practicase la intervención quirúrgica. «Es culpa tuya. Deberías haberte dado cuenta antes».

Naysmith sacó algo envuelto en plástico de su bolsillo.

—Puede que necesite esto —dijo, dejando mi cartera llena de barro en el carro junto a la cama—. Lo encontramos hace un par de horas. Estábamos a punto de enviar un equipo de búsqueda al interior de la mina cuando el helicóptero lo recogió.

—¿Qué hay de Miller y Cross?

Si tenía algo que reprocharme por haberlos abandonado allí, lo disimuló muy bien. Acercó una silla y se sentó.

—Miller tiene una fractura craneal, varias costillas rotas y algunas magulladuras internas. Está inconsciente pero estable. Cross tiene la mandíbula rota y conmoción cerebral. Ya estaba consciente cuando llegaron los refuerzos, por lo que pudo decirles lo que pasó. Más o menos.

Sentí un gran alivio. Podría haber sido mucho peor, aunque no estaba seguro de que los agentes heridos estuviesen de acuerdo con eso.

—¿Y Monk?

—Todavía nada. Vamos a enviar a equipos de espeleólogos a la mina y tenemos guardias apostados custodiando las dos entradas, pero podría haber otras que no conocemos. La mina de Cutter's Wheal llevaba sellada varios años, y nadie tenía ni idea de que hubiera una red de cuevas interconectadas con ella. Por lo que hemos visto, es una red gigantesca, casi tan grande como Bakers Pit, en Buckfastleigh. Si Monk sigue ahí abajo todavía, al final acabaremos encontrándolo, pero nos va a llevar algún tiempo.

«Y si no lo está, a estas alturas podría estar en cualquier parte». Naysmith cruzó las piernas, dispuesto a no andarse con rodeos.

—Así que, ¿quiere decirme qué pasó?

Sabía que ya le habrían informado, pero volví a relatar mi historia de nuevo. Me escuchó sin hacer ningún comentario, ni siquiera cuando le hablé de la afirmación de Monk de que un oficial de policía le había tendido una trampa, que todo había sido un montaje. Cuando terminé, soltó un largo suspiro.

—Bueno, al menos decía la verdad sobre Wainwright. Se partió el cuello al caer por las escaleras. La autopsia ha hallado rozaduras de la moqueta de la escalera y había manchas de sangre y cabellos suyos en la barandilla. O se tropezó en la oscuridad o perdió el equilibrio a resultas de la impresión de ver a Monk. No me extrañaría nada, desde luego. —Hizo una pausa, con el semblante inexpresivo—. ¿Qué opina del resto? ¿Lo creyó usted?

Era difícil decirlo. Toda la noche anterior había empezado a adquirir tintes un tanto surrealistas. Hice un esfuerzo por centrarme.

—Creo lo que dijo sobre las crisis de ausencias. Y sobre su relación con Angela Carson. Estaba demasiado enfermo para fingir, y el episodio, o lo que fuese que yo vi, no era simulado, era real.

—¿De verdad cree que podría haberla matado durante una de sus crisis?

—Por lo que yo presencié, diría que podría haber sucedido así, sí.

—¿Y qué hay de las otras chicas?

—No sé. Supongo que es posible que las matara a todas durante una de sus crisis, pero creo que es demasiado rocambolesco. Tendría que haberse deshecho de los cuerpos también durante los episodios, así que no parece muy probable. Realmente, no parece capaz de recordar nada de ellas, pero no es eso lo que le molesta.

—Monk es un cabronazo insensible. Eso no es nada nuevo.

—No, quiero decir que no está interesado en limpiar su nombre, ni siquiera en una reducción de condena. Eso es lo que me induce a pensar que está diciendo la verdad. La única razón por la que se escapó fue porque está desesperado por autoconvencerse de que no mató a Angela Carson.

—Lo encontraron encerrado en una casa con su cuerpo en brazos, sangre en las manos y la cara de ella completamente destrozada. No creo que haya muchas dudas, ¿no le parece?

—No, sobre eso, ninguna. Sin embargo, durante los últimos ocho años ha tenido que vivir sabiendo que mató a la única persona que ha sido importante en su vida, y ni siquiera recuerda haberlo hecho. No es la más equilibrada de las personalidades de todos modos. ¿Acaso puede culparlo por querer agarrarse a un clavo ardiendo?

Naysmith se quedó en silencio un momento.

—¿Y qué opina acerca de esa historia del montaje?

«Ahora sí hemos llegado al quid de la cuestión». Lancé un suspiro. Oírla de la boca de Monk estando abajo en las cuevas era una cosa, pero discutirla a la fría luz del día era algo completamente distinto. Habría sido más fácil no darle credibilidad

sin más por tratarse de los desvaríos de una mente desquiciada, o la fantasía de alguien con un sentimiento de culpa insoportable.

El problema era que yo no creía que se tratase de ninguna de las dos cosas.

—No creo que se lo estuviera inventando —dije.

—Eso no significa que no fuera Darren Walker quien sí se la hubiera inventado. No nos consta ningún inspector llamado Jones, ni ahora ni hace ocho años. Walker podría haber estado tratando de ganar tiempo, de quitárselo de encima. Joder, si yo me viera acorralado por Monk, probablemente también haría lo mismo.

—Pero ¿por qué iba Walker a difundir una historia como ésa, para empezar?

—Un ladrón de poca monta como él estaría claramente en inferioridad de condiciones con los brutos de Belmarsh. No sería el primero en inventarse algo para reforzar su reputación.

—Monk le creyó. Y por lo que me dijo, no creo que Walker estuviera en condiciones de mentir. —«No después de lo que hice con él».

—De todos modos, no hay nada que corrobore esa versión —dijo Naysmith irritado, como si hubiese estado discutiéndolo consigo mismo—. Sólo tenemos la palabra de Monk, puesto que, casualmente, él mismo mató de una paliza a Darren Walker. Y tendrá que perdonarme si no le doy mucha credibilidad a ese testimonio, ni creo que un oficial de policía plantara las pruebas en la caravana de Monk sólo porque lo dijera un delincuente como Walker. He examinado su historial delictivo. Era sospechoso de un buen número de hurtos y robos, pero tenía más vidas que un puto gato. Siempre se las arreglaba para librarse de la cárcel, hasta el año pasado. ¿Y por qué esperar hasta entonces para empezar a fanfarronear?

Yo no lo sabía. Ni siquiera podía creerme que estuviera defendiendo a Monk, pero había tenido tiempo para reflexionar mientras estaba tumbado en la cama del hospital. Puede que no me gustase el nuevo escenario que estaba revelándose, pero no podía ignorarlo.

—Tal vez, precisamente, porque sí lo habían detenido. Usted mismo ha dicho que Walker estaría en inferioridad de condiciones en un lugar como Belmarsh. La gente es capaz de cualquier cosa cuando tiene miedo.

—Eso no quiere decir nada, necesariamente —dijo Naysmith—. Porque a ver, ¿de dónde habría sacado ese agente fantasma algún objeto de las gemelas Bennett? Es imposible que pudiese haber robado pruebas de una investigación de asesinato de máxima prioridad sin que nadie se diera cuenta. Sobre todo, si esas mismas pruebas volvían a aparecer debajo de la caravana de Monk.

—A menos que no las sacase del archivo de pruebas.

Las palabras quedaron suspendidas en el aire del reducido espacio del box. Naysmith me miró durante un largo rato, entrecerrando los ojos.

—¿Sabe lo que está diciendo, no?

—¿Acaso quiere hacerme creer que no se le ha ocurrido a usted también?

No respondió. Ni falta que le hizo. Hasta ese momento la habíamos estado esquivando, pero yo sabía que él también se estaba haciendo la misma pregunta.

Si Monk no había matado a las otras tres chicas, ¿quién había sido?

Naysmith se masajeó el puente de la nariz.

—Querremos volver a hablar con usted de nuevo. ¿Qué planes tiene cuando le den el alta? ¿Va a volver a Londres?

No había pensado mucho en ello.

—Todavía no. Seguramente, recogeré mis cosas de casa de Sophie y me alojaré...

Alguien descorrió la cortina de repente y Simms entró en el box. Con su uniforme immaculado y su flamante gorra, el jefe superior de policía estaba exageradamente elegante en el entorno de un hospital, pero las facciones de cera estaban teñidas de un intenso color carmesí, y la boca fruncida en una delgada línea.

Naysmith se puso en pie con cuidado.

—Señor. No sabía que estaba...

Simms no lo miró. Apretó los guantes de cuero negro con tanta fuerza en el puño que parecía como si los estuviera ahogando.

—Me gustaría hablar con el doctor Hunter. A solas.

—Ya lo hemos interrogado. Si puedo...

—Eso es todo, superintendente.

Naysmith parecía furioso, pero logró contenerse. Se despidió de mí con un leve movimiento de la cabeza antes de marcharse. Los ruidos distantes del hospital sólo acentuaban aún más el silencio en el interior del box. Simms me fulminó con la mirada.

—¿Qué coño cree que intenta hacer?

Yo no estaba de humor para otro interrogatorio. Estaba exhausto, tanto por el propio cansancio como por la ansiedad, y sabía muy bien el aspecto tan ridículo que tenía allí tendido con la bata de hospital.

—Estaba intentando dormir.

Los pálidos ojos eran fríos y hostiles.

—No piense que se va a llevar todos los laureles en este asunto, doctor Hunter, porque puedo asegurarle que no va a ser así.

—¿De qué está hablando?

—Estoy hablando de esas... ¡de esas absurdas acusaciones que está haciendo! Que Jerome Monk es inocente, que un agente de policía plantó las pruebas para inculparlo. ¿No pensará en serio que alguien va a creerse eso?

—No son acusaciones mías. Y yo no he dicho...

—La semana pasada, Monk causó la muerte de un hombre indefenso y estuvo a punto de acabar con la vida de agentes del cuerpo. ¿O acaso se le ha olvidado?

Sentí una punzada de culpabilidad.

—No había nada que yo...

—Una ex asesora de la policía está luchando por su vida por su culpa, y a pesar de todo eso, usted todavía parece tener intención de exculpar a un violador y asesino probado. No es ningún secreto que las personas que lo rodean suelen acabar haciéndose daño, doctor Hunter, pero nunca imaginé que sería capaz de semejante barbaridad, ¡ni siquiera viniendo de usted!

Debí de incorporarme de golpe en la cama, pero no recordaba haberlo hecho.

—No estoy tratando de exculpar a nadie. Sólo digo lo que pasó.

—Oh, sí, ese supuesto «ataque» que, muy convenientemente, Monk sufrió delante de usted. Supongo que no se le ha ocurrido que pudiera haberlo hecho a propósito, ¿verdad que no? ¿O que ya había engañado a los médicos de la cárcel simulando un ataque al corazón?

—Lo que vi no era simulado. Y tampoco fingió los síntomas cardíacos, sino que se los provocó. Hay una diferencia.

—Tendrá que perdonarme si no comparto su credulidad, doctor Hunter. Es evidente que Monk lo ha manipulado. ¡Le ha lavado el cerebro con esa... esa patraña inverosímil y luego lo ha soltado, esperando que hiciera exactamente lo que ha hecho! —Se dio un manotazo en el muslo con los guantes—. ¿Tiene usted alguna idea del daño que esto podría hacer?

—¿A su reputación, quiere decir?

Me arrepentí inmediatamente de perder el control de aquella manera, pero ya era demasiado tarde. Los ojos claros de Simms se le salían de las órbitas. La mano con la que sujetaba los guantes le tembló y por un segundo, creí de veras que iba a golpearme, pero cuando habló, lo hizo con voz controlada.

—Lo siento, doctor Hunter. Tal vez debería haber esperado un poco más antes de verle. Obviamente, está usted muy alterado. —Se puso los guantes mientras hablaba, agitando los dedos para acomodarlos en el cuero tirante—. Espero que reflexione un poco en lo que he dicho. Estamos en el mismo bando, y sería una pena que por un desacuerdo profesional se nos fuera de las manos. En este trabajo, los rumores circulan con mucha facilidad, y me consta que el trabajo de asesoría para la policía escasea.

Me miraba con rostro completamente inexpresivo. Utilizando la manga de la chaqueta, como si ni siquiera los guantes bastasen para no contaminarse, corrió la cortina a un lado y salió.

Vi balancearse la tela detrás de él mientras sus pasos resonaban en el barullo de fondo. «¿Qué demonios se supone que ha querido decir con eso?». Estaba demasiado cansado para darle importancia.

Pero sabía reconocer una amenaza cuando la oía.

XXIX

Me dieron el alta a última hora de la tarde. Había logrado dormirme después de que Simms se hubiera ido, pero sólo a intervalos, despertándome y volviéndome a adormilar en el reducido espacio del box. Aun así, me encontraba mejor, más alerta al menos. Había recuperado mi ropa, sin lavar pero seca y doblada cuidadosamente en una bolsa de plástico. El barro y las manchas de sangre eran la prueba de que la noche anterior había sido real, por mucho que desease todo lo contrario.

Nadie podía decirme nada acerca de Sophie, pero convencí a una de las enfermeras para que averiguara algo. Me dijo que ya había salido del quirófano, pero que su estado aún era crítico. Me dije que era lo lógico después de una craneotomía de emergencia: los médicos habrían tenido que quitarle un trozo de hueso del cráneo para drenar la sangre acumulada.

Sin embargo, la noticia no me levantó el ánimo. Me vestí y permanecí sentado y nervioso en el box hasta que al fin, un médico residente me dijo que podía irme.

—¿Dónde está la UCI? —le pregunté.

En la unidad de cuidados intensivos había más silencio y menos bullicio que en urgencias, y se respiraba un ambiente de calma tensa. La enfermera de la recepción no me dejó entrar a ver a Sophie, pero dado el estado de mi ropa desgarrada y sucia, seguramente de ser ella yo hubiera hecho lo mismo. Con una sensación de *déjà vu*, le expliqué que sólo quería saber cómo estaba. No importaba: la enfermera se mostró inflexible y me contestó que sólo podía informar a los familiares más próximos.

—Si me dijera que es su marido o su novio, tal vez... —añadió con intención.

Era una invitación en toda regla, pero vacilé.

—¡Doctor Hunter!

Era la voz de Sophie. Me volví, esperando, como un idiota, verla recuperada milagrosamente. Sin embargo, era otra mujer la que caminaba por el pasillo hacia mí. Tenía el rostro surcado de lágrimas, de manera que tardé unos instantes en reconocer a la hermana de Sophie.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó, sin darme oportunidad de hablar. Temblaba de emoción, las manos con los nudillos blancos en el pañuelo de papel que tenía apretado.

—Quería saber cómo está Sophie.

—¿Que cómo está? ¡Mi hermana está en cuidados intensivos! ¡Le han abierto el cráneo, así es como está! —Arrugó el rostro—. Podría tener una lesión cerebral, o... o...

—Lo siento...

—¿Que lo siente? ¡Ni se le ocurra...! ¡Dijo que cuidaría de ella! Yo quería que viniera a mi casa, donde habría estado a salvo. En vez de eso está... está... —Se

volvió hacia la enfermera del mostrador—. ¡No quiero que este hombre se acerque a mi hermana! Si vuelve, ¡no lo deje entrar!

Dio media vuelta y echó a andar por el pasillo. La enfermera me miró abochornada.

—Lo siento, pero es la pariente más cercana...

Asentí. Allí ya no podía hacer nada más. Las pesadas puertas de la UCI se cerraron definitivamente a mi espalda mientras me dirigía de nuevo al pabellón principal.

Tenía que ir a ver a otra persona.

Me enviaron de un ala a otra del hospital hasta que al fin di con la habitación donde la agente Cross estaba ingresada. Al principio creí que estaba dormida. Tenía los ojos cerrados, y una parte de mí sintió un alivio cobarde, pero cuando me acerqué a la cama, los abrió y me miró directamente.

Estaba destrozada. Tenía el pelo rubio oscuro apelmazado contra la cabeza, el rostro aún más magullado e hinchado que el de Sophie después de la agresión, y una maraña de alambres y tornillos, sin duda muy dolorosos, le mantenían cerrada la mandíbula.

Ahora que estaba allí, no sabía qué decirle. Nos quedamos mirándonos el uno al otro un momento y luego buscó algo en la mesita de noche. Era un bloc de notas: escribió algo brevemente y luego lo volvió para que yo lo viera.

«Parce peor d lo que es. Morfina genial».

No me habría creído capaz de reírme en un momento así, pero lo hice.

—Me alegro de oírlo.

Garabateó más lentamente y luego volvió el bloc de nuevo.

«¿¿¿Sophie???».

Elegí cuidadosamente las palabras.

—Ha salido del quirófano. Está en cuidados intensivos.

Escribió con el bolígrafo una vez más.

«Miller consciente. Enfermeras dicen sólo cuenta chistes malos».

Sonreí. Era la primera buena noticia que me habían dado en lo que me parecía una eternidad.

—Eso es estupendo. —Respiré hondo—. Oiga, yo...

Pero había empezado a escribir de nuevo, de forma más laboriosa esta vez, pues empezaba a dar signos de cansancio. Cuando terminó, arrancó la hoja de la libreta y la dobló por la mitad. Ya empezaban a cerrársele los párpados cuando me la dio. Creo que ya se había quedado dormida de nuevo antes de que la nota abandonara su mano.

Esperé hasta que estuve en el pasillo antes de abrirla. Cross sólo había escrito un mensaje corto: «Hizo lo correcto».

Se me nublaron los ojos cuando leí aquello. Tuve que pararme un rato antes de guardar la nota. Estaba desesperado por salir del hospital, por respirar aire fresco y

despejarme la cabeza, pero eso tendría que esperar.

Había algo que tenía que hacer primero.

Mi coche seguía aún en casa de Sophie, junto al resto de mis cosas. Podría haber llamado a un taxi desde el hospital, pero decidí coger uno fuera. Caminar me sentaría bien, y no quería quedarme en el hospital más tiempo del estrictamente necesario. Una recepcionista me indicó la fila de taxis más cercana, pero no me había alejado demasiado de la entrada cuando un coche se detuvo a mi lado. Lo miré cuando bajó la ventanilla.

Era Terry.

—Pensé que te encontraría aquí —dijo. Yo seguí andando—. ¡David! Joder, espera un minuto, ¿quieres?

El coche siguió avanzando hasta alcanzarme de nuevo.

—Oye, sólo quiero hablar. Me he enterado de lo que pasó anoche. ¿Cómo está Sophie?

Me detuve a regañadientes. No importaba mi opinión sobre él, Terry había tenido una aventura con ella. Los sentimientos no se acaban sólo porque una relación sí lo haga.

—Está en cuidados intensivos. No sé nada más.

—Dios santo... —Se puso pálido—. Sé que soy la última persona a quien querría ver, pero ¿se pondrá bien?

—No lo sé...

Parecía aturdido.

—¿Adónde vas? —me preguntó, con voz apagada.

—Tengo que ir a casa de Sophie a recoger mis cosas.

Se inclinó y abrió la puerta del pasajero.

—Vamos. Te llevo.

No quería pasar más tiempo en compañía de Terry, pero hablar de Sophie hizo que mi furia hacia él perdiera importancia. El pasado era el pasado. La vida era demasiado corta para vivirla guardando rencor. Además, estaba tan cansado que apenas podía sostenerme en pie.

Me subí al coche.

Ninguno de los dos habló durante los primeros kilómetros. No fue hasta que la ciudad y los barrios residenciales dieron paso a los campos abiertos cuando rompió el silencio.

—¿Quieres hablar de lo que pasó?

—No.

Volvió a quedarse en silencio. Me quedé mirando por la ventanilla mientras el páramo empezaba a engullirnos. La calefacción del coche estaba en marcha, y el

calor y el zumbido del motor empezaron a surtir efecto. Sentí que empezaba a quedarme dormido.

—Por lo menos ahora sabemos quién agredió a Sophie el otro día —señaló.

Lancé un suspiro: Terry nunca aceptaba un no por respuesta.

—Sigo sin creer que fuera Monk.

—¿Qué? ¿Después de esto?

—Admitió que fue a su casa, pero para entonces ella ya estaba en el hospital —dije—. Cuando fui a inspeccionar la casa después de la agresión, pensé que había entrado un animal, porque Monk utiliza la tierra de una madriguera de zorro para enmascarar su olor. Era difícil no advertirlo. Si ese mismo olor hubiera estado allí antes, cuando encontré a Sophie tirada en el baño, me habría dado cuenta.

—¿Meados de zorro? Qué astuto, el muy cabrón... —Terry hablaba casi con admiración—. Circulan muchos rumores. Dicen por ahí que tenía una relación con Angela Carson. Que tal vez no tenía intención de matarla.

Me froté los ojos.

—Es posible.

—No hablarás en serio...

Yo no tenía ganas de hablar, pero no podía culpar a Terry por querer saber más. Y no parecía haber ninguna razón para no decírselo.

—Antes de salir del hospital, he ido a consultar con un neurólogo. Me ha hablado acerca de un trastorno llamado síndrome del lóbulo frontal. Ocurre en ocasiones, cuando la parte frontal del cerebro sufre algún daño.

—¿Y qué?

—¿Recuerdas la hendidura que Monk tiene en el cráneo? —Me golpeé mi propia frente—. Se la hicieron al sacarlo con fórceps durante el parto, que vino con complicaciones. La madre de Monk murió al dar a luz, y creo que su lóbulo frontal sufrió lesiones en ese momento. Eso puede provocar un comportamiento agresivo e impredecible, además de dificultad para recordar cosas. Muy de vez en cuando, se produce lo que se conocen como crisis gelásticas, en las que el paciente se ríe o grita, y arremete contra cosas que no están. Es un tipo de epilepsia, pero como acostumbra ocurrir durante el sueño, no suele diagnosticarse. Por lo general, se atribuye a los terrores nocturnos. O a que a alguien le da una «rabieta», como dijeron los celadores de la cárcel que le ocurrió a Monk.

Terry se encogió de hombros.

—Pues muy bien, resulta que tiene ese trastorno. ¿Y qué? Eso no justifica lo que ha hecho.

—No todo, no. Pero por lo que parece, tal vez no violó y asesinó a Angela Carson, como creemos. Mantenían una relación sentimental, y él la mató durante una convulsión después de que hubieran mantenido relaciones sexuales. Si ella hubiera

tratado de detenerlo, sólo habría empeorado las cosas, y con alguien tan fuerte como Monk, no habría habido mucha diferencia si fue intencionadamente o no.

Terry soltó una risa incrédula.

—¡Oh, venga ya! ¡Ni siquiera tú puedes esperar que alguien se crea algo así!

No me extrañaba que Terry se mostrara escéptico. Ni siquiera yo estaba seguro de a cuánto de lo que Monk me había contado podía dar crédito. Seguía siendo un hombre violento y peligroso, y el recuerdo del accidente de coche y de la pesadilla de la caminata a través de la cueva me perseguiría durante mucho tiempo.

Sin embargo, la cosa no era tan sencilla como todo el mundo había dado por sentado. Ni tampoco los actos de Monk. Simms podía aducir que el recluso tenía sus motivos para dejarnos marchar, pero recordé cómo se había quedado atascado en la fisura para ayudarme con Sophie, cuando bien podría habernos dejado morir allí.

Ésa no era la forma de actuar de un asesino sin conciencia.

—Creo que hemos observado a Monk y sólo hemos visto lo que queríamos ver. Todo el mundo pensaba que era un monstruo porque violó a una chica sorda y la mató a golpes. Si quitas esa variable de la ecuación, el panorama cambia por completo. Como lo de si realmente asesinó a Tina Williams y a las gemelas Bennett.

—¡Pero si confesó los crímenes, por el amor de Dios!

—Estaba castigándose a sí mismo. —Recordé la expresión inerte, y también de dolor, en los ojos de Monk. Por mucha repulsión que la sociedad sintiera hacia él, no era nada comparado con lo que él sentía por sí mismo—. Había matado a Angela Carson durante una crisis convulsiva; por lo que sabía, podría haber matado a las otras también durante uno de sus ataques, pero la verdad es que no creo que le importara para entonces.

Terry soltó un bufido.

—Si de veras crees eso, entonces Monk no fue el único que se dio un golpe en la cabeza.

Estaba demasiado cansado para discutir.

—No importa lo que yo crea. Es un estado fisiológico, no una enfermedad mental. Por eso los psiquiatras que lo examinaron no lo detectaron, pero ahora que saben qué tienen que buscar será diferente.

—Hablas en serio, ¿verdad? —Terry se mordió el labio—. Así que si asegura que no fue él quien mató a las otras chicas, ¿quién lo hizo, entonces?

Me encogí de hombros, luchando por vencer el cansancio.

—¿Te suena de algo un inspector que se llama Jones?

Terry frenó cuando el coche de delante redujo la velocidad.

—¿Qué hace ese idiota? —masculló—. ¿Jones? No, no me suena de nada. ¿Por qué?

Eso era otra cosa en la que había tenido tiempo de pensar. Si Monk —y Walker—

decían la verdad, entonces el agente de policía que había colocado las pruebas de las chicas muertas debajo de la caravana era, obviamente, un sospechoso. Sólo que, según Naysmith, Jones no existía.

Pero ya había hablado bastante.

—No importa. Sólo es algo que dijo Monk.

Terry me miró.

—Pareces hecho polvo, y todavía tenemos una media hora buena. ¿Por qué no echas una cabezada?

Ya estaba recostando la cabeza y cerrando los ojos. Unas imágenes inconexas desfilaban por mi mente: la cueva, el accidente de coche, la forma en que las sombras llenaban el hueco de la hendidura en el cráneo de Monk... Vi el cuerpo destrozado de Tina Williams, recubierto de barro reseco, y oí la risa atronadora de Wainwright. Percibí el roce de una pala al cortar un pedazo de turba húmeda y entonces el coche pasó por un bache y me desperté.

—¿Ya te has despertado? —exclamó Terry.

Me froté los ojos.

—Lo siento.

—No te preocupes. Ya estamos a punto de llegar.

Miré por la ventanilla y vi que ya casi estábamos en Padbury. El día había ido menguando mientras dormía, y la luz empezaba a ceder paso a la oscuridad. Era como si, últimamente, me hubiese pasado todo el tiempo a oscuras. Cuando todo aquello terminase, me prometí a mí mismo unas vacaciones. Unas auténticas vacaciones, a algún lugar cálido y soleado. Entonces me acordé de Sophie tumbada en una cama de hospital y cualquier pensamiento de irme se me borró de la cabeza.

Terry se detuvo al pie del jardín, detrás de donde estaba aparcado mi coche. Se quedó mirando la casa, con el motor en marcha.

—Bueno, pues aquí estamos. ¿Quieres que me quede?

—No, no tengo intención de estar mucho rato. —Hice una pausa, con la mano en el tirador de la puerta—. ¿Y tú? ¿Qué vas a hacer ahora?

Una sombra le atravesó el rostro.

—Buena pregunta. Coger el finiquito que me ofrezca Simms y luego... Ya veré. Tratar de poner mi vida en orden, supongo.

—Buena suerte.

—Gracias. —Miró a través del parabrisas—. Entonces... ¿sin rencores? ¿Entre tú y yo?

Se me ocurrió que probablemente no volvería a ver a Terry después de aquello. Aunque no es que lo lamentara exactamente, eso quería decir que otro capítulo de mi vida llegaba a su fin. No tenía por qué cerrarlo con un regusto amargo.

Hay que enterrar el pasado tarde o temprano.

Asentí con la cabeza y él me tendió la mano. Sólo dudé un momento antes de estrechársela.

—Cuídate, David. Espero que Sophie se ponga bien.

No había nada más que decir. Salí con un movimiento torpe del coche y vi alejarse a Terry, las luces traseras del coche desapareciendo camino abajo. Se había levantado viento, y el sonido del motor se disipó rápidamente, dejándome a solas con el susurro y el balanceo de los árboles.

Me masajeeé la espalda. Me dolía todo el cuerpo, y tenía los músculos agarrotados después del trayecto en el coche. Me incorporé y eché a andar por el sendero de entrada. La casa estaba a oscuras. Las cortinas estaban echadas, tal y como las habíamos dejado cuando salimos tan precipitadamente, de forma que tenía un aire de casa cerrada, deshabitada. Yo sólo quería recoger mi bolsa e irme. No me apetecía demasiado conducir, pero no me sentía cómodo con la idea de quedarme allí solo. A pesar de que sabía que a Sophie no le importaría, no me parecía correcto.

Llegué hasta la puerta principal antes de darme cuenta de que no tenía llave. Intenté abrirla de todos modos, pero efectivamente, estaba cerrada con llave; Miller o Cross ya se habrían encargado de eso la víspera. Me dejé caer contra la puerta, sintiéndome totalmente derrotado. Entonces me acordé de la copia de la llave que Sophie guardaba escondida en el horno. Le habían sustituido la cerradura antigua por una nueva, pero esperaba que también hubiera reemplazado la llave. «Por favor, que esté ahí...»

Mientras atravesaba el sendero cubierto de maleza, la torre de ladrillo en ruinas se alzaba ante mí, imponente, su andamiaje irguiéndose hacia el cielo crepuscular como si fuera un patíbulo. La puerta emitió un crujido al abrirse y busqué el interruptor de la luz. Nada. El lugar seguía a oscuras. Lo accioné un par de veces más, pero la bombilla debía de haberse fundido. «Genial». Llevaba una linterna en la guantera, pero por supuesto, las llaves del coche estaban dentro de la casa; con las prisas, me las había dejado allí la noche anterior.

Empujé la puerta al máximo y entré en el horno. Bajo la luz moribunda, era como entrar en un sepulcro. El ladrillo suelto donde Sophie había escondido la llave de repuesto estaba cerca de la chimenea central. El polvo del ladrillo y el olor a yeso húmedo me cosquillearon en la parte posterior de la garganta mientras atravesaba el espacio. Percibí un nuevo olor mezclado con los anteriores, agudo y familiar, pero no me di cuenta hasta que algo crujió bajo las botas. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, vi que el suelo estaba lleno de trozos de cerámica rota. Mi aletargado cerebro todavía estaba tratando de procesar esa información cuando reconocí el peculiar olor.

Loción para después del afeitado.

Me detuve de golpe, sintiendo como se me erizaba el vello de la nuca. Di media

vuelta. La densa penumbra se adentraba demasiado en el horno. Las sombras eran impenetrables, y me quedé mirando el punto donde parecían confluír. Percibí el susurro de algo en movimiento.

—¿Es usted, doctor Hunter? —dijo Roper.

XXX

Roper se asomó a la oscuridad, tratando de distinguir mi figura. En el sombrío interior del horno no podía verme, igual que yo no podía verlo a él.

—Me alegra de que esté bien después de lo de anoche —comentó—. Tuvo mucha suerte de escapar con vida, según me han contado.

El corazón aún me latía desbocado mientras trataba de poner en orden mis pensamientos.

—¿Qué hace usted aquí?

Más que verlo, lo oí encogerse de hombros.

—Bueno, sólo he venido a echar un vistazo. La señorita Keller debería instalar algún cerrojo en esa puerta, la verdad. A menos que quiera que la gente entre aquí cuando quiera, por supuesto.

La idea parecía divertirse.

—No he visto su coche —le dije.

—Lo he aparcado un poco más arriba en la carretera. He pensado que me vendría bien un paseo a pie.

«Y también que nadie supiera que estaba aquí». Empezaba a pensar con más claridad; empezaba a pensar que tal vez Darren Walker podría haber dicho la verdad sobre el policía al que había visto en la caravana de Monk. Puede que el inspector Jones no existiera, pero eso no demostraba nada.

Quienquiera que fuese, difícilmente le habría dado su verdadero nombre.

Traté de sonar despreocupado, calibrando mis posibilidades de conseguir sortear a Roper para alcanzar la puerta.

—¿Lo ha enviado Simms?

—El jefe ya tiene bastantes preocupaciones en estos momentos. No, sólo he venido para satisfacer mi curiosidad, por así decirlo.

Se oyó un chasquido y se encendió la lámpara de la mesa de trabajo. Estaba volcada de lado; Roper la levantó y lanzó un silbido al mirar a su alrededor.

—Alguien ha dejado esto hecho un desastre, ¿no?

La luz reveló una escena de destrucción: los cuencos y los platos de Sophie que habían ocupado las estanterías estaban ahora hechos añicos en el suelo, e incluso habían derribado el pesado horno eléctrico, y la puerta había quedado abierta, colgando.

—Parece que alguien estaba buscando algo, ¿no cree? —Roper estaba sonriendo, pero lo examinaba todo con mucha atención, escudriñándolo—. ¿Le importaría decirme qué está haciendo aquí usted, doctor Hunter?

—He venido a recoger mi coche.

—Pues es un lugar muy curioso para un garaje.

—Mi bolsa está dentro de la casa, y Sophie guarda un duplicado de la llave aquí dentro.

—¿Ah, sí? —Examinó el horno—. A la señorita Keller se le da muy bien ocultar cosas, aunque no me extraña, tratándose de una antigua asesora de la policía. Supongo que le viene de saber dónde buscarlas.

Perdí la paciencia. No tenía sentido seguir jugando a aquel juego.

—¿Y ha encontrado lo que buscaba, Roper?

—¿Yo? —Parecía genuinamente sorprendido—. Creo que nos estamos confundiendo, doctor Hunter. Yo no soy el responsable de esto.

Parecía ofendido. Yo no estaba del todo convencido de que dijera la verdad, pero sentí que mis sospechas empezaban a perder fuerza.

—Entonces ¿quién ha sido?

—Exacto, ésa es precisamente la cuestión, ¿no cree? —Roper examinó los destrozos, rascándose distraídamente la barriga—. ¿Conoce usted bien a la señorita Keller?

—¿Por qué?

—Porque estoy tratando de decidir si está usted involucrado en esto.

Hubo un cambio repentino en su tono de voz, y mis dudas anteriores sobre él se disiparon por completo. Antes, nunca me había tomado en serio a Roper, siempre lo había considerado una especie de apéndice de Simms, alguien que había ido obteniendo ascensos como premio a su lealtad en lugar de por verdadera capacidad. Sin embargo, al mirarlo en ese momento, empecé a preguntarme si no habría algo más que eso.

Quizá Sophie no era la única a la que se le daba bien ocultar cosas.

—Hasta los últimos días, hacía ocho años que no la veía —dije con cuidado.

—¿Se acuesta con ella?

Reprimí el impulso de decirle que no metiera las narices en los asuntos de los demás.

—No.

Lanzó un gruñido de satisfacción.

—Dígame, doctor Hunter, ¿no le parece un poco extraña la serie de casualidades que rodean todo este asunto? Terry Connors se presenta un buen día en su casa para advertirle que está en peligro porque Monk acaba de fugarse de la cárcel y le pregunta si sabe algo de alguno de los miembros del antiguo equipo de búsqueda. Entonces, la señorita Keller... o señorita Trask, como ella misma se hace llamar, lo llama para pedirle ayuda. Aparece inconsciente en el suelo del baño y su casa está patas arriba. Sólo que el ladrón no se molestó en llevarse nada.

—Dijo que le faltaba dinero y algunas joyas.

Roper hizo un ademán desdeñoso con la mano.

—Eso yo no me lo creo ni usted tampoco. Y tampoco me convence en absoluto su «amnesia». Alguien entra en su casa por la fuerza y la golpea, ¿y no recuerda nada de nada? Hombre, por favor...

—Eso puede suceder.

—Estoy seguro de que sí, pero no parecía demasiado preocupada al respecto. Entonces ¿por qué mintió? ¿A quién estaba protegiendo? ¿A sí misma o a alguien más?

Abrí la boca para protestar, pero él sólo estaba expresando con palabras lo que yo mismo sospechaba. Aunque no había querido aceptarlo.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Lo que quiero decir es que no creo en las coincidencias. —Movié un trozo de arcilla con el pie—. Si tienes algo valioso que quieres esconder, sólo hay dos maneras de hacerlo. Una de ellas es guardarlo en un lugar completamente seguro, donde nadie pueda ser capaz de encontrarlo. El problema es que si a ti se te ha ocurrido, lo más probable es que se le ocurra a alguien más. La otra forma es guardarlo en algún lugar donde a nadie se le vaya a ocurrir buscar. En algún lugar tan obvio que ni siquiera se le pase a nadie por la cabeza que es un escondite. Preferentemente, algún lugar donde uno pueda verlo todos los días.

Me quedé mirando el banco de trabajo donde Sophie había ido acumulando el montón de sobras de arcilla. «Sólo una mala costumbre». Me acordé de que había ido directamente allí tan pronto como regresamos del hospital, con la excusa de que iba a buscar la copia de la llave. Cómo había pasado la mano por encima del montículo, tal vez para tranquilizarse. Justo allí, delante de las narices de todo el mundo, pero demasiado grande para trasladarlo a cualquier otro sitio.

Con razón no había querido irse a una casa refugio...

—Creo que estaba ocultando algo en una bola de arcilla seca —dije.

Sophie no se había molestado en poner un candado en la puerta del horno, prácticamente pregonando a los cuatro vientos que no había nada de valor en el interior.

Roper sonrió.

—Me interesa más saber lo que era que el lugar donde estaba escondido. Todo esto empezó con la huida de Jerome Monk, así que tiene que haber una conexión. Y fuera lo que fuese lo que había aquí, era lo bastante importante para que la señorita Keller prefiriese arriesgarse a enfrentarse a él en lugar de dejar ese algo aquí abandonado.

Y lo bastante importante para que alguien la dejare inconsciente y la diese por muerta mientras registraba la casa. En ese momento, mi cerebro funcionaba a toda velocidad, los últimos vestigios de fatiga se estaban desvaneciendo por completo.

—Terry Connors trató de persuadirme para que me llevara a Sophie de aquí ayer

por la tarde —le expliqué—. Por eso quería verme.

—Conque eso hizo, ¿eh? Entonces, tal vez Monk le hizo un favor. Se la quitó a ella de en medio el tiempo suficiente para que pudiese encontrar lo que estaba buscando. —Roper inspeccionó los escombros desperdigados por el suelo, con una sonrisa alrededor de la boca—. Para tratarse de alguien que ha sido suspendido de empleo y sueldo, parece sentir un interés malsano por este caso. Creo que ya va siendo hora de que tengamos una conversación seria con el agente Connors.

Una gélida sensación me atenazó la boca del estómago. Había estado demasiado cansado para preguntarme por qué Terry me estaba esperando en la puerta del hospital. Había achacado sus preguntas a una curiosidad pura y dura, pero no era eso lo que ahora me preocupaba. Según él, no sabía dónde vivía Sophie, y sin embargo, yo no le había indicado cómo llegar hasta la casa.

Ya conocía el camino.

—Acabo de verlo —le expliqué—. Ha sido él quien me ha traído en coche.

La sonrisa de Roper se desvaneció.

—¿Connors ha estado aquí?

—Me dejó y luego se fue.

—¡Mierda! —Roper se llevó la mano al bolsillo para sacar el móvil—. Tenemos que irnos. Debería...

Pero antes de que pudiera terminar, una sombra atravesó el umbral de la puerta a su espalda. Se oyó un ruido espeluznante, el golpe del metal al entrar en contacto con el hueso, cuando algo se estrelló con gran impulso contra su nuca y Roper cayó de bruces al suelo.

Respirando agitadamente, Terry surgió por encima de él sujetando una barra del andamio entre las manos. Hizo una mueca de disgusto al mirar hacia abajo.

—Ese maldito cabrón se lo merecía desde hace mucho tiempo.

Todo había sucedido tan rápido que no tuve tiempo de reaccionar. Me quedé allí, tan aturdido por la aparición de Terry como por la violencia repentina de la que había sido testigo. Había algo salvaje en él, una expresión de desesperación enfebrecida. Llevaba el pelo, casi siempre pulcro y bien peinado, enmarañado por las ramas, y tenía los zapatos y los pantalones salpicados de barro. Jadeando, se limpió la boca con la manga cuando alzó sus ojos hacia mí.

—Joder, David... ¿No podías haber recogido tus cosas y largarte?

Mi cerebro se puso en funcionamiento de nuevo. No había oído el ruido de ningún motor; Terry debía de haber aparcado en otro sitio y atravesado los campos andando. Tal vez cuando vio el coche de Roper en el arcén, carretera arriba. El policía yacía tendido en el mismo lugar donde había caído. Una mancha de sangre oscura le brillaba en la cabeza, casi negra a la luz de la lámpara. No podía ver si respiraba o no.

Terry blandió la barra con aire amenazador cuando traté de acercarme.

—¡Ni lo intentes!

Me detuve, manteniéndome fuera de su alcance.

—Suelta la barra. Piensa en lo que estás haciendo.

—¿Acaso crees que no lo he hecho? Joder, ¿crees que quiero hacer esto? —Un espasmo de dolor le ensombreció el rostro. Se enfureció y dio una patada a un pedazo de arcilla. El fragmento rebotó en el andamiaje que apuntalaba la pared curva del horno y desapareció deslizándose en la oscuridad—. ¡Si quieres echarle la culpa a alguien, culpa a Keller! ¡Es culpa suya!

Pensé en lo que había dicho Roper. Sobre la bola de arcilla, ahora hecha pedazos en el suelo.

—¿Qué era eso tan importante que estaba escondiendo?

Al principio parecía que no iba a contestar. Negó con la cabeza, pero pareció aflojar la presión sobre la barra metálica.

—El diario de Zoe Bennett.

Tardé un momento en asimilarlo, pero entonces empecé a comprender. Zoe, la extrovertida de las gemelas Bennett, quien, a diferencia de su hermana, prefería salir de fiesta en lugar de estudiar. Y Terry, un mujeriego aún resentido por haberse visto obligado a aceptar un traslado desde la policía metropolitana. ¿Qué mejor manera de resarcirse y alimentar su ego que liándose con una hermosa joven de diecisiete años, llena de vida y aspirante a modelo?

—Tu nombre aparecía en él —adiviné.

Encorvó los hombros. Había bajado la barra del andamio, casi olvidándose de ella.

—Llevaba viéndola un par de meses, quizá. Las fotos no le hacen justicia; era un auténtico bombón. El problema era que ella lo sabía. Ya lo tenía todo planeado: se iba a ir a Londres e iba a firmar un contrato con una importante agencia de modelos. Estaba impresionada porque yo había trabajado en la Metropolitana, podía contarle historias sobre el Soho y todo eso.

Sonrió al recordarlo, pero la sonrisa no tardó en desvanecerse. Torció la boca en una mueca.

—Entonces, la vi con otro. Un capullo arrogante de veintitantos años, con un coche de puta madre. Ya conoces la clase de tipo del que te hablo. Tuvimos una pelea. Las cosas se salieron de madre. Le pegué y se puso histérica, como loca. Empezó a gritarme, a decirme que conseguiría que me echaran del cuerpo, que diría que la había violado. Estábamos en mi coche y yo tenía miedo de que alguien la oyera. Yo sólo quería que se callara, así que la sujeté de la garganta y... y todo fue tan jodidamente rápido... Estaba forcejeando conmigo cuando, al cabo de un momento...

Miré a Roper, muerto o inconsciente a sus pies.

—Dios santo, Terry...

—¡Lo sé! ¿Crees que no lo sé? —Había bajado del todo la barra del andamio, pero aún la sujetaba con fuerza con una mano. Se pasó la otra por el pelo, con rostro afligido—. Había alquilado un garaje, así que escondí su cadáver en él. Pensé... Pensé que si no hacía nada, lo tratarían como otro caso más de la típica adolescente que se escapa de casa. Zoe siempre decía que se iba a ir a Londres.

—¡Tenía diecisiete años!

—¡Oh, no empieces...! —me espetó, con un destello de su mal carácter de siempre—. ¿Qué iba a hacer? ¿Entregarme? ¡Eso no iba a devolverle la vida! Tenía a Debs y unos hijos en los que pensar. ¿Qué sentido tenía destrozarles la vida?

Me dieron ganas de vomitar.

—¿Mataste a su hermana también?

Terry pareció estremecerse. Ya no me miraba, pero algo parecido a la vergüenza asomó a sus ojos.

—Lindsey encontró el diario de Zoe —dijo con voz apagada—. Allí aparecía mi nombre y número de teléfono, detalles de las veces que nos habíamos visto... Lo que habíamos hecho. Ella no se lo dijo a nadie porque no quería dañar la reputación de Zoe.

Pensó que como yo era agente de la policía, podría ayudar a encontrarla.

«Dios...» Así que le había proporcionado a Terry la única prueba que podía implicarlo en la muerte de su hermana. Y al mismo tiempo ella misma se había convertido en la única testigo.

—¡No me mires así! —gritó Terry—. Me entró el pánico, ¿de acuerdo? ¡Si eso hubiera salido a la luz, habría sido mi ruina! No podía permitirme el lujo de que me interrogaran. Y se parecía tanto a Zoe... ¡sólo con verla era como si ella misma me estuviera acusando!

—¿Y Tina Williams? ¿Por qué...? —Me callé cuando caí en la cuenta. «Otra adolescente, guapa y con el pelo oscuro.»— No era más que un señuelo, ¿verdad? Para que pareciera obra de un asesino en serie y desviar así la atención de las gemelas.

Una extraña expresión se apoderó del rostro de Terry, como si se enfrentara a una parte de sí mismo que casi no reconocía. Se encogió de hombros, pero seguía sin mirarme a los ojos.

—Algo así.

El estupor había desaparecido, y ahora sólo sentía una mezcla de ira y asco.

—¡Yo la vi, Terry! ¡Vi lo que hiciste! ¡Por amor de Dios, le pateaste la cara!

—¡Ya estaba muerta! —gritó—. Perdí la cabeza, ¿de acuerdo? Joder, ¿acaso te crees que quería hacerlo? ¿Alguna de las tres veces? ¿Crees que disfruté haciéndolo?

«Da igual, están muertas de todos modos». Sin embargo, eso explicaba muchas cosas. Como el comportamiento de Terry durante la búsqueda, sobre todo cuando Monk se ofreció, inexplicablemente, a llevarnos a las tumbas. Pirie había estado más cerca de la verdad de lo que creíamos cuando había dicho que las horribles lesiones de Tina Williams podían atribuirse a una expresión de la vergüenza de su asesino, un intento de borrar su propia culpa. No tenía sentido cuando habíamos creído que era Monk el asesino, pero sí lo tenía ahora.

Con razón la vida de Terry se había desmoronado...

A través de la puerta, a su espalda, vi que fuera estaba oscureciendo. La lámpara irradiaba un halo de luminosidad al otro lado del cual la penumbra parecía adueñarse de la totalidad del horno. No tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba allí, pero no podía esperar ninguna ayuda. Roper todavía no se había movido, y a tenor de sus palabras, nadie sabía dónde estaba. Tenía que conseguir sortear a Terry y salir huyendo de allí, pero no tenía ni idea de cómo. No tenía nada a mano que pudiera usar como arma, salvo los trozos de cerámica rota.

—¿Y no se te ocurrió ningún otro nombre mejor que el de inspector Jones? —le pregunté, tratando de ganar tiempo.

—Eso también funcionó, ¿a que sí? —Terry sonrió. Parecía más tranquilo, como si se sintiera aliviado por estar confesando al fin lo que había hecho—. Era eso o Smith. Monk era una oportunidad demasiado buena para desaprovecharla. Aún conservaba algunas cosas de Zoe, pero tenía que actuar deprisa antes de que su caravana estuviese abarrotada de agentes de homicidios. No fui todo lo cuidadoso que debería haber sido; por poco me tropiezo con Walker. Pero le enseñé mi placa y le metí el miedo en el cuerpo. Le dije que si mantenía la boca cerrada, yo cuidaría de él.

Y durante ocho años, Terry había cumplido con su palabra. «Más vidas que un puto gato —había dicho Naysmith—. Siempre se las arreglaba para librarse de la cárcel». No era de extrañar, teniendo a un inspector de policía cubriéndole las espaldas, asegurándose de que, muy convenientemente, se extraviasen o se clasificasen mal todas las pruebas. No fue hasta que suspendieron de empleo al propio Terry y el inspector Jones le falló que Walker rompió su silencio.

Y Monk lo había matado de una paliza por ello.

Terry habría adivinado la razón. Debió de ponerse frenético cuando Monk huyó de la cárcel, sobre todo cuando todavía quedaba una prueba capaz de incriminarlo.

—¿Cómo consiguió Sophie el diario? —le pregunté.

—Esa zorra entrometida se puso a husmear en mis cosas. Fue más o menos un año después de la búsqueda. Debs me había echado de casa, así que había alquilado un piso. Sophie y yo volvíamos a estar juntos. Siempre había tenido intención de deshacerme del diario, pero no llegué a hacerlo. Fue muy estúpido por mi parte, la verdad. Lo había escondido, pero a Sophie siempre se le ha dado bien encontrar

cosas.

Hablaba con amargura. Una parte de mí comprendió que su relación no era una simple aventura, como Sophie había asegurado, pero ése no era el momento de pensar en ello. Me pareció ver que la mano de Roper se movía, pero seguí centrando la atención en Terry.

—¿Cuánto sabía ella?

—Sólo que yo me había estado acostando con Zoe, de eso el diario no dejaba lugar a dudas. Se cabreó sobre todo porque fue mientras ella y yo estábamos juntos. Se puso como una fiera. No quería decirme lo que había hecho con el diario, sólo que estaba en un lugar «seguro». —Torció el gesto con una mueca pavorosa al recordarlo—. No importaba tanto mientras Monk estuviese encerrado en la cárcel, porque Sophie no podía decírselo a nadie sin admitir que había estado ocultando pruebas. Sin embargo, cuando Monk se escapó... Eso lo cambió todo.

—Por eso te entró el pánico y viniste a verme. Para averiguar si Sophie me había dicho algo.

—A mí no me entró el pánico. ¡Sólo quería recuperar el puto diario! Y conozco bien a Sophie. Si tenía que ponerse en contacto con alguien de aquella época, estaba seguro de que te elegiría a ti.

«¿Está celoso?». Se oyó un gemido confuso en el suelo. Terry miró a Roper con gesto sorprendido, como si se hubiera olvidado de él. El policía se movió y abrió los ojos.

—¡No! —grité cuando Terry levantó la barra del andamio.

Se detuvo, enarbolando la barra en el aire. Me pareció ver algo parecido a la tristeza en su rostro.

—De verdad, pensaba dejarte con vida hasta que vi el coche de Roper. Sabes que ahora no puedo, lo entiendes, ¿no? Lo sabes.

Lo sabía. Y no sabía lo que me esperaba.

—¿Qué hay de Sophie?

—¿Qué pasa con ella? No puede hacer nada sin el diario.

—¿Ni siquiera te importa lo que le has hecho?

—¿¿Lo que yo le he hecho?? ¡Joder! ¡Esa zorra chantajista lleva años convirtiendo mi vida en un infierno!

—Tenía miedo. ¡Y ahora está en el hospital por tu culpa!

Me miró fijamente, olvidándose de Roper por un momento.

—¿De qué estás hablando?

—Monk no le provocó el hematoma. Fuiste tú, cuando entraste por la fuerza en su casa para buscar el diario.

—¡Y una mierda! ¡No te creo!

—Es una lesión por contragolpe de cuando se golpeó la cabeza contra el suelo del

baño al caer. Solicitó el alta voluntaria en el hospital antes de que pudieran detectársela. Evidentemente, quería volver cuanto antes a casa para ver si el diario estaba a salvo. Y ni siquiera entonces le dijo nada a nadie sobre lo sucedido. Estaba aterrorizada, ¡pero todavía seguía protegiéndote!

—¡Se estaba protegiendo a sí misma! ¡Sólo le preocupaba lo que pudiera pasarle a ella, se estaba cubriendo las espaldas, como hace siempre! —Me señaló con la barra del andamio—. ¿Crees que vas a hacer que me sienta culpable por ella? Pues olvídale. ¡Ella misma se lo ha buscado!

—Y si muere, ¿sólo será otro accidente? ¿Como Zoe Bennett?

Por la forma en que me miró, supe que había ido demasiado lejos. El único ruido era el suspiro lastimero del viento al otro lado de las paredes del horno. Terry cambió la barra de posición.

—Dime al menos dónde están enterradas —dije rápidamente.

—¿Para qué? Ya tuviste tu oportunidad hace ocho años. —Fue como si su rostro se apagara de pronto, carente de toda expresión—. Acabemos con esto de una vez.

Eché a andar hacia mí y de repente, se tambaleó. Creí que había tropezado hasta que vi que Roper lo había agarrado de la pierna. A la luz de la lámpara, la mitad inferior de la cara del policía relucía por la acumulación de sangre, se le habían partido los dientes delanteros a ras de encía, pero le brillaban los ojos, rebosantes de malicia mientras trataba de incorporarse a duras penas.

—¡Cabrón! —gritó Terry. Descargó la barra del andamio mientras yo corría hacia él. Me agaché y caí hacia atrás, contra la estructura central del horno, sintiendo que algo me rascaba por debajo del hombro. Después de liberar el pie retorciéndolo, Terry dio una patada a la cabeza de Roper como si fuera una pelota de rugby. Se oyó el ruido de una sandía al partirse y el policía cayó lánguidamente. Cuando Terry volvió a arremeter contra mí, agarré el ladrillo suelto donde Sophie escondía la copia de la llave y se lo arrojé. Trató de bloquear el impacto, pero le alcanzó de refilón en la cara antes de caer al suelo—. Serás hijo de puta... —escupió, rociando sangre y saliva, y blandió la barra por encima de mi cabeza.

Acerté a levantar un brazo, pero la barra metálica se estrelló contra mi pecho. Me quedé sin aliento al tiempo que sentía que se me rompían las costillas. Un dolor lacerante me recorrió todo el cuerpo, y cuando me caí al suelo, Terry se acercó y me dio una patada en el estómago.

Me doblé sobre mí mismo, sin poder respirar. «¡Muévete! ¡Haz algo!». Pero las piernas no me obedecían. Terry estaba encima de mí. Él también respiraba con dificultad, con el rostro empapado de sudor. Se llevó los dedos a la cabeza, al punto exacto donde el ladrillo le había golpeado, y se quedó mirando la sangre. Torció el gesto.

—¿Sabes qué, Hunter? Me alegro de que no te fueras cuando tuviste la

oportunidad —exclamó, jadeando, y levantó la barra de metal por encima de la cabeza.

La puerta del horno se cerró de golpe a su espalda.

«Monk», pensé instintivamente, pero allí no había nadie. La puerta golpeteó contra el marco por la corriente de aire, y cuando Terry dio media vuelta para ver qué sucedía, Roper se arrojó sobre él con paso tambaleante.

Apenas podía sostenerse de pie, pero pilló a Terry desprevenido. Su ímpetu se los llevó a los dos por delante y los estampó contra el andamio desvencijado que apuntalaba la pared del horno. La débil estructura se estremeció bajo su peso y retumbó como un diapasón gigante cuando las barras sueltas cayeron con gran estrépito en el suelo. Se tambaleó hacia uno y otro lado por el impacto y, por un segundo, pensé que aguantaría.

Luego, como a cámara lenta, todo el andamiaje emitió un crujido ensordecedor y se desplomó, cual castillo de naipes, encima de los dos.

Me pareció oír un grito, aunque no sabía decir de quién. Me hice un ovillo, protegiéndome la cabeza con tablonos mientras las planchas y los palos de acero se venían abajo. Un estrepitoso e interminable repiqueteo como de campanas enloquecidas inundó el aire del espacio.

Luego, sólo silencio.

Me zumbaban los oídos cuando los ecos se apagaron al fin. Muy despacio, fui apartando los brazos de alrededor de la cabeza. El aire estaba lleno de polvo. El horno estaba sumido en una oscuridad absoluta, pues el andamio había derribado la lámpara al caer. Tuve un ataque de tos, y jadeé cuando el dolor me traspasó las costillas rotas. El suelo estaba cubierto de restos de andamio y tablonos rotos. Me abrí paso a tientas a través de ellos.

—¿Roper? ¿Terry?

Mi grito retumbó en la oscuridad. Un ladrillo cayó al suelo, tintineando sobre los postes caídos como un carillón lleno de notas discordantes. Cuando cesó el tintineo, sólo oí el chapoteo de la mezcla de mortero al caer. Sophie me había dicho que el andamio llevaba decenios apuntalando partes del inestable pilar central del horno y la pared exterior.

Ahora ya no había nada que lo sostuviese.

Yo solo ya no podía hacer nada; necesitaba conseguir un teléfono. Apenas acertaba a distinguir la luz de la puerta a través de la oscuridad, y me abrí paso hacia ella con movimiento vacilante a través del amasijo de restos del andamio. Fuera, el aire exterior era limpio y agradable. Una luz tenue perseveraba obstinada en el cielo mientras me dirigía con paso renqueante a la casa, presionándome con el brazo las costillas lesionadas.

Ya casi había llegado cuando oí un ruido a mi espalda.

Volví la cabeza justo a tiempo de ver desplomarse el horno. Por un momento, fue como si diera una sacudida y entonces, sin más preámbulos, se cayó sobre sí mismo. Seguí alejándome con paso tambaleante, protegiéndome los ojos mientras una nube cada vez más grande me salpicaba de grava. A continuación, todo volvió a quedar en silencio.

Bajé el brazo.

Una madeja de polvo flotaba como humo sobre los restos del horno. La mitad del cono de ladrillo había desaparecido, dejando unas ruinas dentadas que se recortaban contra el cielo crepuscular. La sección de la pared donde estaba la puerta aún permanecía intacta. Volví cojeando junto a ella, tapándome la boca y la nariz con la manga cuando me asomé por la puerta. La bloqueaban parcialmente unos ladrillos que sobresalían hacia fuera desde el interior.

Esta vez no me molesté en gritar. Un último ladrillo cayó repiqueteando sobre los escombros, y luego no se oyó nada. Ni un sonido, ni una señal de vida.

El horno se abría como un bostezo delante de mí, oscuro y silencioso como una tumba.

XXXI

La policía encontró a Monk tres días después. Después de todo lo ocurrido, se redoblaron los esfuerzos por encontrar al recluso, pero ni siquiera entonces los acontecimientos siguieron el guión previsto.

Los servicios de emergencia tardaron ocho horas en sacar a Terry y a Roper de debajo de las paredes del horno. Para cuando los restos de la estructura fueron lo suficientemente seguros para empezar a buscar entre los escombros, todo el mundo era consciente de que era una operación de recuperación de cadáveres en lugar de un rescate.

Yo no estaba presente, pero me dijeron que ni los miembros de los equipos de rescate ni los policías presentes en el lugar pronunciaron una sola palabra. Cuando retiraron los últimos ladrillos, encontraron a Roper encima de Terry. La autopsia reveló que había muerto casi en el acto, lo cual no era ninguna sorpresa, teniendo en cuenta las lesiones que había sufrido ya. Terry no tuvo tanta suerte. El cuerpo de Roper lo había protegido parcialmente de la caída de los escombros, y había suficiente polvo de ladrillo en sus pulmones para sugerir que no había muerto inmediatamente. A pesar de que era imposible saber con certeza si estaba consciente o no, la causa de la muerte era la asfixia.

Había sido enterrado vivo.

Mis propias lesiones eran dolorosas pero no graves: tres costillas rotas por el impacto de la barra del andamio, además de cortes y magulladuras. Por segunda vez en veinticuatro horas, me encontré de nuevo en el hospital, aunque esta vez, en lugar de un box con cortinas, me ingresaron en una habitación privada, donde sería más fácil mantener alejada a la prensa.

—Ha armado usted un jaleo de mil demonios —me dijo Naysmith—. Ya sabe que va a ser un infierno, ¿no?

Supuse que lo sería, pero no creía que fuese a quitarme el sueño. Naysmith me observaba con atención.

—¿Está seguro de que nos lo ha contado todo? ¿No se ha dejado nada?

—¿Por qué iba a dejarme algo?

Cuando abandoné el hospital y salí a la luz del día, todo me parecía un poco irreal. Me habían dicho que el estado de Sophie era estable, pero que seguía inconsciente, aunque no me habían permitido verla. No podía enfrentarme a volver a su casa otra vez, así que me alojé en un hotel cercano. Durante los dos días siguientes, apenas salí de él, pidiendo comida que ni probaba al servicio de habitaciones y viendo la historia en las noticias. Aún no habían atrapado a Monk y circulaban toda clase de rumores disparatados sobre su posible paradero y por qué la policía no lo había capturado.

Sabía por la información actualizada que Naysmith me transmitía que no era por no haberlo intentado. Seguía lloviendo sin parar y los equipos de búsqueda que recorrían la red de túneles y cuevas adonde Monk se había llevado a Sophie tenían que luchar con el obstáculo de las inundaciones. El hallazgo de una tercera entrada fue un descorazonador jarro de agua fría para todos. Durante un tiempo parecía que podía haber escapado a algún otro refugio, o incluso que había huido de Dartmoor para siempre.

No había sido ése el caso. Cuando las crecidas remitieron lo suficiente para permitir que el equipo de búsqueda se internase en los niveles más profundos de los túneles inundados de agua, encontraron a Monk atrapado todavía en la estrecha fisura donde lo había visto por última vez. Llevaba muerto algún tiempo, atascado tan firmemente entre las paredes de roca que tardaron casi un día entero en sacarlo. Aunque la fisura se había inundado, no había muerto ahogado. El esfuerzo de introducir por la fuerza su voluminoso cuerpo en el reducido espacio había resultado ser demasiado incluso para él, como creo que ya sabía. Cuando al volverme no vi la luz de su linterna detrás de nosotros, supuse que era porque había conseguido liberarse. Sin embargo, los equipos de búsqueda encontraron la linterna en su bolsillo, apagada. Había muerto solo en la oscuridad, lejos de la luz del día o del contacto humano.

Había hecho su elección.

La causa de la muerte fue una insuficiencia cardíaca y neumonía después de una sobredosis de cocaína, tal como yo había supuesto, pero la autopsia arrojó dos resultados llamativos. En la mayoría de las personas, el tejido estriado donde las fibras musculares se unen a los huesos largos de los brazos y las piernas es muy delicado. En Monk, era inusualmente profundo, más acorde con la musculatura densa de un animal que con la de un hombre.

Eso explicaba su fuerza anormal, pero el otro hallazgo era el más significativo. Padecía lesiones masivas en el cerebro, que se correspondían con la depresión que tenía en el cráneo. Estaban en la corteza orbitofrontal, donde incluso un traumatismo leve puede causar problemas de comportamiento y epilepsia del lóbulo frontal. Lo más probable era que hubiesen sido causadas por el uso de fórceps en el parto que había acabado con la vida de su madre. Monk había nacido con un defecto, un bicho raro, pero no era un monstruo.

Éramos nosotros quienes lo habíamos convertido en uno.

La noticia de su muerte aumentó mi sensación de estar atrapado en un limbo. Cada vez que cerraba los ojos, hacía una regresión a las cuevas, con Sophie y Monk; u oía el terrible impacto hueco de la barra del andamio al golpear la nuca de Roper. Mis pensamientos seguían un hilo tangencial, como si trataran de escoger su propio camino a través de mi cerebro. Tenía la sensación de que había algo que estaba

pasando por alto y que necesitaba recordar, algo importante.

Sólo que no sabía lo que era.

Cuando por fin me dormí esa noche, inquieto, me desperté de pronto, de madrugada, con la voz de Terry retumbando en mi cabeza, como si estuviera conmigo en la habitación.

«Tuviste tu oportunidad hace ocho años».

Era algo que había dicho en el horno, pero había quedado enterrado junto con todo lo demás hasta que mi subconsciente lo escupió. Reflexioné sobre ello, tratando de encajarlo con todo lo demás hasta estar completamente seguro, y luego llamé a Naysmith.

—Tenemos que ir al páramo.

La primera helada de la temporada petrificaba la hierba gruesa de la hondonada cuando los agentes de la policía científica empezaron a excavar en el montículo al que Sophie nos había llevado ocho años antes. Naysmith y Lucas estaban a mi lado, observando en silencio mientras el tejón muerto quedaba expuesto una vez más a la luz del día. Preservado por la turba, el animal no se había descompuesto mucho más desde la última vez, pero a medida que iban despejando más partes del montículo, se hizo evidente que los restos eran planos y estaban aplastados, puesto que los extremos astillados de hueso roto sobresalían a través del pelaje cubierto de turba.

—¿De dónde cree que sacó Connors el tejón? —me preguntó Naysmith mientras un agente de la científica lo extraía cuidadosamente del agujero.

—Debió de atropellado un coche —le contesté.

Wainwright me había dicho eso mismo cuando fui a visitarlo, pero yo lo había interpretado como los desvaríos de una mente enferma. Me había equivocado. El hallazgo del tejón parecía explicar tanto la reacción del perro rastreador de cadáveres como el hecho de que la tierra estuviese removida precisamente en ese punto. Decidimos que habíamos llegado a un callejón sin salida, y la mera presencia del animal había bastado para disuadirnos de seguir cavando más hondo.

Pero a nadie se le ocurrió preguntarse por qué un animal que prefería condiciones secas y arenosas habría cavado su tejonera en un suelo anegado de agua. El intento frustrado de fuga de Monk nos había distraído, pero había otras pistas que habíamos pasado por alto. También se habían hallado huesos de animales en la tumba de Tina Williams, y la coincidencia por sí sola debería haberme alertado. Al igual que el olor de la descomposición: ya fuese débil o no, era más fuerte de lo que debería haber sido en aquellas condiciones, rodeado de turba.

La más obvia de todas, sin embargo, era el hueso roto que Wainwright nos había enseñado. Era una fractura conminuta, en la que el hueso queda reducido a esquirlas o fragmentos pequeños y que suele estar provocada por una violencia deliberada o

accidental. Una caída, por ejemplo, o el atropello de un coche. Un animal que hubiese muerto en su madriguera no tenía por qué presentar una fractura como ésa.

Era imposible saber cuándo se había dado cuenta Wainwright. Cabía la posibilidad de que lo hubiese sabido desde hacía años y hubiese preferido guardar silencio para proteger su reputación. Sin embargo, los pacientes con demencia suelen vivir más en el pasado que el presente. Quizá la información estaba agazapada en su subconsciente, atrapada allí hasta que un fallo aleatorio de las conexiones sinápticas la hiciera aflorar a la superficie.

Debería haberme dado cuenta. Y en cierto modo, así había sido. Aun entonces, cuando la operación de búsqueda llegó a su violento desenlace, había sentido el hormigueo familiar que me decía que estaba pasando algo por alto. Pero no le di más vueltas. Estaba tan seguro de mí mismo, confiaba tanto en mi capacidad, que no se me había ocurrido dudar de mis propias conclusiones. Había visto sólo lo obvio, relegando alegremente el caso Monk de mi mente mientras seguía adelante con mi vida.

Y durante años, no había pensado en ello en absoluto.

Encontramos a Zoe y Lindsey Bennett enterradas sólo un poco más hondo que los restos del tejón. Ya fuese por sentimentalismo o porque le resultaba más cómodo, Terry había enterrado a las hermanas en la misma tumba. La presión de la tierra les había contraído las extremidades, de manera que era como si estuvieran las dos abrazadas, pero la turba había ejercido de todos modos su magia arcana. Ambos cuerpos estaban notablemente bien conservados, la piel y los músculos incorruptos, el pelo todavía pegado a la cabeza.

A diferencia de Tina Williams, no tenían heridas visibles.

—Me pregunto por qué no les infligió el mismo tipo de daño —dijo Lucas, mirando la carne intacta, manchada de turba—. Una señal de respeto, ¿cree usted?

Dudaba que el respeto tuviera algo que ver con eso. Terry no había destrozado a Tina Williams por desprecio hacia ella, sino hacia sí mismo. Simplemente, había tardado todo ese tiempo en ver en lo que se había convertido.

La policía encontró el diario de Zoe Bennett en el coche de Terry, envuelto en una bolsa de plástico recubierto de arcilla. Había vendido el Mitsubishi amarillo brillante hacía años, pero incluso el pequeño misterio del coche blanco que los vecinos aseguraban haber visto cuando tanto Lindsey Bennett como Tina Williams habían desaparecido, tenía ahora su explicación: por la noche, sobre todo en las imágenes en blanco y negro de los circuitos de las cámaras de seguridad, era casi imposible distinguir el amarillo del blanco. Por lo que me dijo Naysmith, el diario no contenía información demasiado incriminatoria, más allá del simple hecho de que aparecía el nombre de Terry. Mostraba que la joven adolescente no era tan frívola como trataba de aparentar, que sencillamente estaba entusiasmada por tener a un inspector de la

policía como amante. Terry se habría sentido halagado por algunas de las cosas que decía.

Tal vez por eso lo había guardado.

—No es correcto lo que está haciendo Simms —dijo Lucas cuando dejamos a los especialistas de la científica para que acabaran su trabajo y nos encaminamos de vuelta a los coches—. Me alegro de estar a punto de jubilarme. Debería reconocerle el mérito, y no tratarlo como si hubiera hecho algo malo.

—No importa —le dije.

El asesor me miró de reojo, pero no dijo nada. Puesto que no quedaba nadie con vida para corroborar mi versión de los hechos, Simms estaba haciendo todo lo posible para desacreditar mi relato de lo sucedido. No sólo había construido su reputación alrededor de la imputación errónea de Monk, sino que ahora resultaba que había confiado al verdadero asesino la responsabilidad de buscar a las víctimas desaparecidas. La prensa clamaba sangre y, probablemente por primera vez en su vida, Simms se mostraba reacio a aparecer ante las cámaras de televisión. Con su carrera en juego, había llegado a sugerir incluso que yo podría estar sufriendo estrés postraumático después de mis experiencias recientes y que, por lo tanto, era un testigo poco fiable. Hasta el momento, ni una sola de sus calumnias había encontrado eco en ninguna parte, pero estaba claro que yo era persona non grata para él. Se había ocupado personalmente de que me excluyesen de la investigación, y sólo me habían permitido que los acompañara al páramo esa mañana por deferencia de Naysmith.

Pero hacía ya tiempo que Simms me traía completamente sin cuidado. Acababa de regresar al hotel cuando sonó el teléfono. Reconocí de inmediato la voz femenina al otro extremo.

—Soy Marie Eliot, la hermana de Sophie. —Parecía cansada.

Me puse tenso, sujetando con fuerza el teléfono.

—¿Sí?

—Está despierta. Quiere verlo.

A pesar de que ya me había mentalizado, ver a Sophie en aquel estado fue todo un *shock*. Le habían afeitado la espesa melena y en su lugar llevaba un vendaje blanco. Estaba pálida y muy delgada, y tenía los brazos de donde salían los diversos tubos del goteo intravenoso completamente demacrados y debilitados.

—Seguro que tengo una pinta horrorosa...

Hablaba en un susurro. Negué con la cabeza.

—Estás bien, y eso es lo principal.

—David, yo... —Me cogió de la mano—. Habría muerto de no ser por ti.

—Pero no has muerto.

Los ojos se le llenaron de lágrimas.

—Sé lo de Terry. Naysmith me lo ha dicho. Lo... Lo siento, no te lo dije todo. Sobre el diario. Tengo que explicarte...

—Ahora no. Ya hablaremos más adelante.

Esbozó una leve sonrisa.

—Por lo menos hemos recuperado a Zoe y a Lindsey... Resulta que yo tenía razón después de todo.

Ya se le estaban cerrando los ojos. Esperé hasta que su respiración me indicó que estaba dormida, y luego retiré la mano con suavidad. Sophie parecía tranquila, ni rastro del estrés de la semana anterior en su rostro. Permanecí sentado al lado de la cama durante largo rato, observándola.

Pensando.

Todavía no estaba claro si tendría que responder a las acusaciones de haber retenido el diario de Zoe Bennett. A pesar de que había ocultado su existencia a la policía, incluso el propio Terry había admitido que no había llegado a su poder hasta después de que Monk fuera declarado culpable y de que éste hubiese confesado los asesinatos. No había nada en el diario que lo refutase, por lo que técnicamente podía argumentarse que a esas alturas ni siquiera era una prueba. Tendría que responder algunas preguntas incómodas, pero por lo que Naysmith me había dicho, no era probable que fueran a procesarla.

No había cometido ningún delito en realidad.

Recobró las fuerzas rápidamente. Los médicos confiaban en que se recuperaría por completo, sin sufrir secuelas a largo plazo. Después de todo por lo que había pasado, decían que había tenido una suerte increíble.

Yo estaba de acuerdo. Aun así, esperé a que se hubiese restablecido suficientemente para mantener la conversación que había estado posponiendo. Mis pasos resonaban en el suelo del hospital mientras recorría el pasillo en dirección a la habitación de Sophie. Parecía una larga caminata. Había una enfermera con ella, una de las habituales a la que ya conocía de antes. Las dos estaban riendo cuando entré. La enfermera le dedicó a Sophie una sonrisa de oreja a oreja, lo que me hizo preguntarme de qué habrían estado hablando.

—Voy a dejarlos solos con sus cosas —dijo al salir.

Sophie se incorporó en la cama, sonriendo. Le habían retirado el vendaje de la cabeza y el pelo ya le estaba creciendo en forma de pelusa castaña que le cubría los puntos de sutura, la cicatriz en forma de herradura. Empezaba a parecerse a la Sophie de siempre. A la persona que yo recordaba de hacía ocho años. Era como si se hubiera quitado una losa de encima.

—Marie ha hablado con la compañía de seguros —dijo Sophie—. Han accedido a pagar todos los materiales y el equipo que perdí cuando el horno se derrumbó. Todavía estamos discutiendo sobre el edificio en sí, pero me darán más que suficiente

para reconstruirlo de nuevo. ¿A que es genial?

—Sí —dije.

Sólo había vuelto a la casa una vez, a recoger mi coche. Ver el horno en ruinas, los ladrillos desparramados por el suelo y amontonados en el jardín por los equipos de rescate, había sido muy deprimente. Me había alegrado de irme de allí.

La sonrisa de Sophie se desvaneció.

—¿Qué pasa?

—Hay algo que tengo que preguntarte.

—¿Ah, sí? —Ladeó la cabeza con curiosidad—. Adelante.

—Tú sabías que Terry las mató, ¿verdad?

Vi el rápido tránsito de las emociones en su cara.

—¿Qué? No entiendo...

—Tú sabías que había asesinado a Zoe y a Lindsey Bennett, y probablemente a Tina Williams. No consigo decidir si guardaste silencio para protegerlo, o porque tenías miedo de lo que pudiera hacerte.

Retrocedió un poco mientras me miraba.

—¡Eso que dices es horrible!

—No estoy diciendo que tuvieses pruebas. Pero lo sabías, de todos modos.

—¡Por supuesto que no! —Unas manchas de rubor le teñían las mejillas—. ¿De verdad crees que me habría callado si hubiera sabido que Terry era un asesino? ¿Cómo puedes pensar siquiera algo así?

—Porque eres demasiado inteligente para que no se te hubiese pasado por la cabeza.

Eso le arrebató toda la furia. Apartó la mirada.

—Obviamente, no soy tan lista como tú crees. ¿Por qué me habría molestado en escribir a Monk, preguntándole dónde estaban las tumbas de las gemelas, si sabía que no las había matado él?

—Eso mismo me preguntaba yo. Pensé que era una suerte que hubieses conservado copias de las cartas, pero no creo que la suerte tuviera nada que ver con eso. Tú querías que probasen que creías de veras que Monk era culpable, en caso de que llegara a ocurrir algo como lo que ha ocurrido. Sólo que no esperabas que él acabase viendo tu farol.

—¡Esto es increíble! Oye, si esto es por lo del diario, ya se lo he dicho todo a la policía. ¡Ellos lo saben todo!

—Entonces ¿por qué no me lo explicas a mí?

Bajó la mirada hacia donde tenía las manos entrelazadas en la cama, y luego la levantó de nuevo hacia mí.

—Muy bien, mentí sobre lo mío con Terry. Fue algo más que una aventura. Habíamos estado saliendo juntos de forma intermitente durante un par de años,

mientras él estaba en Londres. Incluso llegó a hablar de divorciarse de su mujer en un momento dado.

Otra pequeña pieza del rompecabezas encajó en su lugar.

—¿Todavía salías con él durante la búsqueda?

—No, rompimos justo antes de eso. Él era... Bueno, siempre fue todo muy pasional entre nosotros. Nos peleábamos mucho... Porque él se veía con otras mujeres. —No parecía darse cuenta de la ironía de sus palabras—. No fue hasta varios meses después de la búsqueda cuando al final volvimos a estar juntos de nuevo. Me prometió que había cambiado, y como una idiota, yo fui y le creí.

—¿Fue entonces cuando encontraste el diario de Zoe Bennett?

—Su mujer ya lo había echado de casa para entonces. Lo llamaron para trabajar en un caso y me dejó sola en aquel piso cochambroso que había alquilado. Yo estaba aburrída, así que empecé a poner un poco de orden en la casa. La mitad de sus cosas todavía estaban en cajas. El diario estaba enterrado en el fondo de una de ellas, debajo de una pila de papeles. Dios..., cuando me di cuenta de lo que era... No puedes imaginarte cómo me sentí.

No, no esperaba poder imaginármelo.

—¿Por qué no se lo dijiste a nadie? Tenías pruebas de que Terry había estado manteniendo relaciones con una chica asesinada. ¿Por qué guardar silencio sobre algo así?

—¡Porque creía que Monk era el culpable! ¡Todo el mundo lo creía! —Me miraba con seriedad—. ¿Qué sentido tenía crear un montón de problemas innecesarios? No era tanto por él, sino por su familia. Yo ya les había hecho suficiente daño. Y había encontrado cosas de sus otras novias antes, bisutería barata y maquillaje en su coche... Ropa interior. Creí que el diario sólo era más de lo mismo.

—¡Sophie, eras una especialista en comportamiento! ¿Me estás diciendo que ni siquiera se te pasó por la cabeza que pudiese ser algo más que eso?

—¡No! Yo quería hacerle daño, por eso me llevé el diario. ¡Sabía que se había estado acostando con ella, pero nunca sospeché nada más!

—Entonces ¿por qué tenías tanto miedo de él?

Ella pestañeó.

—No... No tenía miedo...

—Sí, sí lo tenías. Cuando te llevé a casa del hospital, estabas aterrorizada. Y a pesar de todo, seguiste fingiendo que no recordabas quién te había atacado.

—Supongo... Supongo que no quería crearle problemas. No se pueden borrar los sentimientos por alguien así como así, aunque ese alguien no se los merezca.

Me pasé la mano por la cara. Tenía la piel áspera y rugosa.

—Déjame decirte lo que pienso —le dije—. Te llevaste el diario por impulso, para hacerle daño a Terry, tal como dices. Estabas rabiosa y celosa y eso te daba

poder sobre él. No fue hasta después de habértelo llevado cuando te diste cuenta de la situación de peligro en que tú misma te habías metido; pero para entonces, no podías ir a la policía sin meterte en problemas. Así que lo escondiste y te quedaste callada, esperando que la amenaza de tenerlo le impidiese matarte a ti también.

—¡Eso es ridículo!

Pero advertí una actitud defensiva detrás de su fachada de indignación.

—Creo que echabas la culpa a Terry por haber arruinado tu carrera —continué—. Debía de ser duro, ayudar a la policía a poner al descubierto los secretos de los demás cuando tú misma tenías el tuyo propio. Así que dejaste de trabajar como asesora e intentaste empezar de cero de nuevo. Sólo que para eso se necesita dinero, ¿verdad?

Por un segundo, Sophie parecía asustada. Lo ocultó detrás de una actitud hostil.

—¿Qué quieres decir con eso?

Había tenido mucho tiempo para pensar en ello durante los últimos días. Terry había llamado a Sophie «zorra chantajista», y a pesar de que no daba mucho crédito a sus palabras, eso me había hecho reflexionar. Lo cual no quería decir que me gustara lo que estaba a punto de hacer, pero había ido demasiado lejos para callarme ahora.

—La casa en la que vives no puede ser barata. Y tú misma dijiste que la cerámica no se vende. Sin embargo, aún parece ganarte más o menos bien la vida.

La expresión de Sophie era desafiante, pero vulnerable.

—Me las apaño para ir tirando.

—¿Así que nunca le pediste dinero a Terry?

Bajó la mirada hacia sus manos, pero no antes de que viera que estaba al borde de las lágrimas. Se abrió la puerta y entró la enfermera que había estado allí antes. La sonrisa se le heló en la cara.

—¿Va todo bien?

Sophie asintió con la cabeza rápidamente, apartando la cara.

—Gracias.

—Si necesitan algo, llámenme. —La enfermera me lanzó una mirada fría antes de volver a salir.

No dije nada más. Me limité a esperar. Oí pasos y voces animadas en el pasillo, pero en aquella habitación no se oía un solo ruido. El barullo y la energía del hospital, al otro lado de la puerta, parecía otro mundo.

—No sabes lo que era —dijo Sophie al fin, con la voz quebrada—. ¿Quieres saber si tenía miedo? ¡Pues claro que tenía miedo! Pero no sabía qué otra cosa podía hacer. Cogí el diario sin pensar. Estaba... ¡estaba tan cabreada! ¡Se había estado tirando a esa... a esa putita adolescente mientras estaba conmigo! Pero te juro que al principio todavía creía que era Monk quien la había matado. No fue hasta luego, más adelante cuando... cuando yo... ¡Oh, Dios santo!

Se cubrió la cara cuando le brotaron las lágrimas. Vacilé, y luego le pasé un

pañuelo de papel de la mesita de noche.

—Yo no quería creer que era Terry. No dejaba de repetirme a mí misma que Monk las había matado. Ésa fue una de las razones por las que empecé a escribirle, para tratar de convencerme a mí misma. Estaba equivocada. —Se interrumpió para secarse los ojos—. Pero también estaba furiosa. Había renunciado a todo por Terry, a mi carrera, mi hogar... Él era la razón por la que me trasladé aquí. Lo menos que el hijo de puta podía hacer era ayudarme a empezar de nuevo. No le pedí mucho, sólo lo suficiente para ayudarme a empezar. Creía... Creía que mientras tuviese el diario conmigo, estaría a salvo.

«Oh, Sophie...»

—Pero no lo estabas, ¿verdad que no?

—Lo estaba hasta que Monk se escapó. No había sabido nada de Terry en más de un año. Entonces, un buen día, me llamó por teléfono, despotricando y amenazándome con lo que me haría si no le daba el diario. Nunca lo había oído hablar así antes, ¡no sabía qué hacer!

—Así que me llamaste por teléfono —dije con cansancio.

No para que la ayudara a encontrar las tumbas, o al menos no sólo para eso. Quería tener a alguien con ella por si Terry intentaba algo.

—No se me ocurría a quién más llamar. Y sabía que tú no te negarías. —Empezó a dar tirones al pañuelo húmedo—. Al día siguiente, me estaba arreglando para quedar contigo cuando él llamó a la puerta. Como no lo dejé entrar... la derribó. Corrí escaleras arriba e intenté encerrarme en el baño, pero también logró entrar por la fuerza. Me golpeó con la puerta.

Se llevó la mano automáticamente al golpe en la mejilla. Recordé haber visto que las escaleras estaban mojadas cuando la había encontrado tendida en el suelo. Si me hubiese detenido a pensarlo, me habría dado cuenta de que no la habían sorprendido en el baño, tal como ella afirmaba.

—¿Por qué no dijiste nada entonces?

—¿Cómo iba a hacerlo? ¡Había estado ocultando pruebas durante años! Y no tenía ni idea de que a Terry lo habían suspendido de empleo. Cuando dijiste que había ido a verte...

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. Instintivamente, alargué la mano para tocarla, pero me contuve.

—¡Yo no hice nada malo! —soltó—. Sé que cometí un error, pero por eso tenía tanto empeño en encontrar las tumbas de Zoe y Lindsey. Creía que si conseguía eso al menos tal vez podría ser una compensación por... por...

«¿Por qué? ¿Por haber protegido a su asesino? ¿Por dejar que permaneciera en la cárcel un hombre inocente?». Sophie miró el pañuelo desmenuzado entre sus manos.

—¿Y ahora qué? —preguntó con un hilo de voz—. ¿Vas a decírselo a Naysmith?

—No. Puedes decírselo tú.

Me cogió la mano con ansiedad.

—¿Tengo que hacerlo? Ya saben lo del diario. No cambiaré nada.

«No, pero acabará con ocho años de mentiras». Retiré la mano de la suya y me puse en pie.

—Adiós, Sophie.

Salí al pasillo. Mis pasos resonaban en el suelo duro a medida que el barullo del hospital me iba envolviendo. Sentí una extraña sensación de lejanía mientras lo atravesaba andando, como si estuviera encerrado en una burbuja que me separaba del ruido y de la vida que me rodeaba. Ni siquiera el aire fresco del exterior disipó la sensación. La luz del brillante sol de otoño se me antojaba fría y anodina al regresar a mi coche. Abrí la puerta y me acomodé con el cuerpo rígido en el asiento. Mis costillas iban mejorando, pero aún me dolían.

Cerré los ojos y recosté la cabeza hacia atrás. Me sentía vacío. No me seducía la idea de volver a Londres, pero ya llevaba allí el tiempo suficiente. Demasiado tiempo, de hecho. El pasado quedaba fuera de mi alcance.

Había llegado la hora de mirar hacia delante.

Me incorporé y metí la mano en el bolsillo para sacar el móvil, haciendo una mueca de dolor cuando mis costillas protestaron. Lo había apagado en el hospital y cuando volví a encenderlo, sonó inmediatamente. Por un instante, volví a la oscuridad de la cueva, pero entonces sacudí la cabeza.

Tenía un mensaje. O mejor dicho, varios mensajes: eran tres llamadas perdidas, todas del mismo número. No lo reconocí. Fruncí el ceño, pero antes de que pudiera reproducir cualquiera de los mensajes, el teléfono sonó de nuevo. Era una llamada esta vez, desde el mismo número que antes. Enderecé la espalda. «Tiene que ser algo urgente».

Al responder, sentí el cosquilleo familiar de la curiosidad y el interés.

AGRADECIMIENTOS

Como siempre, no podría haber escrito este libro sin la ayuda de otras personas, especialmente de los expertos de la vida real que fueron lo bastante generosos para ayudarme con el problema a menudo espinoso de la documentación para la novela. Sin seguir ningún orden en particular, estoy en deuda, por tanto, con Tony Cook, asesor regional de la National Police Improvement Agency; el doctor Markus Reuber, de la Unidad de Neurología Académica de la Universidad de Sheffield; la ecóloga forense Patricia Wiltshire; el doctor Tim Thompson, profesor titular de Criminología en la Universidad de Teesside, y la doctora Rebecca Gowland, del Departamento de Arqueología de la Universidad de Durham, por permitirme asistir a su curso de localización y recuperación de cadáveres; Doug Bain, adiestrador de perros jubilado y agente de la policía científica; la profesora Sue Black y el doctor Patrick Randolph-Quinney, del Centro de Anatomía e Identificación Humanas de las Universidad de Dundee; el profesor John Hunter, del Instituto de Arqueología y Antigüedad de la Universidad de Birmingham; Dave Warne, director del Plymouth Caving Group, y la oficina de prensa del Ministerio de Justicia británico.

La proporción de la descomposición está tomada del libro de W. R. Maples y M. Browning *Dead Men Do Tell Tales*, Double-day, 1994. (*Los muertos también hablan*, Barcelona, Debolsillo, 2006).

Mi agradecimiento asimismo a Hilary por su apoyo inquebrantable, a mi madre y a mi padre por no haber dudado nunca, a Ben Steiner, SCF, Simon Taylor y el equipo de Transworld, mis agentes Mic Cheetham y Simon Kavanagh, a todos los componentes de la Marsh Agency y a los traductores que han presentado a David Hunter a un público mucho más amplio.

Por último, debo mi más honda gratitud a mi agente de derechos internacionales Paul Marsh, cuya muerte en 2009 supuso un duro golpe tanto para el mundo editorial como para todos aquellos que lo conocimos.



SIMON BECKETT. Escritor y periodista, nació en la localidad de Sheffield, Inglaterra, en 1968. Licenciado en Filología inglesa, durante un tiempo fue profesor en España, además de percusionista en diversas bandas musicales, antes de dar inicio a su carrera como periodista freelance. Ha publicado su trabajo en medios como *The Times*, *The Independent on Sunday Review*, *The Daily Telegraph* y *The Observer*.

Publicó su primera obra, *Fine line* en 1994. En 2006, con la publicación de *La química de la muerte* (novela finalista del Duncan Lawrie Dagger Award), obtuvo un éxito que superó todas las expectativas: fue traducida a veintidós idiomas, vendió más de un millón de ejemplares en todo el mundo y mereció el aplauso de la crítica especializada.

En la actualidad, Beckett reside en su Sheffield natal, junto a su esposa.

Notas

[1] En inglés Hunter significa «cazador» y Monk significa «monje». (*N. de la T.*) <<

[2] Véase Simon Beckett, *Entre las cenizas (N. de la T)*. <<